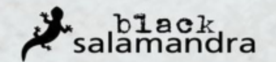


MATTHEW BLAKE



Matthew Blake

ANNA O

Traducción del inglés de
Jofre Homedes Beutnagel



Me horroriza esto oscuro
que duerme en mí.

SYLVIA PLATH

1

Ben

—El ser humano duerme una media de treinta y tres años de su vida.

Se inclina un poco, lo suficiente para envolverme en una nube de perfume caro. Llega el momento de la verdad.

—¿Y te dedicas a eso?

—Sí.

—¿Eres médico del sueño?

—Estudio a gente que ha cometido crímenes dormida.

En mi tarjeta de visita, un «Dr.» precede al nombre: Dr. Benedict Prince, The Abbey, Harley Street. Soy psicólogo especializado en trastornos del sueño. No me presento como médico.

Se da cuenta de que hablo en serio.

—¿Y eso es posible?

—¿Nunca te has preguntado qué has hecho mientras dormías?

Aquí la gente empieza a ponerse nerviosa. Solemos adoptar una actitud de distanciamiento frente a la mayoría de los delitos. Nos encanta escuchar historias sobre personas como nosotros; siempre que podamos considerarlas diferentes. Pero durmiendo todos somos iguales.

El sueño es universal, y la noche, tan constante como el día.

—¿Qué clase de crímenes?

No ha cambiado de tema. Aún presta atención.

—Los peores.

—Y en esos casos, ¿no se despiertan?

—Si son sonámbulos, no. He tenido pacientes que cierran con llave la puerta de casa y conducen su coche sin haberse despertado. Algunos incluso son capaces de matar.

—Pero ésos luego seguro que se acuerdan, ¿no?

—Viendo tus ojeras diría que esta noche has dormido unas cinco horas y media.

Frunce el ceño.

—¿Tanto se me nota?

—¿Recuerdas algo de lo que ha pasado durante esas cinco horas y media?

Se queda callada, apoyando la barbilla en la mano.

—He soñado algo.

—¿Qué?

—No me acuerdo.

—Pues ya tienes la respuesta.

La expresión de sus ojos cambia repentinamente. Me mira diferente. Habla más alto y gesticula con todo el cuerpo.

—Espera, es verdad, hubo un caso... ¿Cómo se llamaba?

Se acerca el final. Pocas citas llegan tan lejos. Todas se aburren cuando empiezo a hablarles de mi trabajo. Las asusto con mis historias de crímenes de sonámbulos. Si eso no ha sido suficiente, éste es el golpe de gracia.

Ninguna se queda cuando se da cuenta.

Ninguna.

—Anna O —digo.

Doy un último sorbo de vino —un merlot caro, lástima— y cojo la chaqueta.

—Eres el tipo de la foto. El psicólogo.

Sonrío un poco. Miro el reloj.

—Sí, era yo —contesto.

Se refiere a la fotografía que salió en la portada de todos los periódicos después de que pasara todo, ese brutal y sangriento desenlace, ese fatídico momento a partir del cual nada ha vuelto a ser lo mismo. Antes del exilio y de caer en desgracia. Soy el personaje de gafitas con el pelo revuelto y pinta de profesor universitario. Ahora tengo otro aspecto. La barba me hace mayor, me han salido más canas y mis gafas son más gruesas, ya no parecen un descarte del departamento de atrezo de Harry Potter. Pero no puedo cambiarme los ojos ni la cara.

Soy otra persona. Soy la misma persona.

Espero a que me haga la pregunta que me hacen siempre. Es el único misterio que persiste, a pesar de todo, enfrentando a familias, parejas y amigos.

—¿Era culpable? —pregunta mi cita, o, mejor dicho, la mujer con la que he quedado y que ahora me mira como a un bicho raro, reducido a una simple anécdota para contar en Navidad o Año Nuevo—. A ver, apuñaló a dos personas; ¿cómo pudo salir impune de un asesinato?

PRIMERA PARTE

Un año antes

2

Ben

Londres

Suena el móvil.

Es lo que siempre recuerdo.

Lo primero, el principio.

Es tarde, noche cerrada, negra como la tinta. Me he quedado amodorrado en el sillón con una bandeja de curry tibio y media copa de vino barato. Una película en blanco y negro sigue parpadeando en la esquina del salón. *Extraños en un tren*, mi favorita. La gente siempre escoge *Psicosis* o *Vértigo* como la mejor de Hitchcock, pero se equivoca. *Extraños en un tren* tiene la escena del partido de tenis.

La vibración del móvil me devuelve al presente. Se me cierran los ojos. Me limpio las manos grasientas y miro quién llama: «BLOOM, PROF. (The Abbey).» Deslizo el dedo mientras me espabilo y contengo el inminente bostezo.

—¿Hola?

—Ben, perdona que te llame a estas horas, pero es urgente.

Su tono es grave. Y eso, en medio de la noche, me sobresalta. La doctora Virginia Bloom suele ser la primera en bromear o hacer algún comentario jocoso. Es fácil encontrártela deambulando por Oxford Street con un caftán y tacones, o sentada a su mesa del rincón del hotel Langham con una botella de whisky y un puñado de estimulantes en el bolsillo.

Oigo pasos y voces a lo lejos, como si Bloom aún estuviera en la clínica. Miro el reloj; es casi medianoche.

—¿Hay algún problema?

—Bueno, diría que sí. —Se aclara la garganta con ese típico carraspeo de fumadora—. Lo siento mucho, pero te toca a ti. Se trata de una nueva solicitud. Es algo delicada.

Soy psicólogo forense. He asesorado a los principales organismos de las fuerzas de seguridad del Estado. La Agencia Nacional contra el Crimen, el FBI y la Interpol tienen mi número de móvil, pero este caso viene envuelto de un secretismo poco habitual.

—¿Quién ha presentado la solicitud?

Se oye más ruido de fondo. Bloom parece preocupada.

—Haz el favor de venir a la clínica. Me han pedido que no explique nada por teléfono.

Oficialmente estoy de permiso esta semana. Casi he agotado el plazo para entregar mi próximo artículo. Tengo tres informes de pacientes por redactar. Mi intención era trabajar desde casa mañana y enfrentarme a esa montaña de papeles. De todos modos, sólo hay un tipo de casos relacionados con los trastornos del sueño que no pueden comentarse por teléfono. Me ha picado la curiosidad, tal como pretendía Bloom.

—Bueno, dame alguna pista.

La oigo respirar con pesadez. Bloom guarda silencio y luego suspira ruidosamente.

—No creo que me lo agradezcas.

Fuera hace un frío polar, con un cielo emborronado por esa típica llovizna de septiembre. Temo el trayecto desde Pimlico hasta Harley Street. Podría quedarme en el salón, bien calentito, con mi película de Hitchcock y otra copa de vino. Pero ésa no es mi naturaleza.

Por eso he contestado al teléfono. Por eso contesto siempre.

—Es el caso de Anna O —dice Bloom finalmente—. Quieren que veamos algo.

3

Ben

La clínica del sueño The Abbey ocupa una pequeña esquina de Harley Street, parte de unas antiguas caballerizas de elegante ladrillo eduardiano sumamente discretas. Es un oasis detrás de Oxford Street, entre el bullicio de Regent's Park y Cavendish Square, y las visitas nunca dejan de comentar su silencio sepulcral. Todo el interior parece tallado en piedra de Portland, que le otorga un aspecto regio, digno de marquesas con peluca y nobles de segundo rango. Uno se siente aquí como en un santuario.

La noche —o quizá el día, no estoy seguro, porque son más de las doce— sigue gris y fea cuando el taxi me deposita en esta esquina solitaria surcada de charcos. Me resguardo de la lluvia y sacudo mi paraguas negro medio roto. El taxi arranca tan deprisa que me salpica los pantalones. Vuelvo a maldecir a Bloom por la llamada.

Subo el único tramo de escaleras y tecleo la contraseña con torpeza. Los dedos me resbalan bajo la lluvia. Hace mucho que las caballerizas se reformaron para albergar las cuatro plantas de la clínica, pero en la fachada sólo hay una placa plateada con el nombre, THE ABBEY SLEEP CLINIC, y un número de teléfono. No aparece ninguna dirección de correo electrónico. También nuestra página web resulta extremadamente sobria: aunque se citan todos los títulos y cualificaciones del personal de la clínica, no se han incluido fotografías en ningún caso. La imagen es intencionada, como todo aquí. Somos actores secundarios esperando entre bambalinas, preparados para salir en un par de escenas. Es la regla de oro de los especialistas en salud mental: somos escuchados, pero nunca vistos.

No ocurre nada. Seco los botones con la manga y vuelvo a teclear el código. Finalmente suena un clic metálico y la puerta se mueve. Me pregunto si Bloom habrá llamado a los demás, a alguno de mis queridos colegas de la unidad de trastornos del sueño. Pero la recepción y la sala de espera apenas están iluminadas y siguen desiertas. Tengo la sensación de haber vuelto al colegio y ser el único alumno en la sala de actos. La visión de un espacio de trabajo sin su ajetreo habitual siempre provoca extrañeza.

—¿Doctora?

El eco de mi voz resuena y se apaga. Enciendo las luces del techo y

se despliega una paleta de colores neutros y relajantes. La moqueta nueva todavía se nota agradablemente mullida. Los filtros integrados en las paredes bombean y climatizan el aire, que a esta hora intempestiva aún parece más puro. En esta zona suele haber un hilo musical. Su sonido envolvente arrulla a las visitas hasta que llega el momento de pagar y despiertan de golpe en la realidad. La clínica funciona como una especie de útero, un lugar confortable y ajeno al griterío del mundo exterior. Dormir es una necesidad básica, al fin y al cabo.

—¿Doctora?

Nada. Dejo el paraguas al lado del perchero y me deshago de la chaqueta empapada. Junto a la recepción se han instalado varios monitores de seguridad que muestran las fachadas delantera y trasera del edificio. Nuestra clientela nos lo exige. Famosos a punto de casarse, políticos en la cima de su carrera, futbolistas que atraviesan una mala racha, miembros de la realeza envueltos en algún escándalo, todos cruzan la distinguida entrada de la clínica con la cara abotargada por la falta de sueño. Dormir, igual que comer o beber, es vital para el ser humano. La clínica parece un templo moderno donde se apaciguan los demonios de la psique. La gente paga exorbitantes cantidades de dinero sólo para poder dormir en su cama.

Conecto los monitores de seguridad. Las imágenes de las entradas delantera y trasera parpadean débilmente. Dejo las pantallas encendidas y llamo el ascensor. Estoy demasiado cansado para subir por la escalera. Al lado de la puerta, en una mesita de cristal llena de marcas de dedos, veo un montón de revistas desparramadas. Cojo *New Scientist* y lo hojeo mientras espero con paciencia. Hemos vuelto a salir, esta vez en una sección de noticias breves. The Abbey también trabaja como clínica asesora de investigaciones criminales y ha firmado lucrativos contratos con la Policía Metropolitana y otras fuerzas del orden en todo el mundo. La encargada de dirigirlo todo es la doctora Bloom, a quien *The Times* definió en cierta ocasión como «la gran gurú del sueño de Gran Bretaña». El artículo aún está enmarcado en la pared de su despacho.

Llega el ascensor. Me doy cuenta de que conozco el edificio como la palma de mi mano. Intento calcular cuántas noches he perdido por los caprichos de Bloom. Demasiadas, me digo. Pero el caso de Anna O es diferente. Bloom no bromearía con eso. Anna O es el santo grial de los especialistas del sueño. Desde que ocurrió, hace ahora más de cuatro años, se ha convertido en el único misterio que nos ha superado a todos.

No, Bloom no es tan cruel, al menos conmigo.

Llego a la última planta, la llamada ala del departamento de Dirección, que en realidad parece más bien un trastero. Es de acceso

restringido al personal, lo que explica ese aire a Alcatraz de los interiores. Aquí trabajamos siete de nosotros a jornada completa, junto con otros diez profesionales —neurólogos, psiquiatras, psicólogos, psicoterapeutas y especialistas en terapia miofuncional—, que abarcamos toda la gama de tratamientos relativos al sueño. Mi despacho, uno de los pocos que no tienen la cerradura estropeada, está al fondo del pasillo. El primero y más grande es el de Bloom, más nuevo que el resto, con marcos dorados y un minibar oculto.

Me está esperando en la puerta de su despacho con expresión tensa, disgustada. El clip que mantiene a raya su melena gris se mueve al compás de sus bostezos. Ronda los sesenta y cinco años, viste de manera informal —oculta su envergadura operística bajo capas de ropa extravagante y colorida, como este amarillo canario y rosa fresa — y lleva unas gafas de pasta como las de Hank Marvin. A pesar de su desmedida voracidad vital, rara vez muestra cansancio o necesidad de dormir. Bebe como una cosaca y hace gala de un apetito insaciable. Sin duda es el último espécimen de su generación: se toma sus dos botellas de vino con la comida, no perdona una siesta siempre que tiene ocasión y muestra un desprecio absoluto por el área de recursos humanos. Carece por completo de instinto maternal, el gran pecado y tabú entre las de su sexo. Glotona, locuaz e ingeniosa, siempre está dándole vueltas a algo. Es su don y su maldición.

Veo a alguien detrás de ella. Un hombre con cara de hurón, tieso como un palo y con aspecto de abogado. Nada que ver con ella. No lo conozco y estoy intrigado.

—¡Vaya comité de bienvenida! —digo, notando que se me pega la pernera mojada a la pierna—. ¿Les importaría explicarme qué pasa?

Entro en el despacho de Bloom. El hurón se levanta. De cerca impone más. Lleva el pelo acartonado, peinado con precisión. Tiene unos cincuenta años, nariz aguileña y unas buenas entradas. En la mesa, al lado de su silla, veo una carpeta con el emblema del «Ministerio de Justicia». Me sudan las manos. Parece que Bloom iba en serio. Esto supera a las fuerzas del orden, e incluso a la Agencia Nacional contra el Crimen. Es nivel ministerio.

—Perdona, pero es muy urgente —dice Bloom—. Doctor Benedict Prince, le presento a Stephen Donnelly, subdirector del Ministerio de Justicia.

Donnelly me estrecha la mano sin fuerza y mirándome a los ojos.

—Antes de empezar, doctor Prince, no tengo más remedio que comunicarle unas cuantas normas —me dice en voz baja.

Disimulo mi sorpresa.

—¿Ah, sí?

Donnelly está congestionado y se sorbe la nariz a cada frase.

—Sí. Al final, si no le importa, tendrá que firmar algunos

formularios.

—¿Diciendo qué?

—En primer lugar, que esta reunión no ha existido. En segundo lugar, que usted no me conoce. En tercer lugar, que lo que nos disponemos a explicarle nunca saldrá de este edificio, ni de esta sala, para ser exactos. A quien se lo pregunte le dirá que ha venido a la oficina para recoger unos informes de pacientes antes de volver a casa. ¿Está claro?

Siento el impulso de sonreír, pero veo que no bromea.

—¿A qué viene todo esto?

—¿Debo entender que acepta las condiciones?

—¿Tengo alternativa?

—La verdad es que no. —Donnelly señala la silla vacía—. Siéntese, por favor.

4

Ben

Bloom cierra la puerta y tampoco nos ofrece algo de beber para suavizar la situación. Es una estricta reunión de trabajo. En lugar de eso, se sienta con parsimonia en la mullida silla de cuero del escritorio, y finalmente le hace una señal con la cabeza a Donnelly para que empiece.

Él tiene sonrisa de verdugo.

—No insultaré su inteligencia, doctor Prince. Me consta que ya está al corriente del caso de Anna O y de los dos asesinatos que se cometieron en Oxford en agosto de 2019. No me equivoco, ¿verdad? Por eso he pedido hablar con usted.

Lo miro preguntándome si tiene acceso a las más altas instancias. Inmediatamente por encima de él están el director general, su jefe, y el secretario del Ministerio de Justicia, seguido por el secretario de Estado de Justicia y el primer ministro. ¿Por qué alguien de su rango querría reunirse conmigo en plena noche con la instrucción de no dar detalles por teléfono? ¿Qué puede ser tan importante?

Queda muy poca gente en este planeta que no conozca el nombre de Anna O. Ha inspirado pódcast, series y documentales de Netflix, infinidad de columnas de opinión, además de *best-sellers* y montones de artículos en desconocidas revistas académicas, varios de ellos firmados por mí.

—Por supuesto que no se equivoca.

Asiente.

—Hace poco que un artículo suyo llamó la atención de… Bueno, digamos que de personas muy importantes. —Levanta su pequeño maletín de cuero y saca una carpeta fina de papel manila. Lee el título en voz alta—: «El síndrome de resignación y la psicología criminal: en busca de un nuevo modelo de diagnóstico.» *The Modern Journal of Forensic Psychology*. Es lo último que ha escrito sobre el tema, ¿verdad?

Miro a Bloom, que se limita a sonreír con frialdad.

—Sí.

—Parece sorprendido.

—Lo estoy. Es un artículo que aún no ha pasado por la preceptiva revisión y que por supuesto no se ha publicado. Sólo hace tres

semanas que se lo mandé a la directora de la revista.

Donnelly me mira con expresión de lástima, como si no estuviera acostumbrado a tanta ingenuidad.

—Nuestros contactos nos avisan cuando aparece información potencialmente interesante. Le aseguro que sus estudios sobre los trastornos psicosomáticos ya cuentan con bastantes seguidores en Whitehall.

Me siento mancillado y fascinado a partes iguales. Veo cómo se esfuma el mensaje de mi cuenta de Gmail con el artículo adjunto en un documento de Word. ¿Los reenvía directamente la directora de la revista, o están ellos siempre al acecho? No sé si quiero saberlo.

Donnelly mira de nuevo la carpeta.

—Su artículo se centra sobre todo en el caso de Anna O, al igual que su último libro. La diferencia es que el artículo plantea la posibilidad de una curación. ¿Le importa que le pregunte por qué eligió este caso en concreto?

Me apoyo en el respaldo y miro de reojo a Bloom con acritud. Es una encerrona. Me han hecho venir de improviso, sin darme tiempo a prepararme. No sé cuánto debería contarle.

—Básicamente fue idea de la directora de la revista —contesto—. Creyó que de esta forma el artículo llamaría más la atención y que así incluso se haría eco la prensa generalista. El libro se había vendido muy bien y ella albergaba la esperanza de que la revista tuviera el mismo éxito. Yo sólo me dejé llevar.

—Eso significa que conoce a fondo el caso de Anna O, ¿verdad?

No puedo obviar la verdad.

—El primer oficial de policía que llegó al lugar del crimen fue mi mujer, que en 2019 formaba parte de la Unidad de Delitos Mayores de la Policía del Valle del Támesis. Fue el primer caso que le asignaron como investigadora, pero, bueno, supongo que eso ya lo sabe.

—Ajá —se limita a decir Donnelly.

—Anna O lleva casi más tiempo en la familia que nuestra propia hija —digo a modo de justificación, como me veo obligado a hacer siempre que hablo del tema—. No es que mi mujer haya revelado nunca información confidencial. Eso que quede claro. Me he basado en datos de acceso público y también en otros casos de síndrome de resignación menos polémicos que han ocurrido en otros lugares del mundo. Así escribí tanto el libro como el artículo.

—Como el brote de casos que hubo en Suecia, si mal no recuerdo.

—Sí, y otra serie de casos en Kazajistán, dos antiguos centros mineros y agrícolas soviéticos que...

—Krasnogorsk y Kalachi. Sí, sí, los conocemos perfectamente.

Empiezo a impacientarme. Estoy cansado de este individuo y sus respuestas sentenciosas.

—No pretendo ser maleducado, pero ¿qué interés pueden tener para el Ministerio de Justicia un libro de divulgación psicológica y un artículo publicado en una revista académica?

Donnelly sonríe de nuevo, con la misma crueldad y rapidez.

—En su artículo afirma que ha desarrollado un nuevo método de diagnóstico que ayuda a los pacientes a despertarse del síndrome de resignación. ¿Es así?

Es evidente que ha leído el artículo, entero o resumido, y que sabe que no es verdad lo que ha dicho, así que me está poniendo a prueba.

—No.

Se hace el sorprendido.

—¿No?

—Mi artículo plantea un nuevo marco para la comprensión de los trastornos psicosomáticos, sobre todo los que están ligados a acciones vinculadas al sueño, incluido el fenómeno del sonambulismo homicida. Me interesa descubrir si los sonámbulos son técnicamente conscientes de sus actos cuando infringen un delito, como un asesinato, por ejemplo. También es válido para los pacientes aquejados de síndrome de resignación. ¿Somos conscientes de lo que hacemos cuando estamos dormidos? ¿Se nos puede exigir responsabilidad penal? ¿Dónde empieza el sueño y dónde termina la conciencia?

—Es una cuestión controvertida.

A eso responde mi siguiente pregunta: ¿sabrá Donnelly que soy víctima de ataques constantes desde blogs y redes sociales? Por supuesto: ¡me he convertido en blanco de trolls de todos los rincones del planeta desde que mi libro salió a la venta!

—Algunas personas siguen ancladas en la prehistoria y aún distinguen entre trastornos neurológicos y los llamados trastornos funcionales. Creen que lo que sucede en la psique no es real. Mi objetivo es cambiar esa percepción, y hay quien se lo toma mal.

—¿Significa eso que puede conseguir que se despierten los pacientes con síndrome de resignación?

Es una pregunta tan directa que me choca.

—Bueno, depende.

Donnelly me mira fijamente. Llega hasta lo más profundo de mi ser, con esos ojos pequeños y brillantes.

—¿De qué, exactamente?

Me revuelvo en la silla, nervioso, hasta que me recompongo. Tengo mucha sed.

—Más que nada del tiempo que lleve dormido el paciente. Y de los factores externos que hayan causado la enfermedad —digo—. Mi libro era una versión divulgativa, para el gran público. El rigor científico lo he reservado para mi artículo, allí es donde he formulado nuevas

teorías y analizado los datos recogidos hasta la fecha. Pero, bueno, tampoco es la panacea.

—En el caso de Anna O, por ejemplo.

—Para el síndrome de resignación, el tope son cuatro años. Mis datos se centraban sobre todo en casos de entre uno y tres años.

—O sea que ¿es puramente teórico?

—De momento sí.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para poner a prueba sus teorías? En el mundo real, me refiero.

Me río.

—No sabría decirle.

—Algún cálculo habrá hecho.

—Tres meses, por decir algo —contesto—. Sería lo mínimo.

Donnelly mira su reloj. Otra vez parece impaciente. Ordena la carpeta y la guarda en su maletín, como quien se prepara para el turno de madrugada en la oficina. Luego mira a Bloom y le hace un gesto seco con la cabeza.

Me vuelvo hacia ella todavía enfadado.

—¿Qué hago aquí?

Es el turno de Bloom, que antes de hablar se endereza en la silla con esa gracilidad propia de las personas realmente corpulentas. Va directa al grano, deprisa y sin entonación, como si leyera los derechos a un preso.

—El secretario de Estado de Justicia y el fiscal general de Su Majestad para Inglaterra y País de Gales han dado su autorización para que el paciente RSH493 del ala Coral del hospital Rampton sea puesto en libertad y asignado provisionalmente a la tutela de The Abbey, bajo mi supervisión directa. La orden del Ministerio de Justicia está amparada por la Ley de Secretos Oficiales, de modo que toda persona que filtre información, dentro o fuera de este edificio, deberá responder ante la justicia. ¿Me entiendes?

El preso rsh493. Conozco ese número perfectamente, como cualquiera que lea la prensa.

El hospital Rampton es el único centro médico psiquiátrico de alta seguridad que admite a mujeres. La paciente número 493.

A. Ogilvy.

Donnelly y Bloom se levantan. Yo también, maquinalmente y con la boca seca.

—No. Lo siento, pero no entiendo nada. ¿Qué pasa?

Bloom vuelve a mirar a Donnelly.

—Amnistía Internacional está a punto de presentar una apelación ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos para que Anna Ogilvy sea puesta en libertad alegando que recibe un trato inhumano —dice Bloom—. Antes de que esto ocurra, la Fiscalía de la Corona del Reino

Unido y el Ministerio de Justicia quieren juzgarla por asesinato o se arriesgan a perder el caso.

Tardo unos segundos en procesar la información.

—O sea, que Anna Ogilvy tiene que estar en condiciones para ser juzgada. Y para estarlo tiene que…

—Hacer algo que no ha hecho en cuatro años: despertarse. Ni más ni menos.

He aquí la verdadera razón. Por un instante me vienen a la cabeza todas esas horribles historias de la Primera Guerra Mundial que nos contaban en el colegio: esos reclutas adolescentes medio muertos de hambre a los que arrancaban de las trincheras para llevarlos ante el pelotón de fusilamiento, después de haberlos puesto en condiciones, confundiendo la neurosis de guerra con la cobardía. Advierto una similitud inquietante. Soy psicólogo, no funcionario de prisiones.

—Curo a la gente, no la condeno. Seguro que podrán recurrir a algún otro especialista en sueño.

Es Donnelly quien contesta, con evidente hartazgo.

—Ya lo hemos hecho. Estados Unidos, Europa, Asia, hemos viajado por todo el mundo y traído a los mejores especialistas, a los más prestigiosos, pero es un campo de investigación con pocos recursos y por desgracia ninguno de esos métodos ha funcionado. La última opción que nos queda es su artículo, doctor Prince.

—¿Por qué la traen aquí?

—Si usted fuese a diario al hospital Rampton, tarde o temprano se sabría. Además, ésta es la única clínica del sueño de Londres capaz de acoger un caso de estas características y asegurar unos requisitos de confidencialidad tan estrictos. No hay alternativa. La trasladarán esta misma noche, escoltada por un agente de enlace, e ingresará con otro nombre. Por lo que a usted respecta, será como cualquier otro paciente.

—La reconocerán.

—Hace cuatro años quizá sí, pero hoy en día ya no. Casi media década durmiendo hace mella en el físico de cualquiera.

—¿Y qué hacemos con el resto del personal?

—La reclusa llegará acompañada de una enfermera de Rampton que trabajará con un nombre falso —dice Donnelly—. Usted será la única persona de la clínica que tendrá contacto con la reclusa. La doctora Bloom será nuestra intermediaria y coordinará sus avances con los nuestros. La señorita Ogilvy no saldrá nunca de la habitación, y usted tampoco le dirá a nadie que se encuentra aquí. Sólo lo sabrán los miembros de su familia; y si fuera necesario, usted también podrá tener contacto con ellos. El secretario de Estado se ha comprometido a tomar medidas contra cualquier persona que incumpla las condiciones del traslado provisional de la reclusa.

Siento una mezcla de estupor e irritación ante su desfachatez.

—Esto es absurdo. No me creo que consideren un peligro público a Anna Ogilvy. ¿No será que lo que les preocupa en realidad son los titulares?

Donnelly no reacciona a la provocación.

—Eso cuénteselo a los familiares de las víctimas. A Anna Ogilvy no podemos ponerla en libertad, pero tampoco retenerla indefinidamente. Esta odisea tiene que acabar. Firme el acuerdo de confidencialidad y váyase, o bien atrévase a poner en práctica sus teorías en el mundo real. De usted depende, doctor Prince.

—¿Y si no consigo despertarla? ¿Y si mi teoría no funciona?

Donnelly se abrocha el abrigo y suspira, exhausto después de un día tan largo. Me mira fijamente con sus gélidos ojos verdes.

—En tal caso, tarde o temprano Anna Ogilvy será libre y volverá a matar —dice con frialdad.

5

Ben

Si nos atenemos a los hechos, el caso de Anna O es muy simple. Creo que por eso lo recuerda todo el mundo. Impresiona su crudeza y sencillez.

El 30 de agosto de 2019, a las tres y diez de la madrugada, Anna Ogilvy, de veinticinco años, hija un miembro importante del partido en la oposición y fundadora y directora de la revista *Elementary*, fue encontrada dormida en la cabaña de la Granja de Oxfordshire donde se alojaba con un cuchillo de cocina de veinte centímetros. En la cabaña contigua se hallaron los cadáveres de sus mejores amigos: Douglas Bute, de veintiséis años, e Indira Sharma, de veinticinco.

Las autopsias revelaron diez heridas de arma blanca en cada cuerpo. Las únicas huellas dactilares del cuchillo eran de Anna, que también tenía manchas de sangre en la ropa. El análisis forense posterior corroboró que era la sangre de las víctimas. Por su parte, el análisis forense digital descubrió en el móvil de Anna un mensaje de WhatsApp con una confesión parcial enviada antes de quedarse dormida.

Por la fase de *rigor mortis* se concluyó que las víctimas llevaban varias horas muertas. De todos modos, las heridas eran mortales y ninguna podría haberse salvado. La inspectora Clara Fennel, de la Unidad de Delitos Mayores de la Policía del Valle del Támesis, fue el primer agente de las fuerzas del orden en llegar a la Granja y a la escena del crimen. Encontró a la señorita Ogilvy aún vestida con las prendas manchadas de sangre. Se intentó por todos los medios despertar a la sospechosa, pero la señorita Ogilvy seguía dormida e inconsciente. Más tarde la trasladaron en ambulancia al hospital John Radcliffe, en Headley Way.

Las pruebas no detectaron nada fuera de lo normal. Estaba viva, su organismo funcionaba perfectamente. Fue imposible identificar qué misteriosa enfermedad la había sumido en ese estado catatónico. Nunca volvió a abrir los ojos.

Las consecuencias en la esfera pública fueron inmediatas y brutales. La madre de Anna, la baronesa Emily Ogilvy, dimitió de su cargo como responsable de Interior del partido de la oposición y abandonó la Cámara de los Lores. El padre, Richard Ogilvy, gestor de fondos

internacionales, renunció al proyecto de abrir nuevas oficinas en Manhattan. El caso se bautizó con el nombre que usaba Anna en las redes sociales: @AnnaO. Los sospechosos de asesinato suelen ser hombres con un coeficiente intelectual bajo, cara de boxeador y un siniestro historial de violencia doméstica. Anna O era una mujer joven, con una educación exquisita y cierto renombre como periodista y escritora. Un verdadero sueño para los medios sensacionalistas.

La prensa tardó muy poco en sacar a relucir hasta el último aspecto de su vida: su infancia en una mansión de Hampstead, los rumores de consumo de drogas durante la adolescencia, sus novietes de Oxford —todos más que dispuestos a hacer declaraciones a la prensa— y hasta los empleados y becarios de *Elementary*, la revista que Anna había fundado con Indira y Douglas. Si algo he aprendido siendo psicólogo, es que la resonancia de un asesinato está íntimamente relacionada con la época del año en que se produce. Agosto, en plena sequía de noticias, era el mes perfecto. Unas semanas más tarde habría pasado desapercibido.

Por suerte para mí, Anna Ogilvy eligió bien su momento.

La opinión pública y la prensa sensacionalista, como no podía ser de otra forma, se posicionaron rápidamente: los convencidos de su inocencia la llamaban Anna O y los otros Bella Durmiente. Nadie hablaba de otra cosa.

Tampoco yo, la verdad.

6

Ben

Los cuatro pisos de la clínica no son iguales. En la planta baja está la recepción, una oda al buen gusto y la maestría del interiorismo profesional. El sótano alberga la cocina y otros servicios domésticos. La primera planta es para los esporádicos. Así llamamos a los pacientes que acuden con problemas relacionados con el sueño, pero no requieren un tratamiento inmersivo: muchas idas y venidas de Mercedes con ventanillas tintadas y no pocos vuelos privados desde la City de Londres.

La segunda y tercera planta están destinadas a los ingresos propiamente dichos, pacientes con graves trastornos del sueño que no pueden llevar una vida normal. Todos los residentes, así los llamamos, tienen su habitación y su cuarto de baño. Se respira una atmósfera entre clínica privada y hotel *boutique*. Hay servicio de habitaciones, con carta de restaurante, y los pacientes pueden pedir libros, periódicos y todas las revistas que deseen. La única excepción son los dispositivos digitales: no se permiten móviles, portátiles ni iPads. Tampoco hay wifi en estas dos plantas. Somos maravillosamente analógicos, una reliquia del pasado.

La última planta está reservada al personal. Aquí las paredes, de un tono azul marino, están desconchadas, y el minimalismo primigenio ha dado paso a una dejadez funcionarial. Y los despachos rebosan de papeles y expedientes. Esta noche, desde la ventana del de Bloom, veo que Donnelly sube a un Jaguar del Gobierno y se pierde en la oscuridad punteada por la luz de las farolas.

El frío se cuela por las ventanas, viejas y en mal estado. En todas las habitaciones de esta planta hace un frío glacial. Me viene a la mente el correo electrónico que me encontré una buena mañana en la bandeja de entrada. Era una especie de oferta de trabajo: el vicerrector de Asuntos Académicos del Colegio universitario de las Islas Caimán me tentaba con un puesto de profesor visitante y la posibilidad de dirigir un posgrado en psicología del sueño. Cometí la estupidez de rechazar su propuesta, de preferir estas lluviosas calles en lugar de una espléndida playa caribeña. La oferta quedó ahí, suspendida para siempre sobre la humedad y las ventoleras de la noche londinense, aunque de vez en cuando vuelvo a preguntarme si no debería haber

aceptado.

Bloom y yo nos movemos hasta el bar del fondo del vestíbulo, reservado al personal. Limpio dos tazas de café y sacó un poco de pastel de queso rancio de las profundidades de la pequeña nevera portátil. Nos lo servimos en platos de cartón mientras dejamos que se enfríen nuestras tazas de Nescafé. Bloom se queda el trozo más grande, como siempre, y yo me conformo con un resto diminuto.

—Supongo que tendrás preguntas —dice Bloom.

Siempre las he tenido, desde el primer día.

Saca otra carpeta de papel manila, similar a la de Donnelly, y la desliza por la mesa llena de migas.

La cojo de mala gana.

—Otro documento misterioso. ¿Éste también tengo que adivinarlo?

Sonríe.

—Si quieres...

De nuevo veo el emblema del Ministerio de Justicia y la identificación de máxima seguridad impresa en mayúsculas rojo sangre en el frente: CLASIFICADO. La abro y en la primera página hay una foto grande de una paciente con bata tumbada en una especie de cama medicalizada en el pasillo blanco de un hospital.

Es una mujer, de edad indefinida, con el pelo recién lavado y peinado, pero los ojos cerrados. También parece que se lo acaben de cortar, y las raíces se le ven un poco blancas. Su expresión es serena, pero ya no es joven. Pese a todo, tardo un poco en asimilar lo que estoy viendo.

Anna Ogilvy.

Bloom me mira con atención.

—Yo he reaccionado igual.

—O sea, que Donnelly lo decía en serio. Se la ve...

Tiene que haber algún error. En 2019 Anna Ogilvy se encontraba en la flor de la vida, imbuida de la arrogancia de los veintitantos y con un maravilloso futuro por delante. Su foto, con esa sonrisa un poco punk y el pelo corto a lo *garçon*, fue publicada por todos los suplementos de prensa y compartida en millones de perfiles de todas las redes sociales.

En esta foto, sin embargo, es otra persona. Un manto mortecino cubre todos sus rasgos. El pelo parece una peluca y su cuerpo esculpido en alabastro, como una figura de cera de Madame Tussaud.

Disimulo mi sorpresa.

—Parece un fantasma.

—Prácticamente lo es. Lleva durmiendo cuatro años.

—¿Actividad cerebral?

—Por lo visto sigue igual. Le han hecho lo de siempre, un montón de electroencefalogramas, y los monitores sólo indican eso: un sueño

profundo. El problema es que hace mil quinientos días que duerme así.

—¿Sin ningún cambio, ninguno en absoluto?

—Busca la página cinco —dice Bloom.

Abro el informe por donde me ha dicho. La página en cuestión está compuesta por varios gráficos que reflejan la actividad cerebral y las reacciones fisiológicas de Anna. La gente se queda dormida por fases y se despierta de golpe, al menos la mayoría. Los resultados de los electroencefalogramas son normales, como han sido siempre. Pero los niveles de respuesta física suben ligeramente justo al final.

—¿Esto de cuándo es?

—De hace cuatro semanas. Es la única vez que ha pasado. Los monitores reflejaron cierta estimulación debida a fenómenos externos.

—Podría ser casualidad, claro.

Bloom resopla, poco convencida.

—Mira la siguiente página.

Aún me siento utilizado, pero no puedo remediarlo: el misterio de este caso me tiene subyugado. En la siguiente página se muestran con más detalle los resultados anómalos. Me fijo en los días, y luego en las semanas. Por alguna razón, Anna estuvo a punto de despertarse hace cuatro semanas, como indica la única lectura posible de los gráficos. Algo pasó.

—¿Hubo alguna explicación?

—No. Al menos el equipo médico no la encontró —contesta Bloom.

—Todo un misterio.

—Otro más.

La vibración del móvil de Bloom rompe el silencio. Contesta, escucha, murmura un par de síes y cuelga. Es raro verla en el papel de empleada por una vez, rebajándose ante una autoridad superior.

—¿Ya han llegado?

—Calculan que llegarán en cinco minutos. —Se levanta y recoge unos papeles—. Cuando tengas un rato, léete el resto del informe. Está todo lo referente al alias que usaremos para ella, además de algunos contactos de emergencia por si se complican las cosas fuera de aquí.

Siento el primer calambre en la barriga.

—¿Hasta qué punto pueden complicarse?

Bloom hace ese gesto tan suyo con la palma, como quitándoles importancia a mis temores.

—Que te espere alguien en la puerta de tu casa, que te sigan en el metro. Ya sabes, periodistas, cosas así. Sólo debes tomar las precauciones de siempre.

Me veo sentado tranquilamente en mi piso, sin más preocupación que una copa de vino avinagrada y el clásico de turno en la pantalla. Aburrido, sí, pero seguro.

—¿Qué diremos al resto del personal?

—Seguiremos la rutina habitual.

Vamos a su despacho, de donde coge otra carpeta, y sale disparada hacia los ascensores. La sigo y entramos directos en uno. Pulsa el botón de la planta baja. Bloom siempre usa el ascensor, a pesar de que el médico le ha insistido en que vaya por la escalera. El ejercicio y las dietas son para los simples mortales.

—Será como una clienta vip que tiene una cláusula médica en su contrato cinematográfico y no puede permitirse que salgan a la luz sus problemas de sueño sin provocar un auténtico infierno legal. Por un plus de intimidad y el más absoluto anonimato se paga un precio muy alto.

En la segunda planta hay una zona con un protocolo de seguridad especial para los que optan por el «Pack vip»: estrellas de Hollywood, directores de empresas que cotizan en bolsa y, en general, cualquier persona capaz de provocar un terremoto en los mercados o una demanda multimillonaria sólo por reconocer que tiene problemas para dormir. Londres es uno de los destinos favoritos de la clientela internacional, que oculta su tratamiento con la excusa de una simple semana de vacaciones. Disponemos de salidas traseras minuciosamente diseñadas para ellos y de inhibidores de señal distribuidos por la zona vip para que no puedan filtrarse imágenes de su presencia en el edificio. Hay incluso zonas especiales para comer y hacer ejercicio diseñadas para que estos pacientes sólo sean vistos por el personal de la clínica. The Abbey cuenta con los mejores abogados penalistas especializados en delitos contra la intimidad y en sus dos décadas de historia no ha habido una sola filtración.

—Donnelly ha dicho algo de un enlace con la Policía Metropolitana. ¿Lo conozco?

Bloom ni me mira. El ascensor baja a sacudidas hasta la última planta. Siempre se vale del silencio como cláusula de rescisión.

—¿Quién es? —pregunto al irrumpir en el lujoso vestíbulo, iluminado como un hotel.

Me mira de reojo, con una tensión en la mandíbula que la delata.

—Teniendo en cuenta tu implicación en el caso, se ha escogido un enlace que no plantease problemas de confianza. Lo siento, Ben. Ella ha llevado el caso desde el principio. Yo no he tenido voz ni voto.

Llegamos a la puerta de la calle. Se oyen los frenos de los coches.

—Dime que es una broma, por favor.

—Ojalá.

Sólo puede ser una persona.

7

Ben

Los dos habíamos intentado evitar esta situación.

—Ben.

—Clara.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias.

—Quizá un poco más de barriga, ahora que me fijo. Demasiadas noches de sofá con lasaña del súper. No te habrás vuelto a aficionar a las galletas, ¿verdad?

—Me alegro de verte, como siempre. ¿Me acompañas?

La zona especial para vips se encuentra en la segunda planta, al final de un laberinto de escáneres. Caminamos en silencio hasta el ascensor.

—¿Bromas sobre el peso? ¿En serio?

Clara —o, mejor dicho, la inspectora jefe Fennel, desde su último ascenso— ni me mira.

—Profesionalidad absoluta, Ben. Es lo que habíamos acordado. Esto me gusta tan poco como a ti.

—Nadie lo diría.

—No has contestado mis llamadas.

A pesar de todo, la echo de menos. Pero eso no lo puedo decir. Echo de menos nuestra casa en Oxford. Echo de menos las carreras de nuestra hija Kitty por el pasillo al oír el ruido de mi llave en la cerradura. Echo de menos los domingos en la cama con los periódicos y los maravillosos paréntesis de libertad que llegaban de improviso con una llamada y un cambio de turno. Echo de menos la familia que éramos.

Con los acuerdos de divorcio, se estableció que Clara tendría la guarda y custodia de nuestra hija, y yo me ceñiría a un régimen de visitas, principalmente porque Clara se quedó con la casa antes de mudarse a Londres. La falta de un segundo dormitorio en mi piso de Pimlico socaba mis aspiraciones a la custodia compartida.

No puedo permitirme un piso más grande, y sin eso Clara no dará su brazo a torcer.

Ninguno de los dos tiene ganas de recurrir a los tribunales.

Llegamos a la entrada de la zona vip de la segunda planta, que

cuenta con su propio acceso desde la escalera principal. La brigada del Servicio Penitenciario de Su Majestad se ha ocupado del aparatoso traslado de la presa/paciente y la ha instalado sin percances en la habitación asignada. La enfermera se ha ido a dar una vuelta para orientarse. El policía de la unidad armada, en ropa de paisano, está familiarizándose con el circuito cerrado de videovigilancia. Así que sólo quedamos nosotros dos.

Introduzco la contraseña de la zona vip y espero a que la luz se ponga verde. Aquí es todo más clínico, de una blancura ostentosa, como un centro de convenciones con una pátina de antiguo manicomio. Veo la sala vip delante.

—Sobre todo no debes olvidar lo que tienes entre manos —dice Clara.

—¿Una paciente que necesita mi ayuda?

—No, una presa que asestó diez puñaladas a cada una de sus víctimas. Esto no es un experimento de laboratorio para poner en práctica tus teorías sobre el cerebro. Despiértala y déjanos hacer nuestro trabajo.

—Siempre y cuando me dejéis hacer el mío, tú y los del Ministerio de Justicia.

Clara me mira con el mismo desdén que enarbolaba durante nuestros duelos junto al lavavajillas. Ella es inspectora jefe y yo un simple asesor que va por libre. Ella se graduó con honores en el Hendon Police College y tiene un máster de Oxford en Criminología Aplicada. Yo soy un psicólogo especialista en sueño titulado por la universidad a distancia y con una década de clases nocturnas a cuestas. Son pequeñas diferencias que se han ido agrandando con el tiempo, como un arañazo convertido en una herida.

—Además, técnicamente no es una asesina.

—¿Apuñalar a dos personas no es asesinar para ti?

—Ni para mí ni para ningún jurado de doce hombres y mujeres y un juez de ningún tribunal del estado.

—Tecnicismos.

—Hechos.

—¡Por Dios! ¡Si lo confesó en el mensaje que envió a su propia familia!

Las ocho palabras de ese mensaje de WhatsApp ya forman parte de la crónica negra del país y han sido citadas miles de veces. Casi todos los documentales sobre Anna O empiezan de la misma manera.

«Lo siento. Me parece que los he matado.»

La mayoría cree que para enviar ese mensaje tenía que estar consciente y que, por tanto, también lo estaba al cometer el crimen. La consideran culpable. Pero ellos no han estudiado el universo del sueño. La gente hace cosas mucho más complicadas que escribir

mensajes de WhatsApp mientras está técnicamente dormida.

—¿Y la presunción de inocencia? La opinión pública no es un tribunal válido.

—Tú no estabas aquella noche, Ben. No viste lo mismo que yo.

No, pero me lo han contado. Puedo imaginar lo horrible que fue para todos. Para Clara, la familia... incluida la propia Anna. Si se hubiera despertado de golpe después de asesinarlos, la mera visión de los cadáveres habría sido suficiente para sumirla en un sueño más profundo, eterno. En esos casos el cuerpo se desconecta por una sobrecarga mental.

Vuelvo a sentir ese dolor del pasado, esa mezcla de amor y odio. Me gustaría hablar con ella, decirle que me arrepiento de tantas cosas... Pero nuestra relación se echó a perder hace mucho tiempo. No sabría cómo empezar.

—Por cierto, fue culpa mía —digo—. Me refiero a la semana pasada, eso de no ponerme al teléfono y no ir al cole a recogerla. No debería haber pasado. Lo siento.

Clara no dice nada, se aparta un mechón de la cara.

—Ya, bueno, procura tranquilizarla este fin de semana. —Su tono vuelve a ser amable—. Desde que vio esas fotos no está bien, y a mí no me hace el mismo caso que a ti.

—Mentira.

Sonríe con tristeza y mira su reloj.

—Son casi las dos de la madrugada. En menos de seis horas tengo que llevarla al cole. ¿Podemos ir al grano? Es hora de que conozcas a tu nuevo contacto.

8

Ben

Harriet Roberts, la enfermera transferida desde el hospital de alta seguridad Rampton, sigue patrullando la sala de curas.

—Intentamos asignarle una rutina.

—¿De qué tipo?

La brusquedad de su tono me recuerda a los profesores de gimnasia del colegio. Es menuda y delgada, con una melena castaña que le roza los hombros. Su expresión bondadosa contrasta con su postura erguida y el porte casi militar: sin duda se trata de una férrea partidaria de la disciplina, con décadas de enfermería a sus espaldas. Rampton tiene mucho de cárcel, como Broadmoor. La inocencia no sobrevive al primer contacto. La dulzura desaparece y asoma la autoprotección.

—Las cortinas se descorren como máximo a las ocho. A las diez en punto ya no puede haber luces encendidas. La primera parte del día se dedica a ejercitar los músculos y la segunda a la estimulación mental.

—¿Y qué hay de los monitores?

—Ahuecar las almohadas, hacer que le circule la sangre, darle conversación. Ésas son las instrucciones que he recibido de los médicos.

—Ya.

Parece ofendida por algo, quizá sólo por hacerle estas preguntas. Es el problema de ser psicólogo: los neurólogos te miran por encima del hombro, los psiquiatras te echan sermones y a las enfermeras les encanta denigrarte. La referencia a los médicos no ha sido casual. Claro que su situación no tiene nada de envidiable. Las enfermeras estudian para mejorar la salud de la gente, no para hacerles masajes en las piernas a presuntos asesinos. Me gustaría saber por qué Harriet ha acabado en Rampton y no en un hospital normal. ¿Qué la ha llevado a cuidar a los desechos de la sociedad y pasarse la vida acompañando a locos y gente violenta?

A pesar de su frialdad, me lanzo a hacerle la pregunta.

—Has estado con la paciente desde que la ingresaron, ¿verdad?

Asiente.

—Ya hace más de cuatro años. Siempre he estado a cargo de su monitorización. Parece mentira que haya pasado tanto tiempo.

Percibo cierto orgullo en su respuesta. La gente a veces piensa que

esto es un simple trabajo, pocos se dan cuenta de lo que realmente significa. Aunque parezca una insensible, fue Bloom quien me enseñó lo que es implicarse de verdad. No con palabras, sino con hechos.

—Esto va más allá del simple deber. Cuatro años... Impresionante.

Harriet sonríe. Percibo un atisbo de emoción reprimida.

—Para mí nunca ha sido sólo un trabajo. Es una vocación. El hecho de que ella no hable seguramente ayuda.

—Así que, hace cuatro semanas, cuando se observaron esas anomalías en los monitores, tú estabas con ella.

De pronto me mira con más interés. Suspira.

—Por lo visto fue un simple fallo técnico. Los médicos lo comprobaron todo a fondo.

He notado una vacilación.

—¿Tenías otra teoría?

Parece un poco cortada.

—Es una tontería, ya lo sé, pero pensé que podía deberse a algún estímulo externo. Cosas de enfermeras, supongo... Ningún médico se lo tomó en serio.

—¿Algún estímulo? ¿Como cuál?

—Nada, son tonterías.

—Da igual, explícamelo.

—Una de las nuevas limpiadoras estaba escuchando Spotify con el móvil mientras trabajaba. Todo el rato la misma canción. Era la única diferencia respecto a los últimos cuatro años.

—¿Qué canción era?

—*Yesterday*, de McCartney.

—¿Estás segura?

—Ya te he dicho que los médicos no me hicieron ni caso. Me dijeron que todo eso no era más que psicología barata. Supongo que ellos saben de qué hablan.

—Neurólogos, ¿no?

Asiente, reacia a salirse del guión.

—Sí.

—¿Te llamó la atención alguna otra señal física?

—Los ojos. Normalmente están muy quietos, pero con la música se movían un poco, y también le temblaba la mano derecha. Los médicos dijeron que eran espasmos musculares, sin ninguna relación con la música, aunque yo lo vi varias veces.

Asiento.

—Te relevo.

Harriet termina su trabajo y se aparta de la cama.

—Vale. Pasaré dentro de un rato para ver cómo va todo. Llámame si necesitas algo.

—Por supuesto.

Se cierra la puerta. El pestillo se desliza aparatosamente en la ranura. Qué raro estar de pronto solo en la habitación. Durante los últimos años he leído todo lo publicado sobre el caso. Ha pasado mucho tiempo, pero de vez en cuando aún aparecen artículos de opinión sobre el fenómeno mediático de Anna O en *The Guardian* y el *London Review of Books*. Efecto de la mirada masculina. Creación de los medios. La mujer caída. Eva renacida. En la Universidad de Goldsmiths se imparte un curso sobre misoginia y mitos en los medios de comunicación que trata en profundidad el caso de Anna.

Muchos ven el mito de Anna O desde otra perspectiva: ella es la víctima y no la mala de la historia. Me imagino la reacción de Clara y decido no comentárselo. Yo tengo tanta culpa como ellos. ¿O acaso no cuento con mi propia entrada en Amazon? «Prince, Benedict, *Anna O y otros misterios de la mente* (Nueva York, 2021).» Además, por lo visto ya es un *best-seller*, aunque sólo sea en Bélgica.

Me acerco a la cama. Hay tantos monitores encendidos, cables enrollados y tubos enroscados que parece un plato gigante de espaguetis.

Toso nerviosamente contra la mascarilla. Lo primero que me llama la atención es lo menuda que parece en persona. Las fotos recicladas por todos los medios de comunicación no reflejan la realidad, o al menos ya no. Esta criatura no tiene nada que ver con la hija rebelde de la diputada. Aquí se la ve vulnerable, desprovista de toda su armadura, mucho más mayor, demasiado para ser alguien que no ha cumplido ni los treinta.

Anna O es un personaje de la mitología sensacionalista, mientras que Anna Ogilvy mide un metro setenta y solía pesar unos cincuenta y siete kilos. Según su historial médico, de niña padeció amigdalitis, de adolescente mononucleosis infecciosa y a los dieciséis se rompió la pierna derecha jugando al hockey. En el momento de los asesinatos tenía veinticinco años y estaba bastante en forma, aunque sin exagerar, con un índice de masa corporal correcto y un metabolismo ligeramente acelerado.

En resumidas cuentas, su organismo encaja a la perfección con su manera de matar. Para apuñalar a alguien se necesita más ímpetu que fuerza bruta. El arma utilizada en los dos casos fue un cuchillo de trinchar de acero inoxidable con el mango anatómico y una hoja de veinte centímetros. En esa época lo vendían en John Lewis por menos de veinte libras. Ese cuchillo secciona los órganos vitales como un cocinero fileteando carne. Lo único que indicaba esfuerzo físico era la cantidad de puñaladas, que parecía reflejar un estado de frenesí.

Cerca hay un taburete. Me siento al lado de la cama y me quedo mirando el parpadeo de las pantallas y el pálpito de los tubos en plena actividad. Echo un vistazo a las cámaras y saco el teléfono. Abro

Spotify y busco *Yesterday*, que ya está descargada, con el índice pegajoso por el guante. Es una elección adecuada. Mi teoría diagnóstica —que aún está en fase embrionaria, pendiente de demostración— defiende que el uso de estímulos culturales puede despertar a los pacientes haciéndoles recordar una época más feliz de su vida. He visto a otros pacientes respondiendo a impulsos similares del pasado: la música que ponía su madre, viejas canciones de iglesia o la melodía de su programa de televisión favorito. Suena el rasgueado de guitarra. Pongo el teléfono cerca de Anna y la observo atentamente, alternando entre el monitor y su cara. Empieza la voz.

Al principio no pasa nada. Las líneas del monitor no cambian y la cara de Anna sigue hierática encima de la almohada. Puede que a pesar de todo tuvieran razón los neurólogos. Me dispongo a rendirme, apagar la música y atribuirlo todo a la casualidad, pero antes de apretar el botón de pausa veo que su ojo izquierdo se mueve un poco. Ha sido tan fugaz que casi me pasa por alto y me convenzo de que ha sido una ilusión óptica, pero no, vuelvo a verlo. Es tal como lo ha descrito la enfermera. Hay un leve atisbo de reconocimiento, tan nimio como sorprendente.

Miro de reojo el monitor y veo que la línea se desvía un poco. Es tan insignificante que podría haberme pasado desapercibido sólo con un parpadeo, igual que hace cuatro semanas. Pongo la canción dos veces más, pero no hay ninguna reacción. No tengo más remedio que tragarme la decepción.

Poco después entra la enfermera. Me guardo el teléfono en el bolsillo. En teoría, en las habitaciones de los residentes sólo pueden entrar los aparatos electrónicos de los equipos médicos. De pronto me pregunto si el Ministerio de Justicia me estará vigilando a todas horas desde Whitehall. Sólo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

—Tenemos que darle de comer —dice Harriet con el mismo tono que antes, forzado y despectivo—. ¿Qué tal ha ido?

—Bien —contesto, decidiendo no contarle nada de mi experimento musical. Necesito reflexionar sobre lo que he visto o creído ver—. Me ha sido muy útil, gracias.

Salgo de la habitación y voy a la planta baja sin coger el ascensor. Clara se está preparando para irse.

—Benedict Prince —dice al verme—. ¿Psicólogo y milagrero?

Sonrío.

—Ni siquiera yo soy tan bueno, o tan rápido. Sigue dormida.

—¿No has estado tentado de hacerte un selfi rápido para tu colección?

Estos comentarios me recuerdan las partes más oscuras de nuestra vida conyugal, como los primeros seis meses después del nacimiento de Kitty, o cuando encontré esos mensajes de texto dirigidos a otro

hombre en el móvil de Clara. Pienso en esas noticias tan chocantes sobre agentes de la Policía Metropolitana que se hacen selfis con cadáveres, o sobre esos odiosos chats de WhatsApp en que se fantasea con asesinatos y violaciones, y me estremezco. Me gustaría saber lo que Clara se lleva a casa cada noche. Es una de las razones por las que quiero la custodia compartida en lugar de tener a nuestra hija sólo algunos fines de semana. No quiero que KitKat sea otra víctima del trabajo.

—Dime una cosa: según todos los médicos, Anna no tiene un trastorno neurológico —dice—. Todas las pruebas que le han hecho salen negativas: electroencefalogramas, TAC, análisis de sangre, punciones lumbares... Si su cerebro está sano, ¿cómo puede dormir tanto? ¿Por qué no ha conseguido despertarla nadie?

Me quedo pensativo; no sé si debo hablarle de la teoría musical. Son preguntas que nos han obsesionado durante tanto tiempo... Esa noche terrible de hace cuatro años, Clara volvía en coche de la comisaría de Abingdon, donde había estado trabajando hasta tarde, con la intención de darse una ducha rápida y ponerse cómoda. Fue entonces cuando escuchó en la emisora de la policía que había habido un incidente en las afueras de Burford. Era la agente que estaba más cerca y disponible. Tomó un atajo, llegó a la Granja y se puso al frente de la investigación antes de que pudiera hacerlo nadie más. Así debutó como inspectora. Ese azaroso trayecto nocturno significó un antes y un después en su carrera, y también en nuestra vida familiar.

—Porque no es algo cerebral sino mental, un fenómeno más complejo. Pero, claro, qué voy a decir yo...

—Ahora viene cuando me sueltas lo del trauma infantil.

—Pues es una idea.

Llegamos a la puerta de la calle y volvemos a ponernos formales.

—¿Hoy no tenías el día libre? —pregunta Clara.

Me aguanto otro bostezo.

—Sí.

—Lo de Kitty lo decía en serio. Procura que pase un buen fin de semana; últimamente no ha tenido muy buena racha en el colegio y necesita que la animen. Ah, y habla con ella de sus pesadillas.

Vuelvo a tener la sensación de recibir un puñetazo en la barriga. He estado tan absorto en mis problemas —la separación, el piso temporal— que no me he dado cuenta de que mi hija lo estaba pasando mal. De modo que no habla de su nuevo colegio por eso... Antes conocía hasta el último detalle de su vida. Ahora apenas me entero de nada.

—Mañana a las tres y media la recojo. —Miro mi reloj—. Bueno, hoy.

Clara asiente.

—No llegues tarde. Que no vuelva a pasar.

Logro sonreír.
—Tranquila.

9

Ben

Conozco muy bien esa sensación de llegar tarde. Es la única constante entre mi época del colegio, la universidad y mis primeros pasos en el mundo laboral. Esta vez, sin embargo, no la vivo como siempre. Cuando salgo corriendo del metro con el cuello bañado en sudor, me parece ver a la magistrada del Juzgado de Familia mirándome con cara de reproche, como en el acto final de una tragedia griega. Mis aspiraciones a la custodia compartida no se irán al garete por consumo de drogas, ni por delinquir, sino por ser impuntual.

De todas formas, no es a la jueza a quien más temo, al menos de momento. Kitty tiene una manera particular de mirarme. Se podría llamar intimidación emocional, o incluso chantaje. El poder, el dinero y la autoridad los tengo yo, pero basta una mirada suya para que me sienta más inepto que ante un antiguo director de escuela, ex novia, compañero de trabajo o crítico literario. Ya me avisaron de que no era un trabajo para personas emocionalmente vulnerables, pero hasta ahora no me lo creía del todo.

Lo cierto es que ser padre da muy pocas satisfacciones.

Veo a Kitty —o KitKat, como la llamo siempre, para disgusto de Clara— en la verja del colegio, triste, con el equipo de gimnasia y una mochila demasiado pesada junto a los tobillos. Su funda de violín está apoyada en la pared, a punto de caerse. A su lado, una de las profesoras —la de biología, Raymond, si mal no recuerdo, una mujer severa, de nariz aguileña y aspecto de ave de presa— lanza continuas miradas de reproche al reloj de pulsera. Llego a la entrada con la camisa fuera y arrastrando el cordón de un zapato, dos detalles que parecen agravar mi impuntualidad.

Me he quedado dormido en mi despacho. He cerrado los ojos para recuperar fuerzas dando una cabezadita y me he despertado tres horas después. El experto en sueño echando la siesta: no se me pasa por alto la ironía.

Son las 16.01h.

KitKat hace como si no me viera. Recoge la funda del violín y se pone la mochila. La señora Raymond respira hondo al percatarse de mi lamentable estado, como si hubiera llegado a la conclusión de que no tengo remedio. Recibo una breve amonestación sobre las normas y

la necesidad de que todos los alumnos sean debidamente inscritos en la hora de permanencia de después de clase. Yo me invento la disparatada excusa de que me ha convocado nada menos que el jefe de la Policía Metropolitana para interrogar a un pez gordo a quien tienen detenido por presunto asesinato. A la profesora se le salen los ojos de las órbitas de la preocupación. Me dispongo a soltar algún detalle escabroso —los que siempre funcionan son los que hacen alusión al depósito de cadáveres—, pero la estratagema ya ha surtido efecto. La señora Raymond se marcha a toda prisa, dejándome a solas con KitKat.

—Lo siento muchísimo, cariño; es que no he podido salir antes del trabajo.

No contesta. Tampoco lo hace durante el resto del trayecto. Volvemos a Pimlico en autobús, porque el metro aún le da miedo. En momentos como éste se nota que es hija mía. Clara es muy práctica y se toma las cosas con calma. Yo, en cambio, soy el de los miedos y las supersticiones, que suelen estar en sintonía con los terrores irracionales de la mente. Antes de que naciera KitKat rezaba para que la niña heredase la intrepidez de Clara y mi sentido del humor. La suerte no me sonrió.

De todas formas, a partir de entonces todo cambió. Me pasaba tanto tiempo planeando los contratiempos esperados —la distribución desigual de los cuidados de la niña, el peaje de las noches sin dormir, los entresijos del reparto de las tareas domésticas— que se me pasaron por alto los inesperados, esos de los que no se hablaba en los libros sobre crianza. Qué hacer si tu mujer tiene una depresión posparto de caballo. Qué hacer si descubres que tu mujer se envía mensajes con un médico amigo suyo. El momento en que el final se volvió inevitable. Nunca me dijo cómo se llamaba, pero leyendo los mensajes me di cuenta de que se conocían de antes. No dejaba de pensar en qué amigos del colegio y la universidad podían haber estudiado Medicina, preguntándome cuál de ellos era el culpable de haber destrozado mi matrimonio. No, desde que nació KitKat ya nada fue lo mismo.

El piso de Pimlico todavía está en una fase preliminar. Da la impresión de que aún no me he instalado del todo, como si fuera provisional. Lo que en su día era minimalista y moderno ahora parece soso y de un gris uniforme. He intentado animarlo con algunos toques de color, pero no puedo disimular su sobrio estilo original. Últimamente Clara lo llama la penitenciaría de Pimlico.

Preparo la cena. De manera excepcional, comemos en sendas bandejas mientras vemos una olvidable película infantil en Disney+. En ese estado de extrema benevolencia, potenciada por un par de copas de vino, le concedo media hora más de pantalla antes de acostarse. Luego, como siempre, me siento culpable y un pésimo

padre.

Mientras se prepara para irse a la cama, decido sacar el tema con la misma naturalidad que si le preguntara por la clase de natación del día siguiente o por algún problema con los deberes de mates. Desde que Clara me habló de este asunto no he dejado de pensar en cómo voy a plantearle el asunto a mi hija.

—KitKat...

Murmura algo ininteligible, que suelo interpretar como un sí.

—¿Sabes el otro día, cuando viste esas cosas del trabajo de mamá?

Me mira con ojos vidriosos y expresión de incomodidad.

—Mamá me ha dicho que últimamente tienes pesadillas. También me ha contado lo que pasó con sus informes de trabajo de la comisaría. Y que desde entonces no duermes bien.

Asiente, avergonzada, subiéndose el edredón hasta la barbilla, su débil escudo protector contra los malos espíritus.

—Ya sabes que en casa de mamá no debes entrar donde trabaja, que el estudio sólo es para los mayores, ¿verdad, KitKat?

Pone su cara de disculpa, bajando exageradamente la cabeza y sacando morritos, como un perro labrador suplicando que lo perdonen.

—Pero si no entré... Me las encontré por casualidad.

Le acaricio el pelo mientras sigo arropándola.

—Ya lo sé, cariño. Mami hizo la tontería de dejarse la puerta abierta. Qué tonta mami.

—No se dejó la puerta abierta. Las tenía en su bolso.

Como psicólogo, siempre me ha fascinado que el ser humano sea el único animal capaz de imaginar. El lenguaje nos permite inventar otra realidad, explicar las cosas de manera distinta a como han sucedido. La imaginación nos permite mentir, y mentir nos evita problemas. Me impresiona la excusa de Kitty, aunque carezca de verosimilitud. Decido no desviarme del tema.

—Pero las fotos que viste...

—De gente muerta.

—Sí, cariño, de gente muerta. Mira... creo que es hora de que hablemos un poco.

Me quedo callado de golpe al tomar conciencia en ese preciso instante de lo inmune que me he vuelto a todo. Clara y yo somos profesionales y, para nosotros, todo ese material —las fotos del lugar del crimen, los informes forenses— son sólo herramientas de trabajo, objetos que analizar y diseccionar. Ha hecho falta verlo con la perspectiva de un niño para darnos cuenta de la verdad.

Y ahora, por supuesto, me toca mentir. Qué ironía. Es una mentira piadosa, pero una mentira al fin y al cabo. Me consuelo pensando que es un mal menor, una invención necesaria.

—Supongo que ya sabes que se hacían los muertos, ¿verdad?

Hace una mueca de perplejidad.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de la obra de Navidad del cole, cuando hacías de María y caminabas por el establo y el pesebre? Con Aidan, el niño que hacía de José, y la señorita Hardcastle, que os tocaba el piano mientras cantabais.

Asiente. De todo lo que ha hecho en el colegio, es de lo que más orgullosa está. Las familias compartieron el vídeo de la representación en sus grupos de WhatsApp. Los padres de Clara volvieron con antelación de Florida, de su casa en la playa, sólo para asistir al espectáculo. Ese día yo tenía un testimonio pericial en los juzgados y no pude ir. No me lo perdonó ningún miembro de nuestra familia. De hecho, yo tampoco me lo he perdonado.

—Tú no estabas.

Me lo suelta a bocajarro, como de costumbre. Clara sabe elegir las palabras que más mella hacen en mi ego. Bloom se encarga de bajarme los humos siempre que puede, y hay algunos alumnos de las clases nocturnas en Birkbeck a los que les gusta presumir de sus conocimientos para ponerme en evidencia. Nadie, sin embargo, sabe herirme como KitKat.

Sonrío, temeroso de perder su atención.

—Ya sabes que mamá mete en la cárcel a los malos, ¿verdad?

Vuelve a asentir, pero con menos fuerza.

—Pues esta vez era al revés. La gente que viste en esas fotos estaba ayudando a mamá. Hacían ver que estaban heridos para que mamá pudiera enseñar a otras personas a pillar a los malos. Eso se llama entrenamiento.

Dicho en voz alta suena aún menos convincente. Espero su reacción. Arruga un poco la frente, y tengo la impresión de que se lo cree.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de cuando fuiste con mamá a lo de las ambulancias de St. John, en el colegio, con las sirenas y los trajes verdes de los sanitarios?

Asiente al oír «verde». De la gente vestida de verde se acuerda. Algo es algo.

—¿Recuerdas que uno de los profesores tuvo que hacer de paciente, como tú cuando hacías de María, para que los sanitarios pudieran enseñaros cómo se ayuda a alguien cuando se desmaya? El señor…

Maldita sea. He olvidado por completo el apellido. Es un hombre flaco y desgarbado, con una mata de pelo castaño claro y una amplia sonrisa mofletuda.

—Sidebottom.

Kitty me mira con expresión traviesa sin poder aguantarse la risa y

me acuerdo de la época en que se tronchaba cada vez que oía la palabra «culo». Compadezco al señor Sidebottom, expuesto un año tras otro a esa incesante y atormentadora vorágine de risitas infantiles. Es el tipo de apellido que o te lo cambias en el Registro Civil o mejor no te dediques a la enseñanza. Si Clara estuviese aquí, aprovecharía para impartir una severa lección maternal sobre empatía y buenos modales, pero no está, y yo no puedo resistirme a la alegría en estado puro que se refleja en la cara de mi hija, para quien un nombre tonto es una fuente inagotable de placer.

—Sí, KitKat, el famoso señor Sidebottom.

Otra carcajada de Kitty, que intenta sofocar tapándose la boca y llenándose de saliva.

—Pues la gente de las fotos hacía lo mismo que el señor Sidebottom, participar en un entrenamiento dirigido por mamá.

Se ha quedado seria, con una sombra de recelo.

—¿Y por qué tenían sangre?

Respiro hondo para tranquilizarme. Me duele pensar en los efectos que puede tener un mundo tan siniestro como el de los adultos en la mente inmadura de una niña. Sé de lo que hablo, soy psicólogo. Pienso en Clara justo después de que naciera Kitty, en esos meses horribles: los arrebatos, los enfados, el retraimiento, las ideas raras… La depresión posparto la devoró, convirtiéndola en otra persona, una que no dormía, no comía, no hablaba. Aunque afecta a una de cada diez mujeres, a veces parecía que éramos la única pareja en el mundo que la sufría. Ése es el poder de la mente humana. Nuestro pecado es subestimarla.

—Mamá enseña a otros inspectores cómo tienen que comportarse en la escena del crimen. Nadie se hizo daño de verdad. Todos fingían, ¿lo entiendes?

Se queda callada, retorciéndose debajo de la sábana con su nerviosismo habitual. Después de respirar con fuerza, como si suspirase, da muestras de haberse decidido.

—Papá…

La tensión es casi insoportable. ¿Ha funcionado? ¿O mi hija se ha quedado marcada para el resto de su vida?

—¿Qué, KitKat?

Me sonríe.

—¿Podré fingir yo la próxima vez?

10

Emily

—¿Seguro que podrá cerrar usted?

Emily Ogilvy le lanza una mirada asesina. Reciclarse a ciertas edades tiene este inconveniente.

—Yo creo que sí —contesta.

—No se olvide de que al meter la llave...

—Tengo que apretarla un poco y esperar el clic. Ya lo he entendido.

El diácono sonríe como sólo pueden hacerlo los hombres de veintipocos años, esperando que todo mundo valore su inconmensurable grandeza. Emily le devuelve una sonrisa falsa mientras cuenta los segundos que faltan para que se cierre la puerta del despacho. Luego se refugia con alivio en la pequeña cocina adyacente al despacho parroquial, donde se prepara una gran taza de té bien cargado con una ilícita cucharada de azúcar. Incluso busca una galletita de chocolate.

La habían avisado, por supuesto. Aún le parece ver las caras de sorpresa de sus amigos y su familia al oír la noticia de su boca.

Pocos la contradijeron de manera directa, aunque sus muecas inquisitivas y cejas arqueadas exteriorizaban claramente sus reservas. Pero la baronesa Ogilvy de Kensington tampoco tenía muchas más opciones después de haber renunciado a su cargo en las altas esferas, así que ante el asombro general se reinventó como Emily Shepherd, actualmente ordenanda de la iglesia de Saint Margaret, en Westminster, en espera de acceder al sacerdocio.

En la nevera sólo hay leche de avena. Otra vez el veinteañero dando la vara con su obsesión por la salud. Muy a su pesar, Emily se la vierte en el té, y no puede evitar estremecerse al probarlo.

Casi nunca la dejan a cargo de la iglesia, ni siquiera media hora. Los turistas siempre van a la abadía de Westminster, claro. Saint Margaret es la iglesia de los políticos, donde se celebra la misa de Navidad para los parlamentarios. Ésa es la única fecha que realmente la pone nerviosa: será como si visitara su antiguo colegio y sus antiguos compañeros se la comieran con los ojos. Emily se frena en seco. ¡Pero si tiene más de cincuenta años! Aunque, en el fondo, las cosas nunca cambian. La gente se empeña en seguir siendo la misma.

Se dispone a entrar de nuevo en el templo cuando oye el zumbido

del móvil. Es increíble pensar que antes llevaba varios dispositivos encima... Cuando era ministra del Gobierno, y luego miembro del partido en la oposición, tenía un móvil personal, un iPad de parlamentaria, un teléfono ministerial protegido y varias bandejas de entrada que le gestionaban un ejército de ayudantes. Enviarle un mensaje a menudo implicaba pasar un proceso de cinco fases. Ahora sólo tiene un iPhone, un modelo viejísimo, y una cuenta de Gmail y otra de WhatsApp. Este último mensaje le ha llegado por correo electrónico. Lo mira una y otra vez sintiendo ese familiar agujero en el estómago.

Han transcurrido cuatro años, pero apenas pasa un día sin que aparezca en algún momento. Sin embargo, este mensaje no es como los habituales. No lo manda ningún troll ni está lleno de bilis, odio y amenazas.

No, éste es distinto.

DE: benedict.prince@theabbeyclinic.com
PARA: ordinand2@stmargaretschurch.org
ASUNTO: reunión Anna Ogilvy

Apreciada Sra. Shepherd:

Le ruego disculpas por molestarla con este correo. Soy el doctor Benedict Prince, socio de la clínica del sueño The Abbey, en Harley Street. Como bien sabe, su hija fue trasladada hace poco a nuestro centro por orden del Ministerio de Justicia para recibir tratamiento.

El señor Stephen Donnelly, subdirector jurídico del ministerio, me ha dado permiso para ponerme en contacto con la familia de la señorita Ogilvy, dentro del marco de un nuevo plan de tratamiento en el que estoy trabajando y cuyo objetivo es establecer un modelo de diagnóstico para el síndrome de resignación.

Con este objetivo, me gustaría hablar con usted cuando tenga un momento. Como estoy muy cerca de Saint Margaret, no tengo problema para adaptarme a la fecha y hora que más le convenga. Le adjunto mi currículum, así como la lista de mis titulaciones profesionales y publicaciones.

Espero tener pronto noticias suyas.

Atentamente,

Ben

Dr. Benedict Prince
Socio fundador
The Abbey

Al levantar la vista se da cuenta de que se le está cayendo el té en la alfombra del despacho. Menos mal que no hay nadie. Encuentra el cuarto de la limpieza y se pone manos a la obra con esmero. Estas manchas, cuando son recientes, normalmente se van con un buen chorro de Dettol y restregando con fuerza. Hace lo que puede y lo deja, esperando que nadie se fije.

Entra en el templo casi a su pesar y se sienta en uno de los bancos de delante. Después de leer por tercera vez el correo abre el PDF adjunto. Contiene una foto tamaño pasaporte de un hombre guapo de unos cuarenta años con un mechón arremolinado sobre la frente, ojos verde esmeralda y una incipiente barba de un día. El doctor Benedict Prince. Antes todos los médicos parecían una réplica de Spock de *Star Trek* cuando era joven. Ha oído hablar de The Abbey, sabe que es una especie de escondite para celebridades, como la clínica Priory. Quizá los famosos de segunda fila se mueren por ser atendidos por el doctor Buenorro. No será ella quien se lo reproche, o no del todo.

Apaga el teléfono. Respira de forma acompasada. Ha cumplido con sus obligaciones lo mejor que ha podido. Las pequeñas tareas rutinarias que le han asignado como ordenanda la ayudan a distraerse y no pensar, pero a estas horas de la noche no puede evitar bajar la guardia y la asaltan las pesadillas de siempre. Lo ve como si estuviera dentro de una película: los ruidos, el olor a barro, el cuchillo goteando sangre. Vuelve a estar inmersa en el horror de esa noche en la Granja.

El peor momento fueron esas décimas de segundo en que el mundo tal como lo conocía cambió para siempre. A veces aún espera que Anna se levante de golpe y diga que todo ha sido una broma, o que Theo descorra la cortina y la despierte gritando que los últimos cuatro años sólo han sido un sueño.

Recuerda como si fuera ahora el momento en que perdió la esperanza. Esos instantes en que Richard y ella montaban guardia en silencio, como dos fantasmas, conscientes de que la policía estaba a punto de llegar. Sabiendo que Anna sería detenida y Emily tendría que dimitir, que la familia, el matrimonio, el futuro, todo se tambalearía hasta romperse por completo. Pero esos instantes fueron preciosos. Ahí de pie, en medio de la Granja, viendo su antigua vida pasar. Esos últimos minutos de silencio fueron una elegía al pasado.

La puerta para los feligreses rechina al abrirse. El ruido la sobresalta. Se levanta del banco, todavía nerviosa, y vuelve al

presente. Una señora mayor y encorvada acaba de entrar con su nieto. Se nota que han venido muchas veces. Después de sonreír y saludarlos con la cabeza, Emily se dispone a ordenar los libros de himnos en los asientos del coro, al otro lado de la iglesia.

Nadie lo entendió, por supuesto. Estaban sólo ellos, Richard y Theo, y los secretos lo corroyeron todo hasta que el matrimonio y la familia se desmoronó. Nadie más supo realmente lo que había ocurrido esa noche, las terribles decisiones que ambos tuvieron que tomar.

Deja los himnarios y se para delante del altar, hipnotizada por el oro bruñido, impresionada por su majestuosidad. Mira atrás y confirma que los dos visitantes siguen a lo suyo.

Reprime un escalofrío. Se arrodilla y cierra los ojos. Inclina la cabeza y empieza a rezar.

Dios puede perdonarla, aunque nadie más lo haga.

11

Ben

Estoy apurando con desespero la última gota de vino que queda en la cocina. En el fondo soy un romántico, aunque, como buen inglés, me empeñe en disimularlo. Nunca he fantaseado con ser una estrella de rock, un especie de macho alfa rodeado de grupis. Mi sueño siempre ha sido más modesto: estar felizmente casado, ver contentos a mis hijos... Vivir en una pequeña burbuja de dicha familiar para compensar las turbulencias del mundo exterior. Formar una tribu.

La soledad es mi nueva normalidad. He dejado que mi vida se fuera reduciendo al trabajo, los quehaceres domésticos, la rutina diaria, y desde el divorcio esta dinámica aún se ha evidenciado más. Por eso me aferro a estos preciosos momentos con KitKat: quiero que sean perfectos y que de alguna manera el tiempo que pasamos juntos cure las heridas de la separación. Sé que pensar esto es absurdo porque el daño ya está hecho. Los síntomas pueden tardar años en manifestarse, pero el germen de la enfermedad ya se ha instalado.

Familias rotas, discusiones, crisis de los padres... Nadie sale indemne o sin cicatrices.

Debería haber trabajado menos y escuchado más, y no haber dado por sentada la felicidad doméstica por llevar un anillo y habernos hecho un juramento ante un altar. Ojalá hubiera pasado más tiempo con Clara y KitKat en lugar de prodigar tantas atenciones a mis pacientes. Y, por si fuera poco, el futuro inmediato se presenta inevitablemente sombrío: menos visitas de KitKat y más horas en el trabajo, así que seguiré condenado a esta miserable vida de soltero sin amor.

Esto no es lo que había soñado. Quiero dormirme oyendo los latidos de otro corazón, sentir que otra mano calienta la mía, y encontrarme cada mañana al despertar un bostezo y una sonrisa al otro lado de la cama. Quiero un hogar lleno de peleas y risas, un pasillo repleto de fotos de vacaciones, graduaciones y momentos especiales.

A veces tengo la sensación de estar viviendo la vida de otro.

Yo no firmé este contrato. Quiero que me devuelvan el dinero.

Los armarios no deberían estar tan vacíos. El piso se ve triste, inhóspito incluso. Tendré que levantarme temprano y acercarme al Tesco del barrio, no sea que Kitty vuelva a casa quejándose de haber

desayunado bocadillos de Nutella y Coca-Cola Light. Esta vez no. Me persigue la sensación de que todo se está desmoronando lentamente y que la gravedad me arrastra hacia patrones preestablecidos. No soporto la idea de que me alejen de KitKat y me releguen poco a poco a los márgenes de su vida, pasando de protagonista a actor suplente.

Me llevo el vino al sofá y me paseo por varias aplicaciones, Netflix, iPlayer, Prime, hasta que desisto y vuelvo a mi biblioteca de Apple TV. Esta noche toca otra de Hitchcock, otra de sus joyas menos conocidas: *Falso culpable*, con Henry Fonda, una obra maestra en blanco y negro llena de culpabilidad católica, un fabuloso derroche de inocencia y pecado. Reviso mi cuenta de correo electrónico del trabajo y veo la bandeja de entrada rebosante de mensajes por leer. Todos los asuntos se dirigen a mí.

#BASTADECONTROLMENTAL

#SUELTEALOSPACIENTES

#LOVIGILAMOSDRPRINCE

Me paro, los leo otra vez, siento las náuseas en mi garganta.

Nadie sabe que Anna está en The Abbey. La noticia no puede haberse filtrado tan deprisa. De todas formas, su nombre no aparece en ninguno de esos correos electrónicos. Últimamente la clínica ha salido varias veces en la televisión, y esa presencia mediática ha incrementado las amenazas y los mensajes anónimos. En la web de la clínica sale mi perfil. También se me conoce por mis libros. A pesar de todo, los tres mensajes me dejan inquieto. Son amenazadores, por no decir violentos. Alguien que me vigila está a un paso de amenazarme a mí o a mis seres queridos. La idea es aterradora de tan simple.

Vuelvo a leer los mensajes. El piso está en silencio, pero me sobresalta hasta el menor crujido. Pienso en KitKat, durmiendo en la habitación de arriba. Dormir nos hace vulnerables.

Me levanto y me asomo a la calle. El parpadeo de fondo de la película de Hitchcock se proyecta en las paredes. Me asfixia la soledad. Estoy cansado de crímenes, de sueño, de terrores nocturnos y del circo de la psicología humana y todos sus horrores. Quiero taparme con sábanas limpias y sentir a mi lado el calor del cuerpo de Clara y la seguridad de un hogar, de una casa, de ella.

Corro las cortinas y subo a ver a KitKat. Abro la puerta y me quedo en el dintel para no despertarla. La he dejado acostada en una postura de simetría perfecta, con el edredón bien remetido, pero me la encuentro despatarrada en medio de un desorden bohemio. El pelo apelmazado, los brazos de muñeco de nieve, las piernas bailando el cancán sobre las sábanas. El amor me asalta por sorpresa, con una fuerza arrolladora. No soporto la idea de que se haga mayor. Me veré relegado a tomar con ella un café rápido de vez en cuando, y luego a dos comidas por año en la universidad, antes de que los regalos de última hora se conviertan en noticias de WhatsApp y deba ascender

alambicadas cumbres sólo para conocer a mis nietos.

Haría cualquier cosa para protegerla, pero ya han empezado a aparecer fisuras. La primera en enterarse de lo que ocurre en el colegio, las clases de natación, los problemas con los deberes y quiénes son los niños malos de la clase es Clara. Yo siempre tengo que esforzarme tanto para estar al día que parezco un extraño. Quiero ser buen padre, pero ya no sé cómo hacerlo.

Cierro la puerta. Basta de egoísmos. Durante un momento horrible me pregunto si su reacción ante las fotos fue anómala, y si a pesar de todo Clara se ha equivocado en su diagnóstico de las pesadillas. Quizá Kitty no tiene miedo de la oscuridad, sino que ésta le provoca curiosidad, y le cuesta asimilar su descubrimiento. Al fin y al cabo, los niños son esponjas a su edad, sobre todo por lo que respecta al lado más oscuro de la mente humana.

Pero no pienso más que tonterías. He visto demasiadas películas y leído demasiados libros sensacionalistas sobre mentes criminales. Me he dado demasiados atracones de series de crímenes en Netflix, y hasta he participado en alguna. Éste no es el último episodio de *Mi hijo es un psicópata*.

Me quito esas ideas de la cabeza y vuelvo al piso de abajo. Hago una captura de pantalla de los mensajes amenazadores, se la mando a nuestro equipo de seguridad y sigo viendo la película. No puedo acostarme, todavía no.

#TEESTAMOSVIGILANDOPRINCE

Cuando estoy a punto de levantarme y rebuscar otra vez en los armarios, suena el móvil del trabajo. Serán los de seguridad, que trabajan hasta tarde. Cojo el teléfono, bebo sin ganas un poco de vino, y siento el peso de las últimas veinticuatro horas en el centro del cráneo, aplastando mis pensamientos.

Vuelvo a leer el mensaje. Dejo la copa, yergo la espalda, noto que se me acelera el pulso.

Me necesitan en la clínica.

12

Ben

Inhalo el aire frío y ácido mientras observo el espacio pequeño y cuadrado del jardín con el rumor de Harley Street en la distancia. Kitty se ha quedado dentro, junto al mostrador de recepción, entretenida con un iPad. Seguro que Clara me asesina, pero no tenía alternativa. No he encontrado canguros disponibles.

Bloom va delante.

Sigo caminando.

—¿Y tú qué has dicho?

No suele estar tan tensa. Contesta con cierto sarcasmo y en sus rasgos se percibe una rigidez angulosa. Me doy cuenta de que la presión está aumentando. Sus ojos muestran síntomas de insomnio.

—¿Qué iba a decir? —contesta—. Me han llamado pasadas las diez y media.

—¿Estás segura de que no es una manera de ponernos en evidencia?

Bloom suspira con irritación y, concluida su tercera vuelta por el jardín, ve su banco de siempre a pocos pasos.

—Dicen que nadie se ha muerto por hacer un poco de ejercicio, pero ¿para qué arriesgarse, verdad?

Es un tópico muy trillado, como casi todo lo que está diciendo ahora. Se desploma con todo su peso en el banco de madera y exhala una nube de vaho gris, muerta de frío a pesar de las cantidades industriales de lana y piel sintética que la cubren. Mete una mano en el bolsillo de su inmenso abrigo y saca un Allsort de regaliz. Todos tenemos nuestras adicciones.

Por alguna razón no se me va de la cabeza lo que dijo Kitty de las fotos, ni el hecho de que mi hija esté sentada en bata y con ojos soñolientos en la recepción. Me siento culpable por haberla sacado tan tarde de la cama. Es verdad que daría la vida por ella, pero el amor se demuestra en las cosas pequeñas y cotidianas. Debería haberle dicho a Bloom que esperase hasta el día siguiente. Es como habría actuado un buen padre. He fallado ya con el simple gesto de ponerme al teléfono.

Me obligo a centrarme en el presente. Ha estallado una nueva crisis que amenaza con desbaratarlo todo. Mis esperanzas de despertar a Anna O están a punto de desvanecerse.

—¿Cómo has dicho que se llama?

Miro a Bloom y me topo con una expresión neutra y hostil.

—La redactora de salud del *Mail*. Isabelle nosequé.

—¿Y qué ha dicho exactamente?

Exhala con fuerza por segunda vez, incómoda, entre escalofríos.

—Que una de sus fuentes dice que el Ministerio de Justicia se ha puesto en contacto con The Abbey para que lo asesore sobre el caso de Anna O de cara a un posible juicio y que la fuente en cuestión quería que se lo confirmase.

—¿Has visto la captura de pantalla de las amenazas que he recibido en mi cuenta de correo electrónico? Eso de que me tienen vigilado.

—Sí, me lo han enseñado los de seguridad, y en ninguna parte sale el nombre de Anna.

—¿Y eso lo hace menos malo?

—No, pero sí diferente. De momento, lo único que nos preocupa es Anna.

Asimilo las palabras de Bloom, su clínica indiferencia en lo referente a mi seguridad o la de KitKat. Tengo ganas de levantarme, sacar a mi hija de la recepción y decirle a Bloom que deje de tratarme como si fuera su chico de los recados, pero me lo callo.

—Harriet, la enfermera del hospital Rampton, estaba convencida de que Anna reaccionó cuando le pusieron una determinada canción. Los neurólogos no le hicieron caso. Hay muchas posibilidades de que Harriet se lo comentara a algún novio, hermano, familiar u otra persona, y de que haya corrido la voz. No sería la primera vez.

—Bueno, aun así la periodista no tiene por qué haber relacionado eso conmigo. Ya oíste a Donnelly: si sale una sola palabra de aquí podemos despedirnos del acuerdo.

—Igual es que a la periodista le ha sonado la flauta por casualidad. ¿Cuántas clínicas del sueño hay en Harley Street? Oyen el rumor y empiezan a hacer llamadas hasta que alguien destapa el pastel.

—Una interpretación muy benévola. —Bloom se quita los guantes de cuero, flexiona la mano derecha y hace una mueca al oír crujir todas las articulaciones—. Con el Gobierno, en todo caso, hay que ir con mucho cuidado. Acuérdate de Britton. Como nos equivoquemos en este caso, Ben, no tardaremos mucho en seguir el mismo camino. Dicho lo cual, a veces las filtraciones a la prensa no son malas, sino todo lo contrario.

Sé de sobra a qué se refiere. Paul Britton fue uno de los pioneros de la psicología forense. En los ochenta y los noventa estaba a la vanguardia de las ciencias de la conducta. Su caso tristemente más célebre fue el asesinato de Rachel Nickell. Britton formó parte del equipo que organizó una larga y complicada operación de captura que acabó con un hombre inocente en la cárcel, condenado por sus teorías psicológicas erróneas. La psicología forense tardó décadas en levantar

cabeza. La carrera de Britton nunca se recuperó.

—¿Le has comentado a Donnelly esta última novedad?

—Sí. Era una de las condiciones para contratarnos, sin margen de negociación: transparencia absoluta desde el minuto uno —contesta Bloom.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—¿Cómo va a ser? Con saltos de alegría.

—Temo que quieran involucrar otra vez a Clara, rescatar esas pistas absurdas sobre el papel de la policía. Y si les da por meterse con Kitty en el colegio. Ya sabes lo mal que acabó todo la última vez. No podemos volver a pasar por eso.

Bloom me mira como un anciano de la tribu desesperado ante los desmanes de la siguiente generación.

—Tienes razón, y lo siento, pero lo que sabe Clara del caso de Anna O no lo sabe nadie más en toda la policía. No podemos ignorar sus conocimientos institucionales.

—¿Y si la prensa empieza a desenterrar todas esas historias absurdas de Oxford, o se ceba en mi hija en las redes sociales?

—Será el precio que tendremos que pagar —me dice Bloom—. Como siempre.

13

Ben

Volvemos a caminar. El aire frío nos corta la piel. Oigo la gélida certeza de la respuesta de Bloom. Siento que aflora también mi rabia hacia ella, como tantas otras veces. Con la edad está cayendo en la autocomplacencia, distanciándose de los demás. Quizá ella esté dispuesta a sacrificarlo todo por una última oportunidad de alcanzar la gloria, pero eso no significa que yo también.

Respiro hondo, tragándome el rencor.

—¿Ya han empezado a trabajar los abogados? —pregunto finalmente.

Asiente con solemnidad.

—Sí, tanto los nuestros como los del ministerio. A la menor insinuación les endosaremos una orden judicial antes de que tengan tiempo de decir «Anna O». Eso no significa que no vayan a salir nuevas filtraciones en la red. Eso es inevitable.

—Bueno, pero no será nuestro problema, sino del ministerio.

—Ojalá fuera todo tan simple... Supongo que es uno de los peligros de aceptar el caso de asesinato más famoso de toda Gran Bretaña.

—¿Qué quieres decir?

Sonríe.

—Tú tienes una familia joven a la que mantener. Yo ya estoy casi al final de mi carrera, y a estas alturas ya no me afecta que me difamen un poco en la prensa. Te estoy ofreciendo una salida, Ben. Dímelo y el problema pasará a ser exclusivamente mío.

Tardo un poco en contestar. Mis ingresos se dividen escrupulosamente en dos partes: por un lado, las clases de psicología forense a tiempo parcial en Birkback; y por otro, mi trabajo en la clínica, que incluye mi papel como asesor sobre delitos vinculados al sueño para la Policía Metropolitana, la Interpol, el FBI y la Agencia Nacional contra el Crimen. Este caso podría darle un gran empujón a mi carrera, que en estos momentos está bastante estancada. Tengo ganas de demostrarle a Clara que aún valgo para algo, y a KitKat que puede estar orgullosa de su padre. No es tan fácil apartarme del caso más importante de mi vida.

Sé que Bloom me está poniendo a prueba.

—La psicología es una disciplina práctica o no es nada —digo.

—Una de mis mejores frases.

—Ningún profesional en ejercicio digno de su doctorado rechazaría la oportunidad de trabajar en el caso de Anna O, y yo no soy ninguna excepción.

—El acuerdo de confidencialidad te prohíbe sacar tajada económica de tus actividades, o sea, que nada de contratos con editoriales, ni de documentales para la tele, ni de pódcast en BBC Sounds, ni de acuerdos suculentos con Spotify. Si aún sueñas con nadar en dinero, puedes ir quitándotelo de la cabeza.

—Supongo que las revistas especializadas no cuentan.

—Supones bien. —Bloom da media vuelta y emprende el corto camino hasta el edificio a través del jardín—. Lo mejor de tu artículo era el planteamiento general y lo más flojo los datos específicos. ¿Es cierto que tienes un plan para tratar a Anna?

Ha sido un día frenético, con muchos frentes abiertos: he vuelto a ver a Clara, lidiado con los miedos de KitKat por las fotos, asistido a la complicada llegada de Anna O a la clínica... Pero no soy un simple espectador. Mi trabajo es obrar milagros, resucitar a los muertos.

—Sí, sí que lo tengo.

—¿Y en qué consiste?

—Muy sencillo —digo cuando llegamos a la puerta, con su promesa de luz y calor al otro lado—: intentaré devolverle la esperanza.

14

Lola

Que esta noticia siga despertando interés a pesar del paso del tiempo resulta sorprendente. Todos los titulares —asesinatos, escándalos, lo que sea— caen en el olvido de la noche a la mañana. La gente se vuelve viral en las redes sociales durante unas horas y luego desaparece de la faz de la Tierra. A veces Lola se imagina cuántos asesinatos ha habido en estos cuatro años desde esa noche en la Granja. Cientos, miles incluso, a lo largo y ancho del mundo, pero ninguno ha ocupado tantos titulares como ella.

El de Anna O siempre ha sido un caso especial.

La verdad es que tiene mucho morbo, y Lola es la primera en reconocerlo. Todo empezó con grupos de Facebook, y luego, cuando comenzó a colarse demasiada gente, pasaron a crearse comunidades en canales más serios y encriptados. En la actualidad se han expandido por todos los husos horarios: @JusticiaParalaBellaDurmiente, @AnimoAnnaO, @DespiertaAnna, @LaGranjaLaVerdad. A Lola le gusta curiosear de forma anónima en todos estos grupos. Pero no mucho rato, que es malo para el cerebro.

El día de hoy, de todos modos, quizá sea un hito en su trayectoria, con la publicación de su post más importante. Es con lo que más disfruta. Termina su turno, se sacude los restos de otro día de aburrimiento, y luego da rienda suelta a su auténtica pasión. Lola abre YouTube, clica el canal de Birkbeck y termina la última clase: «La psicología y el sueño: introducción, por el Dr. Benedict Prince, profesor visitante en Birkbeck, Universidad de Londres.»

Sube el volumen y escucha atentamente.

«El ser humano duerme una media de treinta y tres años de su vida. Antiguamente el sueño se consideraba una especie de muerte. Los poetas han descrito el sueño como una segunda vida. Hay todo un mundo de sueño y nuestra sociedad actual apenas lo menciona. Pero ¿qué pasa en realidad cuando dormimos? Y, lo que es más importante, ¿por qué no nos acordamos de nada al despertarnos...?»

Prince es bueno en lo que hace, Lola tiene que admitirlo. Le recuerda a Robin Williams en *El club de los poetas muertos*. Es un hombre que se cuida, con el pelo rubio cortado a la moda, rapado a la perfección por los lados. Suele llevar camisas azules de cuello abierto,

pantalones chinos oscuros y diferentes tipos de mocasines, todos elegantes. Parece listo para presentarse al casting del próximo documental de divulgación científica de la BBC2. A Lola le parece guapo, dentro de su estilo de bibliotecario, le gusta su sonrisa seductora y sus bonitos pómulos. Seguro que tiene un nutrido grupo de admiradoras en su clase.

Sigue escuchando. Chistes y más chistes sobre Freud. El doctor Prince interactúa con sus alumnos; les pregunta cuánto duerme la gente, quién duerme demasiado poco o quién lo hace en exceso, e incluso quién duerme con quién. Para acabar, naturalmente, con otro chiste sobre Freud. Lola apaga el vídeo y vuelve a su nuevo post.

Será éste, sí, está segura. Antes, para provocar al equipo de The Abbey, se ha hecho pasar por una periodista del *Mail* especializada en temas de salud, una pista falsa para desorientarlos, y ahora ya no hay quien la frene.

Como siempre antes de publicar, se prepara una taza de té verde, se da el capricho de una galleta de chocolate y se sienta otra vez con el portátil para la relectura final. La gente publica posts llenos de errores gramaticales, por eso Lola se enorgullece de que los suyos, en @Sospechoso8, estén siempre impecables. En el colegio no le gustaba especialmente la asignatura de lengua, en el fondo siempre ha sido de ciencias, pero no soporta el descuido. Por lo que respecta al caso de Anna O, Lola no forma parte del ejército de chalados conspiranoicos de la blogosfera, ni del ala dura de obsesos del *true crime*. Aunque su público sea ése, todos saben que está en otro nivel.

Relee despacio cada frase para asegurarse de que se lee bien y no tiene faltas:

NUEVO POST:
UN PRÍNCIPE AZUL DESTINADO A
DESPERTAR A LA BELLA DURMIENTE

> Hola a todos, soy @Sospechoso8, y os traigo noticias frescas. Me han llegado rumores de un giro extraordinario en el guión del caso de nuestra querida Anna. Por lo visto su caso está siendo analizado por un nuevo especialista en trastornos del sueño que reside en Gran Bretaña, y que, ironías de la vida, se llama Benedict Prince. Aquí tenéis un enlace a una de sus clases sobre la teoría del sueño y su relación con la conducta criminal. Tampoco puede ser coincidencia que pase justo ahora, cuando está a punto de finalizar la fase de instrucción del caso. Parece que el *establishment* está

intentando reanimar a nuestra querida Anna para poder condenarla en los tribunales. Vomitivo, ¿verdad? El doctor Prince ha escrito sobre el poderoso papel de la música y la cultura para despertar a los pacientes con síndrome de resignación. Sin duda ésta será la última bala del cartucho del *establishment*. Hay una sombra oscura sobre Anna y debemos hacer lo posible para salvarla.

La experiencia le ha enseñado a ser breve. Misteriosa. Los seguidores del grupo la bombardearán con sus preguntas. Luego el post aparecerá en otras plataformas. Además, siempre está a tiempo de añadir más detalles. Es mejor dejarlos con hambre.

A fin de cuentas, por eso eligió este apodo. Lola tiene algo que no tiene nadie más. Según las crónicas oficiales del caso de Anna O, la noche del asesinato sólo había ocho sospechosos con nombre en la Granja: Anna Ogilvy (la sospechosa número uno), Emily Ogilvy (su madre), Richard Ogilvy (su padre), Theo Ogilvy (su hermano), Melanie Fox (la directora de la Granja), Owen Lane (el encargado de mantenimiento), Danny Hudson (un trabajador en prácticas) y Lola Ridgeway (la asesora de salud y seguridad). A todos los interrogaron poco después de los asesinatos, y todos fueron descartados por la policía durante la investigación.

Sin embargo, no todos se fueron con las manos vacías. Vuelve a coger el cuaderno y lo abre por el final. Es su cofre del tesoro, el santo grial de todos los devotos del caso, sacado de la Cabaña Azul antes de que llegara la policía; la fuente de todos los datos y pistas que ha ido esparciendo durante los últimos cuatro años. Mira la última entrada del cuaderno, su bonita caligrafía. La tinta, muy negra, es casi idéntica a la de antes. Pluma, no punta fina o bolígrafo. Su elegante caligrafía de escritor se extiende a lo largo de la página en líneas apretadas. Aspira el olor de las páginas. Ahora este cuaderno le pertenece.

Lola deja sin ganas el cuaderno y acaba de revisar el post. Luego hace clic en ENVIAR. Espera a que el sistema encriptado cumpla su función y segundos después lo ve publicado. Después, como siempre, vuelve a abrir el cuaderno y desaparece entre sus páginas. No es un cuaderno cualquiera.

Es el de Anna.

Esta noche no tendría sentido dormir. Siempre hay alguien despierto en algún lugar del planeta. Y poco pueden imaginarse quién está entre ellos. Ella no es una bloguera más, en absoluto, ni otra triste fracasada que no sale de su cuarto y en su mundo paralelo se cree Sherlock Holmes. Para nada.

Lola no es como ellos. Ella es especial. La clave está en su apodo.

@Sospechoso8.
Porque Lola esa noche estaba en la Granja.
Y sabe quién es culpable.

Cuaderno de Anna

2019

30 de agosto

Fuera está oscuro. Es de madrugada, no de noche. Hay un silencio absoluto.

Estoy durmiendo, seguro, pero no puedo despertarme.

Tengo la ropa pegajosa de sangre. Me caen gotas de sangre por la barbilla, noto el cuello lleno de sangre. Incluso en esta página donde escribo hay sangre apelmazada.

Y no se me va la imagen de la cabeza.

Estoy en la puerta de la cabaña. Los veo dormidos en sus camas, como muertos.

Hay una voz a mi lado, una voz de mujer sinuosa y lasciva. Sus instrucciones se me han quedado grabadas.

Ésta es mi venganza final.

Veo los dos cuerpos y a la mujer y el mango frío del cuchillo; y esas palabras entonadas casi como un rezo.

Ya no puede haber vuelta atrás.

Tres palabras con las que renazco.

«Porque deben morir.»

SEGUNDA PARTE

15

Ben

Me llega un correo electrónico del Ministerio de Justicia justo después de las once de la mañana siguiente firmado por Stephen Donnelly y con el sello de CONFIDENCIAL. Proponemos y descartamos sucesivamente varios sitios donde quedar. Reunirse de día en la clínica es demasiado peligroso. La sede del Ministerio de Justicia, en Petty France, cerca de Saint James's Park, está demasiado concurrida. Al final nos decantamos por una opción más mundana. En la cafetería del último piso de John Lewis, en Oxford Street, con sus mesas llenas de restos de mermelada y sus bollos recién salidos del horno, se ven muy pocos periodistas, por lo que nos parece el escondite perfecto.

Es un autoservicio. Stephen Donnelly se sirve su segundo café con leche del día y dos paquetes de galletas. Yo echo un vistazo a la carta de tés. Encontramos una mesa en un rincón. Le cuento mis ideas mientras él ignora los avisos del teléfono oficial del ministerio con más trabajo para el fin de semana. En cinco minutos, hablando deprisa y sintetizando, he terminado. Donnelly me escucha con expresión neutra y solícita.

—¿Esperanza? —pregunta finalmente, mirando el primer paquete de galletas como si estuviera decepcionado de verlo vacío.

—Sí.

—¿No lo dice sólo para animarme?

—No. —Remuevo con muy poco entusiasmo el té verde, la opción saludable—. Anna aún está ahí, en alguna parte. Según la bibliografía, lo único que ha funcionado, en distintas épocas y zonas del mundo, es la esperanza.

—Su artículo parecía más... cómo decírselo... técnico.

—Lo era, pero al final se reduce todo a lo mismo. La felicidad es la mejor medicina para el ser humano. Igual que la esperanza, que le va a la zaga.

Donnelly sopesa las opciones en silencio. Es un abogado, un funcionario que domina el lenguaje de las normativas, las regulaciones y toda esa jerga legal.

—¿Y no hay otro término más técnico?

Vengo preparado.

—El síndrome de resignación es un trastorno neurológico funcional,

lo que llamamos un TNF.

Donnelly se anima un poco. Los funcionarios se pirran por las siglas. Ya tiene algo que usar.

—Sí, lo recuerdo de su artículo.

—Antes, los TNF recibían el calificativo de psicosomáticos. Históricamente coinciden más o menos con lo que Freud llamaba histeria. No es una enfermedad orgánica del cerebro, sino de la psique. El punto en común, en todas las épocas y continentes, es que el síndrome de resignación aparece cuando el paciente se enfrenta a una falta total de esperanza, a su pérdida absoluta.

—¿Como los niños de Suecia?

Asiento. El caso más conocido de síndrome de resignación sigue siendo el de las comunidades de refugiados de Suecia: niños salidos del infierno de Siria y Oriente Medio que se quedaban dormidos meses y hasta años en espera de que se resolvieran las múltiples apelaciones de sus peticiones de asilo.

Continúo.

—Los niños que mejoraron lo hicieron, en líneas generales, por haber recuperado algún tipo de esperanza. Ya no estaban en peligro de ser deportados y obligados a volver al abismo de sus vidas anteriores. Los ejemplos de Kazajistán obedecen a una pauta similar. Las dos localidades en cuestión eran antiguos centros mineros y agrícolas muy prósperos en la época soviética que decayeron de golpe al acabar la Guerra Fría. Entonces desapareció la esperanza y empezó la enfermedad del sueño.

Donnelly toma un poco más de café.

—Si se parece a la histeria freudiana, supongo que entonces el tratamiento diario consiste en terapia verbal, ¿no?

—No, o no exclusivamente.

—¿No es partidario de las terapias verbales?

—Soy psicólogo. En las terapias verbales creemos todos. También tengo una edición anotada de *Edipo Rey* en mi mesita de noche.

—Imagino que es una broma.

—Ese error también lo cometió mi padre y lo pagó con su vida —digo sonriendo.

Donnelly también sonríe.

—Soy abogado, doctor Prince, no psicólogo profesional; cuando leí su artículo entendí aproximadamente la mitad. ¿Qué tiene de malo Freud?

—Freud creía que cualquier histeria o conducta psicosomática estaba provocada por algún trauma no explicado del pasado del paciente. La teoría moderna de los TNF parte de un enfoque mucho más holístico. La época en que los terapeutas buscaban constantemente abusos infantiles quedó atrás hace mucho tiempo. En algunos

contextos Freud aún es útil, pero metió la psicología en unos vericuetos de los que ha tardado casi un siglo en salir.

—Ya. —Donnelly se quita del labio un bigote de espuma—. Y ése fue nuestro error, ¿no?

Procuro no pasarme de listo. Irritar al Ministerio de Justicia no forma parte de mis competencias.

—Puede que algunos de sus expertos internacionales, que en su mayoría andarán por los sesenta o los setenta años, sean los últimos freudianos recalcitrantes del planeta; cambiando de paradigma tendrían mucho que perder, y es posible, en efecto, que hayan estado buscando algún episodio de abusos en el pasado de Anna Ogilvy.

Donnelly hace una mueca.

—¿Otro vericueto?

—Así no curaremos nunca a la paciente, al menos como propongo curarla yo. Además, son ustedes quienes me han buscado a mí.

Se le ve tenso, impaciente, tocándose el reloj.

—Entonces, ¿cómo lo haremos?

16

Ben

Me acabo el té verde. Donnelly sigue bebiéndose a sorbitos su café con leche. Le tiembla un poco la mano al mirar otra vez el paquete vacío de galletas. Casi tengo ganas de esconderlo para que se tranquilice.

Empieza la parte más difícil, la que requiere habilidad política. Corro el riesgo de que se desentienda.

—La única manera que tengo de ayudar a Anna es descubriendo algo más de su pasado.

Donnelly, que ya se ha rendido, abre el segundo paquete de galletas con la delicadeza de un amante.

—Creía que no era partidario de hurgar en el pasado de los pacientes.

—No soy partidario de buscar explicaciones sexuales como causa última de cualquier conducta humana, lo cual no significa que no me fascine el pasado de las personas. La única manera de devolverle la esperanza a Anna es averiguando por qué la perdió, qué la llevó a matar esa noche a dos personas y por qué su mente tuvo esa reacción. Desconocer su pasado es desconocer su presente.

—Supongo que Bloom le habrá contado lo de la reportera del *Mail*.

—Sí.

—Por lo visto también hay un blog que quizá esté vinculado a la reportera del *Mail*, o quizá no. No parece que el *Mail* disponga de una fuente citable que respalde la noticia, pero bastaría con una sola fuente, aunque no fuera muy fiable, para que se nos viniera todo abajo. De momento hay una orden judicial que prohíbe a la prensa hablar del caso. Lo que no controlamos es el blog.

He leído el blog de @Sospechoso8 y me inquieta sobremanera. Las órdenes judiciales funcionan con la prensa escrita, pero no con la jungla digital. Entiendo la preocupación de Bloom. De hecho, he llegado a la cita temiendo que Donnelly fuera a cancelar el proyecto.

—Comprendo.

—Me alegro.

No tengo más remedio que hacerle una petición, consciente de que no le va a gustar.

—También necesito consultar el expediente de la Policía Metropolitana sobre el caso. Los recuerdos por sí solos no bastan.

Donnelly da unos golpecitos en el borde de la taza de café con la cuchara.

Frunce el entrecejo por la tensión.

—Vamos a ver, ¿qué recuerdos tiene de la investigación original?

—En su momento leí la prensa y vi las noticias, y volví a consultar textos de archivo al escribir mi libro y el artículo. Lo recuerdo casi todo.

—Todo el mundo recuerda a la asesina y a los otros sospechosos, pero nadie se acuerda de las víctimas. Dele la interpretación que quiera, pero no deja de ser triste.

—Douglas Bute e Indira Sharma. Los encontraron a los dos en su cabaña con diez puñaladas cada uno, todas del mismo cuchillo de cocina que apareció en poder de Anna Ogilvy. Las únicas huellas dactilares del mango eran de ella, que envió un mensaje de WhatsApp a su familia diciendo que creía que los había matado.

Donnelly parece impresionado.

—La noche del asesinato había ocho personas en la Granja, contando a la familia Ogilvy y las dos víctimas.

—Sin olvidar a su mujer, naturalmente.

—Mi ex mujer —lo corrijo—. Además, llegó después, en el momento del crimen no estaba.

Me imagino a la familia Ogilvy, indefensos ante la voracidad de los buitres. No quedó por remover ni un solo recoveco de sus vidas íntimas. La madre, política adscrita al Nuevo Laborismo; el padre, financiero; el hermano, sin estudios y aspirante a presentador televisivo, y toda la caterva de amigos bohemios y escandalosos, como Douglas Bute e Indira Sharma.

—¿Y bien?

Donnelly responde con voz ronca, incluso malhumorada.

—Hablaré con la Policía Metropolitana. Como asesor oficial de las fuerzas del orden no debería tener usted demasiados problemas para consultar el expediente.

—¿Me da permiso para las entrevistas? Ya las he solicitado por correo electrónico, pero necesito cobertura política.

Vacila.

—¿Seguro que no tiene bastante con las declaraciones del informe policial?

—Anna no tenía antecedentes de nada, ni de violencia en el espacio público, ni de enfermedad mental, ni de tentativa de homicidio. Tiene que haber algo más, estoy seguro.

Manosea otra galleta.

—¿No hay ninguna otra posibilidad? ¿Seguro?

—Si quieren resultados en cuestión de semanas no. Con un año de plazo le daría otra respuesta.

Su móvil se pone a vibrar.

—No tenemos tanto tiempo. Todo es extraoficial. —Me mira con ojos soñolientos—. Si se lo preguntan, yo no le he dicho nada.

17

Ben

Vuelvo a la clínica a última hora de la tarde sin haberme sacado de la cabeza mi encuentro con Donnelly. No quiere un psicólogo, sino un chamán, alguien que haga milagros.

De alguna forma, me está pidiendo que resucite a los muertos.

Consulto mi agenda de las próximas semanas, preparo varios litros de café bien cargado, me agencio unos dónuts de la sala de empleados y voy directo a la segunda planta.

Harriet acaba sus tareas y se reúne conmigo fuera. Le ofrezco un dónut y café. Nos sentamos en sillas giratorias, mirando la habitación de Anna por los monitores. Le cuento mi reunión con Donnelly y lo del expediente de la policía. Ella me pone al corriente de las novedades, o mejor dicho de la falta de novedades.

—¿Y ahora? —pregunta.

Normalmente tiene una expresión neutra, de enfermera alérgica a cualquier falsa esperanza, pero cuando se aleja de sus pacientes adquiere paulatinamente una mayor calidez. Su sonrisa es pura.

—Yo te creo —digo—. Eso que dijiste sobre la canción de los Beatles.

—Bueno, al menos tengo a un doctor de mi lado.

—Doctor, no médico.

—Los neurólogos están sobrevalorados.

—Prueba a decírselo a ellos.

Seguimos mirando los monitores. Aún se me hace raro ver a Anna aquí. Pienso en Lázaro, el santo patrón de las resurrecciones, y en el sueño como presagio de la muerte. También pienso en Clara, convencida de que Anna los ha asesinado a sangre fría. Pienso en que quizá estoy a pocos pasos de una asesina. Es una idea del todo turbadora. Para mucha gente, el mal duerme literalmente en la habitación de al lado.

Harriet niega con la cabeza.

—¿Cómo se puede estar dormido cuatro años?

Recuerdo cuando Clara me hizo la misma pregunta, y le contesto lo mismo.

—¿Te soy sincero? Nadie lo sabe.

—¿Y si no fueras sincero?

—Primo Levi tenía un nombre para referirse a sus compañeros del campo de concentración. Los llamaba *Muselmänner*, que significa «gente que ha perdido las ganas de vivir». Sufrían algo peor que la muerte, una muerte en vida.

—¿Es lo que le pasa a Anna?

—Puede ser. Parte de la culpa también la tiene el dualismo; la idea de que la mente racional se puede separar del cuerpo físico. Eso ha sido la fuente de los debates sobre la psique durante siglos.

—¿Tú no crees que los seres humanos seamos racionales?

—Yo creo que somos animales, unos primates con el cerebro grande, más que cualquier otro ser vivo que haya habido en la Tierra en cinco mil millones de años.

—¿Pero...?

—Pero seguimos siendo animales. Pretender indagar en los misterios de la mente es como intentar descubrir la estructura genética del amor, o definir los rasgos exactos de la belleza. El *homo sapiens* tiene un lado racional y otro animal. La gente cree que el lado animal es el cuerpo y el racional el cerebro, pero en muchos casos es al revés.

—¿De qué das clases?

No sé si le interesa de verdad o me está tomando el pelo.

—De introducción a la psicología forense —digo—. Clases nocturnas en Birkbeck. Ven, si quieres, igual te gusta.

—Pero ¿no eras especialista en sueño?

—Soy un psicólogo forense especializado en delitos vinculados al sueño.

—¿Qué opinión tienen los neurólogos de The Abbey sobre los psicólogos forenses?

—Para ellos estamos un escalón por debajo de los nutricionistas y los espiritistas, aunque quizá estoy siendo duro con los nutricionistas.

Vuelve a sonreír. La puerta que se comunica con el resto de la planta es gruesa y está insonorizada. Como tiene el cristal empañado, parece un espejo de baño gigante. Nos quedamos callados.

Fuera no hay nadie más. Harriet recibe un mensaje de WhatsApp. Lo mira, escribe una respuesta rápida y se da cuenta de que la estoy mirando.

—Mi pareja —explica—. Bueno, se le ajusta mejor la descripción de huésped esporádico.

Me ha picado la curiosidad.

—¿Está casado?

—No, se acaba de divorciar. Con un hijo en común. Te ahorro los detalles truculentos. Digamos simplemente que es complicado.

—Bienvenida al club. —Vuelvo otra vez la mirada hacia la sala de tratamiento, donde Anna está como al acecho, presente en todas las conversaciones: la asesina que duerme al otro lado del cristal. Incluso

así emana de ella un halo misterioso que hace que cualquier conversación parezca peligrosa—. ¿Crees que alguna vez le duele algo?

Harriet guarda silencio, como si temiera revelar un secreto, y mira a Anna con una mezcla de miedo y curiosidad, como si fuera algo prohibido.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Por supuesto.

Mete una mano en el bolsillo de su uniforme y saca un pequeño recipiente de aspecto médico, una especie de vial.

—Tengo un sexto sentido para cuando lo pasa mal. No hay señales físicas, pero lo sé. Es algo intuitivo. Siempre que ocurre le doy un sorbito de esto. Al parecer era su whisky favorito, Jack Daniel's etiqueta negra.

Esta vez soy yo quien sonrío.

—El primer gran remedio de la humanidad: felicidad embotellada.

Harriet, repentinamente cohibida, asiente y se guarda el vial.

—Remedios de enfermera. Una de mis primeras maestras lo usaba para todo.

—Tranquila, que no se lo diré a nadie —contesto.

18

Ben

El expediente de la policía llega justo antes de las diez, con toda la ceremonia que uno habría imaginado.

Aparte de los dos inspectores de homicidios ha venido un funcionario del gabinete de ministros, un individuo de aspecto ponderado, flaco como un palo, con un chubasquero arrugado y unas gafas con montura al aire, que espera con impaciencia a que yo acabe de leer todas las cláusulas. Una vez que estampo mi firma, el funcionario y los dos coches desaparecen en la neblina rumbo a Whitehall como si nunca hubieran venido, como si todo hubiera sido una ilusión.

Siempre me ha gustado quedarme en la clínica cuando ya es de noche y casi todo el personal ha salido corriendo a ocuparse de sus hijos, casas y medias naranjas. Me preparo cantidades malsanas de té Yorkshire Gold y vuelvo a pensar en Harriet y en la calidez de su sonrisa, ese yo más íntimo y amistoso que oculta bajo la superficie.

La caja de los informes pesa como un mueble. Busco unas tijeras, corto la cinta adhesiva y aparece otro listado de instrucciones especiales sobre cómo deben manipularse los documentos.

Elijo unos cuantos al azar y empiezo a abrirme paso entre los escombros de la investigación: declaraciones de testigos, resúmenes de cámaras de vigilancia, todas las indagaciones puerta a puerta, con la dificultad añadida del lugar remoto donde estaba emplazada la Granja... Hay actualizaciones del sistema de reconocimiento automático de matrículas, informes del patólogo sobre ambas víctimas, un análisis forense completo e informes de expertos en armas blancas sobre la geometría de las heridas.

Uno de los informes contiene más datos sobre el pasado de las víctimas y de las otras personas presentes en la Granja, obtenidos a partir de las declaraciones de los testigos, el rastreo de la ubicación de los móviles y la cadena de indicios, una especie de relato resumido tras exprimir el material de archivo. Tras esa rápida consulta, me doy cuenta de lo lejos que parece haber quedado el mundo de 2019.

Tomo otro sorbo de Yorkshire Gold y picoteo una galleta. Hay un fragmento de la declaración de Melanie Fox. Ella estaba al frente de la Granja y además era la dueña; fue la empresaria que se quedó en la ruina. Ella contrató a Lola Ridgeway. También habló con la prensa y

tuvo sus quince minutos de gloria. Luego cayó en el olvido.

Me centro en su declaración.

El papel es tan fino que me produce sensación de cosquilleo. Me arrellano en la silla de la oficina con el rumor del centro de Londres a mi espalda.

Me concentro en la página y empiezo a leer.

19

Lola

Uno de sus pasatiempos favoritos es reordenar las pruebas. Está comprobado que distribuir imágenes por una pared estimula las ideas. De esta forma el investigador puede valorarlo todo de golpe.

Porque Lola es eso, ni una bloguera, ni una *influencer*, ni ningún otro término peyorativo; es una investigadora. Tiene el cuaderno de Anna, el auténtico. Es una buscadora de la verdad. Ella sí se merece que la llamen inspectora y no esos burócratas con placa. Su trabajo consiste en seguir el rastro de las pruebas e investigar los síntomas hasta llegar al fondo de sus causas. Es una cirujana y todos sus cortes son perfectos y necesarios.

Actualiza el navegador. En los últimos minutos su post ha acumulado trescientas veintiséis visualizaciones más. La viralidad es como el amor o la felicidad: no se consigue buscándola. Este post, sin embargo, se ha vuelto viral: casi un millón de visitas, cientos de miles de «me gusta» e interminables ristras de comentarios. Ninguno de los anteriores había tenido ni una milésima parte de su éxito.

Cierra el portátil y mira el teléfono, pero no hay más mensajes por hoy. Antes, en los embriagadores tiempos de su juventud, no paraban de mandarse mensajes, mientras que hoy con suerte le llega uno al día. Su unión, sin embargo, está sellada con sangre, y nada puede separarlas. Con lo que han pasado juntas, nunca las separará nada ni nadie.

Mete el portátil y el teléfono en un cajón y se acerca a la pared cubierta de pizarras. No es tonta, sabe que muchos lo tacharían de obsesivo, y probablemente estarían en lo cierto, pero la obsesión de una persona es la cura de otra. Las pizarras son su salvavidas. Alguno ha de tener después de lo que pasó aquella noche.

Recorta la foto de la cara del doctor Benedict Prince y se acerca a la segunda pizarra. A los sospechosos clave les corresponde la pizarra número uno. A los investigadores y otros funcionarios, la número dos. Las pizarras tres, cuatro, cinco y seis son para la cronología, las pruebas forenses, la ubicación y las hipótesis.

Lola levanta el brazo y clava la chincheta en la parte superior de la foto, sintiendo cómo el corcho cede y la punta se hunde hasta el fondo. Retrocede para ver el organigrama que ha creado. En lo más

alto está la primera inspectora a cargo del caso de Anna O: Clara Fennel, de la Unidad de Delitos Mayores de la Policía del Valle del Támesis, la famosa brigada de homicidios de la Policía Metropolitana, a la que Clara llegó desde Estupefacientes. Un desvío de camino a casa que acabó determinando toda una carrera. Hay una lista de subinspectores, seguida por otros puestos en el escalafón, como el agente a cargo de las pruebas, el policía de enlace con las familias, el supervisor de la sección científica y el responsable de los interrogatorios puerta a puerta. La otra foto ya está en la pizarra: Harriet Roberts, enfermera del hospital de alta seguridad Rampton, transferida a The Abbey mientras esté ingresada allí Anna Ogilvy. La enfermera simpática y el médico guapo: la nueva pareja del caso.

Ha tardado años en reunir toda la información, pero si se emplea el tiempo necesario puede averiguarse casi todo. También ha tenido que ponerse al día en cuestiones policiales. En sus estanterías se aprietan tomos gruesos y lustrosos: *Manual Blackstone para inspectores de policía*, *Introducción a la criminología: nuevas perspectivas* y su compra más reciente, *Muertos de sueño. Introducción al estudio forense de los trastornos del sueño y el análisis de sueños*, del mismísimo doctor Benedict Prince, su primer libro antes de *Anna O y otros misterios de la mente*.

También tiene todos los números de *Elementary*, la revista que fundó Anna con Indira Sharma y Douglas Bute. Se los ha leído al menos ocho veces.

La que menos dificultades plantea, como es lógico, es Harriet Roberts, que lleva una vida privada muy tranquila y cuya cuenta de Facebook da ganas de bostezar. En la última actualización salen fotos de un paseo por el campo y las efemérides habituales, con comidas en pubs caros y termos de café tibio. Ni marido ni hijos. El doctor Prince es la viva imagen del pensador y Harriet Roberts la típica enfermera inglesa animosa y sensata. Ambos son perfectos para su papel.

Tras una última mirada al doctor Prince y la enfermera Roberts —con sus alardes de profesionalidad y sus sonrisas de cartón piedra—, Lola da unos pasos hacia la derecha, pasando de la segunda a la tercera pizarra. Es a la que siempre vuelve, la pizarra llena de pósits y anotaciones rápidas con rotulador en la que cobra vida el caso. Los datos, recopilados minuciosamente de los medios informativos, alguna que otra declaración policial y algunos de memoria, aspiran a constituir una cronología definitiva del 30 de agosto de 2019, la noche de los hechos, esas horas que lo cambiaron todo.

Los relee moviendo la boca como si los pronunciara en voz alta:

30 DE AGOSTO DE 2019

UBICACIÓN: LA GRANJA, OXFORDSHIRE
PRESENTES:

ANNA OGILVY (25)
EMILY OGILVY (51)
RICHARD OGILVY (52)
THEO OGILVY (30)
INDIRA SHARMA (25)
DOUGLAS BUTE (26)
MELANIE FOX (39)
OWEN LANE (48)
DANNY HUDSON (22)
INSPECTORA CLARA FENNEL (35)

Ese último nombre es polémico, aunque técnicamente sea correcto. Rompiendo el protocolo, la inspectora Fennel acudió a toda prisa al lugar de los hechos antes de que nadie más pudiera ponerse al frente del caso, a fin de no verse relegada por alguien de mayor graduación. Así lo demostraron las cámaras de la entrada de la Granja, como también un examen del coche de la policía, un Volvo S90T8 híbrido.

Como es natural, Lola no se incluye a sí misma. Se basa exclusivamente en los registros oficiales.

Revisa el resto de la cronología y vuelve al día anterior, el 29 de agosto, para detenerse en otra entrada: «16.00h-0.00h: el Bosque». Además de ser la etapa más larga también es la más relevante, al menos desde su punto de vista. A fin de cuentas, explica por qué la gente estaba tan interesada en visitar la Granja. Eso la hizo famosa, para bien o para mal, convirtiéndola en destino predilecto de banqueros, grandes compañías, despedidas de soltero y de soltera y escapadas familiares de fin de semana.

Por eso recibió su invitación. Era un bolo de asesora de salud y seguridad a precio de saldo, uno que no habría aceptado ninguna empresa seria del sector. Una web, una tarjeta de visita y bingo. Así entró.

La llegada de los invitados: día 29. La peste a barro y alcohol. La formación de los dos equipos: Cazadores y Supervivientes. Luego la partida en sí, que duró ocho largas horas. El Bosque era un anexo de la Granja, un terreno cubierto de árboles y matojos en el que se respiraba una tenebrosa atmósfera de peligro. Era una mezcla entre parque de aventuras tipo Go Ape, complejo vacacional y campo de *paintball*, lleno de cuerdas y escaleras por todas partes. Los Cazadores tenían más libertad de movimiento. Los Supervivientes podían escaparse por los pelos.

Cuando llegaban los invitados, Owen Lane, el encargado, se

dedicaba a meterles el miedo en el cuerpo, pero ahí estaba la gracia de la Granja. De ahí salían esas historias del CEO llorando por sus raciones de comida o de los dos altos cargos que se enamoraron escondidos en el sotobosque, allí se hacían negocios, se destruían reputaciones, se cerraban pactos… Salía a relucir con toda su esplendorosa fealdad la parte animal de los seres humanos. Al menos ésa era la estrategia de marketing.

En esa fecha concreta, sin embargo, algo salió mal. Lola lo recuerda con absoluta claridad. El Bosque se había quedado sin su decorado por culpa de las fuertes lluvias, pero Melanie Fox se negó a cancelar la partida. Los Ogilvy habían reservado el «Pack Familiar» para seis invitados, tres por equipo, con todo incluido: equipo, alojamiento (dentro de lo que había) y comida.

Lola vuelve a mirar la lista. Lo que pasó después no se puede entender sin lo de antes. Aún le parece oler el barro. El chapoteo de sus botas sobre la hierba encharcada. Registro del 29 de agosto en el Bosque:

SUPERVIVIENTES
Richard Ogilvy
Emily Ogilvy
Theo Ogilvy

CAZADORES
Anna Ogilvy
Indira Sharma
Douglas Bute

Nadie ha logrado resolver el misterio. ¿Qué pudo pasar durante esas ocho horas en el Bosque para que una mujer de veinticinco años sin antecedentes de violencia asestara un total de veinte puñaladas mortales a sus dos compañeros de equipo?

Pero, de nuevo, ése es el problema con las hipótesis de aficionado. Ninguno de los periodistas, comentaristas y detectives de supermercado estaba ahí esa noche. Ellos no vieron todas las pruebas.

No tenían el cuaderno. No estuvieron en la Cabaña Azul justo después de los hechos. Lo vieron todo a través de un cristal oscuro.

Ninguno conocía el secreto que había detrás de todo.

20

Ben

La respuesta a mi solicitud de entrevistarla tarda varios días en llegar.

Se nota que Emily Ogilvy es un ave nocturna, como yo. El correo electrónico llega a mi bandeja de entrada poco después de la una y media de la madrugada. Lo abro y al leerlo pienso en la foto de la familia Ogilvy que se publicó justo después de los asesinatos, en sus sonrisas llenas de optimismo. Se les ve delgados, sanos, bronceados y en buena forma física, con sus amplias sonrisas, dientes blancos como perlas, bien peinados, luciendo ropa cara. La suerte siempre les ha sonreído: por el lugar donde nacieron, la educación que recibieron, la carrera que eligieron. Faltan menos de veinticuatro horas para que a uno de ellos lo detengan por asesinato y un año para que los padres pidan el divorcio. A los seis meses de esto último, Theo Ogilvy casi morirá de sobredosis y se irá a vivir para siempre a Sudamérica. Los dioses castigaron su orgullo desmedido.

En su correo, cortés pero sucinto, Emily Ogilvy me informa que uno de sus compromisos se ha cancelado y me propone un encuentro esa misma mañana en la iglesia de Saint Margaret. Firma con nombre y apellido, como si fuera una carta formal.

Me da tanta pereza volver a Pimlico que duermo unas horas en mi despacho y me ducho en los baños de la clínica. Envío un correo electrónico al equipo de recepción para decirles que trabajaré todo el día desde casa y salgo rumbo a la iglesia de Saint Margaret.

Parliament Square y la entrada del Tribunal Supremo están prácticamente desiertos. Levanto la vista hacia el Big Ben y el palacio de Westminster. Saint Margaret parece un okupa aferrado a los faldones del chaqué de la abadía de Westminster.

Esta mañana hay poca gente en la iglesia. Dentro veo a unos cuantos politicastros rezando por la absolución y alguna que otra sotana en las primeras filas. Nunca sé si persignarme, inclinarme o hacer alguna otra señal de respeto. Al final miro los bancos y veo una cabeza femenina, a poca distancia del altar. No me hace falta verle la cara para darme cuenta de lo mucho que ha cambiado. En las fotos antiguas que corren por internet —vestida de armiño al jurar su cargo en la Cámara de los Lores; atendiendo el teléfono en la sede del partido; en sus tiempos de gloria, como ministra del Nuevo Laborismo

—, Emily siempre da la impresión de ser una mujer madura dentro de un cuerpo más joven. Por primera vez siento que el exterior coincide con el interior.

Se le ve el pelo canoso. Reza inclinada, juntando las manos con devoción. Cuesta creer que sea la misma mujer que hacía llorar a sus colegas políticos con una sola frase, o que en su época como ministra de Sanidad, a finales de los noventa y principios del nuevo milenio, abanderó la reforma de los servicios de salud mental. En esa época Emily Ogilvy estaba completamente volcada en la política, ahora la tragedia la ha hecho volcarse completamente en Dios. Me pregunto si le ha encontrado sentido a alguna de ambas cosas.

Me siento en el mismo banco que ella. Aunque se haya apartado del mundanal ruido, no ha olvidado del todo su antigua habilidad política. El banco está bien separado de los demás, oculto tras una esquina. Aquí no nos pillará nadie. Lo ha escogido con toda la intención. Es evidente que su antena para sortear las cámaras sigue funcionando.

—¿Qué está diciendo él?

Se echa para atrás sin inmutarse y abre los ojos poco a poco. No se muestra sorprendida por encontrarse a alguien más en el banco.

—¿Perdón?

—Me refiero a Dios.

—Bueno, es que no funciona así.

Me acomodo en el banco, con la sensación de haber vuelto al colegio, y me meto las manos en los bolsillos en un ademán de rebeldía.

—Pobre tío —digo sin poder resistirme—. Seguro que tiene una saca de correo del tamaño de Marte, peor que la mayoría de los políticos.

Mi blasfemia informal hace sonreír a Emily, que me sigue la corriente.

—La única diferencia es que los políticos no tienen tanto poder como Dios, ni siquiera los ex ministros.

—Pues casi todos se sorprenderían de saberlo.

—No lo dudo.

En persona es más simpática. Por la tele siempre parecía crispada, «una piraña con perlas», como la llamó un conocido periódico sensacionalista en un memorable alarde de misoginia. Pero de esa imagen apenas queda nada. Ahora hay un brillo profesoral en su mirada. El mundo de Westminster recibió con asombro la noticia de que pensaba convertirse en sacerdote y sustituir su título de baronesa por el de reverenda.

De hecho, incluso su nombre ha cambiado. Al divorciarse de Richard Ogilvy recuperó su apellido de soltera. Tiene un halo de respetabilidad parroquial. La comparo con la Anna de la sala de

tratamiento y advierto un fugaz parecido.

—Me desconcertó recibir su mensaje. —La calidez ha empezado a evaporarse—. Ya lo conté todo durante la investigación. Ha habido tantos expertos, tantas teorías, a cuál peor, y ninguna ha servido de nada. Disculpe, no quiero parecer tan cínica, pero suena a más de lo mismo.

—Quizá sí, o quizá no —respondo—. Sólo le pido el beneficio de la duda.

No parece muy entusiasmada.

—¿Qué espera conseguir exactamente? ¿Otro caso importante para su currículum?

—No, sólo espero devolverle la vida a su hija.

21

Ben

Al final la iglesia nos resulta sofocante y salimos en busca de cafeína.

El Starbucks está lleno, así que cogemos los cafés y caminamos de vuelta por Victoria Street. Los bloques anónimos de oficinas dejan paso al esplendor del gótico. Hay un helicóptero parado encima de Downing Street; está preparado para una toma aérea de la comitiva del primer ministro.

De pronto cobro conciencia de cuánto se ha perdido Anna desde que se durmió. En Downing Street había otro inquilino. Donde había obras hay edificios nuevos de oficinas. El mundo ha cambiado en los últimos cuatro años.

Emily rompe su silencio.

—¿Qué tiene usted que no tuvieran los demás, si no es demasiado preguntar?

Es una pregunta trampa, como esas que se lanzan en las comisiones parlamentarias para dejar a alguien en evidencia.

—Pues para empezar yo creo que la mente es más poderosa que el cerebro, mientras que la mayoría de los especialistas opina lo contrario.

—Suena a frase impactante, pero que en el fondo no quiere decir nada.

—En absoluto. Ya lo sabían los antiguos, y también los premodernos. La culpa es de la Ilustración. Hasta hace unos siglos no ignorábamos la idea de la mente para centrarnos de manera tan obsesiva en arreglar el cerebro. Como la mayoría de los pacientes con síndrome de resignación, Anna ha sido relegada a un entorno médico desprovisto de estímulos. Mi método consiste en abrumar sus sentidos con sonidos, olores, voces y palpaciones que evoquen recuerdos seguros de su pasado. Quiero que su cuerpo active su mente induciéndole la idea de que despertar no es peligroso.

Pone una expresión solemne, como si intentara acordarse de algo.

—«El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo.»

—Milton no se equivocaba.

—Tampoco acertaba siempre del todo. Estudié *El paraíso perdido* en la universidad. Ahora me parece otro mundo. —Acaba de

inspeccionarme, como si se hubiera cerciorado de mi buena fe—. ¿Qué quiere saber? ¿Si a Anna no le dábamos golosinas de pequeña? ¿Si mi marido le hacía pam, pam en el trasero cuando metía los dedos en un enchufe? ¿Si la acostábamos demasiado temprano y de ahí vienen sus problemas de sueño?

Decido no soltarle mi sermón habitual sobre la esperanza.

—He visto los informes de la policía y no es lo que me preocupa. Sé todo lo referente al plano, el Bosque, los Cazadores contra los Supervivientes, el mensaje de WhatsApp y el examen forense del cuchillo. Lo que no me dice ninguno de los informes es por qué.

—¿Y quién le dice que yo se lo diré?

—Si no puede usted, no puede nadie.

—Tiene una visión un poco ingenua de la relación madre-hija.

—A los veinticinco años nadie te conoce mejor que tus padres. Para un hijo es toda su vida. Para un padre, una etapa más. Yo creo que usted sabe más de lo que dice.

—¿Me equivoco o el primer policía que llegó esa noche a la Granja era su mujer?

—Así es —contesto.

Pone cara de tristeza, de agobio.

—La verdad es que lo siento por ella. Verse arrastrada así por la vorágine... Leí todo lo que se publicó en la prensa sensacionalista y los comentarios escandalosos de internet; las teorías de la conspiración a propósito del papel de la policía y la connivencia entre su mujer y Anna tan sólo por el hecho de que las dos habían estudiado en Oxford. Sé lo que significa mejor que la mayoría.

Me acuerdo de las discusiones que tuve con Clara por mi libro y por la insistencia de la editorial y mis agentes en que diera el máximo protagonismo al caso de Anna O. Pero no, estoy reescribiendo la historia. Para entonces nuestra vida conyugal ya se encontraba en caída libre: yo me había vuelto más distante, y ella había encontrado consuelo en otros brazos.

—Quiero saber lo que no averiguaron Clara y su equipo —digo—, la verdad más profunda, emocional. Desde el momento de los hechos han transcurrido cuatro años, que no son pocos.

Llegamos a Parliament Square y nos paramos ante el edificio del Tribunal Supremo. La sombra del palacio de Westminster se extiende sobre todo alrededor. Vamos bebiendo café.

—Todos los medios se centraron en los logros de Anna —digo—: sus matrículas en secundaria, sus sobresalientes en los exámenes de acceso a la universidad, el hecho de que quedara primera de su promoción en Oxford. Y luego el éxito de su *start-up* con Indira y Douglas, cuando ya era una empresaria en ciernes del mundo de la comunicación. Pero el síndrome de resignación no nace del éxito, sino del fracaso. De una

falta, una carencia.

—¿Esta conversación es oficial?

—Soy psicólogo, no policía. Aquí no hay nada que sea oficial.

Suspira como si se estuviera decidiendo.

—Lo primero que tiene que saber es que Anna siempre fue una niña de extremos. Si lo entiende quizá podrá llegar a entender el resto. No hay mucha gente que lo haga. Supongo que resulta irónico, si se piensa en lo ocurrido.

—¿Irónico?

—De adulta nunca tiene los ojos abiertos —contesta entonces Emily—, y de niña nunca los cerraba. Así empezó la pesadilla.

22

Ben

Hace un día nublado, amenaza lluvia. Nuestros pasos nos conducen a Whitehall mientras el paisaje urbano pasa del minimalismo de los noventa al esplendor del Barroco. La columna de Nelson se yergue en primer plano, junto a las fuentes de Trafalgar Square y el bullicio del Strand: la antigua capital se sacude el sueño y despierta a la vida.

—¿Cuándo pasó por primera vez? —pregunto—. Supongo que sería sonámbula.

Emily asiente con la cabeza. Tengo la impresión de que vacila, de que incluso tiene miedo.

—Que sepamos fue durante unas vacaciones familiares en Cornualles.

—¿Qué edad tenía?

—Nueve años. Nos fuimos en una camioneta muy vieja, con los niños y el perro, y encontramos una casita para una semana. Las dos primeras noches estuvieron muy bien. La tercera vimos juntos una película. Richard y Theo querían una de James Bond; a mí me pareció que Anna era demasiado pequeña, pero bueno, se salieron con la suya. Era la segunda con Timothy Dalton, no me acuerdo del título; muchas armas, muertes y violencia.

—*Licencia para matar* —digo, recordando haber visto una versión pirata en VHS y haber intentado copiar sin demasiado éxito la mezcla de buenos modales y brutalidad de Dalton—. ¿Y qué pasó?

—Nada. Bueno, al menos mientras veíamos la película. Anna juraba que no tenía miedo. Theo y Richard hicieron el típico numerito de los niños de su edad. Hasta *Buttons,* nuestro perro, se lo pasó bien. Luego nos fuimos a dormir como cualquier otra noche. La verdad es que sucedió de golpe, en plena noche.

Espero. No hay que darle prisa.

—¿Anna?

Asiente, absorta, mientras se le empañan un poco los ojos. Ya no está viendo el Parlamento, ni las estatuas, sino una casita de un rincón perdido de Cornualles y una sala oscura que dos décadas después aún la obsesiona.

—Recuerdo que me despertó un ruido en la cocina y que pensé que quizá se había quedado una puerta abierta. Era un ruido de animal,

como de perro. Cuando entré en la cocina eran poco más de las dos.

—¿Qué vio exactamente?

—A *Buttons*, nuestro perro, tirado en el suelo en un charco de su propia sangre. Le habían clavado uno de los cuchillos de cocina en un lado del cuerpo. También estaba Anna.

—¿Como en la película de James Bond?

—Sí. Bueno, más o menos. —Emily me mira y le brillan los ojos de alivio al darse cuenta de que lo entiendo—. El año anterior *Buttons* había mordido a Anna sin querer. Tuvimos que ir a urgencias y le pusieron varios puntos. Llegamos a pensar que tendríamos que desprendernos del perro. Anna le tenía cariño, pero nunca tuvo mucha relación con el perro. *Buttons* era más de los chicos. No era la mascota de Anna, sino la de ellos.

—¿Qué hacía exactamente Anna esa noche?

—Nada, mirar. Tenía manchas de sangre en el pijama. Por el ángulo era evidente que el cuchillo lo había clavado ella.

—¿Habló usted con Anna?

—Sí.

—¿Y ella contestó?

—Sí, aunque era como hablar con otra persona. Tenía otra voz.

—¿Y luego?

A Emily no le cuesta recordar los detalles. Se sabe la historia al dedillo, la recita de forma maquinal.

—Yo no podía hacer nada. Estaba en estado de shock. Examiné a *Buttons*, pero saltaba a la vista que no había nada que hacer. Me llevé a Anna a su cuarto y entonces... bueno...

Se le va apagando la voz. El golpe de efecto que se ha ido preparando. La verdad que flota por encima de todo.

—Anna se despertó —digo.

23

Ben

El resto lo oigo sin asimilarlo del todo. En vez de despertar al resto de la familia, Emily limpió la cocina, sacó a *Buttons* al jardín y se lo llevó al fondo del terreno donde había un riachuelo. Cavó una pequeña tumba y lo enterró sin collar ni identificación. Por la mañana dijo a los demás que se había escapado durante la noche. Theo y Richard montaron una expedición de búsqueda, en la que involucraron a algunos otros turistas, pero no sirvió de nada. Emily había cavado una tumba profunda para esconder bien la prueba del delito.

—¿Por la mañana Anna se acordaba de algo? —pregunto.

—No. Se esforzó tanto como los demás en encontrar a *Buttons*. Me recordó lo que dice la gente de los exorcismos. Era como si mi hija de nueve años hubiera purgado algo.

—¿Cuánto tardaron en tener un diagnóstico?

Hace otra pausa.

—Pensará que soy una madre horrible.

—Póngame a prueba.

—Yo entonces aún era ministra, y si me afectaba algún escándalo, aunque fuera la muerte de un perro, perdería el puesto en la siguiente remodelación del gabinete. Mi hija era pequeña. Le había dejado ver una película violenta, y ella había emulado a algún personaje. Lo atribuí a una simple equivocación en su educación.

—¿Cuánto tiempo tardó en volver a pasar? Que sepa usted, al menos.

—No es del todo igual.

—No, la verdad es que no.

Emily tira su vaso de café, medio vacío, en una papelera y luego se ciñe el abrigo.

—Anna era adolescente, tenía unos catorce. Me llamaron de su internado. Alguien había robado varias cosas en el piso de la directora, que también me transmitió otros motivos de preocupación.

—¿Como cuáles?

Vuelve a titubear, como si se debatiese entre contar la verdad y proteger a su hija.

—Anna siempre había sido una niña un poco rara, obsesiva. Por alguna razón se obsesionó con los asesinatos y los libros sobre casos

reales, como *A sangre fría*.

Lo conozco. En mi piso de Pimlico tengo una edición muy gastada. El título completo es *A sangre fría. Relato fidedigno de un asesinato múltiple y de sus consecuencias*. En su obra maestra Truman Capote inventó el género al emplear técnicas novelísticas para narrar una historia real. Recomiendo este libro a mis alumnos de Birkbeck para que se vayan metiendo en la asignatura de psicología forense, como una forma de romper el hielo durante el primer curso.

—Yo misma bromeaba a menudo diciendo que Anna sería capaz de matar por sus quince minutos de gloria —dice Emily—. Quería ver su nombre en letras luminosas. Quería ganar copas del mundo, o llegar a presidenta. Cuando empezó a escribir, mi hija no quería ser una buena autora, sino una gran autora.

—Lo entiendo.

—De hecho, justo antes de la noche en la Granja estaba trabajando en un artículo de *true crime* para la revista, que era su manera de intentar rivalizar con Capote. Del mismo modo, se obsesionó con Broadmoor y con ese caso tan horrible de finales de los años noventa, el de Sally Turner, el Monstruo de Stockwell. —La expresión de Emily pasa de la timidez a la incomodidad—. Yo la instaba a centrarse en cosas felices, alegres, pero no me hacía ni caso.

Me intrigan las referencias a Sally Turner, la asesina de peor fama en la historia del país, la madre que, buscando la «familia perfecta», mató a sus hijastros. Bloom me ha obsequiado muchas veces con anécdotas de cuando estaba en Broadmoor. Es el primer punto en común: Anna y el Monstruo de Stockwell. No es lo que esperaba.

—¿Sabe si Anna llegó a escribir el artículo?

Emily niega con la cabeza.

—Creo que estaba a punto, pero luego, con lo que pasó…

—¿Cómo acabó el incidente del colegio?

Suspira.

—La directora instaló una cámara de seguridad en su piso y pillaron a Anna robando. Se veía claramente que tenía los ojos abiertos, aunque ella dijo que no se acordaba de nada. La expulsaron. Yo conseguí que el escándalo no llegara a la prensa, gracias a un abogado experto en difamaciones que cobraba una fortuna. Anna siguió negándolo.

No acabo de ver si Emily está sólo triste o algo más. Se le nota un poco culpable, hasta que me doy cuenta de que no es eso, sino algo peor.

Vergüenza.

—Un tratamiento habría implicado explicar el incidente de la escuela, lo cual, a su vez, podría haberse filtrado a la prensa, poniendo en peligro su carrera política —digo—. Total, que volvió a echar tierra

por encima, y tampoco esta vez hizo nada. La política fue más importante que sus obligaciones como madre.

No protesta.

—Sí. Dicho así, en frío, parece imperdonable, pero pensé que era una locura poner en peligro tanto trabajo, todo lo que había hecho pasar a mi familia, por una simple falta adolescente.

—¿Estableció alguna relación entre el incidente del colegio y el de las vacaciones?

—Soy política, no médica. Pensé que Anna tenía problemas en general. Theo y ella se criaron entre niñeras y canguros esporádicos. Era una niña de la época de internet. Me pregunté si había alguna relación.

—¿Y por qué cambió de idea?

Otra pausa, acompañada de una larga inhalación. Emily hace una mueca de dolor, como si este recuerdo aún fuera peor.

—Todo cambió cuando Anna intentó atacarme a mí.

Cuaderno de Anna

2019

1 de enero

Otra aburrida fiesta de Año Nuevo en el piso. En mi familia cada uno está ocupado con sus cosas, por supuesto. Theo, como siempre, bebiendo como una esponja. Mamá con sus asuntos de la Cámara de los Lores. Papá contando su dinero y sin despegarse del teléfono. Yo opto por Indira, Doug y sus amigos, que no paran de reírse, y por la decepción de los fuegos artificiales junto al río. Asisto a esa explosión de brillantes colores desde el London Eye. Doug está colocado. Indy es comprensiva. Yo estoy aburrida, inquieta.

Ha muerto 2018. ¡Larga vida a 2019!

Volvemos juntos al piso de alquiler de Camden y bebemos hasta el amanecer: un Año Nuevo con una sensación curiosamente parecida a la del anterior.

Escribo mientras duermen los demás. Este cuaderno me lo regaló mamá por Navidad. Seguro que lo compró alguno de sus subalternos en la tienda de regalos del palacio de Westminster. Se me están echando los años encima, y no me han servido absolutamente para nada de provecho. Keats murió a los veinticinco. Jane Austen escribió *Orgullo y prejuicio* a los veintiuno. A esta edad, Rafael ya era considerado un genio. Hasta los mindundis de la universidad publican artículos de opinión en periódicos serios. Yo dirijo una revista insignificante, con muy pocos lectores, demasiadas pretensiones y ni una sola firma de prestigio.

No tengo perseverancia para escribir novelas, ni alma para escribir poesía. Habrá que conformarse con esto. Cada semana pondré mis pensamientos por escrito en estas páginas, en plan Samuel Pepys, y así por fin seré una escritora que escribe algo. Cuando digo estas cosas en voz alta Indira se burla. El pretencioso, la estrella de la publicidad, es Douglas, tan ostentoso en su aspecto como en sus ambiciones. Yo soy la que trabaja, la que está en la sombra. Y se me da demasiado bien.

No, este año no pueden ser otros doce meses de dar vueltas como un hámster. Ha llegado el momento de vivir, de respirar, de morirse y renacer.

Este año escribiré algo.

Carpe diem, y todas esas chorradas.

7 de enero

El piso es nuestra oficina, y la oficina es nuestro piso. Como toda *start-up* que se precie, la revista es nuestra vida, nuestro aliento. Cervezas, siestas… pero sobre todo trabajo y problemas.

Tres colegas en su piso de Camden. Indy es la serenidad personificada. Doug… pues eso, Doug es espléndido, inteligente, excesivo, hiperambicioso y a ratos bondadoso. Lo más *cool* de lo *cool*. Dicen que «Nadie es un héroe para su criado». Hay que actualizar la cita: nadie es un héroe para sus compañeros de piso pequeño con un solo baño.

En fin, seguro que la vida no se reduce a tiburones del marketing de veintitantos años con el pelo impecable y litros de crema hidratante. Después del próximo cumpleaños ya no será aceptable celebrarlos. Luego viene un abismo de números al alza y metabolismo en caída libre. Arrugas, grasa abdominal y el lento deslizarse gravitacional hacia una merecida mediocridad.

Cojo mi edición de *A sangre fría* y empiezo a leerla por enésima vez. Soy perfectamente capaz de escribir algo así. Puedo ser tan cáustica y austera como Truman Capote, con su sombrero de fieltro ladeado y sus ojos de cerdito camp. Por lo visto se inspiró en un artículo de trescientas palabras publicado en *The New York Times*, así que yo también tendré que ir a la caza de inspiración.

Tengo que escribir algo.

Necesito un asesinato como Dios manda.

24

Ben

Después del bullicio de Whitehall, el silencio de Harley Street resulta sobrecogedor. Vuelvo a la clínica por la entrada trasera, no vaya a asaltarme algún reportero que se haya olido una exclusiva.

Bloom está en su despacho con una llamada. El mío lo han limpiado y ventilado a fondo desde la última noche. Me siento delante de mi mesa e intento procesar lo que me ha contado Emily sobre el último incidente. Fue durante un viaje a Grecia en verano para celebrar la graduación de Anna. Emily se despertó de madrugada. Anna estaba gritando en su cuarto. Emily abrió la puerta e intentó ayudarla. Entonces Anna la atacó. Tenía los ojos abiertos, pero al igual que las otras veces ya no era la hija de Emily. Se había convertido en otra persona.

Después de consultar mi correo electrónico, pongo a Bloom al corriente de la primera mitad de la entrevista. Me mira con sus solemnes ojos de sabio que no se altera porque lo importune su discípulo.

—¿Estás completamente seguro del diagnóstico de sonambulismo? —dice al fin.

—El mensaje de WhatsApp despeja cualquier duda: «Lo siento. Me parece que los he matado.» Al despertarse, Anna vio los dos cadáveres y se encontró el cuchillo en la mano. Sonambulismo de manual. O eso, o aún estaba sonámbula al mandar el mensaje.

—O no lo estuvo en ningún momento y ha alegado que dormía para que no la condenen por asesinato.

—Ya. —Es la teoría de la conspiración más habitual, el argumento clave para los miembros del Club de la Bella Durmiente—. También puede ser.

—¿Y antes?

—Tenemos constancia de tres incidentes concretos: las vacaciones de la familia cuando Anna tenía nueve años, el incidente en el colegio en su adolescencia y cuando agredió a Emily justo después de cumplir los veintiuno.

—¿Algún desencadenante en común?

—Sí, algún tipo de cambio o de trauma: vacaciones, internado, irse de Oxford... Emily temió que se filtrase la noticia si acudían a los

médicos, así que echó tierra sobre el asunto.

Bloom asiente y suspira, entrelazando los dedos de las manos. Lleva aún más anillos *vintage* que de costumbre.

—Supongo que eso explica por qué la teoría del sonambulismo no se planteó seriamente en la prensa.

—Sí, y también que no saliera en su historial médico. Al parecer Emily intentó sacar el tema al ser interrogada por la policía, pero lo descartaron porque les pareció una argucia.

Bloom coloca los pies en el pequeño reposapiés. Al mirarla me pregunto qué le espera cada noche en casa. Vive sola. Su pareja de toda la vida murió hace seis años. La casa de Islington donde vivían juntos tiene dos habitaciones y está llena de libros, todos con las esquinas amarilleadas por la nicotina. Me la imagino descalza y sola por el piso, pensando en la jubilación. Igual es la razón de que no se decida a dejar esto, necesita un público. La vejez no le sienta bien.

—¿No ha dicho nada más?

—Detalles sin importancia. De tu antiguo lugar de trabajo, por cierto. Antes del ataque, Anna estaba escribiendo un artículo de crónica negra para la revista *Elementary*. Se estaba documentando sobre Broadmoor y el caso de Sally Turner.

Se hace un silencio profundo, incómodo. Bloom se ha quedado ensimismada.

—¿Sally Turner? —dice finalmente.

—Sí.

—¿Estás seguro al cien por cien? ¿El Monstruo de Stockwell?

Le ha cambiado la voz.

—¿Por qué?

Aún tiene la mirada perdida. Me extraña que la mención de Sally Turner haya provocado una reacción tan intensa, más allá de la obviedad de que su nombre esté grabado en la memoria colectiva nacional, igual que el de Harold Shipman o el de Myra Hindley, como un sinónimo de feminidad perversa, a la altura de Eva y Medea, y una encarnación de la madrastra malvada.

Continúo.

—Al final Emily me ha dado una cosa. Se trata de un objeto personal del dormitorio de Anna. —Saco de mi mochila el pequeño libro negro de bolsillo y se lo enseño—. *Medea*, de Eurípides. Al parecer Anna se puso a leerlo de manera obsesiva antes del incidente de la Granja, y se convirtió en su segundo libro favorito después de *A sangre fría*. Hay algunos comentarios a lápiz. A Emily le ha parecido que podrían ayudarme a entender el estado mental de Anna en vísperas del ataque.

Ahora Bloom tiene una expresión aún más incómoda, pero no dice nada.

Me ha puesto nervioso su reacción. Repaso lo que he dicho por si se me ha pasado algo por alto. La referencia a Sally Turner, el Monstruo de Stockwell.

—¿Qué pasa, por qué te preocupan tanto estos nombres?

—¿Tenemos alguna otra fuente sobre el resto, o sólo la palabra de la madre? —pregunta con irritación y mal tono, como si la hubiera interrumpido en sus reflexiones.

—De momento no, aunque quizá aún podamos recuperar las grabaciones de seguridad del colegio de Anna.

Niega con la cabeza.

—Seguro que las borraron enseguida para evitar el escándalo.

Su rostro se serena en cuestión de segundos. Es algo que domina como nadie. Toda ella tiene algo de teatral: la ropa, la gordura, el ingenio epigramático, la supuesta alergia al sentimentalismo... Ya está otra vez en plena forma. Ha borrado hasta el último rastro de preocupación, y también de vulnerabilidad.

—Medea —dice abstraída, como si pensara en voz alta—. Una mujer que entró en la historia como arquetipo del mal. Una madre que mata a sus propios hijos. Un peldaño por encima de la que asesina a sus dos mejores amigos.

—¿Y qué?

Cuanto más profundo se hace el misterio, más incómodo estoy.

Sigue hablando como si estuviera sola.

—¿Se puede subsanar un mal con otro? ¿El mal es algo que hay que erradicar del cuerpo, como un cáncer psicológico, reconstruyendo al paciente desde cero? ¿O es hereditario, biológico? De hecho, ¿qué significa «el mal»?

Su intensidad llega a extremos inquietantes. Está desconectada del presente, con la vista fija en la estantería. Pocas veces la he oído hablar así. Toco las esquinas gastadas del libro de bolsillo. Miro la portada de la edición de *Medea y otras obras* de Penguin Classics: dos personajes de color naranja oscuro, una madre y su hijo. El hijo le tiende la mano a la madre, que le aprieta la cabeza con la palma.

Bloom rompe el silencio con sus jadeos al levantarse de la silla con la gravedad en su contra.

—Perdona, Ben, pero tengo que hacer algo. No me encuentro muy bien.

Hace veinte años que nos conocemos y nunca me había pedido que me fuera.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Me mira con cara de derrotada.

—No, bastante has hecho ya.

Me hace salir a toda prisa.

25

Bloom

Bloom decide irse de la clínica poco antes de las ocho y cuarto, pero ni siquiera logra llegar a la puerta.

Deja de dar vueltas y se sienta de mala gana otra vez en su silla. Está actuando justo como siempre dice que no debe hacerse, dejándose llevar por el pánico. El pánico induce reacciones de lucha o huida. El cuerpo se tensa, el pensamiento se ofusca y se anula el instinto. No, ya no tiene edad para estas cosas. Últimamente apenas duerme. Demasiados recuerdos, demasiado pasado.

Lo único que oye una y otra vez es un fragmento de la conversación de Ben con Emily, el último artículo de Anna para la revista *Elementary*.

Broadmoor. Sally Turner.

Y una palabra más, sólo una. Ojalá no la hubiera pronunciado.

Medea.

No puede ser, pero...

Abre el cajón inferior de su escritorio con una llave que lleva en el bolsillo de la chaqueta. Tiene la mano sudorosa y deja la llave húmeda. Saca el historial de un paciente con la tapa de cartón azul gastada y las páginas manchadas de té.

Cualquier anotación de tipo médico debe ser debidamente declarada. En la actualidad, los garabatos extracurriculares como éstos serían causa de despido. Este historial, no obstante, es una manera de protegerse. Necesita un registro del pasado: fechas, horas, anotaciones de las sesiones, todas indescifrables para cualquier otra persona.

Retrocede hasta encontrar las entradas: «2 de julio de 1999. Hospital Broadmoor, ala Cranfield.» Guarda un recuerdo muy vivo de las sesiones. Normalmente conserva recuerdos muy vagos de sus pacientes, pero no de éste. Fue uno de sus primeros casos en Broadmoor, ese pozo de horror e ignorancia, con su olor de manicomio y sus altos muros victorianos. A pesar de que han pasado tantos años lo recuerda todo perfectamente. Este paciente siempre fue diferente, incluso en la infancia.

Le tiemblan las manos. Siente tics y espasmos artríticos por todo el cuerpo. Es miedo. Al pasar de página advierte que ha humedecido el borde con el dedo. Piensa en lo cerca que está Anna, profundamente

dormida. El caso ha levantado tantos rumores que cuesta separar realidad y ficción. Después de lo que le ha explicado Ben, el peligro ha vuelto.

Lee la última página del historial y se levanta sin pensar en el abrigo. En su cabeza sólo se repiten sin cesar los datos objetivos del caso: la Granja, el cuchillo, los dos cadáveres, la familia Ogilvy, la llegada de la policía.

30 de agosto de 1999.

30 de agosto de 2019.

El veinte aniversario.

Puede ser. Eso es lo que más la asusta. Puede ser que este caso no sea lo que la gente cree, y que el regreso de Anna a The Abbey no se deba a la casualidad ni a la suerte, sino a algo mucho más siniestro.

Mira la siguiente línea y el nombre de arriba: «Paciente X», el seudónimo que le puso el Home Office para impedir que se filtrase el verdadero nombre y evitar una oleada de casos parecidos a principios de la década.

Cierra el despacho con llave y baja en ascensor hasta la planta baja. Al salir apenas oye los saludos del equipo de recepción. Está convencida. Lo siente en el fondo de su ser, en lo más profundo y oscuro de su alma.

Algo no va bien.

Nada bien.

Cuaderno de Anna

2019

14 de enero

La cocina da pena. Sartenes con suciedad incrustada, vasos empañados y restos de salsa boloñesa en la cubertería, como sangre seca. Encuentro el iPhone de Douglas con el temporizador en marcha desde la cena de ayer. Su contraseña es fácil: 100194, su fecha de nacimiento.

No es un hombre original.

A veces, como ahora, me gusta fisgar. Aflora mi lado de periodista de investigación frustrada. Quise hacer prácticas en las redacciones más prestigiosas: *The Times*, *The Daily Telegraph* y el *Financial Times*. Pues bien, lector, no me aceptaron. Por eso fundé *Elementary*, para poder esconder mi fracaso profesional bajo los deslumbrantes focos de una *start-up*, como todos los buenos empresarios del sector.

Sigo mirando el móvil de Doug. Para mi sorpresa no hay nada escandaloso. Pocos chats de ligoteo, y nada turbio en el historial de navegación. Me esperaba más morbo. Lo que sí hay es un grupo nuevo de WhatsApp que no estaba la última vez que se lo husmeé.

«Conversaciones sobre la absorción.»

Sólo hay un usuario más. Reconozco el número de Indy. Me lo sé tanto como el mío.

Voy bajando, leyendo y pensando. Ya sé de qué va todo esto. En el fondo me imaginaba algo. Me he fijado en cómo se miran, y en las conversaciones furtivas que se cortan en seco cuando aparezco. Me he dado cuenta de que estamos distanciándonos.

> **Indira:** Concertada la reunión con GVM a las 14.00h.
> **Douglas:** Café con el contable. ¿La semana que viene?
> **Indira:** Mejor por correo electrónico privado. He creado una cuenta conjunta para hablar de RO etc. Besos

El chat migra a un canal encriptado de correo. Me pregunto si sospechan que los espío. Tendré que espiarlos más hasta encontrar la

cuenta de correo privada.

En Google me sale una web de GV Media. Es una nueva empresa de medios de comunicación con sede en Seattle, una mezcla de plataformas digitales con publicidad y suscripciones que busca a su clientela entre los milenials más jóvenes y la generación Z.

Un depredador con una presa: *Elementary*. Indira y Douglas son los supuestos cerebros comerciales de la operación. Yo quedo relegada al papel de sabia tonta, de artista en su inhóspita buhardilla, encadenada a su portátil como un trabajador gruñón encadenado a un taller clandestino y redactando hasta el día de su muerte. También busco «RO». Más allá de algunos significados tibiamente obscenos, parece que en economía es un acrónimo de *rollover*, que significa «reinversión de fondos, como por ejemplo de un título o bono a otro».

Típico de Indy, que se da ínfulas con su Máster de Dirección de Empresas y su acrónimo de urbanita. Sólo le mueve el dinero.

Los mensajes me despiertan pensamientos parecidos a los que tenía antes, en el pasado, más a. C. que d. C. Siento que empiezan los rumores, así que salgo a dar un largo paseo.

Esta noche tengo que dormir.

Por la mañana lo veré todo mejor.

21 de enero

A veces tengo fantasías. Creo que Freud lo llamaría soñar despierto. Lo único suyo que me gusta son los *Estudios sobre la histeria*. Es como si viera a todas esas vienesas pudibundas acudiendo al número 19 de Berggasse con sus vestidos impolutos y sus expresiones refinadas.

Lo abro por el primer capítulo. Es un error muy extendido pensar que lo escribió Freud, cuando fue Breuer quien lo hizo. Trata del primer paciente psicoanalizado de la historia, que se llamaba como yo. Empiezo a leer:

> La señorita Anna O., de veintiún años cuando contrajo la enfermedad (1880) […] tiene una inteligencia sobresaliente, un poder de combinación asombrosamente agudo e intuición penetrante; su poderoso intelecto habría podido recibir un sólido alimento espiritual, y lo requería, pero éste cesó tras abandonar la escuela. Ricas dotes poéticas y fantasía, controladas por un entendimiento tajante y crítico […] Su voluntad era enérgica, tenaz y persistente.

Me pregunto si hay alguna palabra que no se me pueda aplicar a mí. Me imagino a «Anna» en 1880, hace casi ciento cuarenta años, pero tan viva aún sobre el papel. Es lo que me fascina de escribir, y quizá sea la razón de que lo haga. Para nosotros, Anna O sigue tan viva como lo estaba para esos primeros lectores, en 1895.

Las palabras, bien elegidas y ordenadas, pueden conferir la inmortalidad. Convierten a personas de carne y hueso en habitantes literarios del Olimpo. Las palabras son un elixir.

Me está costando conciliar el sueño. Tengo demasiado miedo para cerrar los ojos. Siento que vuelve el pasado, y que andan sueltos los fantasmas de mis historias. Veo mis antiguas ilusiones, que tan reales parecían en su momento, y sigo despierta.

Ojalá pudiera ser normal.

La mayor parte del tiempo.

28 de enero

El piso. La sala de estar. El sofá, una ensalada Pret y vino del Aldi. Indira y Douglas han salido, parece que al Ned, para hablar con un publicista. Sé que en realidad están tomando margaritas en el Scarfes Bar de Holborn con un miembro del equipo de negocios de GVM. Me los imagino entrando a hurtadillas en una habitación al final del encuentro, pero no, ya vuelvo a soñar despierta. Yo soy la de edición, y ellos dos los de ventas. Están haciendo lo que les corresponde a los comerciales.

Esta noche ha perdido el Manchester United, que ha decepcionado a todos con su juego apático. Echo de menos ver la tele con papá. Era lo único que hacíamos juntos. A veces me lo imagino durante uno de sus viajes, viendo el partido en una habitación de hotel, y le mando mensajes sobre qué atacante no vale nada y por qué necesitamos un nuevo central derecho. A veces hasta responde. Le interesa más el dinero que la gente, o que los hijos.

Estoy cansada. Tengo ese tipo de cansancio que se te mete en los huesos y te nubla la cabeza hasta dejarte baldado. Necesito palillos para los párpados. Intento calcular cuánto tiempo ha pasado desde el último episodio. Cojo mi iPad y vuelvo a buscar en Google «remedios contra el sonambulismo».

Me imagino a Indy y Doug en el bar y luego en el suelo, en un charco de sangre. Es una idea turbadora que no se me va de la cabeza. Me levanto, enciendo la tele y me hago un café bien cargado con tres cucharadas de Nescafé. Luego me encierro en mi cuarto, apoyando

una silla en la puerta.

Compruebo que estén bien cerradas las ventanas y practico mis respiraciones. Tengo unas ganas enormes de que amanezca.

Quiero que se acabe la noche.

26

Ben

Ya ha oscurecido. Estoy mirando a Bloom por la ventana de mi despacho. Observo sus inconfundibles zancadas rumbo al solitario viaje en metro desde la estación de Great Portland Street. No se me va de la cabeza su reacción. Vuelvo a oír la virulencia de sus palabras de esta tarde, y la certeza con que ha dicho lo de reconstruir a un paciente desde cero.

Soy el último cargo de responsabilidad que queda en todo el edificio. En el segundo piso siguen afanándose los otros enfermeros y el personal subcontratado. Contando a Anna, esta noche son seis los pacientes ingresados. Los otros son un agente de seguros, un banquero de inversiones, una divorciada suiza, un ex ministro y un jugador de rugby internacional. Son ricos, pero no famosos nivel paparazzi. Los cinco pueden vivir sin temor al acoso. Ninguno es consciente de que tiene cerca a la presunta asesina más famosa del mundo.

Anna O, la Bella Durmiente, un personaje a caballo entre el mito y la realidad.

Introduzco la contraseña del ala vip, y por primera vez me doy cuenta de que me apetece volver a ver a Harriet. En los últimos tiempos he sentido tan pocas veces esta vaga emoción que me pilla desprevenido.

Me quedo un rato en la puerta, mirándola en la habitación con Anna. A pesar del estado de la enferma, entre las dos hay un ritmo familiar. Parecen hermanas, más que una paciente con su cuidadora. Harriet la trata con ternura, le limpia la cara con delicadeza, y siempre la atiende como a una persona, no como a una masa de carne que no se levanta de la cama.

Sigo mirando hasta que pierdo la noción del tiempo. Al final Harriet me ve y la pillo sonriendo un poco. Luego se pone de espaldas y empieza a recoger sus cosas. Con el abrigo y el pelo suelto, parece más menuda.

—¿Te importa que entre?

—Ésta es tu casa, doctor, no la mía.

Técnicamente es verdad, pero a las enfermeras nunca hay que molestarlas. Es una regla de oro.

—He conocido a muchos enfermeros que no estarían de acuerdo.

—¿Crees que soy como ellos?

—Lo que creo es que sabes más que la mayoría de los neurólogos y psiquiatras. Más que casi todos los psicólogos, eso seguro.

—Te menosprecias y menosprecias tu profesión. No deberías hacer eso.

Su sinceridad me ha dejado en suspenso. El humor se ha convertido en un mecanismo de defensa, una manera de disimular mis inseguridades profesionales. La voz de Harriet tiene una dulzura no exenta de firmeza.

—Tienes razón, no sé por qué lo digo.

—Los mitos, cuando se repiten muchas veces, pueden hacerse realidad.

—Ahora sí que hablas igual que una psicóloga.

Sonríe y bizquea cómicamente.

—¿Qué te acabo de decir?

—Perdón, perdón, no volveré a meterme con los humildes psicólogos.

—Me alegra oírlo.

Echaba de menos este tipo de compañerismo. Lo malo de tener clientes top es que no te dan conversación. Como todo es tan caro, también es un poco demasiado serio. Harriet me cae bien. Aporta dos cosas muy necesarias aquí: frescura y novedad.

—¿Tienes algo que explicarme?

Cambiamos de registro, pasando al profesional. Harriet me pone al corriente de las actividades del día: ejercitación de piernas y músculos centrales, hidratación y estimulación con programas antiguos de la tele, como siempre. Al lado de la habitación hay un pequeño baño. Me lavo las manos a fondo y me pongo guantes y mascarilla. Harriet se sube la cremallera de la chaqueta y se queda mientras ultimo los preparativos. En un silencio diligente y compartido, acabo la fase final, el último accesorio de mi caja de disfraces, y me despido de ella con la mano ya enfundada en un guante. Ella se va, después de una última sonrisa cálida con su cara pecosa.

La consulta es una especie de sanctasanctórum. Los guantes, la mascarilla, el parpadeo de los monitores, los tubos... todo es teatro. Me siento en el pequeño taburete a la derecha de la cama y miro la cámara de encima. Los niveles de voyerismo se multiplican: yo mirando a Anna, la cámara mirándome a mí y Harriet mirándonos a los dos.

En mi primer libro sobre trastornos del sueño e interpretación de los sueños me apropié de una cita de *La tempestad*: «Estábamos muertos de sueño.» Parece que se ajusta bien a este momento. Miro el rostro de Anna, enjuto y sereno, y pienso en las historias que me ha contado Emily: el cuchillo de cocina clavado en el perro y el simulacro de

búsqueda del día siguiente; la premeditación con que Anna robó en el piso de la directora del internado; el terrorífico ataque en el hotel de Atenas, donde pegó a su propia madre con una rabia diabólica.

De pronto me imagino viviendo una segunda vida sin que venga a cuento. El sufrimiento que pueden soportar los seres humanos tiene un límite. Llega un momento en que el cuerpo y la mente entran en estado de hibernación para protegerse. Por algo se llama síndrome de resignación.

Oigo una notificación de mi móvil. Incumplo las reglas y lo saco del bolsillo de mi pantalón. Es un correo electrónico de Richard Ogilvy, que por fin ha contestado a mi mensaje. Ha puesto en copia a su asistente personal, que ya ha escrito un correo proponiendo una hora para el encuentro. De momento lo ignoro y abro el que me ha mandado Emily Ogilvy después de nuestra conversación. Contiene una lista de las canciones que escuchaba Anna de niña: *Yesterday*, de los Beatles, *Imagine*, de John Lennon, *Tiny Dancer*, de Elton John, y *Songbird*, de Eva Cassidy. Todo esto forma parte de mi modelo terapéutico, al igual que la edición de *Medea y otras obras* de Penguin Classics. Lo saco de mi cartera y me quedo mirando a la ocupante de la cama y las anotaciones del libro.

Un encuentro entre pasado y presente.

Imagine ya está descargada en mi Spotify. Empiezan a sonar los archiconocidos acordes de piano. Miro los monitores y observo la reacción de Anna. Si mi teoría de las sensaciones es correcta —si en algo acierta mi diagnóstico, en líneas generales—, este sonido debería seguir provocando algo. Debería calmar el inconsciente con recuerdos del pasado: protección, esperanza y certeza. Estos últimos cuatro años a Anna se le han negado los estímulos. Ya es hora de corregir esta situación.

La voz triste de John Lennon penetra en el silencio, como un eco de otro universo. Miro atentamente el monitor por si percibo una pequeña oscilación y la cara de Anna por si veo algún movimiento fugaz, pero el volumen de la canción disminuye sin que haya visto nada.

Suena el móvil.

Preferiría no contestar.

Hasta que veo el nombre de Bloom en la pantalla.

27

X

La doctora Bloom se ha hecho mayor. Ésta es la primera ventaja. La joven Bloom nunca habría sido tan descuidada. No, esa Bloom siempre habría ido un paso por delante: consciente de que su línea telefónica estaba pinchada; de las cámaras ocultas instaladas en su despacho; de que se vigilaban y analizaban todos sus movimientos justo para llegar a este preciso instante.

Pero la gente real es torpe y decepcionante.

La vejez tiene ese efecto, incluso en los mejores.

Por ejemplo, veamos las medidas de seguridad. Tanto las cerraduras como el sistema antirrobo de su casa son estándar. La copia de la llave funciona. La puerta se abre con un clic. El ruido al entrar apenas se oye al otro lado del cristal esmerilado de la puerta interior. La contraseña de la alarma es un dato personal y fácil de recordar: la fecha de cumpleaños de su difunta pareja. La luz parpadea y el sistema antirrobo se apaga.

Qué familiar resulta todo dentro, es como volver a casa. La decoración retro setentera del pasillo, los paisajes cursilones de las paredes. Hay polvo acumulado encima de los muebles. Todo parece envuelto en una penumbra fúnebre y neblinosa. El piso es tan pequeño que la voz de la doctora resuena por todos los rincones, interrumpida sólo por las pausas al hablar y el ruido de algún gesto. Está hablando por teléfono.

Oigo una mención a Anna Ogilvy, seguida de una pausa.

Fuera zapatos. A partir de aquí, ando con calcetines por la moqueta. Hay una tarea que llevar a cabo, una misión que cumplir. Gracias a los guantes, no dejaré huellas en los pomos de las puertas. El cuchillo me permitirá realizar un trabajo rápido y casi indoloro. Es lo mínimo que se merece Bloom. Los crímenes caóticos son cosa de aficionados. Éste ha sido calculado hasta el menor detalle.

Bloom se queda callada. Se oye un movimiento brusco, como si sospechara algo. Más despacio. El estudio —el típico cuarto de institutriz, lleno de trastos y pilas de periódicos— está justo delante, con la puerta levemente entreabierta: otra señal de lo olvidadiza que se ha vuelto. Sin embargo, el estudio sería demasiado evidente. Hay que hacerlo en otro sitio. Hay que llevarla al salón.

Aquí me asaltan los recuerdos, junto con otros pensamientos, pero ya habrá tiempo de recrearse en ellos. No hay tiempo que perder. Bloom ha atado cabos. Hay que ocuparse de ella, igual que de las otras víctimas. Es pura lógica, pura supervivencia.

La puerta del estudio se abre un poco más. Su alborotada mata de pelo gris; sus capas de ropa superpuesta como una tienda campaña.

Tiene que ser ahora.

No hay lugar para la compasión.

28

Ben

Después de la llamada todo se precipita.

Me percato de la gravedad de la situación. Tanto por sus misteriosas instrucciones como por el miedo que había en su voz.

No, no era miedo.

Era terror.

Sí, es mucho más que miedo. Mucho, mucho más.

Me imagino a los inspectores vigilando mis movimientos durante los días siguientes. No basta con ser inocente.

No, también tengo que parecerlo, y desde este mismo momento.

Un solo error será mi perdición.

Pienso en cómo llegar a casa de Bloom. Uber sería llamar la atención. En metro se tarda demasiado. Miro la hora y calculo cuánto tráfico habrá en las calles. No hay tiempo para dejar instrucciones al personal de la clínica.

Cojo al vuelo mi móvil y mi chaqueta y salgo a Harley Street rezando por ver la luz amarilla de un taxi vacío. Cerca de Oxford Street encuentro uno y le doy la dirección de Bloom, en Islington. Luego dejo un mensaje de voz a la enfermera de guardia diciéndole que me ha salido una urgencia.

Al mirar la hora veo que ya es tarde. Marco otra vez el número de Bloom, pero no contesta. Me planteo llamar a la policía, pero no, Bloom ha insistido mucho en que este asunto debe resolverse en privado. Sólo yo. Sus instrucciones eran muy claras.

No es momento para empezar a dudar de ella.

Fuera parpadea un mundo de sombras. El taxi surca las lluviosas calles del centro de Londres rumbo al norte. El resplandor de las farolas y los fantasmales escaparates iluminados de las tiendas cerradas lo impregna todo. Rememoro la conversación, aunque sigo sin entender nada. Sólo percibía su inquietud, latente en cada sílaba. No conozco a nadie más valiente que Bloom. Nunca tiene miedo, pero en su voz había pánico.

«Escúchame con atención, Ben, necesito que hagas algo.»

Tardamos una eternidad en llegar a la entrada de Islington. Nos topamos con estridentes letreros que anuncian obras nocturnas en la carretera. Se respira un ambiente amenazador y espectral: los

semáforos, el ruido de los motores, el eco de la voz de Bloom al teléfono.

El taxista le pega un bocinazo al coche de delante, que no acaba de arrancar. Voy calado hasta los huesos de cintura para arriba. Estamos a punto de llegar, a sólo un minuto de la verja de entrada al refugio de Virginia Bloom.

Pero ya he perdido demasiado tiempo. No puedo esperar más.

—Pare, me bajo aquí.

Pago y vuelvo a mirar la hora. La voz de Bloom resuena en mi cabeza.

Bajo del taxi y miro la caravana de coches que se ha formado detrás de nosotros. También veo la carretera vacía que se ha abierto delante y los operarios de las obras que se detienen justo entonces para que avancen los vehículos.

El taxi arranca y acelera. Tengo los músculos agarrotados. Conozco el camino, o eso creo. Me escapo de la furia industrial de los coches y las obras. Entro corriendo en un pasaje que desemboca en una calle de viviendas más modestas flanqueada de árboles. Casi estoy.

Repito mentalmente las instrucciones de Bloom.

«El informe. Tienes que encontrar el informe.»

Veo la casa delante, con su puerta de roble y su anodina discreción.

Me asalta el temor de que dentro me espera algo terrible.

Antes de llegar a la entrada, ya tengo un mal presentimiento. Llamo al timbre de la puerta, pero no contesta nadie. Se huele el malestar, el peligro. Me imagino cosas terribles: un charco de sangre en la moqueta, una carnicería tras la discreta fachada... El peor catálogo de crímenes humanos.

¿Y si esto es el final? Un paso en falso y tienes el cuchillo de un asesino que huye entre las costillas. O un tajo en la garganta. Morirme aquí, como una simple víctima colateral, como consecuencia de otro asesinato, en esta casa apolillada de una calle tranquila. Dramático, pero banal. Pura mala suerte. Nada importante, ni noble, sólo estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Llamo otra vez al timbre.

Vuelvo a marcar su número. Nada.

Me tiembla la mano. Me estoy acobardando. Tengo miedo. No, miedo es poco. El terror de Bloom es contagioso. Quiero vivir con todas las células de mi ser. Es instintivo, simple biología.

Como sigue sin oírse nada dentro, busco la llave de repuesto bajo la maceta.

No puedo irme. A pesar de todo, tengo que hacer lo que he venido a hacer.

Sigue resonando en mi cabeza su voz aguda y forzada, como de niña, con la que me hablaba por teléfono, su miedo cerval.

«Ben, ¿y si la presencia de Anna Ogilvy en la clínica no es casualidad? ¿Y si es por algo más?»

La llave funciona. Ojalá no hubiese funcionado. Ya estoy dentro. El olor a moho. La anticuada moqueta. Una oda al recargado diseño de los años setenta. La llamo en voz alta, sumido en un creciente desconcierto, mientras parte de mí sigue albergando la esperanza de que haya una sencilla explicación para todo esto y que el pánico deje paso nuevamente a la calma.

Sigue sin haber respuesta.

Entro en el salón comedor por la cocina. Al abrir la puerta se apodera de mí la misma espantosa sensación premonitoria de antes. Me noto mareado, casi a punto de desmayarme. He estado en varios escenarios de crimen y he presenciado la muerte en toda su crudeza. Una vez que llega ya no tiene remedio. La muerte es como un olor que nunca se va.

Oigo un ruido en otra parte de la casa: un golpe sordo, una pisada. Mis sentidos evocan todo tipo de temores. Estoy tan tenso que casi huelo el cálido aliento del agresor y casi siento la frialdad de la cuchilla.

Pero no debo pensar así.

Me centro en el presente. Oigo otro ruido. Alguien o algo me espera. Soy la siguiente víctima, tan tonta como para haber venido sola. Más ruidos. Una casa vieja que cruje con el viento. Una ventana abierta o una puerta mal cerrada.

O un asesino que espera pacientemente a su presa.

Respiro y me concentro.

La llamada, el viaje en taxi, la llave bajo la maceta. Ya he estado aquí antes. Ya he respirado una atmósfera así. Doy media vuelta y me adentro un poco más en el salón.

Y entonces lo veo de golpe.

El cuerpo de la doctora Bloom yace tumbado a mis pies.

Duerme como una muerta.

Cuaderno de Anna

2019

4 de febrero

De nuevo en casa, o en el castillo de mis padres, Schloss Ogilvy, la casa de los horrores de Hampstead. Ambos progenitores están ausentes, como de costumbre, o como si lo estuvieran. Mamá está en su estudio, de politiqueo. No mueve ni una ceja cuando oye que he llegado. Papá está imprimiendo dinero en Nueva York, y probablemente ligando con una rubia alta como la torre Eiffel, con las pestañas impecables y graduada en Wharton.

El único que me hace compañía es Theo. Hay que descansar mucho si eres presentador de televisión *freelance*. Esto de ahora es un descanso temporal, después del anterior descanso temporal. Yo finjo que me lo creo, y él finge creerse que no estoy fingiendo. Estoy tentada de contarle todo este asunto de la absorción de la revista, pero entre hermanos no caben las muestras de debilidad.

Es una de las reglas de la familia Ogilvy.

Al final mamá sale de su guarida y se sirve una gran copa de vino. Theo se va con sus amigos a algún pub cutre de Mayfair y papá llama por FaceTime desde Manhattan.

Abro la aplicación BBC Sounds en el móvil, consulto la sección My Sounds y encuentro el programa que me descargué desafiándome a escucharlo. Radio 4, de la BBC: «Misterios del sueño.» El presentador, Guy Leschziner, es neurólogo y experto en sueño. Hay tres episodios: «El sonambulismo», «Soñar» y «La falta de sueño y el insomnio». Los dos últimos no me interesan. Ya me gustaría tener insomnio. Además, lo mío más que sueños son terrores nocturnos.

Lo que temo yo es dormirme.

Pido la cena por Deliveroo y me retiro a mi viejo dormitorio. Me tumbo sobre el edredón. La presión en la cabeza y la leve tensión en la mandíbula presagian otro episodio, una recaída, el regreso de la enfermedad. La amenaza de lo inevitable.

Me quedaré toda la noche sin moverme de mi cuarto. Es menos peligroso. A fin de cuentas, es un dormitorio preparado para estas situaciones, con cerraduras más resistentes en las puertas, sillas más

firmes para poder atrincherarme y más muebles con los que tropezar y despertarme por las magulladuras. Indy me manda un mensaje para saber dónde estoy. Me planteo si debo contarle lo de su cuenta de correo Proton, los mensajes y todo lo que he averiguado.

Al final no lo hago. Es mucho más fácil mentir.

Releo el anuncio del pódcast, reuniendo fuerzas para enfrentarme a mis demonios.

Y le doy al «Play».

11 de febrero

He escuchado seis veces el primer episodio de «Misterios del sueño», en la ducha, el autobús y mientras escribía.

Escucho la historia de «Jackie», que es sonámbula de toda la vida: se levanta, sale de casa y va en moto con los ojos abiertos, aunque su cerebro sigue dormido.

«James» tiene terrores nocturnos tan violentos y chocantes que su matrimonio está a punto de venirse abajo.

«Alex» está convencido de que está en una inundación y sus compañeros de piso lo encuentran tratando de salvar a personas invisibles.

El caso más turbador es el de «Tom», condenado por violar a su ex pareja. Al salir de la cárcel le diagnosticaron un trastorno llamado sexsomnia, un tipo de sonambulismo en el que se producen actos sexuales. Tiene los ojos abiertos y parece totalmente consciente, pero las pruebas demuestran que su cerebro se queda atascado en una parasomnia no REM.

Han pasado varios días y no se me va de la cabeza. Estoy leyendo la entrada de Wikipedia sobre «Sonambulismo» y me quedo atrapada con la última parte.

> Dado que las conductas sonámbulas ocurren al margen de la voluntad, el sonambulismo puede ser utilizado como defensa jurídica. A las personas se las puede acusar de automatismo sin enajenación mental o con ella. El primero se utiliza como defensa en casos de enajenación transitoria o conducta involuntaria, y su resultado es la absolución. El segundo da lugar a un «veredicto especial de no culpabilidad por enajenación». Este veredicto de enajenación puede derivar en una orden judicial de ingreso en una institución mental.

Se reproduce una cita de un antiguo juez, lord Morris. Es de 1963, del caso de Bratty contra el Fiscal General de Irlanda del Norte. Lord Morris dijo que si una persona ha cometido un delito violento encontrándose inconsciente, «dicha persona no tendría responsabilidad penal sobre dicho acto». Su decisión sentó jurisprudencia.

Debajo hay una lista de casos de homicidio con un componente de sonambulismo. Me la he aprendido de memoria. Los nombres de los absueltos se confunden en mi cabeza: «la Tragedia de Boston» (1846), el sargento Willis Boshears (1961), Steven Steinberg, de Scottsdale, Arizona (1981), la Corona contra Burgess (1991), en que se declaró inocente al acusado por «automatismo con enajenación», y la Corona contra Parks (1992), que se dirimió en el Tribunal Supremo de Canadá.

Luego está la lista de los no absueltos: Pensilvania contra Ricksgers (1994), Arizona contra Falater (1999) y California contra Reitz (2001). En el último caso, los padres del acusado testificaron que su hijo había sido sonámbulo toda la vida, pero aun así fue condenado por homicidio en primer grado.

Por último, los casos de hospitalización. En 2001 Antonio Nieto mató a su mujer y su suegra e intentó acabar con la vida de su hijo y su hija antes de despertarse. Fue ingresado en un psiquiátrico. En 2003 Jules Lowe mató a su padre, pero alegó que no recordaba haberlo hecho, amparándose en el argumento jurídico del automatismo. Fue absuelto por enajenación y confinado a un hospital de alta seguridad.

Yo antes tenía demasiado miedo. Me negaba a aceptarlo, deseaba que no fuera real. Pero hay mucho por explorar. Desde lo cómico («Un sonámbulo sale a cortar el césped desnudo») a lo inquietante («Mujer sonámbula se acuesta con desconocidos», *New Scientist*, 2004) pasando por un caso que recuerdo vagamente haber visto en las noticias. Es un artículo del *Independent*.

QUEDA EN LIBERTAD EL HOMBRE
QUE MATÓ DORMIDO A SU MUJER

> Un hombre que tuvo una pesadilla y estranguló a su mujer creyendo atacar a un intruso fue puesto ayer en libertad tras retirarse las acusaciones que pesaban contra él. Brian Thomas, 59años, de Neath (sur de Gales), mató a su mujer Christine, de 57, en julio de 2008, durante unas vacaciones

> en el oeste de Gales. Ayer, en los juzgados, la acusación comunicó al jurado que renunciaba a un veredicto de inocencia por enajenación mental.

Leo el artículo entero e investigo más a fondo el resto de los casos.

En Wikipedia hay una entrada que me llama la atención. Yo era demasiado pequeña para acordarme, pero a cualquier estudioso de la crónica negra le sonará el nombre. Fue el primer crimen de la prensa sensacionalista, un símbolo del mal.

Leo el último párrafo y el breve comentario. Es el homicidio vinculado al sueño más destacado en toda la historia de este país:

> **1999, LA CORONA CONTRA TURNER:** Sally Turner fue acusada de haber matado a sus dos hijastros en enero de 1999, en Stockwell, con un cuchillo de cocina. Ella alegó no tener ningún recuerdo del ataque, y utilizó en su defensa el argumento jurídico del automatismo con enajenación mental o sonambulismo. Pese al clamor popular, y a la opinión contraria al diagnóstico de varios expertos en psicología, Turner fue absuelta por enajenación e ingresada de por vida en el hospital Broadmoor (Berkshire). El 30 de agosto de 1999 fue hallada muerta en su habitación. El forense dictaminó que había sido un suicidio.

Sally Turner, también conocida como el Monstruo de Stockwell.

Clico en el enlace de Wikipedia y leo la parte sobre su suicidio. En su habitación se encontró un cuchillo de plástico afilado. Nadie sabe cómo llegó hasta ahí. Ocho años después se procedió a trasladar a todas las pacientes de sexo femenino de Broadmoor. Algunas ingresaron en el hospital de alta seguridad Rampton, y otras quedaron internadas en The Orchard, un centro de seguridad media al oeste de Londres.

Ya me parece ver el documental. También el germen de mi serie de artículos. Truman Capote tenía *The New York Times*. Yo tengo Wikipedia.

Me inspira. Enciende mi imaginación.

Escribiré una retrospectiva por el vigésimo aniversario. Mujeres, locura, asesinato y moral. Con un gancho de actualidad.

¿Se suicidó Sally Turner, o la mataron? ¿Qué pasó con el Monstruo de Stockwell?

Por fin tengo mi historia.

TERCERA PARTE

29

Ben

Bloom está tirada en el suelo del pequeño comedor.

No me hace falta tomarle el pulso para saber que está muerta. Hay sangre, heridas y un cuchillo al lado del cadáver. Estoy paralizado, pero necesito pruebas. Ya estoy en cuclillas, tratando de entender lo ocurrido. El cuchillo parece normal y corriente, insustancial hasta en su peso. Lo cojo sin pensar. Sopeso el brillo de la cuchilla, el calor del mango liso, el ángulo respecto al cuerpo. La prueba física es lo único que le confiere realidad, en efecto.

Los ojos vidriosos de Bloom no pueden fingirse. Parece como si el alma se le hubiera evaporado del cuerpo. Sudando todavía por la carrera desde la clínica, reproduzco mentalmente su llamada. El tono febril. Las instrucciones finales.

Me doy cuenta de que aún tengo el cuchillo en la mano y recupero bruscamente el sentido común.

Lo dejo donde estaba.

Por fin entiendo lo que debió de sentir Anna Ogilvy esa noche en la Granja, en la puerta de la Cabaña Roja, al ver los cadáveres de sus dos mejores amigos cosidos a puñaladas. Me imagino el shock psicológico, avasallador, anulador que sufrió al darse cuenta de la magnitud de sus actos, cuando fue consciente de la infamia del crimen que había cometido. Veinte lesiones de arma blanca en total. Una vez, otra, otra...

Miro a mi alrededor con movimientos que de pronto están calculados al milímetro. Las instrucciones de Bloom fueron muy claras. Voy a la cocina y veo una caja de Kleenex junto al fregadero. Con la precaución de no tocar la caja con los dedos, cojo varios y me limpio las manos, atento a no dejar ninguna huella que más tarde no pueda explicarse.

Esto es una locura. El cuchillo, el mango en mi mano. Debería marcharme de inmediato, lo sé perfectamente, pero Bloom ha sido tajante por teléfono.

Hay algo que hacer antes.

Me conozco la casa casi tan bien como la mía. El estudio de Bloom es un antiguo dormitorio reconvertido en despacho, con su televisor lleno de polvo y varias hectáreas de letra impresa invadidas por el

moho. Las revistas viejas se disputan el espacio con libros de tapa dura y de bolsillo, ordenados con rigor castrense. Al entrar en el estudio tengo la precaución de no dejar huellas dactilares en el pomo de la puerta. Empiezo a plantearme cómo lo explicaré.

«Necesito que busques un documento.»

La caja fuerte de Bloom está a la izquierda del escritorio, escondida tras una puerta de armario. Me pongo en cuclillas, protegiéndome los dedos con un Kleenex, e introduzco la contraseña: 1895. Evidentemente, viniendo de quien viene, es la fecha de publicación de los *Estudios sobre la histeria* de Freud y Breuer, el principio de la psicología moderna, el momento en que cambió la medicina para siempre.

La luz de la caja fuerte se pone verde. Abro la puerta plateada. Dentro hay un fajo de carpetas, todas de diferente color y antigüedad, como era de esperar, viniendo de Bloom.

«La carpeta azul, la que está debajo de todas, la de cartón.»

La miro una por una fijándome en los títulos. Estoy sudando. No puedo dejar un reguero de pistas. Si Bloom me ha elegido es porque sabía que tengo los conocimientos necesarios. He sido su último contacto; su último amigo de verdad, aparte de Clara.

Saco la carpeta azul y veo la letra de Bloom en la portada: el número de referencia del caso en bolígrafo rojo. Llevo encima, como siempre, mi maletín de profesor, un Gladstone viejo y gastado que nunca me falla. Meto la carpeta dentro y cierro las correas con las hebillas. Luego ajusto la puerta de la caja fuerte y me aseguro de no dejar ningún rastro de mi presencia.

A continuación me meto el pañuelo en el bolsillo y salgo del estudio.

Vuelvo al pequeño salón comedor y saco mi teléfono.

Bloom no quería que nadie supiera su secreto. Los últimos minutos no han existido. En la pantalla de mi teléfono parpadean los nombres. La siguiente llamada puede ser determinante.

Miro de nuevo el cadáver de Bloom y tomo la decisión.

Sólo una persona puede ayudarme ahora.

30

Ben

Media hora después veo a Clara en la esquina. Frena delante de la casa de Bloom. Viene en un coche de policía, pero camuflado. Después de estas traumáticas últimas horas, siento un gran alivio.

Clara respira hondo y se pone en modo profesional: segura, resiliente y tranquila. El que le da vueltas a todo, el que se deja consumir por los problemas, siempre he sido yo. En todo el tiempo que estuvimos juntos esos papeles sólo se invirtieron una vez. A veces aún oigo los platos y los vasos rompiéndose en el suelo de la cocina, los restos de esos ataques de ira incontenibles, cuando le suplicaba que comiera y su única respuesta era el silencio. Al final se disipó la sombra, la depresión llegó a su fin y Clara volvió a ser la de antes. Invertimos de nuevo los papeles, y desde entonces no han cambiado.

Me siento en el escalón de entrada, tiritando de frío. Clara pone el seguro y el coche emite un pitido. Luego mira la casa y la puerta entornada.

—¿Ben?

Saco fuerzas de flaqueza y, recuperando parte de mi dignidad, me levanto. Clara ve detrás de mí vómito fresco en la hierba.

—Has dicho que era urgente.

—Lo es. Clara... es Bloom.

Se lo cuento: la llamada, el taxi, la casa, el salón comedor y el cadáver.

Clara asimila la noticia primero con dolor y después con desapego. Por eso es tan buena inspectora: sacrifica una parte de su naturaleza de una forma que yo no podría hacer nunca. Es capaz de distanciarse de los hechos; de separar sus emociones de la objetividad profesional.

Entra sola en el escenario del crimen. Yo espero fuera, como me ha ordenado, y lo repaso todo una vez más. Pienso en la carpeta y en la mentira que acabo de contarle a Clara, y me pregunto qué otros errores habré cometido aparte de recoger el cuchillo del suelo. Clara reaparece antes de lo esperado y hace una llamada hablando con fluidez policial. Me doy cuenta de que le tiembla la mano y de que tiene los ojos llorosos. La fragilidad humana asomando al otro lado de la máscara.

Al cabo de una hora irrumpe la caballería de la Policía

Metropolitana. Precintan la zona y la calle se llena de furgones de la Científica.

Clara mantiene una seria conversación con sus compañeros. Me llevan a un coche sin identificar, donde me ofrecen un té.

Entre sorbo y sorbo contemplo el circo que me rodea. En cualquier momento me romperé de dolor. Bloom era más que una amiga, para Clara y para mí era como de la familia. No me imagino el mundo sin ella, o quizá, simplemente, no quiero.

Pasado un rato, Clara deja de dar instrucciones. Ya se ha puesto todo el traje protector. Se baja la máscara lo justo para que se la oiga.

Se acerca y mira con envidia mi taza de té.

—Necesitan tu ropa para analizarla.

Asiento. Es Clara haciendo lo que mejor se le da: inteligencia forense, eficacia discreta y trato afectuoso. Mi máximo logro ha sido casarme con ella y mi mayor error separarnos. Nunca habría imaginado que la echaría tanto de menos.

—No faltaba más.

—Tendrás que acompañarnos a la comisaría y firmar una declaración. A partir de ahora me relevará otro inspector debido al posible conflicto de intereses.

—Lo entiendo.

Una vez resueltos los formalismos se queda conmigo un poco más, conteniendo el aluvión de emociones.

—Dios mío, Ben, lo siento. No puedo creerme que haya pasado esto.

El shock aún es muy reciente. No dejo de pensar en la llamada de Bloom, su voz de pánico y su orden de buscar el informe. Un informe que contiene el detonante de la revelación de Bloom y arroja nueva luz sobre el misterio de Anna Ogilvy.

Un ruido en la casa me devuelve al presente. El contraste entre la Policía Científica con sus trajes de papel y la decadente casa de Bloom resulta chocante. El salón me recuerda a un café vienés de preguerra o del París de los años veinte. Veo a Bloom pontificando entre poetas, artistas, psicólogos, músicos y escritores. Esta noche se ha extinguido mucho más que una vida. Es el fin de una época.

—Supongo que la causa de la muerte está bastante clara.

Clara les hace una señal con la cabeza a unos técnicos. Su cara ya no es de sufrimiento.

—Pronto llegará el patólogo, pero tiene heridas de arma blanca por todo el cuerpo. No había posibilidad de que sobreviviera.

El silencio se llena de recuerdos. Veo el cuchillo de cocina tirado en el suelo y las salpicaduras de sangre. A pesar de la neblina que lo envuelve todo, la conmoción palpita en mi interior. El recuerdo es muy nítido, de una claridad terrible. Voy encorvado, me siento desorientado, hambriento de respuestas.

Me perturba recordarlo, pero no puedo evitarlo. El miedo me pellizca hasta que el dolor resulta abrumador.

La verdad, la angustia.

—Hay algo más —digo mirando a Clara, con ganas de vomitar. Pienso en la llamada de Bloom y en que debo responder de mis actos. Ya no hay vuelta atrás—. Es sobre el cuchillo.

Cuaderno de Anna

2019

18 de febrero

Una noche a solas con Indira. Vino, algo de comer y más telebasura. De cerca, Indira es tan simétrica que da hasta repelús. Tiene una presencia etérea, como de gacela. Mi madre le tiene mucho cariño, y mi padre también. Les gustaría que me pareciera más a Indy y menos a mí.

Mi intensidad, como la de todas las personas creativas, es explosiva, a lo Jekyll y Hyde: fogonazos que se alternan con silencios en función de mi estado de ánimo. Indira encaja mejor en el monte Rushmore, o entre las estatuas de Parliament Square. Licenciada en Económicas, con un máster en Finanzas y diplomada en Bloomberg's: la jefa del universo mediático.

He visto los últimos correos electrónicos sobre la absorción. Aprovechando que Indy estaba demasiado colocada para darse cuenta, también he espiado fugazmente la cuenta Proton de Douglas. Abogados. Contables. El CFO de GV Media. Peces gordos masculinos y femeninos. Desglose de números y fechas. Análisis de condiciones.

Indira me pregunta cómo me encuentro. Se ha fijado en todos mis síntomas: los ojos rojos, las pastillas para dormir; sabe que he visitado al médico de cabecera y me han derivado al especialista. Pero de las cerraduras, de la silla, del ritual que sigo antes de irme a dormir no sabe absolutamente nada. Tampoco sabe nada de mi pasado, ni de lo que soy capaz de hacer.

Le miento diciendo que no me pasa nada. Se me da bastante bien mentir.

Al poco rato anuncio que voy a acostarme y me meto en mi cuarto.

En la cama reanudo mis investigaciones sobre el sueño. Tecleo, clico y navego. Profundizo en el tema de los trastornos del sueño. Descubro un artículo publicado en *The New Yorker* en 2017 sobre unos niños refugiados en Suecia que al enterarse de que los deportarían se habían quedado dormidos permanentemente. Destaca la sobrecogedora historia de Georgi, un refugiado ruso:

> Sólo quería cerrar los ojos. Hasta para tragar tenía que esforzarse, no se veía capaz. [...] Llevaba cuatro días sin comer, y una semana sin articular una frase completa. [...] Al día siguiente, un médico lo intubó por la nariz para alimentarlo. [...] A Georgi le diagnosticaron síndrome de resignación.

Busco en Google «síndrome de resignación» y me salen más casos:

> «Síndrome de resignación: la misteriosa enfermedad sueca»
> (BBC News, 26 de octubre de 2017)
> «El síndrome de resignación en los niños refugiados: una nueva hipótesis»
> (Centre for Research Ethics & Bioethics, 22 de febrero de 2016)
> «Síndrome de resignación: ¿Catatonia? ¿Fenómeno cultural?»
> (*Frontiers in Behavioral Neuroscience*, 26 de enero de 2016)

Clico en los enlaces y sigo leyendo.
Me olvido de Indira y de la absorción.
Esta noche no voy a pegar ojo.

22 de febrero

Westminster. El Palacio Antiguo. Otro duelo al alba entre mis señores padres. Es una historia tan antigua como el mundo. Papá se ha liado con una compañera del despacho. Mamá lo descubre. Hay otra mujer. O mejor dicho vuelve a haber otra mujer. Mamá teme que el rumor se extienda entre sus rivales políticos.

De nuevo necesita todo mi apoyo.

Conque aquí estamos, en el comedor de los lores, conversando sobre naderías entre postres de difícil digestión. La política es apariencia. Representamos el papel de familia feliz, como siempre que sale a relucir alguna indiscreción de papá.

Hago una lista mental de todas las «otras» que ha habido. Esta vez quiero conocer su nombre, la de la última amenaza para la unidad de nuestro núcleo familiar.

Estoy a punto de hablarle a mamá del miedo, de las repeticiones, de lo asustada que estoy y de lo impotente que me siento, pero ella tampoco piensa en nada más que en la Otra.

Total, que no digo nada. Me quedo callada.

25 de febrero

El crimen perfecto es un proyecto posmoderno. Debo analizarlo.

Ahora estoy metida hasta las cejas. Sueño y asesinato. Los trastornos del sueño. El sueño como muerte, o la muerte como sueño. Purgaré mis demonios de sonámbula analizando los de otra persona.

Ya tengo mi proyecto largo para la revista. Escribiré la historia definitiva sobre el Monstruo de Stockwell, con todas sus resonancias contemporáneas: crímenes cometidos en sueños, automatismos, la mujer de mala vida, la familia política, locura y feminidad, terrores nocturnos, hechos controvertidos y verdades múltiples.

Y ya tengo mi primera pista.

El testimonio pericial del juzgado número uno de Old Bailey: la experta en sueño que declaró que Sally Turner había matado a sus dos hijastros en estado de sonambulismo. Una especialista en parasomnia no REM.

Repaso de nuevo su currículum. Ha trabajado para Broadmoor como asesora del departamento de Psicología Clínica. También ha sido profesora de psicología clínica en el King's College de Londres, y actualmente forma parte de la directiva de la clínica del sueño The Abbey, en Harley Street, de donde es socia fundadora.

Trabajaba en Broadmoor cuando ingresaron a Sally Turner.

Testigo y terapeuta, salvadora y supervisora.

Me apunto su nombre.

«Doctora V. Bloom.»

Ella será quien me introduzca en el caso.

31

Ben

Clara no se inmuta. Está en modo trabajo, inmune a las preocupaciones del común de los mortales.

—¿A qué te refieres?

El shock empieza a remitir. La realidad se impone. Las sensaciones, los olores, el recuerdo de los hechos.

—He entrado y he visto el cadáver. De pronto lo tenía delante. He tardado en comprenderlo, al menos al principio. Creo que me he agachado y he cogido el cuchillo.

—¿Crees?

—No era consciente de lo que estaba haciendo. Ha sido... una reacción impulsiva.

Clara suspira profundamente.

—¿Has intentado limpiarlo?

—No. —Es la verdad; bueno, casi—. Tenía pánico. Lo he cogido, pero al darme cuenta de que lo tenía en la mano lo he dejado donde estaba.

No dice nada. Reconozco su expresión: está en modo supervivencia, sopesando las posibilidades. Es lo que me atrajo y también lo que me alejó de ella. Puede ser casi sobrehumana y fría como un témpano a la vez, y en ese momento necesita aislarse de todo.

—Di algo, por favor —le pido para romper el silencio.

Se asegura de que no nos oye nadie y dice:

—Ya sabes lo que te diría.

Es verdad. Para Clara es la regla número uno: «La verdad te hará libre.» Es la lección moral que le ha inculcado a Kitty desde que nació. A veces me da auténtico pavor su obsesión por la verdad. Se salta el papeleo con tal de que se haga justicia con las víctimas. Desobedece las normas para que las lagunas jurídicas no permitan que los violadores y los asesinos queden en libertad, e ignora los protocolos de los abogados defensores, los jueces perezosos y los funcionarios. Clara coquetea con las medidas disciplinarias, incluso con la suspensión. Tiene un lado puritano que nace de las mejores intenciones. La verdad es lo único que importa. Al diablo con las normas farragosas.

—¿La que habla es mi ex mujer o una poli amiga?

—Las dos.

Observa la casa, incómoda por encontrarse entre dos aguas.

—No quiero que vuelvan a abrirte un expediente.

—Yo no dejo que se pudran los casos, los resuelvo. Tarde o temprano encontrarán la manera de echarme. Por cierto, ¿qué hacías tú aquí?

—Ya te lo he dicho: me ha llamado por teléfono.

—¿Y por qué te ha llamado a estas horas de la noche?

Podría exponerle los hechos: que Bloom me había contado que tenía un informe sobre el caso de Anna O escondido en la caja fuerte de su casa, que la única manera de explicar el presente era el pasado y que nunca la había oído tan asustada.

Sin embargo, no digo nada. He tomado la decisión al llevarme la carpeta. He alterado el escenario de un crimen. He limpiado mis huellas de los mangos, los pomos y las superficies. Me he llevado posibles pruebas incriminatorias. Ya soy culpable, sólo faltaría que arrastrase a Clara.

—Estaba preocupada, aunque no me ha dicho por qué.

Asiente.

—El equipo te llevará a la comisaría y te hará firmar la declaración. En tu lugar, yo luego me iría a casa a descansar un poco.

—Vale.

—La decisión es sólo tuya, Ben. —Me mira de otra manera. Son los últimos resquicios del amor—. Pero cuenta conmigo para lo que necesites.

Hacía mucho que no nos hablábamos así. Casi se nos había olvidado.

—¿Cómo está KitKat?

Hace una mueca al oír el apodo.

—Se ha quedado a dormir en casa de una amiga.

Asiento con la cabeza. Hemos vuelto a nuestra juventud, a las pausas incómodas y el intercambio de evasivas.

La observo mientras da las instrucciones finales al equipo y sube a su coche. Me imagino a KitKat en la fiesta, pasándoselo bien, despierta hasta la madrugada. Miro otra vez la casa. Dentro de poco sacarán el cadáver para llevárselo en el furgón. Conozco todos los truculentos detalles que vendrán después: el olor a lejía, la mesa de metal manchada de sangre, la gente con bata, los cortes en la carne. De pronto me descubro pensando en Bloom en estos términos tan físicos y me pregunto en qué me he convertido.

Casi es un alivio que aparezcan dos de los compañeros de Clara quitándose las mascarillas y los trajes de papel. Su actitud es firme pero agradable. No me están arrestando, pero necesitan que vaya a la comisaría. Me hacen subir a un coche de policía.

Tengo la cabeza despejada. Estoy centrado.

Y gracias a eso sobreviviré a todo lo que he hecho esta noche.
Aún tengo a mi lado el maletín.
Antes de morir, Bloom me ha dado una instrucción.
Y pienso cumplirla.

32

Ben

En la comisaría de Islington me quitan la ropa y la meten en bolsas para pruebas. También me toman las huellas dactilares. Normalmente soy el asesor en investigación conductual y me quedo al margen, sentado en una pequeña antesala con un café aguado y unas galletas reblandecidas. Esta vez estoy en el otro lado. Soy un testigo, posiblemente un sospechoso, no un asesor.

Desde que termino mi declaración ante dos policías y el momento de estampar mi firma en la versión mecanografiada pasan tres horas más. Salgo a trompicones a Tolpuddle Street cuando acaban de dar las seis y media de la mañana. Camino cinco minutos antes de encontrar un taxi. Doy la dirección del piso de Pimlico.

El taxi se aparta de la acera. Miro dentro de mi maletín.

El informe sigue a salvo.

Cruzo la puerta de mi apartamento como si no lo hubiera visto en varios meses. En ese instante emergen por fin las emociones, como si un volcán entrara en erupción. Me apoyo en la pared del pasillo y resbalo hasta quedarme sentado en el suelo de madera. Las lágrimas me resbalan por las mejillas, entre los dedos, el impacto de todo lo ocurrido me causa un dolor insoportable.

Las lágrimas no cesan. Lloro como un niño, con un llanto inconsolable, sin vergüenza, lleno de angustia por la dureza y la injusticia del mundo. Me quedo así sentado varias horas. Tengo las mangas mojadas. En cierto modo, Bloom era como una madre. La había visto casi todos los días laborables de mi vida adulta.

No tengo hambre, ni ganas de levantarme. Sólo quiero cerrar los ojos y despertarme en un mundo donde Bloom haya resucitado. Era una barrera contra mi propia mortalidad: mientras ella viviera la muerte seguiría siendo un horizonte lejano. Sin ella me doy cuenta de lo vulnerable que soy. Clara también. Bloom se refería a la vejez como un campo de minas lleno de francotiradores. Mirando mi pequeño piso me invade una aguda sensación de soledad. La vida es muy corta, pero hasta ahora mis experiencias vitales han sido desastrosas. No puedo culpar a nadie más de mis errores.

Al final me levanto, me seco las lágrimas, me ducho y me cambio de ropa. Es la manera que he tenido siempre de salir adelante. Soy como

el Anthony Hopkins de *Lo que queda del día* pero sin su inmaculado traje de sastre. Me refugio en los severos consuelos del aguante, la represión emocional y un malsano empeño en enmascarar miedos profundos con insignificantes tareas domésticas.

Clara solía bromear diciendo que mi método para sobreponerme a los traumas era llenar el lavavajillas o pasar la aspiradora. Tras una evaluación del estado del piso, encuentro alivio en quitar el polvo y ordenar. Mis emociones quizá sean caóticas, pero mi piso lo tengo controlado. Mi terapia, mi sofá freudiano, es hacer cosas de forma mecánica. Creo que debería patentarlo como psicólogo: en vez de terapia oral, terapia de limpieza. Tiembla, Marie Kondo.

Hay que hacer limpieza a fondo. El piso apesta a comida a domicilio y tazas sin lavar. Friego el suelo, aspiro la moqueta del dormitorio, cambio las sábanas, quito cualquier rastro de espuma de la ducha como un poseso y limpio el espejo del baño hasta dejarlo impoluto. Mientras tanto, pienso en la noche con Bloom en el jardín de la clínica; en mis esperanzas de que el caso revitalizara mi carrera e impresionase a Clara y KitKat. Ahora todo parece de una ingenuidad absurda. Bloom está muerta. Y es Clara quien me está rescatando, no a la inversa.

Finalmente acabo de limpiar y guardo en su sitio los enseres. Desorientado, miro el techo, como si en mi piso pudiera haber micrófonos ocultos. Aún no he superado la paranoia. La voz de Bloom resuena en el silencio, con todo su miedo y urgencia. Su descubrimiento fue su condena. No puedo creer que Bloom haya muerto.

Necesito desesperadamente otra distracción. Miro la hora y espero hasta las siete y media pasadas. Igual aún pillo a KitKat antes de que salga para el cole. Pulso el botón de marcado rápido y espero mientras suena.

Sigue sonando varios segundos hasta que contesta una voz débil, vacilante, como un regalo.

—Hola, soy Kitty.

Sonrío mientras las últimas horas pasan a un segundo plano. Por unos momentos el shock y la pena han quedado silenciados, por no decir anestesiados. Se lo enseñé a decir yo. Eso me hace recordar cuando aprendió a decir adiós y se lo soltaba a todos los adultos con los que se cruzaba. A veces echo tanto de menos esos tiempos que las mañanas se me hacen casi insoportables. Estoy a punto de romper a llorar otra vez. No sabía que el amor pudiera doler, debilitar y absorber hasta este punto. En el fondo nunca me he preocupado por ser padre, pero de repente mi vida anterior —con su obsesión por el trabajo, los exámenes, las citas malogradas— ha adquirido una superficialidad casi ridícula. Ninguna de todas esas cosas importa

ahora.
—Soy papá, cariño.
El tono pasa de formal a alegre.
—Hola, papá.
—Hola, KitKat. ¿Lista para el cole?
—Sí.
—¿Está contigo mamá?
—Sí, arriba.
Es lo que tiene de doloroso la separación y el motivo de que aborrezca hablar por teléfono. Los niños necesitan una cara, un abrazo, algo físico con lo que conectar. Una voz por teléfono es demasiado abstracta. Sus cerebros aún no están lo bastante desarrollados para entender bien qué pasa. Oigo pasos en la escalera y a Clara diciéndole a KitKat que es hora de salir.
—Mamá dice que tengo que irme, papá.
Me quedan tantas preguntas por hacerle... Qué clases tiene hoy, si es día de educación física o de música, cuál de ellas le gusta más, qué cenó ayer. Las pequeñas cosas de la vida cotidiana.
—Vale, cariño, pues que pases muy buen día. Papá te quiere mucho.
—Adiós, papá.
Oigo cerca la voz de Clara. El teléfono sigue descolgado. Seguro que está molesta conmigo por llamar y poner nerviosa a KitKat justo antes de ir al colegio. Normalmente sólo tengo permiso para llamar de noche, a lo sumo. Se oye un suspiro. Clara está a punto de ponerse, pero cuelgo antes de que pueda regañarme. Sé que es una cobardía; acaba de salvarme, pero estoy demasiado cansado para peleas. Pongo el teléfono a cargar, me hago un café extrafuerte, arrastro los pies hasta mi despachito y me siento a la mesa. Ya no se puede posponer mucho más lo inevitable.
La carpeta.
Suspiro y miro el póster enmarcado que hay encima de mi mesa. Es el cartel original de *Psicosis*, con sus amarillos y azules chillones. Janet Leigh sale ligera de ropa y con cara de recelo; John Gavin sin camisa, con tableta y pelambrera muy negra en el pecho, y Anthony Perkins los observa a un lado, como un mirón y niño de mamá con pinta de galán e impulsos sociopáticos. Me lo regaló Clara después de casarnos, como una broma sobre mi trabajo de psicólogo forense, y a pesar del tema me recuerda los buenos tiempos.
Vuelvo a concentrarme en mi siniestra labor sacando la carpeta de mi maletín de médico. Hay que manipularla con delicadeza, como un bien preciado de valor incalculable. Algo en este informe, con sus pocas, finas y gastadas páginas, hizo que Bloom de pronto lo entendiera todo. Y la aterrorizó.
No sé cómo, pero debo averiguar por qué.

Miro el número de referencia del informe: «X389043BMH». En la primera página hay un garabato en tinta roja. Es la letra de Bloom: «Paciente X.» Desde que Freud y Breuer publicaron sus estudios de casos específicos, se ha instaurado la costumbre de que los psicólogos pongan seudónimos a sus pacientes. Los de Freud mantienen su valor icónico: el Hombre de las Ratas, el Hombre de los Lobos, Dora, Elizabeth von R y, naturalmente, la *fräulein* Anna O original.

Abrir la carpeta me provoca una sensación transgresora. Bloom siempre se tomó el secreto médico extremadamente en serio. En eso se cimenta la reputación de la clínica, en la confidencialidad. Todos los pacientes deben rellenar un cuestionario sobre su vida personal: infancia, frecuencia de las deposiciones, malos hábitos, etcétera. Cualquier periodista del corazón daría la vida por acceder a esos historiales. Por eso todos pasan por un estricto proceso de anonimato que elimina el nombre, la edad, la profesión y los pronombres de género.

Veo algunas páginas manchadas de whisky y aún percibo el hedor del tabaco. Bloom nunca se fió de la tecnología. Ella escribía a mano. Los párrafos más aburridos se convertían en posavasos improvisados. Tengo la sensación de ser un erudito que ha dado con las cartas perdidas de Shakespeare, o con la autobiografía extraviada de lord Byron. Leer un texto manuscrito tiene algo de sagrado.

Observo la parte superior de la primera página y las últimas tres letras de la referencia.

BMH.

Sé a qué corresponden las siglas: a una parte oculta del pasado de Bloom, aún más secreta que su trabajo en The Abbey. Un lugar de pésima fama en la historia de los tratamientos psicológicos occidentales.

Primero fue un manicomio para delincuentes con trastornos mentales, luego una institución benéfica y ahora es un centro médico de alta seguridad.

Este informe sólo puede ser de un sitio.

El hospital Broadmoor.

NOTAS CLÍNICAS 1

PACIENTE X, REF. X389043BMH, DRA. V. BLOOM

2 DE JULIO DE 1999
Ala Cranfield, hospital Broadmoor

Hoy, para nuestra primera sesión, nos han asignado la sala adaptada para niños, con sus juguetes de plástico y sus libros para colorear. Está en la adolescencia, así que da un poco de vergüenza este ambiente preescolar. X llega con antelación; viene con una enfermera. Me doy cuenta enseguida de que no es como los demás. La mayoría de los adolescentes andan un poco encorvados, como máquinas nuevas a las que hay que engrasar. Balancean los brazos, demasiado largos, y se les curva la espalda. Aún son niños que se están adaptando a un cuerpo que cambia sin parar.

No es el caso de X, o no del todo. Tiene una flema impresionante. Le sigue quedando mucho de infantil, por descontado, pero se nota que los acontecimientos del pasado reciente han acelerado los efectos de la edad. Aparenta más años de los que tiene. Es más: no cabe duda de que su cerebro presenta un grado de desarrollo poco habitual para su edad. Yo soy varias décadas mayor, pero casi tengo la sensación de encontrarme con alguien de mi edad.

Se sienta. Luego mira mi despacho y dice:

—Conque usted es la doctora de la mente.

Dejo pasar unos segundos mientras me decido por un tono.

—Soy psicóloga clínica —respondo—. Estoy especializada en trastornos del sueño: insomnio, sonambulismo, terrores nocturnos, análisis de sueños, cosas así. ¿A ti te interesa la mente?

Ya tengo bastante claro que sí, pero a mis pacientes nunca les doy nada masticado. Algunos quieren empatía, otros severidad paterna y una tercera categoría —la menos frecuente— no da muestras de querer nada de mí. Ansían saber cómo funciona su cerebro. También son los más peligrosos, con diferencia.

X ha fruncido el entrecejo.

—Una vez leí una frase: «El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo.» De Milton, creo. Un sabelotodo.

Mi expresión me delata: se me nota que estoy impresionada. Al darse cuenta, X se lo toma como una pequeña victoria y siento que me

juzga con la mirada.

—¿Te gusta Milton?

—La palabra «gustar» está sobrevalorada. Milton es Milton. Que me guste o no carece de importancia.

Su erudición universitaria contrasta con su acento. Me da vergüenza hasta pensarlo, pero es lo primero que me viene a la cabeza. Tengo mi informe del paciente. Sé quién es su madre, qué vida lleva en casa; que tiene padrastro y hermanastros. Estoy al corriente de las tentativas de suicidio, del acoso escolar, del infierno de su niñez. Y ahora del infierno de su adolescencia, del que aún no ha salido, pero necesito averiguarlo todo por mi cuenta.

—¿Has estudiado *El paraíso perdido* en el colegio?

—Lo encontré en la biblioteca. El colegio es un aburrimiento. Ahí nadie aprende nada.

—¿Vas a menudo a la biblioteca?

—Me lleva mi amigo.

—¿Quién es tu amigo?

—Eso es muy existencial. ¿O habría que decir «ontológico»? Aún voy por la sección de poesía. La de filosofía todavía no me la he leído. Mi amigo es mi amigo es mi amigo.

¿Necesidad de presumir? ¿Un mecanismo de defensa?

—¿Cuánto hace que te lleva, el amigo ese?

—Desde que ocurrió aquello.

Le sigo la corriente sin estar segura de si el amigo en cuestión existe de verdad o es fruto de su rica e inquietante imaginación, como vía de escape al trauma. Sospecho que lo segundo. Todos los informes constatan el carácter solitario de X y su conducta antisocial. Por otro lado, sé perfectamente a qué se ha referido con «aquello»: esa noche en que X se encontró de golpe en una casa de los horrores, un auténtico baño de sangre. Me lo imagino en un rincón tranquilo de la biblioteca, con una edición reblandecida y arrugada de *El paraíso perdido* y su amigo imaginario, viendo trasladadas a la vida real las visiones del libro.

—¿Tu madre te había llevado alguna vez a la biblioteca?

Sonríe.

—Mi madre bebe, y en la biblioteca no sirven alcohol. No se puede decir que peguen mucho.

—¿Cuánto bebía tu madre?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Bastante para volverse loca, si es a lo que se refiere.

Me quedo callada. Más tarde me arrepentiré, no cabe duda. Debería afirmar mi autoridad y poner límites, pero X me intriga demasiado. La mayoría de los adolescentes fingen ser personas de mundo. A X no le

hace falta fingir nada. Da la impresión de ir dos pasos por delante y conocer mi siguiente pregunta.

—¿Qué significa «loca» para ti?

Vuelve a sonreír como si le hiciera gracia la pregunta.

—Lo mismo que para la mayoría de la gente.

—¿Podrías ponerme un ejemplo?

—Mamá, cuando bebe, se vuelve sonámbula. Cuanto más bebe, más sonámbula se pone. El alcohol hace que se vuelva loca, psicópata, chalada, pirada, majareta. Elija la palabra que más le guste.

—¿Siempre ha sido sonámbula?

—Sí.

—¿Qué pasa cuando tu madre está sonámbula?

—Se la ve normal, pero no lo está. Es otra persona. Se vuelve loca, ya se lo he dicho. No responde a las cosas.

—O sea, ¿que la has visto sonámbula?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Bastantes.

Normalmente la primera sesión es sólo de calentamiento, pero si sigo así no le sonsacaré nada más. Hacen falta detalles concretos.

—¿Fue lo que viste la noche de los asesinatos?

—¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Sí.

—¿Seguro?

—No me reconocía. Parecía que estuviera, pero no.

—¿Dónde la encontraste?

—En el dormitorio.

—¿Y qué hiciste?

Suspira.

—Intentar coger el cuchillo, pero se me echó encima, la muy cabrona, así que me escapé y lo llamé a él. Y fuimos felices y comimos perdices.

—¿Tu madre vino a buscarte?

—No, se quedó donde estaba.

—¿No te reconoció en ningún momento del episodio?

—No.

—¿Viste cómo apuñalaba a alguno de los gemelos en el dormitorio?

—Concretamente no.

—¿Y cómo puedes tener la certeza de que lo hizo?

—Tenía el arma y estaba cubierta de kétchup. No hacía falta ser Einstein para encajar las piezas.

Asiento.

—No, supongo que no.

Mi cometido es simple: debo realizar una evaluación psicológica del Paciente X, que usarán los servicios sociales para decidir la siguiente fase del tratamiento: si el paciente ha sufrido daños irreversibles debido a lo que vio esa noche, si tiene secuelas por haber sufrido abusos mentales o físicos durante años, si precisa atención psicológica o psiquiátrica urgente, si está en condiciones de ser adoptado y reinsertado en el sistema educativo, si tiene bastante resiliencia para aceptar una nueva identidad y una familia adoptiva dejando atrás su yo anterior…

Miro a X, consciente de mi poder: una anotación aquí, una firma allá y condicionaré su futuro. Es una de las pocas veces en mi vida profesional en que he sido incapaz de interponer la distancia necesaria. Me pregunto cómo debe de ser para un niño haber pasado por algo así, haber presenciado actos así en primera fila. Yo también me inventaría a un amigo imaginario. Como todo el mundo.

—¿Qué efectos crees que tiene el sueño en tu madre? —pregunto—. Normalmente ¿cómo era?

X sigue mirando las paredes.

—Borracha. Enfadada. Impresentable. Con el coeficiente intelectual de un orco. Incapaz de reflexionar las cosas como yo.

Tardo un poco en contestar. X me está provocando. Primero me sugiere una respuesta y luego la retira.

—¿Lo consideras una debilidad?

—¿Usted no?

—¿Y cuando estaba sonámbula, qué cambios observabas en ella? —le digo después de unos segundos.

X me pone aún más nerviosa imitando mi pausa.

—Pues que se ponía como un animal, supongo, un animal a punto de matar. Una pesadilla.

Se hace un silencio absoluto. Me he quedado demasiado absorta para darme cuenta de nada secundario: la hora, si es de día o de noche, cuál es mi siguiente cita… Sólo existe X, esta criatura delgada y extraña con esos ojos que me obsesionan.

Es la pregunta más importante, la que exige una respuesta por mi parte, un diagnóstico que pondrá en libertad a X o lo perseguirá hasta el día de su muerte.

—Bueno, ¿y si me hablas de tus pesadillas?

NOTAS CLÍNICAS 2

PACIENTE X, REF. X389043BMH, DRA. V. BLOOM

7 DE JULIO DE 1999

Nuestra segunda sesión empieza de manera más fácil. Prescindimos de las presentaciones. X se sienta con su cautela habitual. Dejo que transcurran en silencio los primeros treinta segundos.

Mi primera pregunta es la de siempre.

—¿Cómo te encuentras?

—De maravilla, jefa.

—¿Has dormido?

—Como un tronco.

—¿Te da miedo estar en un hospital así?

—No —dice X.

Ya no se está burlando de mí, o en todo caso no de manera tan obvia.

—¿Has visto a tu amigo últimamente?

—Sí.

—¿Tiene nombre?

—Sí.

He estado pensando en el amigo imaginario de X: un demonio en su hombro, un cojín psicológico. Me planteo si incluirlo o no en mi informe. El amigo imaginario podría ser al mismo tiempo una ayuda y un obstáculo. Los de servicios sociales me están presionando para que les dé mi veredicto. Que esté encausada la madre de X no significa que lo esté X. Hacemos las sesiones en Broadmoor porque tengo que estar disponible para cualquier emergencia, pero a diferencia de los otros, X está aquí voluntariamente y puede irse cuando quiera.

—La última vez me dijiste que a veces tienes pesadillas o sueños desagradables —digo—. Vamos a profundizar un poco en eso.

Desde nuestro primer encuentro aún actúa con más astucia si cabe. Entonces me impactó el contraste entre su aspecto infantil y su voz, como si conociera el mundo adulto en todas sus facetas. Hoy distiende el ambiente con silencios.

Está adaptándose al entorno y encontrando una manera de vencerme.

—Todo el mundo tiene malos pensamientos, ¿no?

Asiento.

—Sí, pero cada persona los vive a su manera. ¿Tú cómo los vives?

—A veces sueño con hacer daño a gente.

—¿A gente en general o a personas concretas?

—Depende. —Su voz sigue destilando una sabiduría que no encaja con su cara—. La mayoría de las veces son personas concretas. Quiero vengarme de los que me han hecho daño. Quiero que sepan lo que se siente, y pagarles con la misma moneda. Ojo por ojo. Que prueben su propia medicina.

Anoto algo. Así tengo un momento para formular con naturalidad la siguiente pregunta. Estamos empezando a llegar a alguna parte.

—¿Quiénes son los que te han hecho daño?

Se encoge de hombros.

—Niños del colegio, profesores... los adultos en general. El mundo está lleno de cabrones.

—¿Cómo te han hecho daño los profesores?

—No les gusta que sepa más que ellos.

—¿Se meten contigo?

—Sí.

Decido no escarbar de manera demasiado evidente, no quiero que dé marcha atrás.

—¿Y los otros niños qué hacen?

—Tampoco les gusta que sepa más que ellos.

—¿Lo que te hacen es verbal o físico?

No contesta. De repente se arremanga el brazo izquierdo. Me inclino y veo quemaduras desde el codo hasta la muñeca. Trato de que no se note demasiado mi reacción.

—¿Cómo te lo has hecho?

—Uno me sujeta y los otros me queman con sus cigarrillos. Gilipollas de mierda... Les parece gracioso, y los profesores no los detienen.

—¿Qué te pasa por la cabeza cuando lo hacen?

También en este caso hace una pausa. Está ganando tiempo.

—Intenta determinar si soy un psicópata, ¿verdad?

Estoy acostumbrada a que los pacientes sean directos, pero lo ha dicho con una calma que me desconcierta.

—¿Por qué lo dices?

—Es a lo que se dedica usted.

—¿Ah, sí?

—La policía, los tribunales y los agentes de la justicia quieren que usted les confirme que no soy un peligro para nadie y que no se me irá la chaveta como se le fue a mi madre.

—Lo dices como si tuvieras tus dudas.

—Soy ella al cincuenta por ciento. Puede que me lo haya

transmitido: madre inútil, criatura inútil.

Al principio no contesto. X está jugando conmigo. Hago lo que proponen los manuales: simular ignorancia y hacerme la tonta.

—¿Crees que el sonambulismo o las enfermedades mentales se transmiten genéticamente?

X sonríe.

—La médica es usted.

—En tu informe pone que lees libros de psicología de la biblioteca. Quiero saber qué piensas. ¿También te ayuda a elegirlos tu amigo?

—Yo creo que la locura es como la grandeza. Hay quien nace loco y quien se vuelve loco. A otros los obligan a estarlo.

—¿A qué categoría pertenece tu madre?

X espera. Noto que se me cierra el estómago.

—Todo el mundo dice que es mala. Habrá salido así, digo yo: mal desde el principio.

—¿Qué se te pasa por la cabeza cuando te acosan los otros niños?

No sonríe ni se ríe.

—Vengarme.

—¿Vengarte cómo?

—Quiero que se sientan impotentes e indefensos. Quiero que sientan dolor.

No quiero hacer ninguna otra anotación. Es lo que da pavor a los burócratas que se pasan el día poniendo cruces en casillas. Suman un sentimiento así al entorno familiar de X y llegan a la conclusión de que más vale prevenir que curar. Por eso aquí hay adolescentes que reciben tratamiento indefinido: la naturaleza por encima de la crianza.

—¿Intentas convertir alguna vez en realidad esos pensamientos?

—No. —Acto seguido, X me sobresalta—. El dolor es bueno. Hace que mi cerebro vaya más deprisa. Si la gente sintiera más dolor, igual no sería tan tonta.

Lo ha dicho con una autoridad casi bíblica. Vuelvo a preguntarme cuánto dolor ha conocido y qué otros secretos hay en su familia. Las autoridades quieren que haga unas preguntas muy determinadas; sólo así los abogados y burócratas se quedarán tranquilos de que no pueda culpárseles de nada.

Voy con pies de plomo. No soy una terapeuta a quien le interese reabrir las heridas del pasado. Yo creo en mirar hacia delante. El pasado es tierra abonada para los novelistas, los historiadores y los poetas, pero no para quien trata de seguir viviendo.

—¿Tú qué dirías que provoca esos malos pensamientos, esos sueños sobre hacer daño a la gente?

La expresión de X se vuelve desdeñosa.

—No me gusta que nadie tenga poder sobre mí.

—¿Con los profesores te pasa lo mismo?

—Puede ser.
—¿Y en casa?
Son peligrosos, los recuerdos. Basta una determinada cantidad de alcohol, drogas o fugas disociativas relacionadas con el sueño para que se conviertan en actos. El veterano de guerra que oye el petardeo de un coche y reacciona como si estuviera en el frente. El niño que presencia una tragedia y un día repite los mismos movimientos, como demostración de que la violencia engendra más violencia.
—A veces.
—¿Era verbal o físico?
—Verbal. Yo era mayor que los gemelos. Ellos hablaban bien, pero eran débiles.
—¿Sentías resentimiento hacia tu padrastro por tener poder sobre ti y tu madre?
—Sí.
—¿Has tenido alguna vez pesadillas sobre tu padrastro o los gemelos?
—Sí.
—¿Por qué?
—A Tom le gustaba ser el hombre de la casa. Disfrutaba demostrando su poder.
—¿Pensaste alguna vez en hacerle daño?
Cara de irritación.
—No.
—¿Tu madre habló alguna vez de hacerle daño a Tom?
—Sí.
—¿Y a los gemelos?
La irritación fugaz desaparece. Una vez que se recupera, X se queda a la expectativa, a punto para todo.
—Depende de si había estado bebiendo.
Viendo en su cara un esbozo de sonrisa me acuerdo de lo joven que es, y de que los ojos engañan. El alma es un concepto metafísico, no médico. Aun así no puedo negarlo: el alma de X me perturba. Nunca había conocido a nadie igual.
Por hoy sólo queda una pregunta. Tengo que hacerla.
Carraspeo y me preparo.
—¿Sueñas alguna vez con matar a alguien?

NOTAS CLÍNICAS 3

PACIENTE X, REF. X389043BMH, DRA. V. BLOOM

12 DE JULIO DE 1999

Es nuestra tercera y última sesión. Durante la noche he repasado el expediente. Mi dictamen determinará que X acabe en un hospital de alta seguridad para seguir en observación, o que forme parte del programa de personas protegidas, en cuyo caso le darán un nuevo nombre, un nuevo pasaporte, nuevos documentos y unos padres adoptivos en un sitio nuevo. No quedará ni rastro de su antigua identidad, ni de su yo anterior.

En el momento del arresto se emitió una orden judicial que prohibía a la prensa dar cualquier tipo de información sobre la edad, el nombre o el género del hijo biológico de la prisionera. A X lo tratan por separado, como un inocente a quien no hay que confundir con los reclusos que cumplen cadena perpetua en Broadmoor. La única persona que dispone del informe completo, aparte de algunos altos cargos de la Policía Metropolitana y del estamento judicial, soy yo.

Llevo encima mi lista de preguntas. A finales de semana deberé tener redactado mi dictamen. La vida de una persona depende de mi diagnóstico y mi firma. Me imagino a X con un nombre nuevo, libre del pasado. Lo veo al servicio de los demás, aportando algo bueno al mundo: redención, rehabilitación y nueva vida. Yo creo que es posible, y que los ciclos de violencia pueden acabar. Por eso me dedico a este trabajo.

—Hoy quiero hablar de otra cosa —digo—. Voy a hacerte unas preguntas muy seguidas sobre tu futuro. Tú sólo tienes que decirme lo primero que se te pase por la cabeza.

X hace una pausa.

—Vale.

Nunca sé si dice las cosas con sarcasmo o con franqueza. A veces me parece que es un problema de inseguridad.

—Si te tocara la lotería, ¿en qué te gastarías el dinero?

—En irme del país, comprarme una casa y tener un Ferrari en el jardín.

—Si te digo la palabra «amor», ¿en qué piensas?

—Amor-odio. El amor es ciego. Cupido. *Love is all you need.* Flechas.

Besos. Sexo. Bodas. Mi amigo.
Me paro.
—¿Quieres a tu amigo?
—Sí.
—¿Y él a ti?
—También.
Me gustaría seguir indagando en el tema, pero no soy el orientador de X. Los amigos imaginarios muchas veces son algo malo, y el amor muchas veces algo bueno. Quizá se neutralicen.
—¿Qué te gustaría hacer de mayor?
—Estar en su silla.
—¿Ser quien tiene el poder?
—El jefe supremo del planeta Tierra.
—¿Por qué?
—Mi amigo dice que es divertido tener poder sobre la gente; ser médico, o abogado, o psicólogo.
—¿Tu amigo es médico o abogado?
—Podría ser.
He ido preparando el camino para la siguiente pregunta. La hago sin quitarle los ojos de encima.
—¿Reconoces que lo que hizo tu madre está mal?
Es el último obstáculo: tiene que aceptar lo sucedido. Tiene que manifestar la capacidad de tomar decisiones morales por su propia cuenta y demostrar que la historia no siempre se repite.
X vacila, absorto en sus cavilaciones.
—¿Por qué?
—Contesta, por favor.
El juicio se ha acabado. Ya hay un veredicto: inocente por automatismo con enajenación mental. Por eso está aquí la madre de X, y por eso está aquí X.
Sin embargo, quiero saberlo. No puedo aguantar tanto misterio.
—¿Crees que tu madre estaba sonámbula cuando perpetró los asesinatos? —digo—. ¿Crees que mató intencionadamente a sus dos víctimas?
X me mira. Desde esa noche tengo grabada su respuesta, entre el sarcasmo y la sinceridad.
—Puede ser.

33

Ben

Vuelvo a mi despacho de la clínica y leo por segunda vez las anotaciones clínicas del caso, primero por encima y luego a fondo. Al acabar y levantar la vista me doy cuenta de lo húmedas que están las páginas. La última persona en tocarlas fue Bloom. Pienso en su cadáver tirado en el suelo. Me imagino sus dedos tocando estas hojas y, a pesar del tiempo transcurrido, casi siento su calor. Vuelve a caer sobre mí el peso incontestable de su muerte. Sólo me ha dejado esta señal que no sé interpretar.

Anna O. Medea. Sally Turner. Paciente X.

Las notas clínicas abarcan un período muy corto del mes de julio de 1999. Escritas en el ala Cranfield del hospital Broadmoor, versan sobre un paciente al que estaba tratando Bloom y cuya única identificación es una equis. Teniendo en cuenta la fecha, la localización y las referencias veladas que contiene el documento, parece tratarse del hijo biológico adolescente de Sally Turner, conocida como el Monstruo de Stockwell, que falleció en agosto de 1999. Aquí obviamente está el vínculo con la investigación de Anna para *Elementary*. Hay varias menciones al sonambulismo.

Aparte de eso estoy en blanco.

Bloom me ha dejado una señal en una carretera sin destino.

Me levanto y, después de deambular un rato por el despacho, me preparo café para estar bien despierto. Luego recorro los pasillos de The Abbey. Veo a los demás pacientes en sus habitaciones, dóciles y con aspecto de estar muertos. Acabo llegando al ala vip y a la muda soledad de la sala de tratamiento. La puerta está insonorizada. Es la calma de la muerte. Me lavo las manos, me pongo los guantes y la mascarilla y cruzo al otro lado como un peregrino a punto de ingresar en un lugar sagrado.

Estar a solas con Anna es distinto que estarlo con cualquier otro paciente. Reina una sensación de ceremonia. Estoy a escasos metros de una de las pocas personas del mundo occidental que no sabe nada de los crímenes de Anna O: ella misma.

Cojo el taburete del rincón y lo acerco a la cama de Anna. Me siento y la miro. Su respiración sigue un compás muy suave. He leído más sobre ella que sobre cualquier otro paciente, y es como si nos

conociéramos. Hay un hilo que nos une, un silencioso ovillo.

Cojo de un extremo de la cama el historial, con la minuciosa letra de Harriet en todas las páginas. Es una sucinta exposición del tratamiento que ha recibido hasta la fecha, casi todo simple aseo: el tubo nasogástrico que la alimenta, la pauta de ejercicios que impide que se le entumezcan demasiado las articulaciones, los dos lavados diarios, que evitan escaras y pruritos manteniendo la hidratación y humedad de la piel, el esfuerzo constante por adelantarse a la posible aparición de úlceras moviendo a la paciente y manteniendo una ilusión de acción física, el catéter con el que se atiende a sus necesidades básicas y, por último, el mantenimiento de una mínima dignidad a través del cepillado de los dientes y el lavado de la boca, con los que se garantiza que Anna tenga los dientes y las encías como nuevos cuando se despierte, si es que lo hace alguna vez.

Cambio de página y de fase de tratamiento. A partir de aquí es todo más laxo, por no decir subjetivo. Existen tan pocos ejemplos de pacientes con un trastorno del sueño a largo plazo que la mejor práctica clínica es la que se basa en pacientes en coma o en «estado de mínima conciencia» (EMC).

También es el punto de partida de mis métodos. Como les explico siempre a mis alumnos de Birkbeck, no existen los tratamientos revolucionarios. Dos milenios antes de Freud ya había un médico, Galeno, que hablaba sobre el inconsciente. Aristóteles analizó el significado de los sueños, igual que el *Poema de Gilgamesh*. En el Génesis, José, intérprete de sus propios sueños, afirma que el análisis de estos últimos es tan divino que «son de Dios los sentidos ocultos».

Hasta en la Biblia pueden ser peligrosos los sueños y dormir.

El principio básico del tratamiento de Anna es la estimulación sensorial, que no se le había practicado desde la noche de su detención en la Granja. Tiene los sentidos yermos, vacíos, malformados y atrofiados, y yo necesito reavivarlos.

Tengo que despertar recuerdos de ese agosto de 2019, de lo que pasó de verdad con Indira y Douglas, y de por qué ha acabado ella aquí: algún recuerdo que aclare sus actos en la Cabaña Roja y que aporte esperanza e incluso, quién sabe, salvación.

Por alguna razón, sin Bloom me siento más unido a Anna. Estamos tan unidos en la muerte como en la vida. Puedo cumplir los últimos deseos de Bloom, ayudar a que Anna se despierte y resolver el misterio de su enfermedad. Es mi motivación.

Necesito saber qué pasó de verdad esa noche en la Granja.

34

Lola

Las mentiras ya vienen a por ella.

He aquí el inconveniente de dormir y soñar. Lola puede controlar el consciente. Es el inconsciente el que le causa problemas. Cuando duerme su mente mezcla sucesos, dándoles una coherencia letal a todos, hasta que se despierta sobresaltada, con las sábanas húmedas, la camiseta empapada y la sensación de respirar un aire viciado, asfixiante.

Podría ser un cargo de conciencia.

Lola sueña cada noche lo mismo.

La Granja, finales de agosto de 2019.

Melanie Fox, aristócrata neohippie que alardea de las joyas de la familia y acto seguido se queja de no tener un céntimo, ha puesto en marcha el proyecto de la Granja. Sólo piensa en libras, márgenes de beneficio y dinero en el banco. Prefiere los billetes arrugados a las transferencias electrónicas y las rechazables llamadas telefónicas al correo electrónico. Así entró Lola en la Granja: Melanie necesitaba una asesora de salud y seguridad que no le saliera muy cara. Una tarjeta de visita, un sobre marrón y un acuerdo en voz baja: todo perfecto, tal y como le convenía a Lola.

La Granja es un lugar casi medieval. Se imagina a los labriegos arando las tierras, a los nuevos ricos paseando por las Ruinas. Se imagina el Bosque, con sus malos espíritus y sus castigos. Y esta noche habrá más de todo eso. Casi le da la risa cuando ve bajar de sus coches a la familia Ogilvy, que ha pagado por fundirse con la Madre Tierra antes de volver a la comodidad de sus casas de cristal y aire acondicionado londinenses.

Melanie Fox da la impresión de estar ligeramente colocada. Quien se ocupa de que funcione todo es Owen, el encargado. Lola revisa los rifles de *paintball* y comprueba las listas. Finalmente llega el momento, el plato fuerte de la experiencia de la Granja, la joya de la corona.

Cazadores contra Supervivientes.

Se supone que los dos equipos se eligen al azar, pero nadie se lo cree. En realidad la Granja es un *reality show* sin cámaras, donde cualquier imprevisto o pelea responde a un guión trazado de antemano por los diabólicos productores. Melanie Fox prepara todas

las partidas para que la tensión sea máxima, y lo de Anna contra su propia familia es un taquillazo.

El resto lo sugiere Lola sutilmente. Para alimentar lo que sucederá después es de vital importancia que el Bosque adquiera una mitología propia, algo que se preste a los soliloquios de los blogueros, trolls y falsos expertos. En resumidas cuentas, hay que asegurarse de que Anna, Indira y Douglas vayan en el mismo equipo y de que todo lo demás pase después del Bosque.

Los Supervivientes parten con un poco de ventaja. Como asesora de salud y seguridad, Lola ocupa un pequeño observatorio desde donde se domina la partida. Con sus prismáticos puede seguir a todos los participantes a través de los huecos. Sólo se puede interrumpir la partida si hay peligro de lesiones graves. Lola tiene una bocina para avisar a Owen y el trabajador en prácticas, que en ese caso entrarán en el Bosque para localizar a los participantes, aunque de momento nunca se ha activado el protocolo. La gracia de la Granja y del Bosque es la inmersión de los huéspedes en una naturaleza sin domesticar. Es la selección natural en estado puro, la supervivencia del mejor adaptado, una carnicería darwiniana.

Lola, que no se aparta ni un momento de sus prismáticos de visión nocturna, ve entrar y salir de entre los árboles a varias figuras verdosas. Cada participante recibe también un rastreador de calor con el que Lola y el resto del equipo controlará su ubicación en la pantalla de un portátil. Al cabo de unas horas aparece la primera señal de que algo no va bien, en forma de colores que se mezclan en el mapa de calor. Al norte del Bosque se han alineado un Cazador y un Superviviente. Al principio parece una estrategia clásica: el Cazador que se acerca sigiloso al Superviviente, observa y espera, y de repente lo marca en plena oscuridad, con el latigazo de la bala de pintura.

Los dos puntos se superponen. Pasan los segundos, convirtiéndose en minutos, pero los puntos siguen sin escapar ni separarse. Lola ve que se acerca un tercer punto, otro Cazador que se mantiene al margen mirando sigilosamente a los otros dos. Ninguno se mueve. Lola trata de localizar la ubicación exacta con sus prismáticos de visión nocturna, pero el Bosque es demasiado grande. Deben de estar tapados por las copas de los árboles. Espera. La pantalla del portátil se actualiza. Los tres puntos siguen en el mismo sitio.

El tercero tarda unos minutos en irse. Pasan diez antes de que lo hagan los demás. De momento no ha habido ni un disparo. Así no se juega. Hay tres participantes que están saltándose las reglas, la mitad del grupo. Lola mantiene enfocados los prismáticos en el norte del Bosque, intentando divisar alguna forma. Al final ve una figura verde que corre por el suelo, el tercer punto de los Cazadores. Una mujer joven. Anna o Indira. A las dos les está reservado un papel

protagonista, pero en esta fase no puede haber complicaciones.

A partir de ese momento extrema la atención. La cronología de la siguiente fase no admite errores. Primero la comida entre las Ruinas, con sus pausas y silencios; luego el regreso de los grupos a sus respectivas cabañas, en una secuencia planeada al milímetro. No hay un solo segundo que perder. Es lo que no saben ellos: ni Anna, ni Emily, ni Richard, ni Theo, ni Indira, ni Douglas.

No tienen la menor idea de lo que supone de verdad esta noche.

La partida está a punto de volverse espantosamente real.

Ahora Lola se despierta y se incorpora. Tiene gotitas de humedad en la piel. Respira y se va recuperando mientras sus ojos se adaptan a la oscuridad urbana y la trama de luz de las farolas que atraviesa las cortinas. Esta noche lo ha visto todo muy nítido: el Bosque, la Granja, el mapa de calor, los huéspedes y la previsión del desenlace.

Se levanta y va al piso de abajo, donde se sienta a contemplar las pizarras y la simetría de los esquemas. Al coger el cuaderno de Anna se acuerda de cuando lo vio por primera vez en la Cabaña Azul, durante los intensos momentos de después de que pasara todo.

Ninguno entiende que son peones en una partida, ni que cuando llegaron ya estaba escrito el guión de todos sus movimientos.

La primera parte ha salido de perlas.

Ha llegado el momento del ajuste de cuentas final.

Cuaderno de Anna

2019

3 de marzo

La Biblioteca de Londres: libros viejos, mesas desconchadas y café mediocre. Cuando no puedo más de Indira y Doug me refugio en mi reducto de felicidad de Saint James's Square y sus placas azules en las paredes. Veo carruajes y hombres de Estado con levita que se apean derrochando esplendor eduardiano para asistir a una cena de lujo. Me imagino paseando por la historia.

Es mi salón, mi estudio, mi taller. Me acomodo en una de las salas de lectura y me dedico a buscar famosos en los lomos. Escarbo más y más en el pasado. Febrero de 1999, hace dos décadas. Tengo todos los recortes de prensa que pueden encontrarse en el archivo de la Biblioteca Británica. He leído los artículos de la doctora V. Bloom en revistas especializadas de tanto prestigio como *The British Journal of Psychiatry*, *The Lancet Psychiatry*, *Psychotherapy and Psychosomatics*, *World Psychiatry* y *Psychological Medicine.*

Debo centrarme en el caso del Monstruo de Stockwell. Ésa es la misión. Lo malo es que me despisto fácilmente, como la mayoría de los escritores.

Empiezo a ser toda una experta en mi propio trastorno. Me llama la atención un artículo en *Neuroethics*, a pesar del torpe título: «Mientras estabas sonámbulo: ciencia y neurobiología en los trastornos del sueño, y el enigma de la responsabilidad jurídica de la violencia durante la parasomnia». Trata de un caso de 1987, el de Kenneth Parks, que recorrió veintitrés kilómetros en coche para ir a la casa de sus suegros, y al llegar mató a su suegra e intentó matar a su suegro. Más tarde declaró a la policía que le «parecía haber matado a alguien». Sus abogados alegaron que estaba sonámbulo y el jurado se lo creyó. Fue absuelto de asesinato y tentativa de homicidio.

Los autores analizan la diferencia entre *actus reus* (el crimen en sí) y *mens rea* (la intención criminal), tan necesarios el uno como el otro para condenar a alguien. La falta de *mens rea* es la razón más habitual para absolver a un sospechoso que se ampara en el argumento del sonambulismo.

Hay una parte del artículo que me da una idea sobre la siguiente etapa de mi investigación. Los autores hablan de la relación entre los sospechosos sonámbulos y sus víctimas:

> Esto nos lleva a otra inquietante excepción [...] es evidente la proximidad entre estas personas y el sonámbulo, lo cual no impide sospechar la existencia de un motivo subyacente, ya que en la mayoría de los casos el sonámbulo los conoce mucho. En esas situaciones conviene investigar con especial detenimiento la relación entre el sonámbulo y la víctima.

Como Sally Turner y sus dos hijastros.
Voy a arrasar con mi artículo.
Les haré la peineta a Doug e Indira y a su traición.
Va siendo hora de saber más cosas sobre el Monstruo de Stockwell.

11 de marzo

Sala Pugin del palacio de Westminster. Mamá está de un humor de perros. Sospecha que no contarán con ella en la próxima remodelación del Gobierno en la sombra. Finge el papel de abnegada servidora de los ciudadanos, pero la verdad es más sórdida y yo la conozco: aspira al 10 de Downing Street, al estatus de reina del mundo. La oposición es para los fracasados.

Me ha convocado —oficialmente, como siempre, a través de uno de esos asistentes llenos de pústulas que tiene— para ponernos al día, y ha insistido en quedar aquí por dos razones. La primera es su eterna, que no sutil, campaña para convencerme de que renuncie al periodismo para ser una politicastra a sueldo, portavoz del partido. La segunda, poder presumir de mí e ir de matriarca de una futura dinastía política. Así suaviza su imagen: no es una piraña con perlas, sino una madre que bebe los vientos por su hija.

Me gustaría hablarle de la traidora absorción por GVM y de mis investigaciones sobre el caso del Monstruo de Stockwell, pero mamá, como la mayoría de los políticos, ve el mundo como una extensión de sí misma y a mí como parte del decorado de sus felicitaciones navideñas y actos de campaña.

Vaya, que ni me lo pregunta ella, ni se lo cuento yo. No es a lo que

he venido.

Son raras las familias. Sally Turner era una enfermera de Stockwell con una adicción secreta al alcohol y con un hijo adolescente de una relación anterior. En la primavera de 1998 conoció a Tom Cornwell, un empresario de la zona, y en otoño ya vivían las dos familias juntas: por un lado, Sally y su hijo biológico, y por el otro, Tom y sus dos hijos. Tom era un personaje turbio que había estado en la cárcel por estafa.

A los hijastros no les gustaba Sally y hacían lo posible por sembrar la discordia en la pareja. Según los informes del juicio, ella, que también había crecido en una familia desestructurada, sentía «el deseo obsesivo de tener una familia “perfecta”», en la cual, sin embargo, no tenían cabida sus hijastros. Temerosa de que Tom se fuera de casa y que prefiriera a sus hijos que a ella, Sally llevó a cabo un crimen calculado y escalofriante para el que esperó a que Tom saliera de viaje de negocios. Llegado el momento mató a puñaladas a sus dos hijastros en la cama, y luego alegó que era sonámbula y que no se acordaba de nada.

La defensa sostuvo una versión muy diferente. Sally Turner se había dado cuenta al poco tiempo de que su relación soñada era una horrible pesadilla. Lejos de ser un empresario al uso, Tom Cornwell se dedicaba al tráfico de drogas y usaba la casa de protección oficial de Sally como tapadera para sus trapicheos. Un testigo llegó incluso a insinuar que utilizaba a sus dos hijos como camellos. Los hijos maltrataban sin cesar a Sally, verbal y físicamente, sin que Tom hiciera nada para remediarlo. Ella ya había empezado a recaer en el alcoholismo. El consumo de alcohol en grandes dosis agrava los episodios de parasomnia. La noche de la agresión, Sally creyó estar sufriendo un ataque brutal por parte de sus hijastros. Más tarde alegó autodefensa durante un episodio de sonambulismo muy intenso.

En comparación, el clan Ogilvy parece hasta armonioso.

Esta vez conseguimos hablar veinte minutos antes de que a mamá la reclamen por algo oficial en la Cámara de los Lores. Los periodistas nos han visto juntas. He esparcido un poco de encanto juvenil sobre mamá. Ya no tengo nada más que hacer aquí. Ella me da un besito en la mejilla y se despide con muy poca gracia. Encuentro sola la salida, donde muestro mi pase de seguridad de familiar.

Me acerco a Piccadilly para entrar en la librería Hatchards y seguir investigando para mi artículo. Encuentro otro vínculo con la clínica. El título del libro es *Muertos de sueño. Introducción al estudio forense de los trastornos del sueño y el análisis de sueños*, del doctor Benedict Prince, publicado por Cambridge University Press.

Leo la biografía del autor en la solapa:

El doctor Prince es socio fundador y psicólogo en la clínica del sueño The Abbey, en Harley Street, un centro de prestigio internacional donde está a cargo de la actividad forense. Tras una breve temporada trabajando como auxiliar en varios hospitales psiquiátricos de alta seguridad, el doctor Prince se recicló en la Universidad Abierta del Reino Unido como psicólogo forense especializado en trastornos del sueño y análisis de sueños. Ha dado conferencias por todo el mundo y actualmente es profesor en el Birkbeck College. Éste es su primer libro.

Reconozco la cita de Shakespeare del título, pero no es lo que me llama la atención. Hospitales psiquiátricos de alta seguridad. También fue donde se formó la doctora Bloom. Es el vínculo de ambos con el Monstruo de Stockwell, aunque en el caso de Prince como auxiliar, no en el equipo médico, y quizá ni tan siquiera en Broadmoor.

El resultado de toda una tarde de lectura es una extraña fascinación por el doctor Prince. Investigo un poco más a fondo sobre él: guapo desaliñado y profundamente interesado por los más oscuros recovecos de la mente humana. Me descargo sus charlas, conferencias y libros. También sus intervenciones en pódcast. Escucho su voz una y otra vez.

Al volver a mi piso todavía me escuece el encuentro con mamá. Recuerdo cómo empezaron los otros episodios: al principio despacio, sigilosamente, y luego la explosión.

Mi cuerpo anhela dormir, pero a mi mente le da miedo.

La del sueño es la hora bruja: la negra oscuridad, los dominios del ello, de lo animal, del inconsciente. Tengo miedo de mi propia mente.

Muertos de sueño.

Ojalá.

35

Ben

Ojos, orejas, nariz. Vista, oído, olfato.

Si mi teoría es correcta no bastará con los tratamientos auditivos. Como los ojos de Anna están cerrados, los estímulos visuales son imposibles, pero lo lógico es que conserve el sentido del olfato.

Llego a la sala de tratamiento con dos cosas que probar, ambas recomendadas por Emily Ogilvy en un nuevo correo electrónico, al igual que las canciones de la infancia. Por un lado traigo una caja blanca de cartón con el logo de Chanel y por el otro un ramo de la floristería Blue de Kensington. Una y otro son ecos de la infancia de Anna. Pongo el ramo en un jarrón y lo dejo cerca de Anna. Acto seguido, inclinándome sobre la cama, le rocío ambos lados del cuello con un poco de Chanel. Era el perfume de su madre, y a veces también lo usaba ella.

Es un olor muy intenso. Me imagino a Clara vistiéndose para salir envuelta en la promesa seductora y embriagadora del pequeño frasco de perfume. El tratamiento estándar de los pacientes en coma consiste en experimentar con estímulos sensoriales, pero a mí me parece demasiado gradual. Mi método se basa en el concepto de saturación sensorial, de guerra relámpago contra los sentidos: se trata de despertarlos a sacudidas, arrancándolos del sueño. Mi intención es zarandearle los sentidos y que éstos arranquen como un motor.

A continuación saco de mi mochila unos auriculares Beats. Tengo una lista con la música que más le gustaba cuando era adolescente. Decido probar con una experiencia más intensa. Sincronizo los Beats con mi iPhone, abro Spotify y busco una lista de pop pegadizo de finales de la primera década de 2000, la música que debió de escuchar entre la niñez y la adolescencia.

Le pongo a Anna los auriculares y se los ajusto para que esté cómoda. Huele a Chanel. La sala también se ha impregnado del perfume de las flores: lirio asiático blanco, fresia morada, verónica azul, lisianto violeta, eucalipto y pistacho.

Música y olor.

Sólo falta un sentido, una sensación.

Oigo por los auriculares los acordes de guitarra de una canción de Taylor Swift. Acerco el taburete y me quito el guante de la mano

derecha. Me la he lavado a fondo y tengo las uñas recortadas al máximo. Más allá de los cuidados de Harriet, Anna lleva cuatro años sin que la toque nadie: el contacto entre dos pieles, la más elemental de las necesidades humanas, y la única de la que no puede prescindir ningún primate.

Respiro hondo, silenciando la cobarde voz de mi cabeza, y le cojo la mano izquierda a Anna. La única persona que la ha tocado así es Harriet, su enfermera. Me la esperaba fría, pero no, está caliente, con una vida que aún no sé explicarme. Aquí dentro está Anna. Su cerebro está activo y su cuerpo también. Lo único que falla es el enlace entre cerebro y cuerpo, entre su mente y el resto de su ser. Es mucho peor una muerte en vida que la muerte propiamente dicha.

Sin soltarle la mano, muevo los dedos para acariciarle la piel, deslizándolos por la palma, los dedos y los huecos que los separan. Primero lo hago con suavidad y después con más firmeza, pero sin ningún propósito romántico ni depredador. La sensación, por el contrario, es casi primitiva, como esas escenas de documentales de naturaleza en las que se espulgan dos primates: un ritual de humanidad en común, una reivindicación de la existencia del otro primate.

Después de unos minutos con su mano en la mía pongo en práctica mi última floritura, la más teatral de todas. Ya oigo las risas, burlas y reconvenciones, pero es que el ser humano de media se toca la cara veintitrés veces por hora, es decir, trescientas sesenta y ocho veces al día. He traído varias plumas con las que empiezo a rozarle la cara. De la suavidad inicial paso a algo más juguetón: primero unas cosquillas y luego una fricción más pronunciada alrededor de los ojos y las mejillas, una sensación irritante que sólo podría detener si se despertara. Me pregunto cuándo fue la última vez que le tocaron la piel de una manera no terapéutica ni médica.

La observo fijamente, por si reacciona. Si su enfermedad es a la vez psicológica y física también deberá serlo el tratamiento. Pienso en los primeros avances de Freud en su pequeña consulta del número 19 de Berggasse, cuando les ponía la mano en la frente a sus pacientes mientras empezaba a desarrollar la terapia oral: mente y materia, cabeza y corazón, cerebro y cuerpo.

Ha llegado el momento de lo más atrevido. Qué sencillo y qué extraño: tacto, oído y olfato. Lo siguiente es el habla. Tengo que hablar con Anna como si estuviera despierta y dirigirme a ella fuera lo más normal del mundo. Repaso una vez más las pautas para pacientes de EMC.

Primero, anunciar quién eres.

Segundo, hablar de cómo te ha ido el día.

Tercero, tomar conciencia de la posibilidad de que el paciente lo

esté oyendo todo.

Cuarto y más importante, transmitirle cariño y apoyo.

Empiezo. Para que Anna vuelva a ser plenamente humana debo dejar de tratarla como a una paciente. Para mí tiene que ser algo más.

Vuelvo a sentir que palpita entre los dos un vínculo fugaz, como si fuéramos los únicos capaces de continuar con la búsqueda de Bloom, un equipo de dos unido contra el mundo, y estos métodos constituyeran nuestro pequeño secreto. Pienso en las anotaciones clínicas que dejó Bloom, en la carnicería que encontré en su casa y en la relación que puede haber entre el informe y la mujer que duerme frente a mí.

Anna es mi única esperanza de resolver este misterio. Es mi fuente contrastada.

El príncipe y la bella durmiente.

Carraspeo.

—Hola, Anna, soy el doctor Benedict Prince.

36

Clara

Salen tarde. El trayecto hasta el piso de Ben es una pesadilla. Hay mucho tráfico.

A los cinco minutos de estar en coche, Kitty se da cuenta de que se ha dejado su juguete favorito, así que dan media vuelta, con el retraso adicional que comporta. Los turnos de noche acumulados empiezan a hacer estragos en el reloj biológico de Clara. Casi choca con un hombre corpulento montado en una moto eléctrica y poco familiarizado con las normas de circulación. Justo cuando se dispone a decirle de todo por la ventanilla se acuerda de que está con Kitty y se conforma con una palabrota en voz baja.

La gota que colma el vaso es aparcar en Pimlico. Comparar el nuevo piso de Ben con una prisión es injusto: ¡es más fácil aparcar allí que en Cumberland Street! Después de dar tres vueltas, encuentra una plaza minúscula a cinco minutos del piso de Ben. Mira su móvil y ve tres llamadas perdidas suyas, además de varios correos electrónicos de su equipo sobre la logística del congreso. Qué ganas tiene de dormir ocho horas seguidas, como en los viejos tiempos... Hubo incluso una época en que se levantaba tarde.

Hace bajar a Kitty y comprueba que lo tenga todo. El ático de Ben está cerca de Churchill Gardens, en un edificio con adornos de estuco en la fachada. Se lo alquila un amigo. El ascensor está estropeado y el vestíbulo huele a humedad. Es un piso pequeño y sin gracia, lleno de muebles de IKEA desconchados. Kitty siempre está demasiado emocionada para quejarse de la decoración, pero se respira un aire de padre divorciado que Clara no soporta. Apesta a hombre de mediana edad sin nada que hacer por las noches.

Llegan al último piso. Será de las pocas veces que se salten los acuerdos de la custodia. Normalmente Ben sólo se queda a Kitty los fines de semana, pero Clara estará dos días fuera, en un congreso, y Ben sale más barato que una canguro. También es más divertido. Ya los oye charlando como siempre, con total normalidad.

—Hola, papá.

—Hola, KitKat.

—¿Qué hay de merendar?

—Sorpresa.

—¿Qué tipo de sorpresa?
—Si te lo dijera no sería sorpresa.
—¿Hay patatas fritas?
—Puede ser.
—Me encantan.
—Ya lo sé.

Se oyen los pasos de Kitty, que sale disparada ante la promesa de unas patatas bien grasientas. Clara ha subido por la escalera la bolsa de Kitty con sus cosas para la noche, que deposita aliviada en el pasillo.

—¿He oído una vocecita gritando «patatas fritas»?

Ben coge la bolsa y la deja en la cocina.

—Ha sido uno de los vecinos de abajo. Creo que es su mantra. ¿Un té?

En la cocina resuena el hervidor. Ya hay dos tazas a punto, con su Yorkshire Gold y todo. Clara mira a Ben, que sirve los dos tés y acerca una silla a la precaria mesa de la cocina.

Clara mira su reloj.

—No, en serio, tengo que irme.

—Cinco minutos. No por mí, ¿eh? Por la galletita de cortesía.

Se le escapa una sonrisa, pero vuelve a ponerse seria de golpe. Le recuerda a la época de su primera cita. Según el Ben de entonces, ingenioso, torpe y tímido, cuando estaba contenta se ponía muy guapa. A veces Clara se pregunta qué habría sido de su matrimonio sin lo que pasó esa noche, sin el lastre del caso de Anna O, el momento en que todo cambió: la presión de estar a cargo de una investigación, el traslado a la mítica brigada de homicidios de la Policía Metropolitana y la falta de tiempo para nada que no fuera trabajar y cuidar a su hija.

Se sienta y, por primera vez en todo el día, exhala.

Ha decidido quedarse.

37

Ben

Preparo dos tazas de Yorkshire Gold en la cocina y añado leche en las dos. Me tiembla la mano al removerlas. Mi cuerpo vive en un estado de agitación constante. Tengo que hacer un esfuerzo para estarme quieto. Constantemente me asaltan oscuros y sanguinarios pensamientos relacionados con Bloom y Anna.

Inhalar, contar hasta cuatro, exhalar y contar otra vez hasta cuatro: respiración de caja lo llaman. Por lo visto es lo que hacen los Navy SEAL antes de entrar en combate. Empieza a latirme más despacio el corazón.

Olvídate del pasado y afronta el presente.

Esta estancia de KitKat estaba planeada desde hacía tiempo. Es una de las pocas veces que se ha quedado conmigo entre semana. Clara tiene un congreso en Brighton —mucha cara seria y mucho seminario sobre integración en la comunidad y violencia pandillera— y a mí me toca ocuparme de nuestra hija. El piso está limpio y la nevera bien provista. En mi Apple HomePod suena música relajante. Sé que Clara odia este piso, y no se lo reprocho, pero tengo que causarle buena impresión. Todos los detalles cuentan.

Saco el paquete de galletas Hobnobs —bañadas en chocolate, nada menos— y le ofrezco una a Clara. Coge dos, y luego la taza. Me sé de memoria su rutina del té: sujetar el asa con la mano izquierda, probar la temperatura con la derecha, soplar dos veces para enfriar y dar un primer sorbo de los que te queman la lengua, como si fuera un reto. Hay un poema de Carol Ann Duffy que habla de la intimidad de compartir el té y de la mano en la taza como la caricia de un amante. Me lo leyó una vez Clara por teléfono y sigo acordándome de cada verso.

Señalo con la cabeza hacia el salón, donde se oye jugar a KitKat.

—¿Algo a tener en cuenta sobre la estancia de la marquesa?

Clara mira la puerta.

—Aún se despierta por las noches, y le cuesta más de lo normal hacer los deberes.

—Volveré a hablar con ella.

—Claro, con lo bien que salió la otra vez… ¿Por qué le dijiste que los de las fotos estaban fingiendo?

—Fue lo único que se me ocurrió. —Veo que levanta las cejas y le da otro mordisco a la galleta—. ¿Se sabe algo de la autopsia?

Silencio. Siento que se me encoge el corazón. Normalmente Clara me habría dicho que no es asunto mío, pero parece casi aliviada de poder pasar a temas profesionales. A pesar de todo se me queda mirando y me pregunto qué debe de estar pensando, cómo me verá. Aún me tiembla la mano. Maldita sea, no me puedo controlar. Es como si volviera a aprender los principios básicos de la comunicación humana.

—Nada importante —dice Clara—. Nos han confirmado lo de las diez lesiones de arma blanca. Tanto las marcas del filo como el perfil de las heridas coinciden con las otras.

Como no lo dice ella, lo digo yo:

—O sea, igual que los asesinatos de la Granja. —Hago una pausa para elegir bien las palabras—. A Bloom la mataron como a Indira Sharma y Douglas Bute.

Se nota que no quiere desvelar nada más.

—Me han dicho que en la comisaría arrasaste con el pijama gris.

Es el sarcasmo de siempre, el que marcaba la pauta en nuestra vida conyugal.

—Y mi ropa, ¿me la piensan devolver o qué?

—Ni hablar, se quedará en un almacén.

—Tomo nota entonces: no ponerse nunca la mejor camisa para ir a un sitio donde pueden haber matado a alguien.

—Mientras no huyas al Caribe no creo que te pase nada.

Sonrío. Es otra broma conyugal. Clara siempre me ha tomado el pelo con la tentadora oferta de la universidad de las Islas Caimán para dar clases de psicología del sueño como profesor visitante. Desde entonces ésta se ha convertido en mi fantasía recurrente: me voy a vivir al Caribe y me construyo una mansión en la parte más bonita de Seven Mile Beach, una casa de cinco pisos autosuficiente e hipersostenible donde destilo mi propio ron. Clara tiene un puesto de asesora en la policía de las Caimán, KitKat se pasa el día correteando por la playa y yo imparto clases a media jornada y escribo mis libros.

Nos hacemos viejos allí, ayudamos a nuestros nietos a dar sus primeros pasos en el mar, hacemos castillos de arena y vemos pasar dulcemente la vida. Yo acondiciono un pequeño campo de críquet al lado de casa. Ahora mismo es una fantasía imposible, pero aún no he renunciado del todo a ella. Simboliza tantas cosas... La ilusión de ir a vivir a Gran Caimán es una de las razones de que aún no me haya derrumbado.

—¿Bloom te habló alguna vez de su trabajo en Broadmoor? —pregunto cambiando de tema.

Me ha fallado un poco la voz. Estos viejos recuerdos de dicha

familiar en Seven Mile Beach a veces me carcomen. Vivo nuestra separación como un inmenso fracaso.

—¿Broadmoor? No, ¿por qué?

—No, por nada, es que estoy ordenando sus papeles viejos.

Recompongo mi expresión. Ya no tengo edad para mentir de modo convincente.

—¿Ya la has despertado?

Estoy tan concentrado en el informe de Bloom que tardo un poco en comprender que se refiere a Anna. Ignoro el tono de burla.

—Si mi teoría es cierta, saldrá de su letargo después de haberla expuesto a recuerdos y sensaciones del pasado: libros, películas, música, olores, contacto humano... Pero claro, no ocurrirá de inmediato. A Donnelly le dije que tardaría meses.

Empieza a comerse la segunda galleta.

—Supongo que eres consciente de que tu trabajo consiste en despertarla, no en salvarla. Con la cantidad de pervertidos que se dedican a escribir artículos sobre la Bella Durmiente, sólo le falta que venga el doctor Prince con su armadura a resucitarla con un beso.

—Hoy en día el príncipe se llevaría un puñetazo y lo más probable es que lo pusieran en alguna base de datos.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Ese príncipe es un peligro para todas las princesas del país. Que se vaya a la mierda, el muy cabrón.

—A veces con cumplir ya basta, Ben.

Es verdad, y lo sé, pero el misterio me tiene atrapado.

—Céntrate en los vivos y olvídate de los muertos.

Clara se acaba su galleta y se levanta de la mesa.

—¿Y si alguien está vivo y muerto a la vez?

—Olvídate de Anna O —dice poniéndome una mano en el hombro como muestra de apoyo—. Piensa en tu hija. Y gracias por los Hobnobs.

La observo recoger e irse.

Luego vemos la tele hasta que KitKat se impacienta y pide las patatas fritas. Nos permitimos el placer culpable de ir al Five Guys y pedir una hamburguesa con patatas y un batido de plátano. A la hora de acostarse nos cruzamos las negociaciones de rigor. Cuando vuelvo a sentarme delante de la tele, bajando el volumen para que no se oiga desde el cuarto de invitados, ya es bastante tarde. He tenido que pedirle tres veces que se vaya a dormir.

Hoy toca *La sombra de una duda*. Fue rodada durante la guerra y no es de las más conocidas, pero Hitchcock tenía predilección por ella. La protagonista, interpretada por Teresa Wright, recibe la visita de su carismático tío, a cargo de Joseph Cotten. Hay un asesino en serie suelto, y Teresa se da cuenta gradualmente de que Joseph es un

monstruo.

La película no me tranquiliza. Me recuerda demasiado la muerte de Bloom: hay un asesino suelto que se esconde entre nosotros. Alguien entró en su casa y la mató a puñaladas; alguien relacionado de alguna manera con el paciente del informe de Bloom, y con el lúgubre psiquiátrico que era Broadmoor a finales de los años noventa.

Debería haber escogido una película más alegre.

Me quedo desvelado, imaginando pasos que se acercan al cuarto de KitKat y salpicaduras de sangre en el suelo de la cocina. Al final me duermo, pero mis sueños están llenos de siniestras amenazas. Veo cuerpos caídos en las vías, percibo secretos encubiertos.

A las tres y media pasadas me despierto. He oído un ruido fuera. No sé si es alguien o sólo el viento. Se me acostumbra la vista a la oscuridad. Las paredes están llenas de sombras. Hace días que estoy muy nervioso. Sigue temblándome la mano. Debería medicarme. Me levanto y ando de puntillas por el piso, procurando no pisar las pizarras sueltas. Ya estoy en la puerta del cuarto de KitKat.

Se está convirtiendo en una costumbre, esto de buscar consuelo cuando me asustan demasiado las pesadillas.

Otra vez los *flashbacks*: la casa de Bloom, la puerta principal, el presentimiento de que pasa algo y, a continuación, el cadáver en el suelo y el charco de sangre. De pronto mi mente mezcla esa puerta con la de KitKat. No distingo ese momento y el presente, e irrumpo con pánico animal en el cuarto de mi hija, donde busco sin aliento señales de peligro.

Nada.

Vuelvo a estar en el presente. Parpadeo, me froto los ojos y recobro la serenidad.

Está dormida. Se le mueve un poco la naricita al inhalar y da una patada involuntaria por debajo del edredón. Mi hija está viva, ajena a mi presencia. Está tranquila. Me quedo mirándola un momento y me voy sin hacer ruido para no despertarla.

Me siento ridículo, incapaz de controlarme, además de egoísta y, una vez más, avergonzado. Como siempre, me distraigo con tareas rutinarias. Bostezo, preparo un café muy cargado, vuelvo a limpiar la encimera y recojo las migas del suelo con el cepillo, aguantándome las ganas de sacar la aspiradora. Luego me siento a la mesita pequeña que uso para desayunar, dejando la puerta abierta para ver el cuarto de KitKat.

Sigo en vela el resto de la noche.

Me doy cuenta de hasta qué punto me está afectando el caso. Tomo otro sorbo de café. Dormir mal hace que necesite otra fuente de energía, o eso me digo: cafeína y azúcar. Espero a que se haga de día con los nervios a flor de piel, sensible a cualquier ruido. Son los

síntomas del miedo.

Y también de la locura.

Lo que más hago es vigilar la puerta del dormitorio. Abro un cajón y saco un paquete de Hobnobs de chocolate. Pienso en la casa de Bloom, me imagino al asesino invadiendo su santuario. Da igual quién sea esa persona y el peligro que suponga, nadie me disuadirá de mi cometido. Ha caído sobre mí una gran responsabilidad, y es por lo único que estaría dispuesto a morir. Es mi aval y mi debilidad, un destino aún peor que la muerte.

Pueden venir a por mí, pero a por nadie más.

Debo proteger a mi hija pase lo que pase.

38

Ben

Otro día, otra sesión.

Es temprano. KitKat ya se ha ido. Ahora con quien estoy a solas es con Anna, ya casi integrada en mi ritual diario.

—Buenos días, Anna. —Ya me he acostumbrado, y cada vez me da menos vergüenza. Hablo en voz alta, con nitidez y autoridad—. Estás en una habitación en el centro de Londres. Hace una mañana muy bonita, de esas húmedas y un poco gélidas que piden a gritos una taza de té con leche y una buena tostada caliente con mantequilla.

Estoy al lado de una ventana que da a Harley Street. Un visillo protege nuestra intimidad. Se la ve tan frágil, tan muerta... Pero no, eso es lo único que no puedo pensar. Tengo que considerarla una persona, un ser humano que vive, respira y siente, pero incapaz de cualquier interacción humana. Anna es prisionera de su mente y está protegida por su cuerpo.

—He tenido en casa a mi hija, KitKat —digo, consciente de que hablo en una habitación en silencio—. El otro día la llevé a comer una hamburguesa con patatas y un batido y le dio un subidón de azúcar tremendo. Seguro que dentro de unos años, cuando sufra trastornos alimentarios, será por mi culpa.

Aún se me hace raro hablar sin recibir respuesta, pero por eso quiero estar solo. Por eso cada vez vengo más pronto por la mañana y me voy más tarde por la noche. Lo único que hago es sentarme al lado de Anna y hablar. La presencia de un tercero cambiaría el ambiente. Aquí dentro, con Anna, dejo de ser el socio fundador, o el colega de luto, o el marido herido, o el padre con el agua al cuello, y puedo por fin ser yo mismo. Aun así, nunca se me va del todo la sensación de que me vigilan. Me imagino a Harriet detrás del cristal, controlando y observando mis movimientos, mis secretos, quieta como un voyeur, y eso me provoca una mezcla de excitación y nerviosismo.

—Ya sabes que hemos estado probando algunas técnicas de estimulación sensorial básica: la tele, la música, incrementar el sentido del tacto e intentar evocar olores de tu pasado que puedan ayudar a desbloquear cosas.

Vuelvo a la cama. En los primeros tiempos del psicoanálisis, el analista se sentaba donde no lo viera el paciente. Los mejores

hablaban muy poco, casi todo lo decían los pacientes. Tengo la impresión de que hemos intercambiado papeles, y de que soy yo quien se abandona a las asociaciones libres y a hablar sin cortapisas en la seguridad de la sala de terapia. Anna es mi psicoanalista silenciosa.

Acerco un poco más el taburete e intento no hablar como un terapeuta.

—Mira, Anna, quiero serte franco y explicarte otras opciones. Como estoy convencido de que me oyes, y de que puedes dar tu consentimiento, quiero que tengas la oportunidad de hacerlo.

Ya oigo a los escépticos: esto es la psicología, dicen, un terapeuta hablando con una mujer dormida como si esperase una respuesta, pero es que para ellos los pacientes siempre son pacientes, abstracciones de carne en el quirófano, mientras que para un psicólogo un paciente es único, concreto, y las pequeñas rarezas personales lo son todo.

—Seguiremos con los ejercicios de estimulación sensorial y la terapia oral. También podríamos combinarlo con medicación. Al haber tan pocos casos de síndrome de resignación en el mundo, la bibliografía no sirve de gran cosa, pero es una opción.

Estoy incómodo. Debería ser sincero con ella, y serlo significa hablar de Stephen Donnelly, del Ministerio de Justicia, de la petición de Amnistía Internacional y de las prisas del Gobierno por juzgar a Anna por el asesinato de sus dos mejores amigos. La petición de Amnistía al Tribunal Europeo de Derechos Humanos es cada vez más inminente, pero antes de eso el Ministerio de Justicia exige resultados.

Miro mi reloj. Quedan cinco minutos para que llegue Harriet. Cojo el libro que me dio Emily Ogilvy y miro la cubierta negra de *Medea y otras obras*, de Eurípides. Me acuerdo de la reacción de Bloom cuando le hablé de él, y de su actitud a partir de ese momento.

Algo pasa con este libro.

Lo abro por la introducción y veo un pasaje subrayado por Anna con líneas de lápiz desvaídas. Busco un fragmento del que ella pueda acordarse, que le diga algo. Éste no parece mala opción.

Le echo un vistazo:

> Desde Maratón y Salamina, los atenienses tenían plena conciencia de que les competía sólo a ellos, como líderes de la cultura helénica, instaurar y fomentar valores civilizados en un mundo bárbaro.

La única palabra marcada es «Maratón», cosa que me parece rara,

por no decir arbitraria: el texto se refiere a la batalla de Maratón, entre Atenas y Persia, en el 490 antes de Cristo, diez años antes de que naciera Eurípides.

Miro el texto y luego a Anna mientras resurgen mis antiguas dudas. Me pregunto si no estaré agarrándome a un clavo ardiendo y si no tendrá razón el Club de la Bella Durmiente. Veo a Anna abriendo los ojos, mirando los cadáveres ensangrentados de sus dos mejores amigos y, a continuación, viendo en su propia mano el arma del crimen. Intencionadamente o no, acabó con las vidas de los dos, y ningún contexto —sonambulismo, drogas, borrachera— puede borrar ese crimen. Por muy inocentes que parezcan, estas manos tan suaves y pequeñas son las de una asesina.

Un ruido penetra en el silencio: es mi móvil del trabajo, que ha vibrado por un recordatorio de la agenda. Al mirar la pantalla veo los detalles de mi segunda cita de la mañana.

Ha llegado la hora de conocer al padre de Anna.

Cuaderno de Anna

2019

18 de marzo

Frío. Negro. Vacío.

Me despierto fuera del piso. Del piso y también del edificio.

Estoy andando por la calle. El pavimento es desigual y hay basura por todas partes. Voy en pijama y estamos en marzo, con un tiempo inclemente.

Tengo que estar soñando, pero sé que no.

Se apodera de mí la sensación de siempre, emborronada por el sueño. Parpadeo, trago saliva, toso y vuelvo a parpadear. Estaba cansada. Estaba pensando en Indira, Doug, GVM, la absorción, mamá, papá, el Monstruo de Stockwell, Broadmoor, el doctor Prince y la doctora Bloom.

En la calle y sin llave. Es la pesadilla. Vacaciones en familia, dormitorios de internado. El mismo temblor, el mismo escalofrío. No se puede negar. Estoy fuera del edificio y no puedo entrar: no tengo móvil, ni compañeros de piso. Y las temperaturas están bajo cero.

He estado caminando dormida.

En este momento lo único importante es sobrevivir. Encima y debajo hay otros pisos. Me planteo llamar al interfono y pedir que me abran, pero también estará cerrada con llave la puerta del apartamento. Ya me imagino los titulares: ENCUENTRAN MEDIO DESNUDA A LA HIJA DE UNA BARONESA EN UNA CALLE DE LONDRES. Mamá echando pestes, Theo riéndose e Indira y Doug usándolo de excusa para echarme de la revista y rematar la venta a GVM.

A dos calles hay una cafetería abierta las veinticuatro horas del día y que a primera hora está a reventar con los trabajadores del primer turno de la mañana. Es donde me refugio. Miento sobre mi situación y consigo un café gratis. Me agacho junto a la ventana con una sensación de ridículo espantosa e, ignorando las miradas de lascivia debidas a mi pequeñísimo camisón, uso el teléfono del bar para llamar a un cerrajero de urgencias, al que le prometo que pagaré cuando haya entrado en el piso.

A las ocho y media tengo que soltarle trescientos pavos. El vecino de abajo me ve, pero no hace ningún comentario. Refugiada en mi

cuarto, vuelvo a oír las burlas de las princesitas de porcelana del internado: esa pobre desgraciada y sus inclinaciones diabólicas que sólo se manifiestan por la noche. Ahora que estaba convirtiéndome en otra persona, ahora que estaba a punto de la reinvención total.

Pues no, vuelvo a ser la de siempre.

El hombre lobo. El caminante.

Aullando en la noche para desahogar mi rabia.

25 de marzo

Biblioteca de Londres. Ha pasado una semana, pero no hay alertas de Google News ni menciones en Twitter o Instagram; tampoco un semáforo rojo en el *Daily Mail*, ni fotos malas de móvil de una servidora en camisón de Marks and Spencer con la gente babeando a mi alrededor.

He hecho una pausa en mis indagaciones sobre Sally Turner, el Monstruo de Stockwell. Esta vez mis labores detectivescas están orientadas a lo personal, no a lo profesional. De nuevo adopto la actitud de estudiante aplicada y recorro las estanterías hasta acumular varios libros sobre el sonambulismo, junto con una elegante edición de los *Estudios sobre la histeria*. Es como el reencuentro con un viejo amigo.

Siempre he tenido grabada en la memoria esta frase del prólogo de Freud y Breuer:

> desde hace una serie de años investigamos, en las más diversas formas y síntomas de la histeria, el factor desencadenante: el proceso en virtud del cual el fenómeno en cuestión se produjo la primera vez, hecho este que suele remontarse muy atrás en el tiempo.

Sigo leyendo por encima hasta que llego a mi otra frase preferida. Pertenece a un capítulo posterior del libro y es de Freud, que habla sobre «el íntimo vínculo entre historia de padecimiento y síntomas patológicos, que en vano buscaríamos en las biografías de otras psicosis».

La biografía de las psicosis. Es como tengo que acercarme a mi propio trastorno: volviendo al primer episodio y al factor desencadenante, ese trémulo momento en que de niña me desperté en

un sitio diferente del que me había dormido. Mamá diciéndome que no me portara mal, y papá negándose a creerme. Un desajuste entre la retórica y la experiencia.

Me da pena esa niña con el pijama mojado de sudor. Me gustaría viajar en el tiempo y decirle que no pasa nada, que es verdad que cerró los ojos en la cama y los abrió en el piso de abajo sin acordarse de cómo había llegado.

Que está encerrada en una mente que no puede controlar.

Sin embargo, han pasado dos décadas y los episodios han vuelto.

Me da miedo en quién me convierto de noche y de lo que soy capaz.

Me dan miedo los oscuros pensamientos que duermen en mi interior.

39

Ben

En esta parte de Belgravia las casas son idénticas y forman un conjunto armonioso. Sigo por Chester Square hasta encontrar el número. No falta ninguno de los elementos previsibles: la fachada de alabastro blanco, las columnas ostentosas y el breve tramo de escalones que lleva hasta una puerta negra con una aldaba brillante y plateada, sin olvidar el pequeño y frondoso jardín. Es como si todo estuviera envuelto en film transparente para que así nadie pudiera utilizarlo.

Una criada con acento español me acompaña a un salón de revista de interiorismo. Con sus ostentosos muebles y sus pesadas cortinas parece un escaparate más que una vivienda. El suelo es de moqueta. En medio hay una mesita con libros de tapa dura, probablemente de una de esas elegantes librerías de Mayfair que se sacan ingresos extra diseñando bibliotecas.

Veo uno sobre Picasso, otro con vistas de Nueva York y otro sobre Verbier. Ya me imagino al agobiado librero recibiendo las instrucciones del cliente y extrayendo los datos relevantes. Seguro que Richard Ogilvy pasa mucho tiempo en Nueva York, veranea en Verbier y tuvo —o sigue teniendo— un Picasso. A menos que estos libros sean un toque de glamour en una realidad más insulsa. Me quedo de pie y me vuelvo cuando oigo el crujido de la puerta.

Pese a ser financiero y no político, Richard Ogilvy es más teatral que su ex mujer. Ella parece una madre azotada por la tragedia. Él, en cambio, tiene un rostro camaleónico, además de un ligero aire de actor, con su canoso pelo largo y la piel bronceada. Lleva camisa hecha a medida y mocasines. No me iría mal tomar nota.

—Richard Ogilvy —dice al darme la mano—. Usted debe de ser el médico del sueño. Me alegro de que haya venido. Siéntese, siéntese, por favor.

—Gracias.

—Emily me ha contado que fue usted a verla y que hizo un comentario bastante desafortunado sobre Dios. Me sorprende que saliera vivo.

Tomo asiento en un sofá de un color crema dorado. Él se sienta enfrente.

—Creo que Dios es lo bastante grande para sobrellevar mis comentarios, ¿no le parece?

Mis palabras le hacen sonreír.

—Es una de las cosas más impactantes de estar casado mucho tiempo. Un buen día te despiertas, después de veinte o treinta años de matrimonio, y te das cuenta de que tu media naranja es una extraña. Si me hubieran dicho que Emily acabaría llevando un collar de perro y rezando cada mañana… Bueno, supongo que es como esa frase de Sherlock Holmes.

—Exacto. —También es de mis favoritas—. «Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad.»

Asiente con una sonrisa. Sus ojos tienen un brillo juvenil. No parece que haya estado cuatro años llorando a su hija. Me desconcierta su bravura.

—Cuando nos conocimos, Emily fumaba treinta cigarrillos al día, bebía como una cosaca, odiaba la política y Germaine Greer le parecía casi puritana. Bueno, eran los ochenta. Y ojo, yo quería acabar con el capitalismo y que el palacio de Buckingham fuera ocupado por el Ejército Rojo. Tres años después entré a trabajar en un banco mercantil. La prisa es mala consejera, también para casarse. ¿Usted está casado, doctor…?

—Prince —contesto—, Benedict Prince. No, mi mujer y yo estamos separados.

—Entonces ya me entiende.

Ha sido una afirmación, no una pregunta. Me he dado cuenta de que Richard está jugando conmigo. El importante en esta reunión es él, no yo. Sospecho que está acostumbrado a dominar a los demás: clientes, compañeros de trabajo o hijos. Tiene sonrisa de ganador.

—Bueno —continúa—, Emily ya me contó con pelos y señales lo de esa nueva terapia que está probando, lo de saturarle los sentidos. Usted es de esa clínica de Harley Street adonde van tantos famosos. ¿Cómo se llamaba?

—The Abbey.

—Eso. ¿Y ese método ultramoderno?

—Se basa en un artículo que publiqué en el *Journal of Forensic Psychology* sobre el tratamiento de los trastornos neurológicos funcionales, los TNF, en la jerga de la profesión.

Asiente con la misma cara que antes, de tío campechano que no se deja impresionar.

—Sí, sí, ya lo he leído; psicosomático, vaya. ¿Cree que está todo en su cabeza entonces?

Me estremezco.

—La verdad es que para nosotros el síndrome de resignación es un

misterio, como la esclerosis múltiple, el Alzheimer, las enfermedades de la neurona motora o el propio Parkinson. En el fondo los neurólogos desconocen qué los provoca. Son enfermedades que aún no se han acabado de explicar, ni de curar, incluido el síndrome de resignación.

—¿Qué posibilidades hay de que funcione? Tenga en cuenta que me gustan los porcentajes. Deme algún dato con el que pueda jugar.

—Yo creo que su hija no se despertará hasta que haya recobrado la esperanza. —Lo he dicho con firmeza y sin rubor. Si titubeo mi argumento parecerá más débil—. Para ayudar a que Anna se despierte tengo que darle una razón para vivir. Su ingreso en la clínica es un paso positivo. Volver a introducir elementos de su vida anterior, como música, películas, contacto físico, olores y conversación, es otro. Su ex mujer ya me ha explicado lo del sonambulismo, pero quiero saber más sobre la conducta y el estado de ánimo de Anna. Lo siento, pero los porcentajes son una incógnita. Ya llevamos varias semanas de tratamiento, y confío en que no tardemos mucho en ver los primeros resultados. Es probable que falte muy poco.

—Mi ex mujer cree que todo se explica por el sonambulismo.

—Podría explicar los crímenes, pero no necesariamente el síndrome de resignación. A menos que de alguna forma Anna fuera consciente de lo que había hecho.

Richard me mira con más respeto que antes.

—Ah, sí, el círculo vicioso: si no era consciente, ¿por qué se durmió? Y si era consciente no podía estar durmiendo cuando los mató. Las dos respuestas la condenan.

—Es verdad.

Habla de su hija como de un objeto. Cuanto más tiempo paso con Anna, más protector me siento respecto a ella. El mundo ha hecho trizas su reputación. Su familia aún está aturdida por las consecuencias. Harriet y yo somos las dos únicas personas que le quedan. Yo soy su guardián frente al mundo, un príncipe de cuento de hadas que ha jurado protegerla y liberarla, por muy odiosa que resulte la idea para las sensibilidades modernas.

—¿Usted conocía mucho a Douglas Bute e Indira Sharma? —pregunto.

Richard hace una mueca y su lenguaje corporal se vuelve más tenso.

—Los veía de vez en cuando por casa. ¿Por qué?

—¿Qué opinión le merecían?

—Douglas parecía bastante majo. Sobre Indira... lo siento, pero no sé qué decirle. La verdad es que apenas cruzamos unas palabras.

Parece que el tema de los amigos de Anna le provoque cierta suspicacia, sobre todo en el caso de Indira. Quizá tenga miedo de una trampa jurídica. Me pregunto en qué pudo ofenderlo Indira. Saco mi

móvil y busco el vídeo. Es un riesgo, pero necesario. No hay otra manera de explicar mi teoría.

—Una de las enfermeras se fijó en que Anna reaccionaba cuando le ponían *Yesterday*. Su ex mujer confirmó que la tocaba al piano de pequeña. Creo que, aunque la letra sea tan triste, es una canción que por alguna razón la hace sentirse segura y optimista, o, para usar otra palabra, esperanzada. Estamos sometiendo a Anna a un programa de estimulación sensorial extrema. La fuerza colectiva debería provocar su regreso gradual hacia la superficie, pero lo más probable es que sea un detalle pequeño, un desencadenante, lo que impulse su ascenso final.

Le tiendo el móvil, donde ya se está reproduciendo el vídeo: la canción, los monitores y los leves destellos de actividad en la cara de Anna.

Espero un poco antes de hablar.

—Todo el mundo se ha centrado en la noche de los asesinatos en la Granja, o en las horas previas en el Bosque, pero yo creo que hay algo más profundo. Durante los meses anteriores a lo de la Granja pasó algo que le desencadenó un episodio grave de sonambulismo y que, junto a lo ocurrido esa noche, ha sumido a Anna en este prolongado episodio de síndrome de resignación. Algo hizo que perdiera la esperanza. Si no encuentro esa causa, lo más probable es que su hija nunca se despierte.

Richard está asimilando lo que acaba de ver con una expresión neutra. Me devuelve el iPhone. El vídeo de Anna ha desinflado sus aires de suficiencia. Se le ve derrotado, un padre inerme ante los sufrimientos de su hija.

Recupera la compostura.

—¿Qué necesita saber exactamente?

40

Ben

Después de la entrevista no tengo ganas de volver a Pimlico. Camino desde Chester Square hasta Harley Street dándole vueltas a todo lo que me ha contado Richard Ogilvy. Pienso en la relación entre padres e hijas; en Kitty mirándome por encima del hombro mientras salía de mi casa el fin de semana pasado.

Entro en la clínica por la puerta de atrás. Dentro no existe el tiempo. En los peores momentos de mi vida conyugal, hibernaba entre estas paredes, fingiendo que la tempestad emocional de mi casa no existía. Me acuerdo del fin de semana que encontré los mensajes de texto en el móvil de Clara. Tenía guardado el número entre sus contactos con el nombre de HOSPITAL. Me torturé durante meses preguntándome quién era. Me imaginaba a un neurocirujano o un neurólogo, alguien que despreciara la psicología del sueño. La verdad es que todavía no he superado la sensación de rabia y de traición.

Me encierro media hora en mi despacho y redacto el informe sobre mi conversación con Richard.

Resumo los puntos principales:

- Richard ha confirmado que no supo nada del sonambulismo de Anna hasta que se lo dijo Emily durante el incidente de la expulsión del colegio.
- Richard dice que fue él quien pensó que buscar un tratamiento provocaría un escándalo político. Él pensaba que la parasomnia de Anna se curaría con el tiempo.
- Richard no veía clara la creación de *Elementary* cuando Anna acabó sus estudios en Oxford, pero dice que admiraba su espíritu emprendedor.
- Richard ha reconocido que a veces le costaba conectar con su hija. Sin embargo, desde que ella era pequeña tenían la costumbre de ver juntos los partidos del Manchester United. Eso los había unido.
- Richard afirma que Anna fue varias veces a Broadmoor para investigar.
- Richard ha recordado que Anna se compró un portátil con

la tarjeta de crédito de él, y que en principio era para comunicarse con una fuente sobre la historia de Broadmoor. Desde la fatídica noche de 2019 no han aparecido el portátil ni la fuente.

• Richard ha confirmado el testimonio de ES de que la nueva investigación de Anna estaba relacionada con el Monstruo de Stockwell y que su hija no paraba de leer *Medea*.

• A Richard no se le ha ocurrido ninguna razón para explicar que los incidentes de esa noche en la Granja desencadenasen un episodio de parasomnia.

Guardo el resumen y lo encripto. Luego abro con la llave el cajón de mi escritorio y saco la edición de *Medea y otras obras* de Anna. Vuelvo a hojearlo y me detengo en un pasaje cerca del final.

> ¿Podría haber sucedido algo más terrible? ¡Oh lecho de las mujeres, rico en sufrimientos, cuántos males habéis causado ya a los mortales!

Doy vueltas a la cita en mi cabeza mientras me preparo otra taza de café.

En el turno de noche hay otra enfermera, pero pienso en Harriet, en su sonrisa y su cara pecosa cuidando a Anna. Es muy especial la intimidad de un mundo centrado en el sueño. Estoy cansado de estar a solas con mis pensamientos. De repente me entran ganas de confesarme, de sincerarme con otro ser humano.

Si Anna sigue viva es gracias a Harriet, que es quien le cambia las sábanas, la viste y lava y se encarga de las tareas menos glamurosas. Ha vivido entre las paredes de hospitales psiquiátricos de alta seguridad, conoce su ambiente de primera mano y tiene la capacidad de traducir el informe de Bloom al lenguaje de los legos, dándole color y contexto. Puede resolver el enigma.

Oigo sonar mi teléfono fijo del despacho. Lo descuelgo de mala gana.

—¿Diga?

Me pongo leche en el café y remuevo.

—Doctor Prince, llamo de la sala vip de la segunda planta. Se le necesita urgentemente.

41

Ben

Reina un silencio absoluto. La clínica, su ajetreo habitual, se ha paralizado. Parece imposible, pero ha sucedido.

La llamada de la enfermera.

Doctor Prince, a la sala vip.

Actúo mecánicamente, como si me viera desde fuera de mi cuerpo.

Corro escaleras abajo, me apresuro a realizar la limpieza antibacteriana y entro. La enfermera está al lado de la cama. En la sala de tratamientos hace un poco de frío. Me arrepiento de haber venido en mangas de camisa. El agua que sale por el grifo mientras me froto para eliminar posibles infecciones está helada. No sé a qué se debe, pero nunca he conocido un silencio como el que reina en la sala.

—¿Cuándo ha sido?

La enfermera está nerviosa, irascible.

—He tenido que atender a una llamada personal —dice después de toser—. Estaba mirando los resultados de unas pruebas y al volver lo he visto en las pantallas.

—¿Y está segura? ¿No puede haberse equivocado?

No vacila. Responde con firmeza y claridad.

—No.

—¿Cuánto ha durado?

—Ya le digo que no puede ser más…

Le hago un gesto con la mano para que se deje de medias tintas.

—Me basta con un cálculo.

—Unos minutos. Cuando lo he llamado parecía que ya estaba.

—¿«Parecía»? No la veo muy segura.

—Sí, seguro, ya estaba.

—Y entre el momento de llamarme y mi llegada, ¿no se ha repetido?

—No.

—¿Usted estaba haciendo algo distinto a lo habitual? —pregunto—. Me interesa cualquier detalle: música, movimientos, forma de hablar o de tocar… Cualquier cosa que haya podido provocar una reacción en Anna.

—No estoy segura.

—Piense. Algo tiene que haberlo desencadenado.

La enfermera se queda pensativa. Me gustaría orientarla en la dirección correcta, pero en una situación así las consecuencias podrían

ser funestas. Necesito formarme una idea exacta de lo que ha pasado durante los minutos previos al acontecimiento y a la llamada.

Al final se acuerda de algo.

—He puesto la tele. Quería ver cómo iba.

Se supone que en una situación así debo mantener un distanciamiento clínico. Procuro no delatar mis emociones. Una llamada personal, ver la tele en horas de trabajo... De eso ya me ocuparé más tarde.

—¿Qué partido?

Pone cara de vergüenza.

—No, si es una tontería.

—De tonterías nada, quédese tranquila. Usted dígame la verdad.

Suspira.

—Chelsea y Manchester United. Es que había apostado por el United y quería ver si me tocaba algo.

Me acuerdo de que Richard y Anna veían juntos los partidos del Manchester United cuando ella aún no sabía nada de las infidelidades de su padre ni de los problemas del matrimonio. Son partidos que remiten a la infancia, al entusiasmo, a acostarse tarde, a los misterios de un mundo que aún no era el suyo. Me recrimino por haberlo pasado por alto.

—¿Y ha estado puesto todo el rato?

—Sí. Lo he apagado después de que ocurriera.

Quiero que mi teoría sea correcta. He probado con libros, música, películas, flores, perfume, plumas y palabras. El deporte rey es una extensión lógica de mi enfoque terapéutico, y también es mi reivindicación: la cura Prince.

Yo la necesito a ella, y ella a mí. Esta conexión excepcional nos une sólo a nosotros dos en todo el mundo.

Eso no quita que haya otras preocupaciones, porque si la despierto la pondré entre rejas. E incumpliré el juramento que hice de curar sin condenar, y ayudaré al Estado a encarcelar a alguien por un crimen que no fue consciente de haber cometido. Éste es el lado malo del asunto.

Me acerco a la cama y, mientras miro a Anna, oigo otra vez la voz de la enfermera.

Las palabras que lo cambian todo.

«La paciente acaba de abrir los ojos.»

Cuaderno de Anna

2019

1 de abril

Brasserie Zédel, en Piccadilly Circus. ¡Es el cumpleaños de Indira! Nos sentamos en los bancos rojos. Parece que estemos en París durante la guerra. Pienso en esas historias de mujeres que se unieron al Special Operations Executive de Baker Street y se plantaron con paracaídas en la Francia de Vichy. Me pregunto cómo respondería yo al otro lado de las líneas enemigas.

Está tocando un grupo y el local está lleno de parejas acarameladas. Ya habrá tiempo para celebrarlo con música mala y peores amigos en la ineludible fiesta que daremos en el piso. Esta noche sólo estamos las dos.

Brindamos. Indira abre mi regalo. Aún albergo la esperanza de que confiese que se han estado reuniendo en secreto con GVM y me explique por qué mis dos mejores amigos se han confabulado a mis espaldas para vender la compañía que fundé. Dirá que fue idea de Doug dejarme al margen y mi sorpresa inicial dará paso a la comprensión. Seremos las dos contra el mundo. Le contaré mi episodio de sonambulismo y mi miedo de que se repita. Ella relativizará mis temores, nos reiremos juntas y todo volverá a ser como antes.

Pero no, no dice nada, y acabamos bebiendo demasiado. Hablo del artículo sobre el Monstruo de Stockwell. Indira también se acuerda del caso de Sally Turner y de la indignación colectiva que provocó que una mujer infringiera el tabú más grande de la sociedad. Una madrastra matando a dos niños. Un acto contra natura.

Más tarde, borrachas, patrullamos la ciudad iluminada por las farolas. No soy la única que miente con soltura. No hay nada que delate a Indira; no parpadea, ni tartamudea, ni tropieza. Me mantengo a la espera hasta el momento de volver a casa, pero al final entramos en el piso a trompicones, nos damos un abrazo, suspiramos y nos retiramos a nuestros respectivos cuartos. No hay duelo épico, ni pistolas al amanecer.

Por primera vez me doy cuenta de que ya no me fío de ella. Ni siquiera me cae bien. Así se convierten las compañeras de piso en

enemigas. Somos demasiado tímidas para enfrentarnos abiertamente, pero demasiado intrigantes para evitar esos pequeños golpes y escaramuzas.

Podría ser por el alcohol, es cierto, pero mientras nos abrazamos siento que la odio de verdad. Tantas mentiras, tanto disimulo. Se cree que con su belleza clásica y su cuerpo esculpido puede avasallarme y que no haré nada. Se cree que soy demasiado ingenua para darme cuenta.

Al entrar en mi cuarto vuelvo al tostonazo de artículo de la revista *Neuroethics* y al párrafo que me tiene obsesionada. Es un ejemplo de la *Ética* de Aristóteles sobre quién es responsable de los actos criminales.

Aristóteles usa el ejemplo de un borracho:

> aunque una persona ebria no actúe voluntariamente ni en pleno uso de sus facultades cuando está borracha, sí actúa voluntariamente y con capacidad mental al tomar la decisión de emborracharse, y por lo tanto debe responder por ello. Este ejemplo es aplicable a una persona cuyos episodios de parasomnia tienen como desencadenantes el consumo excesivo de alcohol u otros factores que puede controlar.

De lo antiguo a lo moderno. Pienso en el caso de Sally Turner. El alcohol acentuó su parasomnia. Durante los días previos a los crímenes bebió mucho. Ella misma precipitó su locura.

Esta noche, rompiendo el juramento que me había hecho a mí misma, he bebido más de la cuenta.

Cierro mi portátil y me tumbo en la cama. El alcohol es un desencadenante del sonambulismo. El insomnio también. Este demonio está resuelto a hacerme la vida imposible. Estoy atrapada entre el sueño y la cordura. Si lo uno es malo, lo otro es peor.

En fin, que lo tengo crudo.

8 de abril

Otra vez en el piso. Sigo indagando.

He vuelto a mi artículo de *true crime*, al fantasma de Sally Turner.

Miro los recortes de prensa de hace veinte años sobre el Monstruo de Stockwell. NUEVA ENCUESTA: EL 74 % ES FAVORABLE A QUE AHORQUEN AL «MONSTRUO DE STOCKWELL» (*The Sun*); LA «ASESINA DE NIÑOS» EN EL BANQUILLO

(*Daily Express*); LA «MADRE MONSTRUO» SE ENFRENTA A LA JUSTICIA (*Daily Mail*); TURNER ALEGA SONAMBULISMO PARA SER ABSUELTA DE SU DOBLE ASESINATO (*The Times*).

Presento más solicitudes a los Ministerios de Interior y Justicia, a la Policía Metropolitana, al Consorcio de Salud del Oeste de Londres y al Departamento de Salud, amparándome en la ley de libertad de información. Uso mi alias @AnnaO para recabar nuevas pistas por Twitter sin dar datos concretos, pero buscando fuentes internas de Broadmoor.

Como era de esperar, me llueven los mensajes de chiflados. Sin embargo, hay un mensaje que me intriga. Sonrío al ver el alias.

No es original, pero sí fácil de recordar.

Clico en el primer mensaje para abrirlo.

@PacienteX.

42

Lola

Lola no puede estar más intrigada. Ha escuchado todas sus conferencias online, incluso se ha descargado alguno de sus pódcast. Como conservadora autodesignada del legado de Anna O, Lola no puede más que dar su beneplácito.

Puede que después de tantas salidas en falso el doctor Prince sea el candidato perfecto.

Ahora ella ya lo conoce, o eso cree. Reconoce el estrés en sus facciones tensas, y el cansancio en el temblor de sus pómulos. Verlo de cerca, en carne y hueso, es aún más interesante.

Lola observa con atención la entrada trasera de la clínica, donde Prince mantiene una acalorada conversación con una mujer. La palabra «acoso» es demasiado fuerte, ella prefiere llamarlo «investigación». ¿Acaso no lo hacen continuamente los policías y los detectives? Es todo un arte la vigilancia. El doctor Prince es bastante más guapo al natural que en las fotos. Pelo castaño claro, no muy abundante, y ropa de estilo clásico pero actual. Camisa sin corbata, unos simples chinos y unos botines Chelsea gastados cuando no va a la oficina. Siempre luce esa perfecta y amable sonrisa.

Viendo esto —como todo su trabajo, de día y de noche— podría decirse que Lola está obsesionada y que no ha conseguido superar el trauma de aquella noche. Pero en realidad Lola sólo quiere estar segura. Toda la investigación sobre Anna O fue una chapuza desde el principio. Los medios de comunicación se limitaron a propagar chorradas sensacionalistas hasta que Anna dejó de ser una persona para convertirse en un mito. Lola debe cerciorarse de que el trabajo del doctor Prince no es más de lo mismo.

Por eso lo sigue y por eso se ha implicado tanto en esta investigación.

Ben ha acabado de hablar con la otra persona, una mujer que también forma parte del personal de la clínica. Parece una de las conserjes del turno de noche, otro personaje secundario de este drama, como los empleados de la limpieza, los recepcionistas, los informáticos y los repartidores, ninguno de ellos lo bastante importante para estar en el escenario. Pero al doctor Prince le encanta seducir al personal subalterno. Se van cada uno por su lado. Sin la enfermera Roberts a su

lado, el doctor parece una figura trágica y solitaria. Ella es su mejor aliado, aunque una humilde enfermera no goce de mucho crédito.

Lola ha estado muy atenta a la conversación, y sabe lo suficiente para hacerse una idea general. Ha pasado algo y es evidente que tiene relación con Anna, que está siendo monitorizada las veinticuatro horas. La conserje nocturna ha prometido extremar la atención. El doctor Prince ha vuelto a entrar. Las luces todavía están encendidas en el último piso.

Saca su móvil y discretamente, tras comprobar que no la mira nadie, añade a su colección otra foto del doctor Prince.

La verdad sobre lo que pasó esa noche todavía debe contarse. No les dejará borrar su papel de la historia.

Los culpables deben pagar por sus pecados.

Es hora de escribir otro post.

43

Ben

He soñado con este momento.

Pero la escena todavía parece obstinadamente familiar. Anna tiene los ojos cerrados. Sigue inmóvil en la cama. Un montón de tubos y cables salen de su cuerpo como un amasijo de extremidades sobrantes.

Me acerco a la cama y me siento donde siempre, en el taburete. Cuando un paciente emerge de un estado de mínima conciencia le hacemos un test muy sencillo.

Primero: ¿es capaz de obedecer una orden simple?

—Anna, soy Benedict, el doctor Prince. Voy a pedirte que flexiones la mano izquierda. Muévela como quieras. ¿Puedes hacerlo, Anna?

Mi tono es condescendiente, pero es porque hay público. La voz íntima que utilizo en mis sesiones en solitario con Anna sonaría poco profesional. Vuelvo a ser el doctor Prince, un terapeuta, un psicólogo, no un socio numerario del Club de Amigos de Anna.

—Ben...

La voz de Harriet me ha sobresaltado; su turno ha acabado hace horas. Después de la llamada de la enfermera de guardia, le he mandado un SMS para ponerla al corriente, pero no esperaba que viniera tan deprisa. Se acaba de lavar las manos, aún tiene los brazos mojados.

—Me había dejado la cartera. He recibido tu mensaje cuando venía a buscarla.

—Qué oportuno.

Vuelvo a mirar la cama. Veo que a Anna se le mueve muy muy levemente la mano izquierda. Permanezco a la espera, suplicando que nadie abra la boca.

Al cabo de un rato hay otro movimiento, ligero pero inconfundible. Se le está moviendo la mano izquierda. Veo un pequeño temblor en los párpados.

Paso a la segunda pregunta, siguiendo el procedimiento estándar para casos de EMC.

—Anna, sé que me oyes. Necesito pedirte un par de cosas más. ¿Podrías girar la cabeza a la derecha?

Es el gesto más simple que se puede pedir. El resto de sus extremidades están atrofiadas por el tiempo que ha pasado en la cama.

Puede mover la cabeza sin levantarla de la almohada. Siento a mi lado la presencia de Harriet. El mundo exterior ha enmudecido, casi desaparecido.

—Anna, si me oyes gira la cabeza. Puedes hacerlo, Anna.

Parezco un *coach* motivacional, o un entrenador de baloncesto infantil, pero los estudios han demostrado que la identificación lo es todo. Repetir constantemente su nombre, palabras de ánimo, cadencias y muletillas de la infancia, una época en que el paciente se sentía seguro, puede ser útil.

—Mira...

Harriet se ha convertido en mi exploradora y mi mano derecha, capaz de percibir cualquier pequeño cambio en las formaciones de batalla y de informar luego al alto mando. Vuelvo a centrarme en Anna. No quiero que me distraigan mis propios pensamientos. Me fijo y advierto un ligerísimo movimiento de su cabeza hacia la derecha. Es casi imperceptible, pero suficiente.

—Muy bien, Anna, lo has hecho muy bien. Estamos en la clínica del sueño The Abbey. Aquí estás a salvo.

La evaluación no ha terminado. La siguiente fase es ver si Anna es capaz de tender la mano hacia un objeto o hacer algo por iniciativa propia. Es importante confirmar que el vínculo entre la mente y el cuerpo se está normalizando, y que sus pensamientos pueden traducirse en movimientos. Todo esto con el objetivo de prepararla para el momento en que pueda volver a abrir los ojos, una vez, dos veces, cuando se lo pidan, casi de manera normal. Tengo que seguir comunicándome con ella.

—Lo estás haciendo muy pero que muy bien, Anna. Falta muy poco. Sólo tengo que hacerte unas cuantas preguntas más...

Voy cumpliendo los pasos restantes. Me lo había imaginado tantas veces que las preguntas me salen automáticamente. Le pido a Anna que se toque la cara. Espero, se lo pido otra vez y me quedo hipnotizado al ver que su mano derecha busca a tientas los contornos de la parte superior de su cuerpo. Aún tiene los ojos cerrados y no muestra ningún signo externo de estar despierta, pero le funciona el cerebro. Está dentro, en algún sitio.

A continuación le pido a Harriet que prepare a Anna para su traslado a la tercera planta, donde está el aparato de resonancia magnética. Las resonancias funcionales son una manera de detectar la función cerebral residual. Así podré comparar los resultados de Anna con los casos documentados de otros pacientes de EMC y con los que sufren síndrome de resignación.

Espero mientras Harriet y la enfermera de guardia preparan a Anna. En ningún momento he dejado de adoptar un tono suave, como de locutor de Radio 4. Tengo que asegurarme de que Anna no tenga

miedo de lo que está pasando. Si su mente se pone en modo de lucha o huida, se perderá otra vez cualquier posibilidad de despertarla.

—Anna, soy el doctor Prince. Lo has hecho muy bien. Ahora te llevaremos a una habitación de la tercera planta, donde tenemos el instrumental para hacer resonancias magnéticas funcionales. Así podré medir tu actividad cerebral y formarme una idea más clara de cómo avanza el tratamiento. Te haré algunas preguntas más y habremos acabado. Falta muy poco. No te vayas, Anna.

Me planteo llamar personalmente a Emily o Richard Ogilvy, pero llego a la conclusión de que es más doloroso un falso amanecer que el silencio, y que por el momento es mejor esperar.

Vamos al piso de arriba. Harriet, la enfermera de guardia y un técnico ponen en marcha el aparato de resonancia magnética. Me coloco delante de los monitores. Introducen con suavidad a Anna en el aparato. Estrictamente hablando, las pruebas de resonancia magnética les corresponde hacerlas a los neurólogos. Me estoy excediendo en mis atribuciones.

Sin embargo, me niego a que me roben el caso. Al diablo el protocolo. Me acerco al micrófono y hablo en voz baja, tranquilizadora.

—Anna, las siguientes preguntas son un poco distintas. En esta tanda voy a pedirte que te imagines varias cosas. Limítate a dejar funcionar tu cerebro. Si no puedes imaginarte nada, o no te sale pensar nada, no te preocupes, Anna, lo estás haciendo increíblemente bien. —Tapo el micrófono y bebo un poco de agua—. Bueno, vamos a ver. Quiero que te imagines que estás jugando a tu deporte favorito, el que practicabas en el jardín de pequeña antes de que te llamaran para merendar.

Dos minutos. Espero, observo y tomo notas.

—Lo siguiente que te pediré, Anna, es que te imagines que caminas por tu casa de cuando eras pequeña, la de Hampstead, por todas las habitaciones: la cocina, la sala de estar, tu dormitorio, el cuarto de baño, los trasteros... Pasa la mano por las superficies y escucha las voces y los ruidos.

El método es el mismo: esperar, observar y anotar los resultados.

—Ahora, Anna, quiero que te imagines otra cosa. Imagínate la sensación de escribir. Piensa en usar esa capacidad tan especial que tienes, el arte de ir encadenando poco a poco las palabras sobre el papel. El potencial sin límites de tu imaginación. ¿Qué sensación te da escribir? ¿Qué tipo de emoción te provoca?

Esta vez no me hace falta que Harriet me llame la atención, porque veo los resultados en los monitores; unos resultados que, al igual que los movimientos de antes, serán hitos en el tratamiento del síndrome de resignación. A mi libro le hará falta una segunda parte.

Documentales y conferencias en la BBC. Esta historia me dará para cenar toda la vida en restaurantes.

—Por último, Anna, imagínate que dices los nombres de tu madre, tu padre y tu hermano. Sus nombres de pila o sus apodos, tal como los llamas cuando estáis los cuatro juntos. Deja flotar sus nombres por tu cerebro y degústalos hasta que te dejen un sabor físico en la lengua.

Vuelvo a oír las risas de los neurólogos y los médicos «de verdad», pero me da lo mismo. No saben salir de su visión materialista de la medicina, hecha sólo de carne y hueso. Son como carniceros victorianos, aunque con las patillas más cuidadas y un trato más seductor con los pacientes. Se creen que los trastornos funcionales son cosa de curanderos, terreno abonado para charlatanes y curas.

Miro a Harriet de reojo, ya tengo lo que necesitaba. Hasta un lego vería que los niveles de activación cerebral se han incrementado significativamente cuando hacía mis preguntas. Anna está volviendo a la vida.

Harriet mira el aparato de resonancia.

—¿Ya podemos volver a trasladarla?

—Sí, pero con mucho cuidado.

—¿Vamos a pasar al protocolo ámbar?

Tardo un poco en contestar. El protocolo ámbar, otra manera de llamar al despertar, activará todo lo demás: los parientes, el Ministerio de Justicia, informar a la prensa... todo.

Un verdadero terremoto.

Respiro. A mis alumnos de Birkbeck les enseño dos casos prácticos. El primero es el de Munira Abdulla, una mujer que estuvo veintisiete años en coma a consecuencia de un accidente de coche. Quedó en estado de mínima conciencia al intentar proteger a su hijo de cuatro años, y casi tres décadas después se despertó en una clínica especializada de Baviera. La razón fue de una sencillez aplastante: en su habitación de hospital se produjo un altercado que hizo mucho ruido, y ella sintió que su hijo volvía a estar en peligro. Lo primero que dijo fue «Omar», el nombre del niño, a quien había visto por última vez con cuatro años y que en esos momentos tenía treinta y dos. Fue tal la fuerza de su instinto maternal que se abrió paso a través de casi tres décadas del sueño más profundo que quepa imaginar y la devolvió a la vida.

El protagonista del segundo caso práctico es un paciente estadounidense, Terry Wallis, de Arkansas. En 1984 su camión se cayó de un puente, y estuvo diecinueve años en estado de mínima conciencia. En 2003, cuando se despertó, creía que aún era adolescente y pidió ver a su mamá y una lata de Pepsi. Un equipo de la Cornell University publicó un artículo pionero sobre el caso en el *Journal of Clinical Investigation*. La memoria a corto plazo de Wallis

quedó muy deteriorada. A pesar de los diecinueve años transcurridos, sigue convencido de que estamos en 1984. Desde entonces, ha quedado atrapado en el tiempo.

Siento el impulso de coger bolígrafo y papel y poner por escrito lo que acaba de pasar antes de que se me olviden los detalles. Mi teoría ha funcionado. Se ha repetido el incidente inexplicable de Rampton. La hipótesis que esbocé en aquel artículo acaba de producir su primer, y más espectacular, caso práctico. He usado pequeños recuerdos del pasado para traer a una paciente al momento presente.

Harriet termina las comprobaciones.

—¿Te has decidido? —pregunta.

La enfermera de guardia sale de la habitación. Las puertas se cierran con un susurro para mantener estéril el entorno. Sigue haciendo frío. Miro a Anna. La han sacado del aparato de resonancia magnética y está otra vez en la camilla. Su cerebro está lidiando con el estado de vigilia.

—Ben... ¿pasamos al protocolo ámbar?

Lo siguiente que pienso prefiero no decirlo, para no ser gafe, así que no hago nada. Sigo mirando a Anna y me fijo en el movimiento de sus ojos y en la forma lenta y dolorosa en que sus párpados empiezan a abrirse y el blanco de sus ojos aparece con una luminosidad intensa y casi hiriente.

La habitación se llena de una intensidad muda, como si el milagro médico que tenemos delante también tuviera una dimensión espiritual, una fuerza vital como nunca había tenido antes.

Estoy al pie de la cama, asegurándome de que nuestros cuerpos están alineados, y me encuentro mirando directamente a los ojos abiertos de Anna Ogilvy.

Cuaderno de Anna

2019

15 de abril

Biblioteca de Londres. La esencia del periodismo son las fuentes, y yo acabo de agenciarme una.

El paciente X.

Es verdad que podría ser un callejón sin salida y que ese «paciente» antepuesto a la X suscita un sinfín de interrogantes, pero nos hemos escrito bastante y creo que tiene un mínimo de credibilidad. Por otra parte, éste es el momento en que todo podría venirse abajo. Broadmoor es una institución muy grande, con centenares de pacientes y casi mil trabajadores. Sin embargo, no tengo alternativa. Debo enseñar mis cartas.

Repaso el mensaje tal como está ahora:

> Estoy investigando para escribir un artículo sobre el caso de Sally Turner, de 1999. En junio de ese año fue declarada inocente por automatismo con enajenación y recluida indefinidamente en Broadmoor. Más adelante, en agosto de 1999, la encontraron muerta en su celda. Me gustaría saber cómo consiguió un cuchillo de plástico para cortarse las muñecas, teniendo en cuenta todos los protocolos que la rodeaban. ¿Se suicidó o la mataron con la ayuda, o gracias al descuido, del personal de Broadmoor? ¿Cómo estaba considerada en Broadmoor? ¿Por qué los medios se centraron en el caso, habiendo tantos otros? Me sería muy útil cualquier información interna o «color local» para el artículo.

Hago una última relectura. Es un poco torpe y desesperado, pero necesito urgentemente algo con sustancia. Conseguir fuentes dentro de hospitales de alta seguridad es como sacar sangre de una piedra. Necesito una pista.

Respiro.

Pulso «Enviar».

22 de abril

Esto es nuevo. Parece que esté editando una historia que ya existe. Aparto las telarañas y limpio la superficie, acordándome de la cita de Miguel Ángel: «Todo bloque de piedra tiene una estatua dentro.»

El trabajo del escultor es el descubrimiento, no la creación.

He entrado en la página web y he leído el perfil de la doctora V. Bloom. Ya tengo una fuente, pero necesito más.

Delante de mí está la clínica del sueño The Abbey. A un lado y otro Harley Street. Tengo que cruzar la calle, llamar al timbre y esperar en recepción. Les contaré mi historia de sonambulismo y las fantasías que alimento, y después les soltaré a bocajarro mis preguntas sobre Sally Turner:

¿Quién la trató hace años?

¿Qué razones tenía la defensa para llamar a declarar a la doctora Bloom en Old Bailey?

¿Qué pasó realmente hace veinte años en el ala Cranfield de Broadmoor?

Con tantas precauciones y medidas de seguridad, ¿cómo se las arregló Sally Turner para introducir un cuchillo en su habitación?

Se pone a llover. Hay un lento ir y venir de pacientes y empleados por la puerta principal, pintada hace poco. Se oye el rumor del tráfico. Me pregunto si podrían denunciarme por confesar ideas violentas. Otra pregunta que me hago es si lo que sé justifica esperar en la puerta a la doctora Bloom, o bien es pura desesperación.

Hace minutos, no, horas que espero. Ahora ha dejado de llover. Me salva un nuevo mensaje. Es una respuesta de @PacienteX. Su redacción es fluida, convincente. Doy crédito a lo que me dice. Bueno, la verdad es que quiero creérmelo, lo cual es más peligroso.

Leo la respuesta:

> Hola. Yo no estuve en Cranfield, pero en Broadmoor sí, en el 99, durante el caso Sally Turner. En Cranfield sólo había once camas; era el ala más pequeña, pero oí rumores de que le tenían reservada a Turner una zona especial por la publicidad que estaba recibiendo su caso. Se decía que le habían construido una especie de jaula especial siguiendo instrucciones del equipo terapéutico. Nadie daba detalles, aunque algunas enfermeras decían haber oído que en

Broadmoor estaban sometiendo a Turner a un «ensayo» psicológico. No llegué a saber si era verdad. Sólo me enteré de cómo lo llamaban, aunque entonces no entendí la referencia. La busqué al salir. Se llamaba MEDEA.

29 de abril

Abro los ojos, pero no estoy en el salón, sino en el pasillo.

Se me acostumbran los ojos a la luz del alba.

Delante hay una puerta. Doug está dormido; la saliva le moja la almohada de una forma patética. Reconozco los sulfúricos efluvios del alcohol y la maría. Tardo un poco en entenderlo y en despertarme del todo, parpadeando hasta salir del sueño y sentir el objeto que estoy agarrando con la mano derecha.

Veo que Doug aún duerme y proceso lo que debe de haber pasado.

Me imagino levantándome, abriendo con la llave la puerta del dormitorio, yendo a buscar el objeto a la cocina y saliendo al pasillo de puntillas.

No puede ser verdad. Sin embargo, ya no estoy soñando.

No es ningún terror nocturno. Es otro episodio.

Peor que los otros.

En mi mano derecha sostengo un cuchillo.

44

Emily

Es como la respuesta a una oración. Ahí está la ironía: en los grupos de rezo matinal no están permitidos los móviles. Pero ella nunca apaga el suyo. Siempre puede haber noticias, y apagar su teléfono sería darse por vencida.

Un sacerdote de veintipocos años la mira mal cuando suena el tono de llamada. Emily es consciente de que debería silenciar el teléfono y continuar, pero ve en la pantalla el contacto que guardó antes de la primera entrevista.

DR. PRINCE (THE ABBEY)

—Perdón —dice interrumpiendo la oración, para gran confusión del diácono y los demás.

Sus palabras rompen el hechizo. Desaparece por la puerta del despacho parroquial mientras el rector se apresura a tomar el relevo.

El tiempo es un animal extraño. Se acuerda de haber deslizado el pulgar por la pantalla y de lo fresca que estaba la moqueta fuera del despacho de la iglesia. A partir de ahí las cosas se confunden en una nebulosa. Más adelante no se acordará de cuánto tiempo tuvo que esperar un taxi, ni de cuánto duró el trayecto desde Saint Margaret hasta la clínica. Se acordará de haber buscado el nombre de RICHARD en los contactos del teléfono, consciente de que tenía que llamarlo pero sin saber cómo. Lo único que oirá en bucle será la melódica voz de Benedict Prince.

«Creo que debería venir cuanto antes a The Abbey. Es Anna…»

Ya se acerca un taxi. El centro de Londres es una borrosa amalgama de monumentos, turistas y coches. Tras un torpe pago electrónico, baja medio tropezando a Harley Street. Se siente sin fuerzas, le fallan las piernas, como si le faltara azúcar en la sangre. También recuerda más cosas, por supuesto: el doctor Prince esperándola en la entrada y subiendo a toda prisa, pero no a la segunda planta, como siempre, sino a la tercera; explicaciones sobre las pruebas de resonancia magnética funcional, y una supersticiosa reticencia a mover a Anna por si se le vuelven a cerrar los ojos.

Emily no oye gran cosa. Está demasiado nerviosa. No es la misma persona que cuando la vio su hija por última vez. La Emily Ogilvy de 2019 estaba en todo su esplendor, era miembro del gabinete en la

sombra y una figura de peso del partido en la oposición, a punto de acceder a un cargo importante en el Gobierno del país. Tenía equipo propio, camarilla, simpatizantes, parásitos, seguidores e incluso fans. Su yo de entonces tenía marido y dos hijos modélicos, perfectos. A la Emily de la actualidad acaba de regañarla un hombre veinte años más joven durante un rezo matinal. Está soltera y su hijo se ha escapado a la otra punta del mundo. Ya no es la misma persona que conocía Anna.

Por no hablar de la otra preocupación, esa de la que no se habla, una vez que Anna despierte. Todo lo que podría recordar.

De repente está allí Anna, o la persona que se hace pasar por ella, la «Anna enferma», que es como tiene que pensar actualmente en su hija. Sus brazos y piernas privados de toda su fuerza, el pelo apelmazado, la delgadez extrema, esquelética, y el deterioro general de su persona: la Anna enferma, que ha envejecido varias décadas, y que siendo joven se ha hecho vieja. Sin embargo, de alguna manera eso no importa. Las preocupaciones, los medios de comunicación, las preguntas, el sentimiento de culpa… Todo queda temporalmente al margen. Emily está viendo a su hija tumbada en la cama con los ojos abiertos por primera vez en cuatro años. Surgen los recuerdos: los cuentos a la hora de acostarse, los arrumacos en vacaciones, los virus escolares, las mañanas de Navidad, las sorpresas en los cumpleaños, las caricias en la frente y todo el ciclo sin fin de interacciones, de pura rutina y puro gozo.

Emily ve caer sus lágrimas en la cara de Anna. Se las seca y deja su mano allí, acariciando las mejillas de su hija mientras los ojos de Anna reaccionan.

La personalidad de Anna se va sobreponiendo poco a poco a todo lo demás. De pronto su cara vuelve a tener alma: es el milagro de la vida, al que asisten las dos juntas.

—Hola, cariño, bienvenida —dice Emily.

45

Emily

Emily coge la mano de Anna.

Soñaba con este momento desde hace mucho tiempo. Es el esperado reencuentro entre madre e hija. Al levantar la vista ve que entran en la sala el doctor Prince y Harriet, la enfermera.

—No sé muy bien qué decir —dice sin pensar.

El doctor Prince sonríe.

—No hace falta que diga nada.

—Le debo una disculpa. La verdad es que no creía que su método fuera a funcionar.

—Para serle sincero, yo tampoco estaba muy seguro, pero bueno, aún estamos en las fases iniciales de la recuperación. El objetivo final es que Anna recobre del todo la conciencia y se quede despierta. Tendremos que hacer un seguimiento de su evolución.

Emily se resiste a preguntarlo, pero es más fuerte que ella.

—¿Y ahora qué pasará? Me refiero al juicio.

El doctor Prince y la enfermera se miran incómodos.

—Me temo que eso no depende de nosotros —dice él—. Nuestro trabajo es velar por el bienestar de la paciente. De todas formas, le aseguro que no pasará nada hasta que todos los aspectos médicos hayan quedado resueltos.

—Ya.

Emily está demasiado impresionada para que se le ocurra algo más que decir, pero sabe muy bien que los imperativos políticos siempre acaban por imponerse. El Ministro de Justicia quiere a Anna en el banquillo de los acusados, y se saldrá con la suya.

—Le dejamos que se quede tranquilamente a solas con Anna —le dice Harriet al verla tan abatida—. Avísenos si necesita algo.

Emily levanta la vista, como si de pronto se acordara de dónde está.

—Gracias. —Por una vez lo ha dicho en serio, no sólo por educación —. Gracias por todo.

El doctor Prince y Harriet salen de la habitación. Emily oye la cerradura, pero no aparta los ojos de su hija. Se acuerda de uno de esos datos curiosos que aprendió antes de que Anna llegase al mundo: el globo ocular apenas cambia desde el nacimiento, mientras que el resto del cuerpo no deja de crecer. Es una de esas cosas bonitas y

peculiares de la vida. Los bebés tienen unos ojos como platos que poco a poco van volviéndose proporcionados. Recuerda el momento en que sus ojos se encontraron por primera vez con los de Anna en la sala de partos del hospital. La magia de esa simple interacción. Se queda ensimismada mirando a su hija hasta que los ojos de Anna muestran signos de cansancio. Le pesan los párpados después de tanto tiempo cerrados. Emily la ve pestañear, esforzándose por seguir despierta.

El sueño se hace casi contagioso. A su alrededor Emily no ve el ambiente estéril de la sala, sino la oscuridad de la noche que las engulle. Reza para que no haya sido una excepción y Anna no vuelva a quedarse dormida indefinidamente. Emily siempre había sido una persona optimista, pero ahora teme lo nuevo, lo desconocido, la crueldad que trae consigo la vida. Haberla visto despierta y volver a recaer sería peor que si nunca se hubiese despertado.

Se reclina hacia atrás. La euforia inicial remite.

En su lugar irrumpe de nuevo el pasado. Emily tiene sueño, pero le aterroriza dormirse. Se siente atrapada entre el presente y el mundo de los sueños.

Por esos recuerdos que ha intentado enterrar.

Ya no puede mantener los ojos abiertos. Ha deseado este momento con todas sus fuerzas y ahora la supera la emoción.

Siente que se desploma. Que la arrojan de vuelta al principio de todo.

A la Granja, por supuesto.

Cayendo en espiral hacia el pasado.

Fue idea suya, la Granja. Qué trágica ironía. El Bosque también.

Quiere que sean una familia. Verlos disfrutar juntos en este campo embarrado. Que se rían y hagan el tonto. Que descansen de las obligaciones de la vida adulta y se dejen llevar por la alegría de la infancia.

Pero la realidad del Bosque es más aburrida. No es como *Golondrinas y amazonas*, ni *El amigo secreto de Barney*, los dos libros que les leía a Theo y Anna al acostarlos. Tampoco la distribución de los equipos sale del todo bien. Emily quería que Anna formara parte del grupo familiar. A pesar de todo, los Supervivientes afianzan su ventaja inicial, y el aire campestre parece surtir efecto. Por primera vez en meses, Richard es el Richard de antes, no el adicto al móvil y al iPad que se pasa el día pendiente de cualquier oscilación en los mercados.

El resto de ese día en el Bosque se ha difuminado con el tiempo. Recuerda que le pareció ver a Richard y a otra persona, y los pensamientos que solían atormentarla, una vieja obsesión que superó con el divorcio y su posterior reinvención. Pero que aún recuerda. A continuación la película da un salto adelante, con la vibración de su

móvil y un mensaje de WhatsApp. En realidad son dos vibraciones en dos teléfonos. La que tiene el sueño más ligero es Emily, que se despierta, busca a tientas y lee. Las palabras tienen tan poco sentido a esa hora de la mañana… Sólo son letras pequeñas en una pantalla, inocuas una por una, pero mortales juntas.

«Lo siento. Me parece que los he matado.»

El resto lo ve muy claramente. Primero una ansiedad feroz como no la había sentido jamás, la herencia de la madre protectora. Sigue siendo imposible describirlo, pero es la sensación más asfixiante que ha tenido en su vida, una presión que empieza en la garganta y se extiende a la cabeza y las piernas. El mismo pánico que cuando Anna o Theo se perdían por el supermercado o se soltaban de la mano y bajaban a la calzada.

No se puede comparar con nada; ni con el matrimonio, ni con la oración. La superficie de la vida desaparece, y lo único que queda en su lugar es la sensación de una vida sin barniz, la certeza de que se puede perder todo. Como esa llamada del médico poco después de una prueba, o de la policía en relación con un pariente próximo, esa sensación de que el universo se está riendo de la presunción humana, de la ilusión del control.

Despierta a Richard, que gruñe y se pone de lado. Emily le enseña el teléfono. Él se pone las gafas. Leen el mensaje juntos, y sus instintos colisionan. Se levantan, buscan la ropa y las chaquetas del día anterior y se adentran dando tumbos en la oscuridad que rodea la Cabaña Verde. No se dicen nada, al menos que recuerde Emily. Llevan demasiado tiempo casados, y han visto demasiadas cosas. Cruzan la hierba enfangada. A la izquierda está la cabaña de Theo —cree que era naranja, o amarilla, a saber— y la de Anna justo delante, al lado de la roja, que es la de Indira y Douglas.

A pesar de todo, existía esa otra obsesión todavía. Emily lo recuerda ahora. Esos últimos segundos de inocencia. Mira a Richard. Qué distinto se le ve sin su armadura, sin sus trajes de Armani o su ropa perfecta de andar por casa, sus adornos, sus chóferes, el confeti de su vida de relumbrón como gestor de fondos de inversión. Qué distinto del dandi en el que se ha convertido.

Éste es el hombre con el que se casó. El economista engreído, ligeramente desaliñado, que tenía una opinión para todo y una mirada desvalida, como la del Igor de Winnie-the-Pooh. El estudiante que se sonrojaba con las mujeres guapas y no sabía besar. La experimentada en el amor era ella. Nunca se había imaginado como esposa engañada, como novia cornuda. El Richard de antes, su Richard, no era ese tipo hombre. El éxito lo cambió.

En eso piensa mientras se acercan a la Cabaña Azul: en esos pequeños y mediocres celos.

Es Richard el que habla al llegar a la puerta de la Cabaña Azul. Llama con fuerza.

—¡Anna! —dice en voz alta—. Soy papá. Abre la puerta, Anna, por favor.

Nada.

—¡Anna! Mamá y yo hemos recibido tu mensaje. No tiene gracia, Anna. Abre la puerta. Queremos ver que estás bien. No nos enfadaremos. Sólo necesitamos saber que estás bien.

Nada.

Richard mira fijamente la puerta. Emily asiente. No hay alternativa. Anna puede estar dentro drogada hasta las cejas, o ahogándose en su propio vómito, o, lo que es peor, sonámbula, a punto de provocar otro desastre, como pasó con el perro, en el internado o en las vacaciones.

—Voy a entrar, Anna.

Richard mueve con fuerza el pomo y, como apenas halla resistencia, irrumpe de golpe en el interior, a punto de caer de bruces en el suelo de la pequeña cabaña. Emily se había imaginado que encontrarían a Anna en la cama o en el suelo, pero la Cabaña Azul está vacía. Hay una silla pequeña, con ropa colgada de cualquier manera en el respaldo. Por lo demás no hay nadie.

Vacía.

A pesar de todo, Richard la registra. Emily saca su móvil e intenta llamar a Anna. Se oye algo, pero a un volumen raro. Richard también lo oye. Emily trata de localizarlo. Siguen buscando mientras Emily insiste en sus llamadas, pero el ruido no procede de dentro de esta cabaña. Las dos cosas encajan de repente: el volumen del tono de llamada y las palabras del texto del mensaje.

Ninguno de los dos lo dice. La idea —la de verdad, no su versión paterna, vaga y protectora— es demasiado fría, demasiado atroz.

«Lo siento. Me parece que los he matado.»

Salen disparados. Corren como si sus vidas se estuvieran escapando, como si tuvieran delante la suerte y hubiera que pillarla antes de que huyera.

Al llegar a la Cabaña Roja sobran los gritos y las advertencias. Richard sólo vacila un segundo antes de sacudir el pomo, y en ese breve lapso tienen la certeza, más clara que nunca, de que sus vidas, tal como han sido hasta ese momento, han terminado. No han sido lo bastante rápidos. Todo lo de antes —conocerse, casarse, tener hijos, las euforias y las miserias— ha sido sólo una precuela. El paso de ambos por el mundo se recordará sólo por esto. Se los juzgará por esto.

Lo primero que ve Emily son los cadáveres. La gente habla de sangre, pero eso fue después. Todavía es de noche, no hay más luz que la de la luna, pero la cabaña es bastante pequeña para que tres

cuerpos inmóviles lo dominen todo. Al principio Emily piensa que están durmiendo. Indira y Douglas siguen en sus respectivas camas, ambos boca abajo, con el bulto del trasero a la vista. Douglas está desnudo de cintura para arriba. Indira lleva un pijama. Anna está en el suelo, entre los dos. A Emily le recuerda la época en que las amigas de su hija se quedaban a dormir y se instalaban en el cuarto de invitados. Anna iba a verlas en secreto con un festín nocturno y por la mañana Emily se las encontraba a todas hechas un ovillo, entre envoltorios vacíos de Twix, sacos de dormir y almohadas revueltas durante la noche.

—Ems.

Es la voz de Richard. Emily vuelve al presente. Ha reconocido el tono. Ve a Richard al lado de las camas y oye que se le escapa un gimoteo de terror al entender lo que tienen delante. La naturaleza extraña y veteada de la escena —simples fragmentos, a decir verdad— madura hasta adquirir coherencia. Esas vetas no son banales. Es difícil distinguir entre el sueño y la muerte. A Emily le vienen a la cabeza las clases de griego del instituto: Hipnos es el dios del sueño, y su hermano gemelo, Tánatos, el de la muerte. Ambos residen en el inframundo, adonde no llega nunca el sol.

Esas vetas son sangre.

—¡Anna! ¡Anna!

Debe de ser el inframundo. ¿Qué otro aspecto puede tener el infierno? Ve que Richard se agacha, le busca el pulso a su hija y oye indicios de respiración.

—¡Está viva! ¡Ems, está viva!

Lo ha dicho con esperanza, pero la desesperación de Emily se agudiza. Llega a la conclusión antes que Richard. Ve los cadáveres, el cuchillo en la mano de Anna, las salpicaduras de sangre en la cabaña, y lo relaciona todo, hasta el último detalle, con esa noche en Cornualles, en la casa alquilada. Su hija necesitaba ayuda y ella sólo le echó encima un manto de silencio.

Otro salto en el tiempo. Es más tarde. La Granja se ha llenado de coches patrulla y parpadeos azules. Emily y Richard se han desvestido y están sentados con ropa gris de la policía mientras los médicos les hacen pruebas. Llega una mujer. Parece joven, apenas entrando en la madurez, con la típica hinchazón posparto y los ojos rojos de quien ha encadenado muchas noches sin dormir. Les enseña su placa y se presenta como la inspectora Clara Fennel, de la Policía del Valle del Támesis. Después le pide a Emily que describa lo ocurrido.

Para entonces ya tienen a punto sus versiones. Bueno, más o menos. En efecto, han recibido un WhatsApp de Anna y la han encontrado dormida en la Cabaña Azul con un cuchillo al lado. Parecía que la hubieran atacado. Han intentado ayudarla; de ahí la presencia de

sangre y fibras en la ropa de ambos. Era evidente que Anna estaba viva, pero no se despertaba. Entonces han llamado a una ambulancia.

¿Y la otra cabaña?, dice la inspectora Fennel. ¿Cuándo se han dado cuenta de lo que había pasado?

Más tarde, dice Emily, mucho más tarde.

Es entonces cuando han llamado a la policía.

46

Emily

No está segura de cuánto tiempo ha estado allí sentada, medio dormida y perdida en el pasado.

Sale a la superficie. Bosteza varias veces. Los recuerdos se agolpan en su cabeza. No hay palabras para describir un momento así.

También hay dolor. Tantos momentos malgastados, tantos celos mezquinos y discusiones por naderías, la áspera fricción que había siempre entre las dos, tan parecidas y a la vez tan distintas. Si alguien le hubiera dicho lo que iba a pasar, Emily habría preferido morirse, pero por alguna razón sigue allí, y Anna también. Emily no ha dejado de luchar. La fatalidad no podrá romper del todo su familia.

Pierde la sensación del tiempo. Minutos después, o tal vez horas, el doctor Prince le pone una mano en el hombro y le dice que quiere hablar un momento con ella fuera. Harriet, la enfermera, ha llevado una bandeja con té, galletas y pañuelos de papel. Y se sientan fuera, a pocos metros de Anna. El silencio en la sala de tratamiento es atronador.

Lo rompe el doctor Prince.

—Hay algunas cuestiones básicas de logística que deberíamos tocar.

Emily se estremece al oír su tono. Las palabras le han sonado secas, desabridas, no concuerdan con sus sentimientos. Esto es un milagro, un momento para creer en las señales divinas y dejarse llevar por una euforia transformadora. Bebe un poco de té y mordisquea una galleta de chocolate, haciendo un esfuerzo por volver a la prosaica realidad.

—Por supuesto —dice.

Es como si estuviera experimentando un viaje astral. Tarde o temprano se despertará y verá que es de noche, una de tantas.

El doctor Prince continúa.

—Como sabe, la clínica tiene la obligación de colaborar con el Ministerio de Justicia. Los pasos a seguir no los decidimos sólo nosotros. Técnicamente, Anna sigue bajo la custodia del Gobierno de Su Majestad, y no podemos retrasar mucho el momento de informarlos.

Emily vuelve a asentir. Se ha dado cuenta de que el doctor Prince es un hombre compasivo. Está del lado de ella y del de Anna. Hará las cosas con humanidad.

—Tiene razón.

—No podemos estar seguros de cuánto durará el despertar de Anna, ni si volverá a sumirse en un estado de mínima conciencia. Pero, si sigue despierta, tendremos que informar al Ministerio de Justicia, y a partir de entonces las decisiones las tomarán ellos.

A veces Emily casi se olvida de que en otros tiempos fue política y jugó a ser Dios con las vidas ajenas. Se imagina a funcionarios sin corbata, en despachos con exceso de calefacción, decidiendo la suerte de su hija con el clic de un ratón y el zumbido de un correo electrónico saliente. Piensa en su época de ministra y en los casos sobre los que decidió mientras la gente de a pie aguardaba su resolución en silencio. Se avergüenza de su indiferencia del pasado.

Toma otro sorbo de té.

—¿Cuál es el pronóstico? —pregunta—. ¿Cuántas probabilidades hay de que Anna recaiga en un estado de mínima conciencia?

El doctor Prince cambia de postura, incómodo.

—Los datos recabados aún son muy fragmentarios —dice—. No hay bastantes estudios sobre el síndrome de resignación y no tenemos un volumen de muestras suficiente sobre este tipo de TNF, pero yo creo que con un seguimiento cuidadoso y una terapia continuada Anna podrá seguir despierta.

Emily ha percibido su tono vacilante, sabe reconocer muy bien las evasivas.

—¿No está seguro?

—Por maravillosas que sean las historias de resurrección, la realidad médica suele ser muy distinta. Volver a despertarse como Lázaro tiene más de ciencia ficción que de hecho objetivo. Anna ha estado dormida más de cuatro años, y es muy probable que las consecuencias sean muy profundas, tanto para su salud física como mental.

Emily ha leído infinidad de libros y blogs y ha escuchado todos los pódcast. No hay caso práctico que no conozca.

—¿Como cuáles, en concreto?

—¿Cuánto sabe usted sobre la amnesia postraumática?

Suspira. Las dos palabras temidas.

—Un poco.

—En casi todos los casos documentados los pacientes que se han despertado después de dormir tanto tiempo sufren algún tipo de amnesia postraumática. A algunos se les pasa enseguida, mientras que a otros les dura semanas, meses y hasta años. En unos pocos casos, el daño sufrido por la memoria a corto plazo es tan profundo que la amnesia postraumática puede calificarse a todos los efectos de permanente.

—Como ese camionero americano de los años ochenta.

—Terry Wallis, sí. No se acordaba del accidente y seguía creyendo

que vivía en 1984, a pesar de que se había despertado en 2003.

—O sea, ¿que usted cree que Anna no tendrá ni idea de que ha estado dormida tanto tiempo?

—El caso de Anna no es una lesión traumática en el cerebro, sino un trastorno neurológico funcional. En los casos de enfermedades no orgánicas es más difícil saberlo o hacer alguna predicción, pero creo que haría usted bien en prepararse para esa posibilidad, y su ex marido también. Es posible que en algunos aspectos sea casi más traumático despertarse que quedarse dormido.

Emily se nota la boca rasposa.

—¿Prepararnos para qué, exactamente?

El doctor Prince la mira con amabilidad.

—Existen muchas posibilidades de que en la mente de Anna no hayan existido los últimos cuatro años. Para ella podría ser que aún estuviéramos en 2019.

Emily se queda a la espera. Es una idea demasiado horrible para contemplarla.

—Es posible que crea que Indira y Douglas aún están vivos.

47

Ben

Las próximas doce horas lo decidirán todo: mis esperanzas de ascenso profesional, de resolver mis problemas financieros, de ganarme el respeto de KitKat y Clara y de que mis teorías sobre el síndrome de resignación queden recogidas en los manuales. Todo depende de que los ojos de Anna sigan abiertos. Veo flotar ante mí una vida mejor. Es posible, aunque no seguro, que al final se cumplan mis antiguas ambiciones.

Miro los monitores, doy vueltas por mi despacho y me debato sobre cuándo avisar al Ministerio de Justicia. Ojos abiertos, ojos cerrados. Sí, pero ¿hasta cuándo?

Todo depende de ese simple cálculo.

Ahora, sin embargo, me invade el otro miedo. Anna sigue siendo una criminal, una persona que mató a sangre fría a sus dos mejores amigos. He establecido un vínculo emocional con una asesina, culpable de haberles quitado la vida a dos personas. Me he proclamado miembro del Club de Amigos de Anna, pero ya no es lo mismo que cuando estaba dormida: si antes era un enigma médico que resolver, en estos momentos es una bomba legal a punto de estallar. Pienso en el instante en que se despertó, cuando vi el blanco de sus ojos y por fin se rompió el hechizo. Tengo que ir con pies de plomo.

A las doce, la hora de referencia convenida, Harriet confirma que Anna continúa con los ojos abiertos. Era peligroso seguir con el test antes de estas horas prudenciales. Salgo de mi despacho, me lavo las manos a conciencia y entro en la sala de tratamiento. Lo primero que veo son los ojos abiertos de Anna. Siento una oleada de pánico en el pecho.

—Los abre y los cierra —dice Harriet—. Trata de llamarla por su nombre.

Respiro hondo.

—Anna —digo acercándome a la cama—, soy el doctor Prince, de la clínica del sueño The Abbey, Anna. ¿Cómo te encuentras?

Empiezo a verle el blanco de los ojos, los iris verde esmeralda y expandirse las pupilas azabache. Se le ve la piel apergaminada y llena de manchas. Todavía no puede emitir sonidos: tiene la garganta demasiado seca e irritada por la falta de uso. Sus ojos parpadean hasta

que me encuentran. Hay una especie de pequeña convulsión facial, de movimiento de oruga, entre la parte inferior de la nariz y el labio superior agrietado, como si tuviera picor y necesitara que se lo rasquen.

—Lo has hecho muy bien, Anna. Tengo que hacerte algunas preguntas más y por hoy ya habremos acabado. ¿Cómo lo ves?

El cuestionario más famoso para los pacientes que acaban de despertarse es la Escala de Coma de Glasgow, o ECG, que analiza tres funciones: la apertura de los ojos, la respuesta verbal y el movimiento voluntario. A cada resultado se le asigna un número. Si es bajo es que no hay resultados; si es alto, significa que los avances son considerables. Harriet se pone a mi lado para registrar la puntuación. La primera función ya la hemos valorado.

—Tu apertura de ojos ha sido buenísima, Anna —digo—. Los has abierto espontáneamente. Eso es un cuatro en la ECG.

Harriet toma nota. Paso a la siguiente prueba: respuesta verbal a una orden.

—Bueno, Anna, ahora algo difícil. Quiero que compruebes si puedes volver a usar tu voz. Cuando haya contado hasta tres, intenta decir «Anna».

La tensión es casi insoportable. Anna lleva más de cuatro años sin usar sus cuerdas vocales. La cobertura mediática se ha basado en sus escritos o sus fotos. Vídeos o grabaciones de audio hay pocos. Su cara la conoce todo el mundo, pero casi nadie sabe cómo suena su voz.

—Uno, dos, tres...

Harriet espera con un vaso de agua, por si Anna lo necesita.

No puedo arriesgarme a que vuelva a refugiarse en su cascarón. Me debato entre pedírselo otra vez y dejarlo para más tarde.

Justo entonces los mueve. Sus labios se separan lentamente, dejándome ver la punta de su lengua y la humedad gris de su boca. Me inclino por si se oye algo, aunque con cuidado, para no asustarla.

Oigo algo.

Es una especie de susurro ronco, una única emisión de aire desde sus pulmones y su boca. Me parece reconocer una A, como si fuera un ejercicio de parvulario antes de aprender a pronunciar como un adulto.

Le digo a Harriet que puntúe con un tres, a medio camino entre un uno (sin reacción) y un cinco (alerta y respondiendo).

Los pacientes en coma no suelen pasar de los ocho puntos. Anna ya lleva siete. Falta sólo un punto para poder decirle al Ministerio de Justicia que, según la Escala de Coma de Glasgow, Anna ya no se encuentra en estado de mínima conciencia.

Para la tercera prueba me decanto por una versión más elaborada del ejercicio anterior. Le pido a Anna que levante el brazo derecho. Se

le vuelven a cerrar los ojos. Digo su nombre, repito la orden y espero a ver si se produce algún movimiento voluntario. Finalmente veo que su brazo derecho se levanta de la sábana y cae hacia atrás.

—Otro cuatro —le digo a Harriet.

En lo que respecta al movimiento, seis significa que la orden ha sido plenamente obedecida y uno que no ha habido reacción.

Harriet hace la suma.

—La puntuación total es de once.

Un once en la ECG significa que ya no tengo excusas. Mi deber es informar al Ministerio de Justicia de que Anna Ogilvy, actualmente bajo custodia del Gobierno, está consciente. Pienso en mi conversación con Emily. Miro a Harriet y el vaso de agua que aún tiene en la mano. Rememoro mi primera conversación con Stephen Donnelly y me pregunto si habré curado a Anna sólo para que la condenen.

—¿Ya está todo? —pregunta secamente Harriet, que también acusa la tensión.

—Todavía no. Procura que beba un poco; necesitamos que tenga las cuerdas vocales lubricadas.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Espero a que la incorpore un poco y le dé el agua. Mientras tanto cojo mis apuntes y llego a la parte sobre los test en caso de amnesia postraumática. Leo la lista de preguntas básicas para un diagnóstico inicial. Están agrupadas por hora, lugar y persona.

¿Cómo te llamas?

¿Qué día de la semana es?

¿En qué año estamos?

Las siguientes preguntas son más personales.

¿Qué es lo último que recuerdas antes del accidente?

¿Qué pasó para que estés ahora aquí?

Los pacientes aquejados de amnesia postraumática, o APT, no pueden contestar. A medida que la APT desaparezca sus respuestas se volverán más precisas. Si la APT persiste a largo plazo, los recuerdos se pierden para siempre.

Un paciente con buena puntuación en la ECG puede estar casi en condiciones de ser juzgado; sin embargo, si sufre APT aguda, no.

Es mi cláusula de rescisión, mi salvación. Así no tendré que entregarla y condenarla a vivir el resto de su vida entre rejas.

Al menos todavía no.

Espero a que Harriet acabe con el agua y vuelvo a ponerme en el mismo sitio que antes, al lado de la cama.

—Soy otra vez el doctor Prince, Anna. Una pregunta más. —Hago una pausa, carraspeo y empiezo—. ¿Puedes decirme tu nombre



completo?

48

Ben

Por la mañana llamo al Ministerio de Justicia para hablar con Stephen Donnelly. No he pegado ojo en toda la noche. Entro medio dormido en la ducha y dejo que el agua me golpee el cuerpo. Al salir y mirarme en el espejo del baño me veo unas ojeras muy oscuras. He empezado a comer menos, y tengo la piel seca. Necesito café, azúcar, cualquier otra cosa que me permita aguantar todo el día.

Me acechan oscuras obsesiones. La noche pasada, de camino a casa, tuve la clara sensación de que alguien me observaba, algún acosador o uno de esos obsesos de los medios. Al salir del metro fui al piso de Pimlico por otra ruta, y no paraba de oír pasos acompasados a los míos. Tomo paracetamol para aliviar el dolor.

Me imagino las últimas horas de Bloom antes de su muerte y me pregunto si empezó así, con unos ojos mirándola en el metro y unos pasos siguiéndola por la calle. Después el ruido de la cerradura, y el destello de un cuchillo. Me mareo sólo de pensarlo.

Cuando Anna abrió los ojos cambió todo. Resucitaron los muertos, y un fantasma volvió a ser de carne y hueso. Ahora tengo la sensación de que está en juego algo aún más importante, y de que cuesta aún más resolver el enigma.

El pasado se ha convertido en presente.

Espero en la cafetería de John Lewis. Stephen Donnelly llega como de costumbre: en coche oficial, sin apenas hacer ruido, hablando en voz baja, inquieto… Parece aún más enjuto que la otra vez. El impermeable lo ahoga, y el paraguas le aplasta la cabeza. No quiere té ni café. Esta vez el plato de galletas permanece intacto.

—Cuéntemelo todo —dice.

Lo hago sin ahorrarle ni un detalle, aunque cambio un poco la cronología.

—¿La ha visitado algún familiar?

—Sí, se informó a Emily Ogilvy como pariente más cercano.

Donnelly traga saliva para disimular su irritación y pone cara de pena.

—Debería habernos avisado antes. No haberlo hecho es una infracción del protocolo de seguridad. Dudo que se haga usted a la idea de los riesgos que ha corrido.

Llega el momento de hacer la pregunta que tanto he temido, pero es imposible saltársela. La misma pregunta que Emily hizo al lado de la cama de su hija.

—¿Y ahora qué pasará?

—Exactamente lo que le prometí al ofrecerle el caso. Usted se ocupará del aspecto médico, y nosotros del jurídico. Se fijará una fecha para el juicio, y los tribunales emitirán su dictamen antes de la debacle de Amnistía y de que quede en libertad para siempre.

—Hay un pero. —Es mi momento, el único modo de conseguir que Anna siga en la clínica y evitar que la metan en una celda de por vida. La única manera de cumplir mi juramento. Voy a salto de mata, improvisando, pero quizá funcione—. No puede juzgarse a nadie que sufre amnesia postraumática.

Donnelly pone cara de ofendido.

—¿Y quién dice que ella tenga APT?

—Yo. Es lo esperable después de dormir tantos años.

—¿Está capacitado para emitir este diagnóstico?

—Yo diría que de sobra.

Es la parte más difícil. La amnesia postraumática destaca por la dificultad de definirla. Puede abarcar desde una pérdida de memoria a corto plazo hasta lagunas a largo plazo. Anna acaba de despertarse después de dormir varios años. Es un cambio que basta por sí mismo para enturbiar cualquier cerebro. Sin embargo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras la devora el sistema penitenciario. La carta de la APT es la única que me queda por jugar. Quizá gane algo de tiempo. Luego... a saber.

—¿Cuánto tardará en recuperarse?

—Esa pregunta no tiene respuesta posible. Depende.

—Ya. —Donnelly me mira con severidad, inclinándose en la silla—. Bueno, supongo que el riesgo lo corren usted y su familia.

Doy un respingo al oír mencionar a mi familia. Era la intención.

—¿En qué sentido?

—Cuanto más tiempo pase usted con Anna, sobre todo ahora que está despierta, más peligro corre. Creo que salta a la vista. Mi equipo hace un seguimiento de lo que se dice en las redes sobre el caso. Anna O no tiene un club de fans sino de obsesos, chalados, psicópatas, gente marginal pero peligrosa, muy peligrosa; conspiranoicos que creen que Anna está drogada y encerrada contra su voluntad en la clínica. De momento se han limitado a hacer comentarios, pero es posible que pronto entren en acción.

Pienso en los pasos que me seguían anoche desde el metro, en la sensación de que me vigilaban y en el peligro que acecha a KitKat. Está claro que Donnelly pretende intimidarme, pero sus advertencias no tienen nada de ficticias.

—¿Usted cree que The Abbey podría ser un objetivo?

Donnelly se sorbe la nariz.

—De momento ya han matado a Bloom, y creemos que fue alguien cercano a ella, una cara conocida. También sabemos que hay gente con ganas de matar a Anna, y otros que quieren matar a los que la retienen. Si le pedí que se pusiera en contacto con el ministerio en cuanto se despertase Anna fue por algo. Al no hacerlo ha puesto en peligro algo más que su vida. Cuando Anna vuelva al sistema de justicia penal dispondremos de alambradas y vigilantes armados. Cuanto más tiempo se quede usted con ella, más vulnerable será.

—¿Y mi familia?

Me mira fijamente.

—Anda suelto un asesino, doctor Prince, y nadie está a salvo. Usted y su familia tampoco.

Cuaderno de Anna

2019

6 de mayo

Ogilvy Towers, Hampstead. Ha pasado una semana desde el Incidente.

Estaba sonámbula. Llevaba un cuchillo en la mano. Me acerqué al cuarto de Doug. No hay duda de la aterradora lógica de mis acciones. Estuve a un paso de que me cambiara la vida para siempre, de forma irremediable.

¿Iba a matarlo mientras dormía?

¿Soy capaz de hacer algo así? ¿De verdad?

Deseos inconscientes que se vuelven reales.

El Incidente. Sí, es el nombre que le he puesto. Mamá se ha ido de viaje como miembro del gobierno en la sombra. Papá ha entonado de nuevo el mea culpa y ha vuelto a casa. Está en su estudio, pasando el rato. Todavía me pregunto quién ha sido «la otra» esta vez. ¿La misma que la anterior, o una nueva? Mi cerebro está lleno de habitaciones de «otras mujeres».

Me refugio en mi dormitorio de la infancia y cierro la puerta con llave.

Dos sillas y una hilera de objetos punzantes en el suelo. Aquí dentro soy menos peligrosa.

Doug no para de enviarme WhatsApps. Indira me llama por teléfono y deja mensajes con tono de preocupación. Para la edición de verano de *Elementary* ya hay anuncios, pero aún no tenemos contenido. Las fechas de entrega se nos echan encima. Los índices, la compaginación… todo depende de mi artículo de fondo, y aún no he escrito una sola palabra.

La pantalla vacía, la página en blanco. El parpadeo del cursor.

En vez de escribir me descargo aplicaciones para dormir: Sleep Expert, White Noise Sound Machine, Siberian Breath, Make It Rain. Encuentro una que se llama The Walking Sleep y que promete «una alarma y una vibración del móvil» junto con «el seguimiento de tus pasos y tu ubicación» para despertarte y asegurar «tu seguridad y la de los que te rodean».

Me quedo mirando las funestas palabras: «el seguimiento de tus

pasos y tu ubicación». Al final borro la aplicación y me tomo un café. Me siento como Sheherezade en *Las mil y una noches*, con esa infinita recopilación de historias para retrasar su muerte un día más.

Vuelvo a la web del Servicio Nacional de Salud y leo una lista de posibles causas del sonambulismo: estrés, ansiedad, alcohol, sedantes. «Puede manifestarse a cualquier edad, aunque es más habitual en niños. Uno de cada cinco niños tendrá un comportamiento sonámbulo al menos una vez en la vida. Si bien la mayoría lo supera al llegar a la pubertad, en algunos casos puede persistir en la edad adulta.» Vuelvo a ser la niña con aire de perplejidad y el pijama sudado.

Dejo a un lado mis problemas y me centro de nuevo en Sally Turner, recluida veinte años atrás en el ala Cranfield de Broadmoor. Y en esa contraseña susurrada: MEDEA, la diosa griega que mató a sus propios hijos.

Entro otra vez en mi fiel Wikipedia:

> *Medea*, tragedia escrita por Eurípides en el siglo V a. C., narra el final de la unión entre la protagonista y Jasón, que diez años después de haberse casado con ella la abandona para contraer matrimonio con la hija del rey Creonte, Creúsa. En venganza por haberse decretado su exilio de Corinto, y el de sus hijos con Jasón, Medea asesina a Creúsa con regalos envenenados y, acto seguido, mata a sus propios hijos y huye de Atenas.

Dos mujeres, dos crímenes. Jasón abandonó a Medea por otra mujer y condenó al exilio a su familia. Tom Cornwell utilizó a Sally Turner y dejó que sus hijos la atormentaran.

Ambas tenían ese «factor desencadenante» freudiano, un incidente que agravaba su trastorno, un catalizador emocional. El sistema límbico descontrolado.

Lucha o huida. El miedo como motor del sonambulismo.

Me pregunto si me pasa lo mismo y si también soy capaz de actos así.

La pregunta es sencilla.

¿De qué tengo miedo?

16 de mayo

Alguien llama a la puerta del dormitorio.

Estoy escribiendo, en modo monje. Auriculares, puerta cerrada. El mundo está excluido.

He seguido investigando sobre Broadmoor. Por muchas veces que me duche, sigo sin sentirme limpia. Las historias se me pegan. Estoy entrando en un mundo ajeno a la moral y las convenciones.

Llaman otra vez. Mamá abre la puerta.

Por lo visto hemos viajado en el tiempo y estamos en el año 2009.

Quiere comprobar que esté haciendo los deberes. Se muestra maternal más que ministerial; y lleva ropa informal, blusa y vaqueros. Su expresión es alentadora.

Se sienta en un extremo de la cama.

Cariño, hace días que te veo rara.

Es una de esas charlas, en efecto.

Finjo escuchar el resto. Mamá ha ganado un concurso y le ha tocado el codiciado premio de un fin de semana de vacaciones para toda la familia.

Una oportunidad para estar todos juntos como antes, sin llamadas de trabajo, plazos de entrega ni estrés. Casi seguro será en agosto, a finales del verano.

Aire puro, naturaleza.

Parece que no tienen página web, sólo un folleto.

Me lo deja encima de la cama. Incluso me da un beso en la frente y me dice que hay puré de patata con carne en el horno, por si no salgo.

Está visto que hoy no faltará ni un tópico materno.

Sale y cierra la puerta sin hacer ruido, como hacía antes.

Cojo el folleto.

Sólo hay letras blancas sobre un fondo negro y ninguna foto: minimalismo con un toque de vanguardia.

Sale una lista de actividades. El marketing es de lo más exclusivo, al igual que la propia y misteriosa invitación.

«Bienvenidos a la Granja...»

49

Ben

Nunca he tenido muy claro quién propuso que fuéramos a ver la Granja.

Sin embargo, ese lugar proyecta una sombra tan enorme en la historia de Anna Ogilvy y en lo que ocurrió esa noche que no podemos pasarlo por alto. Harriet nunca ha estado, y yo tampoco. Es un viaje imprescindible para entender el trastorno de Anna y pasar a la siguiente fase del tratamiento. Siempre puedo alegar que la visita forma parte del tratamiento de Anna, y que mi interés es puramente profesional. Pero sé que esto es una verdad a medias y que me mueve un ansia más profunda y personal. Me siento muy cerca de Anna, y necesito entender los hechos de esa noche. Es más: quiero hacerlo.

No soy policía, ni me dedico a investigar escenarios del crimen. En teoría sigo siendo un asesor civil, pero como detective de la mente estoy convencido de que en los paisajes materiales se pueden encontrar pistas mentales, huellas esparcidas en el espacio y el tiempo.

Forma parte de mi terreno.

Resolver enigmas y desentrañar misterios.

Quiero recorrer y ver el lugar de los hechos con mis propios ojos. Quiero ver qué pistas concluyentes saco después de sumergirme en el entorno físico. Hasta entonces no descansaré.

Desde la separación, me muevo en metro y autobús o en coche de alquiler. Nuestro apolillado Ford Mondeo sigue en manos de Clara. Harriet asegura que un sueldo de enfermera no da para pagar la gasolina. Ella también va siempre en tren, metro o autobús, o a pie.

Así que alquilamos un coche en Hertz y quedamos el sábado a una hora intempestiva, con buenas provisiones de café Costa y comida de desayuno envasada. La carretera está desierta, casi apacible. Tras dejar atrás el oeste de Londres seguimos en dirección a los Cotswolds. Pronto la ennegrecida ciudad da paso a ondulantes campos amarillos, árboles artríticos y nubes de hojas caídas por el fuerte viento.

The Abbey nos confiere intimidad. Fuera de sus paredes volvemos a ser prácticamente dos desconocidos. Harriet y yo tardamos media hora en comunicarnos con naturalidad. Hablamos de la vida fuera de la clínica, sin hacer ninguna referencia a Anna, de momento. Yo vuelvo a contarle algunas anécdotas sobre KitKat. Harriet me confiesa que le

encantan los programas de telerrealidad de Netflix, cuanto más cutres mejor. La tercera vez que se lo pregunto me cuenta un argumento para una novela de crónica negra basada en sus experiencias en hospitales de alta seguridad. Parece cohibida. Yo estoy intrigado. Pasa al contraataque y me pregunta por Clara y la razón de que ya no estemos juntos. Le explico lo que ocurrió cambiando sólo algún que otro detalle.

Finalmente el GPS nos saca de la carretera y, después de hacernos circular un buen rato por pistas boscosas, nos comunica que casi hemos llegado.

Enseguida entiendo por qué estaban tan intrigados los medios de comunicación. He visto fotos, por supuesto, y muchas, pero no captan la atmósfera gótica y melancólica. La Granja está al final de una pista de tierra larga, estrecha y con demasiados baches para merecer el nombre de carretera.

El coche de alquiler avanza a trompicones por el terreno desconocido. Deberíamos haber elegido un cuatro por cuatro. Harriet está de acuerdo. Puedo imaginarme las ruedas girando y girando sin parar en el barro resbaladizo. Detengo el coche a un lado y apago el motor. Debemos retroceder algunos siglos. En este mundo los motores y la goma son inútiles. Necesitamos abrigos gruesos y botas de agua. Tenemos que fiarnos de nuestros pies.

—Es más salvaje de lo que imaginaba —dice Harriet—, y menos pintoresco. Parece la Tierra Media, más que Brideshead.

Deslizo el pie con el calcetín húmedo en una bota de agua y me subo la cremallera del abrigo. Luego me levanto y miro el camino embarrado. Al fondo se ve todo abandonado.

—Parece que después del asesinato la familia Fox tuvo que marcharse —digo—. Se ha convertido en una especie de meca para los adictos al *true crime*.

Una capa de mantillo lo cubre todo; una mezcla de barro, compost y naturaleza.

—Una meca algo descuidada.

—Sí.

—¿Vamos?

Nos pasamos el resto del trayecto en silencio. Los pies, en cambio, hacen ruido de succión, como cuando KitKat sorbe el batido con una pajita. Saco mi móvil. La cobertura es débil, pero suficiente para abrir un mapa en pdf de los informes de la policía, que refleja la distribución de la Granja el 30 de agosto de 2019 por la mañana.

Miro a la derecha cotejando el mapa con la lúgubre realidad.

—En los árboles del fondo empieza el Bosque —digo—. A la izquierda están las Ruinas, o lo que recibía ese nombre hace cuatro años, que es donde comían los huéspedes. Siguiendo recto, justo antes

del Bosque, están las cabañas: la azul, donde dormía Anna; la roja, que era la de Indira y Doug; la naranja, de Theo Ogilvy, y la verde, de Emily y Richard Ogilvy.

La entrada principal está separada del camino por varios tramos de cinta de aspecto tristón. No parece un precinto policial, pero tampoco puesto por unos aficionados. Simboliza bien la realidad de todo el conjunto. Cuatro años es bastante tiempo para que se deteriore algo sin desaparecer por completo. La distribución aún se ve con claridad. Las Ruinas de piedra, restos de una mansión de principios del siglo XVIII, están prácticamente iguales que la noche de los asesinatos. También están casi intactas las cabañas, que sobresalen como conchas entre la hierba rala. Por fuera se ven grandes boquetes, trozos de tejado barato que se ha llevado el viento. Por dentro están inhabitables. En cuanto al Bosque, ahí sigue, como una reliquia.

De repente me siento una hormiga, insignificante. Los viejos árboles que custodian la entrada del Bosque se mecen majestuosamente. Seguro que se remontan al pasado lejano de Inglaterra. Me pregunto qué no habrán visto. La página de Wikipedia habla de las vicisitudes de la familia Fox durante la guerra civil, del miembro de la familia que a principios del siglo XVIII salvó la finca con astucia mercantil y construyó una casa llena de oropeles palladianos, del disoluto Fox que durante la época victoriana dilapidó esa fortuna en el juego y de toda una serie de Fox más anodinos que se fueron integrando lentamente en la clase media, agobiados por el peso de estas tierras y de una historia de efímeros triunfos e irreversible decadencia.

Nos quedamos mirándolo todo con atención. En este momento sólo estamos Harriet y yo en el mundo. No existe nada más. Aquí fue donde empezó la historia. Estas tierras lo cambiaron todo. Me emociono sólo de estar aquí. Maldigo esta finca, pero no puedo apartar la vista.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Harriet.

Compruebo que funcione la linterna y echo un vistazo general.

—Sígueme —digo.

50

Ben

No podemos empezar por otro sitio. Los detectives psicológicos, como los arqueológicos, tienen que diagnosticar la causa, no sólo los síntomas. Las cabañas roja y azul son síntomas. Puede que el oscuro mundo del Bosque también lo sea, pero tenemos que empezar por aquí para luego ir avanzando.

Es un espacio vasto y solitario, con árboles tan grandes que se tocan y forman una especie de techo con las ramas. Los antiguos troncos de roble se comban y retuercen de tal modo que su forma parece casi humana. El suelo es un amasijo de barro, grava y hojas. Casi me dan ganas de persignarme o rezar en silencio antes de entrar. Al volverme veo el coche de alquiler, atascado en el barro de la pista. Me palpo los bolsillos, pero dentro del Bosque no habrá cobertura. Me imagino que entramos y no volvemos a salir, engullidos por la oscuridad, como Jonás en el vientre de la ballena. Respiro, cierro los ojos y pongo un pie delante del otro.

—¿Y por esto había gente que pagaba? ¿En serio?

Harriet me alcanza. Sus botas de agua se adhieren constantemente al barro. Ya se ha caído una vez y sus vaqueros están llenos de barro reseco, sobre todo las rodillas. También ella mira el Bosque con pavor. Está fuera de su zona de confort. Viendo su mirada de reticencia, adivino que este paisaje le trae recuerdos que preferiría olvidar: excursiones escolares, malas experiencias de camping con la familia, penosos festivales de música con exceso de barro y escasez de baños... La juventud sólo brilla de lejos.

Se para, jadeando un poco, e intenta que se le acostumbren los ojos a la oscuridad.

—Se me ocurren mejores maneras de tirar unos cientos de libras.

Sonrío.

—Dirás unos miles.

—Así que éste es el famoso Bosque.

—Sí.

—Parece un lugar encantado. Es como retroceder en el tiempo.

—Luchar o huir. El ser humano como depredador. Cerebros de la Edad de Piedra en un mundo de viajes espaciales.

Siento en el pecho la presión de la paranoia de siempre. En medio

del silencio agreste se oye el crujido tenue de las ramas y un ruido como de zapato de cuero. Tengo ganas de volverme, aunque sólo sea para cerciorarme de que no hay nadie, pero me resisto. El miedo nace en la cabeza y contamina el cuerpo. Son tantos los trastornos mentales que se originan en el bosque primigenio... Por eso es un símbolo tan especial en los cuentos de hadas y los mitos. Irse de casa y entrar en el bosque es la metáfora de dejar atrás las comodidades y los traumas de la infancia para internarse en el mundo ignoto de la edad adulta.

Cruzar ese umbral sin las debidas herramientas o la preparación adecuada provoca fractura psíquica y desintegración cognitiva. La mente no registra suficiente peligro, o no deja de registrarlo. Fue en sitios así donde aprendió a sobrevivir nuestra especie. La ansiedad, esa emoción que hace estragos en las sociedades industriales modernas, ha surgido de ese cruce entre nuestro modo supervivencia y las tensiones de la vida cotidiana en el siglo XXI. Nos sentimos cazados.

—Sigue sin tener sentido —digo.

—¿El qué?

Continuamos adentrándonos en el Bosque. La oscuridad se hace más densa. La luz se cuela entre los árboles. Los ruidos se burlan de nosotros.

—La teoría que enarbolan los detectives de salón —digo—. Según ellos, en el Bosque debió de pasar algo que provocó que Anna cometiera el doble asesinato. Según esta teoría sin el Bosque no habría pasado lo que pasó.

—¿No estás de acuerdo?

—Cronológicamente es posible. Lo único que pongo en duda es que sea posible psicológicamente hablando.

—Algo muy grave que hizo que Anna perdiera la cabeza. He visto a más de un paciente de hospital de alta seguridad con una historia parecida.

—¿Y a cuántos les habían diagnosticado antes una enfermedad mental?

Harriet se burla de mi ingenuidad.

—El hecho de que estuvieran en un hospital de alta seguridad puede dar alguna pista.

—Ya.

—Pero no en el caso de Anna. A ella no le habían diagnosticado ningún trastorno mental. Es lo que no tiene sentido. Las personas normales no se convierten en monstruos de la noche a la mañana, ni en cuestión de horas. Ni siquiera con un historial de sonambulismo sin tratar.

—Eso suponiendo que Anna Ogilvy hubiera sido siempre normal. Una cosa es hablar con normalidad y otra que tu cerebro funcione normalmente. Acuérdate de Shipman.

Es el asesino en serie británico que acaba saliendo en todas las conversaciones sobre el tema: un médico rural serio y aburrido, adorado por sus pacientes, que al mismo tiempo fue el peor asesino en serie de la historia del país. La lista completa de sus crímenes sigue pendiente de confirmación. Una persona en apariencia normal con un cerebro que no lo era.

—Se llama paralogismo —digo—. Aristóteles habló de este fenómeno muchas veces: una conclusión falsa a la que se llega mediante un razonamiento defectuoso. Como A pasa antes que B, A tiene que haber sido la causa de B. La partida de Cazadores contra Supervivientes precedió al doble asesinato. Por lo tanto, dentro del Bosque tuvo que pasar algo que provocó el doble asesinato. Suena convincente, pero en términos lógicos es una tontería.

A Harriet no le impresiona mi filosofía barata, en realidad parece harta de mi condescendencia masculina.

—Pues a ver, genio, ¿cuál es tu teoría alternativa?

Sonrío. Es una faceta de ella que aún no conocía. Incisiva, casi sarcástica, ahora no está en el papel de enfermera, ni tiene la obligación de soltar banalidades sobre cómo se cuida a los pacientes.

—Yo no he dicho que tenga ninguna.

—Si Anna no perdió la cabeza por culpa del Bosque es que lo había planeado todo, lo que significa que tenía la intención consciente de cometer los crímenes.

Me paro otra vez y me los imagino a todos aquí, en el Bosque: Emily, Richard, Theo, Anna, Indira y Douglas. Los veo con el armamento de *paintball* en las manos, escudriñando la oscuridad. Según las reglas del juego, los Supervivientes salen con ventaja. Para ganar, cada uno de los Cazadores tiene que tocar a cada uno de los Supervivientes. Las probabilidades juegan a favor de los Supervivientes. Todo depende de los Cazadores y su táctica. ¿Qué hacen, quedarse juntos o perseguir a sus presas por separado? ¿Qué es mejor, el trabajo en equipo o que todos vayan por libre? ¿A partir de qué momento los beneficios de formar parte de un equipo compensan la naturaleza de por sí engorrosa de un grupo social?

Miro los árboles. Ojalá revelasen sus secretos. Seguirán aquí cuando la leyenda de Anna O sea algo antiguo y olvidado. Es tanta la sabiduría que contienen estos troncos…

No se oye nada, sólo brisa, crujidos y sonidos inidentificables sin principio ni final. Por primera vez desde que era pequeño siento que me invade el miedo.

Doy media vuelta, impaciente por escapar corriendo de toda esta desolación.

—¿Ya te rajas? —dice Harriet con una sonrisa.

Otra vez ese tonillo de hermana burlona. Me imagino comidas en

familia, bromas hirientes y peleas por el último trozo de pastel de queso.

Respiro profundamente otra vez y trato de ver adónde lleva el camino.

—Diez minutos más y volvemos —digo.

51

Ben

La Cabaña Roja.

Cuánta intensidad concentrada en un solo nombre. La historia de Anna O ha tenido suerte en ese sentido. Siempre pienso que «La Cabaña Roja» podría ser el título de un cuento de Edgar Allan Poe o de una novela de Henry James de la última época, junto a rarezas como *Otra vuelta de tuerca*. Tres palabras sencillas, pero llenas de misterio. Un lugar encantado y tentador.

Como era de prever, la realidad no es ninguna de ambas cosas. Acabamos con el Bosque, turbados por la belleza de sus árboles retorcidos. Tardamos un buen rato en dar con el camino de salida, que nos lleva a la parte principal de la Granja. Las cabañas quedan cerca. Miro mi móvil y confirmo que no tengo cobertura. No es la primera vez que estoy en el escenario de un crimen. La muerte mancha los lugares, y les estampa el sello de prohibidos. Hay un fuerte hedor a muerte y una sensación de maldad latente nos envuelve.

No quiero quedarme ni un solo segundo más de lo necesario.

Todas las cabañas son construcciones de madera semiderruidas que se hunden lentamente en el barro. Todo está lleno de grafitis. Los turistas del *true crime* han dejado huella: a la derecha #JusticiaparaAnna, y al otro lado #Quelaencierren. También han sobrevivido algunos restos de la investigación policial original, como trozos de cinta y diversas cubiertas forenses de plástico.

Harriet y yo estudiamos el mapa en pdf de mi móvil para saber qué cabaña es la roja, la azul, la verde o la naranja. La última parte de nuestra peregrinación hasta aquí consiste en recrear de forma exacta los hechos de la mañana del 30 de agosto.

—¿Cuál de los dos hará de Anna? —pregunta Harriet con un tono asqueado y teñido de humor negro.

Es menos aprensiva de lo que me esperaba. De pronto recuerdo que es enfermera y que ha visto más miseria humana de la que yo veré jamás. El humor es una manera de sobrevivir.

Parece uno de esos recorridos turísticos a pie inspirados en los crímenes de Jack el Destripador, con la diferencia de que el asesino y las víctimas resultan mucho más reales. Quiero entrar en la cabeza de Anna y caminar por las huellas que dejó, tanto en un sentido literal

como psicológico.

—Yo seré Anna y tú una combinación de su padre y su madre —digo.

Harriet arquea las cejas.

—Me parece que no estamos respetando las edades. ¿Y las dos víctimas?

—Olvidadas en la vida y en la muerte. Lo siento. ¿Lista?

Ocupamos nuestros puestos. Me acerco a la Cabaña Azul y la inspecciono por dentro. Está menos vandalizada que la roja, aunque no faltan grafitis ni mensajes siniestros. Algunos turistas han escrito sus nombres encima del de Anna. Otros le desean que arda en el infierno, que la ejecuten con una inyección letal o que la quemen por sus crímenes. Una letanía de misoginia e insultos, como una versión analógica de las redes sociales.

Espero a que llegue la hora y, como buen actor de método, cierro la puerta de madera de la Cabaña Azul con un golpe del hombro. Quiero experimentar al máximo esos últimos momentos de vigilia de Anna. Recuerdo los rumores acerca de varios proyectos cinematográficos sobre la historia de Anna y me imagino a los actores de Hollywood visitando el lugar para prepararse el papel.

Abro una foto del informe policial que tengo guardada en el móvil. Muestra la Cabaña Azul la mañana en que encontraron a Anna. Estaba dormida en la cama. Tenía manchas de tinta en la mano derecha, pero no se encontró ningún cuaderno ni un bolígrafo. La cama ya no está, tampoco el resto de los muebles. Los guardan en algún almacén de pruebas, en espera del juicio. Quedan, eso sí, algunos toques decorativos, como unos tapices descoloridos, condenados a existir de forma fantasmal.

Veo que mi reloj marca la hora exacta y empiezo. Tengo que usar la imaginación: hay oscuridad absoluta durante los últimos segundos del 29 de agosto. Anna y los demás vuelven de su calvario en el Bosque y cenan juntos en las Ruinas. Luego se retiran a sus respectivas cabañas. No ha llegado a establecerse la secuencia temporal exacta de los crímenes. Sólo disponemos de aproximaciones. Cruzo la puerta de madera hinchada de la Cabaña Azul. Me he convertido en Anna. Con cada paso hago un ruido de succión al aplastar el barro y la hierba. El Bosque murmura. Cuatro años antes, la Granja está salpicada de puntos de luz: los de las Ruinas y los de las velas de las otras cabañas.

Veo delante la Cabaña Roja. ¿Qué siente Anna en este instante?

Y luego me doy cuenta. Me fijo en la Cabaña Roja mientras se me pegan y despegan los pies en el barro. Me recorre un escalofrío. Los pulmones me arden por el esfuerzo. Porque es eso, precisamente, un esfuerzo. Un esfuerzo consciente. La Cabaña Roja está más lejos de lo que parece a simple vista. El suelo es elástico y está vivo; me

engancha los dedos de los pies y se niega a soltarlos. Ya estoy más cerca. Aun así, todavía queda un buen trecho. Se me acelera el pulso.

Hago un último esfuerzo y sigo avanzando.

Oigo el tictac de mi reloj de pulsera.

Finalmente llego a la Cabaña Roja. Se supone que ahora está oscuro, tengo que acordarme de esto. La luz pálida y cargada de polvo debería ser negra. Como la puerta de la cabaña estaba cerrada, era más peligroso abrirla, más ruidoso, y por unas décimas de segundo sería posible que lo hubiera oído alguien. Pongo las manos en la puerta y la empujo con fuerza. Luego me quedo un momento en el umbral, visualizando dónde estaban esa noche las dos camas y dándome cuenta de lo cerca que está la puerta del resto de la habitación.

¿Es posible que siguieran durmiendo? ¿A ninguno de los dos lo sobresaltó el chirrido de la puerta? ¿Les había metido Anna algo en la cena para que no se dieran cuenta de que entraba?

Miro la hora. Me vuelvo y veo que Harriet está esperando pacientemente en la Cabaña Verde. Somos dos personas interpretando un horrible asesinato en medio del campo. Es de mal gusto, de comedia de serie B, aunque desde la puerta se parece más bien a una de esas películas gore retorcidas, de esas que al principio son cine barato pero que van haciéndose más oscuras e incómodas conforme se alejan de lo convencional para entrar en los dominios del cine de culto.

Vuelvo a tener esa sensación. La misma que en el Bosque. Esto no está bien. Se percibe una especie de energía kármica malsana, una pesadez en cada segundo que paso intentando recrear el sangriento asesinato de dos jóvenes en la flor de la vida. El caso se ha convertido en un juego de salón. La cobertura interminable silencia las consecuencias reales. Pero aquí, en el mismo sitio del suceso, las excusas desaparecen. Me adentro en la cabaña con un cuchillo imaginario en mi mano derecha, intentando recrear cómo se produjo la primera puñalada, y luego la siguiente: un crescendo sinfónico hasta asestar veinte golpes. Ya está.

¿Y ahora qué? Es la pregunta más inesperada. Se supone que el asesinato, planeado o impulsivo, le indica al asesino lo que tiene que hacer en cada paso, pero yo me quedo inmóvil. Todavía tengo en la mano el cuchillo imaginario. Detrás de mí los cadáveres aún están frescos, líquidos. Me miro la ropa y me imagino la sangre salpicando mi camisa blanca y bien planchada, salpicando el forro de la chaqueta, salpicando mis mejillas como un sarpullido de acné. Una lavadora y listo.

Doy media vuelta. Me tambaleo. Fuera hace más frío. La Cabaña Azul parece aún más lejana tras la consumación del acto. Ahora dos seres humanos adultos han muerto a sangre fría. Sé que es una

estupidez, pero el sentimiento de culpa hace que me pesen los pies. El efecto noqueador de haber roto por primera vez ese tabú inquebrantable. He leído bastante sobre asesinos para saber que la primera vez es incomparablemente peor que cualquier otra. Una cosa es matar y otra convertirse en un asesino, un paria, un apestado. Las cicatrices en el alma las deja la primera vez.

Me acuerdo de mirar el reloj. Calculo mal el siguiente paso y estoy a punto de caerme de bruces en el cieno. Mi esfuerzo ya no es consciente, sino existencial. Me pregunto cómo es posible que alguien no se despierte en un momento así. A menos que el sueño anestesie el trauma. Quizá sea eso.

Busco a tientas la puerta de la Cabaña Azul y la cruzo. Para mí la escenificación se ha vuelto tan real que este regreso, haberme ido siendo plenamente humano y volver con el demonio en mi interior, va acompañado de una horrible turbación psicológica. Puede que Anna fluyera por encima de sus actos, pero a algún nivel tiene que funcionar la mente. Algún residuo tiene que dejar.

Respiro y me voy recuperando. Es una simple interpretación. No he cometido ningún crimen, al menos hoy. Me imagino la cama, y a Anna desplomándose en ella. Sin embargo, hay un acto final, la parte que olvida todo el mundo, el mensaje de texto enviado por WhatsApp a su familia con las fatídicas palabras: «Lo siento. Me parece que los he matado.»

Saco mi móvil, tecleo el texto y se lo envío a Harriet. Al enviarlo casi me mareo. Han empezado a tambalearse las premisas. ¿De veras es posible que Anna mandara un mensaje así sin haberse despertado? Mecánicamente, sí. Se han descrito casos de pacientes que conducían dormidos, siguiendo itinerarios complejos. Estas palabras, sin embargo, tienen una intención consciente. La disculpa, el reconocimiento… Sentirse culpable implica estar consciente. Si en ese momento estaba despierta, quizá también lo estuviera antes. Quizá supiera exactamente lo que estaba haciendo.

Veo las dos marcas de leído. Me guardo el móvil. Voy hasta donde estaba la cama y me quedo esperando el sonido de las botas de Harriet por el barro. El mismo camino por el que llegaron esa noche Emily y Richard Ogilvy tras recibir el críptico mensaje. La espera se me hace más larga de lo que me imaginaba. Veo a los padres, despeinados y ojerosos. Cuántas falsas alarmas a lo largo de los veinticinco años anteriores: los accidentes, los errores, las drogas, el alcohol y los callejones sin salida de hacerse mayor. La forma en que el desastre a menudo se convierte en anécdota, en algo de lo que reírse más adelante, quitándole importancia.

Con la excepción de las tres últimas palabras. No: «Lo siento, creo que he tomado una sobredosis.» O: «Lo siento, me parece que me he

cargado el coche.» O: «Lo siento, me parece que estoy embarazada.»

A todo eso se puede sobrevivir. ¿Que son una pesadilla? Sin duda, pero se puede sobrevivir a ellas.

A esto no. A esto jamás.

Todo el mundo pregunta siempre: ¿era culpable? Y en este momento, estando aquí, comprendo que la respuesta es un claro y rotundo sí. Otra cosa es que sea culpable en el sentido jurídico, pero en la acepción más básica de la palabra sí es culpable. Ella empuñó la daga. Con sus actos mató a dos seres humanos, y eso es algo con lo que tendrá que vivir hasta el fin de sus días. La culpa será siempre parte de ella. He despertado a Anna en un mundo distinto al que dejó.

—Menos de diez minutos. —La voz de Harriet me ha sobresaltado. Tiene las mejillas rojas por la caminata y parece la mar de tranquila. La timidez y la torpeza social que muestra en la clínica brillan por su ausencia. Aquí, en medio de la naturaleza, ya no tiene que mostrarse respetuosa con los médicos, psiquiatras y neurólogos. Esta Harriet me gusta aún más. Prefiero la versión de fuera del trabajo que la uniformada—. Técnicamente, se podría ir de la Naranja a la Azul en menos de un minuto, suponiendo que el suelo no estuviera enfangado y contando con que pudieran correr.

Cierro los ojos y dejo de pensar. Mis pensamientos han quedado empaquetados y guardados en el desván de mi mente. Volvamos a la realidad.

Al presente, aquí y ahora.

—¿Qué? —dice Harriet—. Venga, suéltalo. ¿Alguna revelación? ¿Se han puesto a zumbar esas células grises?

Llevo demasiado tiempo aquí dentro. Vuelvo a sentir el mismo miedo, como de haber intentado resucitar a los muertos o haber perturbado el mundo de los espíritus. Ha sido un error. La luz ha empezado a declinar. Entre estas cuatro paredes, en ese Bosque, contaminado por las atrocidades que se cometieron sobre este suelo, reina una sensación de profunda maldad.

—Parece que hayas visto un fantasma —dice Harriet.

Lo ha dicho con tono de preocupación y el toque compasivo que conozco de antes: la enfermera ha vuelto a sustituir a la turista macabra.

Sonrío, haciendo acopio de todas mis fuerzas, y vuelvo a mirar la hora.

—Quizá lo he visto.

52

Ben

La iglesia está llena. Ya han cantado. El ataúd, encaramado como un vaticinio a su soporte, atrae todas las miradas. Por algún motivo parece demasiado pequeño para ella. No me extrañaría que Bloom se despertase de golpe, para gastarnos una broma final. Pero no, la tapa sigue firmemente cerrada. En cuanto terminó de hacer la autopsia, el forense accedió a que se llevaran el cadáver.

Ha llegado el momento de que Virginia Bloom descanse en paz.

Me centro otra vez en los apuntes. El atril está frío y tiene un tacto rasposo. Oigo el eco de mi carraspeo entre los antiguos muros de piedra.

—La doctora Bloom no era la típica cristiana —digo llegando al final de mi discurso y relajándome un poco—, pero creía sinceramente en la gente, y por encima de todo creía en la redención. Creía que la salvación estaba al alcance de todo el mundo. Muchos de los aquí presentes conocen los éxitos profesionales de Virginia: los nuevos caminos que abrió con sus estudios sobre psicología del sueño y las personas a las que les cambió la vida trabajando en The Abbey, personas destrozadas por no poder cerrar los ojos o por no poder abrirlos.

Hago una pausa y miro al personal de la clínica, vestido con sus mejores galas. También están Clara y KitKat. Recupero la compostura. Bloom era hija única y no tenía descendencia, pero coleccionaba amigos, conocidos y compañeros de trabajo.

—Ahora bien, así como el sueño es nuestra segunda vida, Virginia también tenía una segunda existencia: como coadjutora, voluntaria, pilar de la comunidad local, aunque vistiera de un modo tan poco convencional. Su fe era sutil pero profunda. Dejaba que sus actos hablaran por ella. Por decirlo con sus propias y memorables palabras, ¿para qué crearía Dios la diversión sino para que la disfrutásemos todos?

Las risas en voz baja de los asistentes resuenan por toda la iglesia.

—Lo más importante es que nunca daba a nadie por perdido. Estaba convencida de que su deber era mejorar lo que había caído, curar lo que estaba enfermo y redimir lo que estaba roto, como profesional y también como amiga. Ése era su credo, y para muchos nuestra

inspiración diaria.

Vuelvo a mirar la iglesia y entiendo por qué me resulta tan agradable. Está en las antípodas de la Granja, ese lugar impío y desprovisto de esperanza y misericordia. El silencio se prolonga hasta volverse incómodo, como un invitado que tarda demasiado en irse. Recojo mis apuntes y bajo del púlpito haciendo crujir la madera con mis zapatos de cuero.

Regreso al primer banco y me siento con el resto de los socios fundadores de la clínica. Ahora le toca al vicario entonar las alabanzas de una mujer que no perdonaba el martini de las cinco pero que tenía una sorprendente dimensión espiritual. Bloom tenía un lado quijotesco. Odiaba las categorías y etiquetar a la gente. Adoraba la contradicción.

Apenas escucho los susurros del vicario. En mi mente veo a Bloom tirada en el suelo de su casa. La oigo hablar atropelladamente por teléfono sobre el informe y pienso en su descripción del paciente X y las pistas que lo vinculaban al caso de Anna O. La ceremonia llega a su fin y sigo pensando en lo mismo. La muchedumbre de parientes, compañeros de trabajo y amistades se dirigen al salón municipal, donde los esperan zumos tibios y bocadillos en platos blandos de cartón. Murmuro unas instrucciones al organizador, asegurándome de que no se cuele ningún intruso. Es un acto privado al cien por cien, sin espacio para blogueros ni periodistas.

Más tarde, concluido el servicio fúnebre, Clara, KitKat y yo vamos a un parque que hay cerca. Ya nunca estamos los tres solos, pero a pesar de todo no se me hace raro. Clara y yo nos sentamos a mirar a KitKat desde un banco, con dos cafés para llevar. Le cuento mi excursión al lugar donde empezó todo.

—Me han dicho que la Granja lleva un tiempo abandonada.

—Si a la luz del día ya daba miedo —contesto tras un sorbo de café —, no me imagino lo que debía de ser por la noche.

—¿Alguna revelación?

—Intenté hacer el papel de Anna y cronometrarme entre las dos cabañas. Para empezar, dudo de que volviera caminando a la Cabaña Azul; no sin ayuda, en todo caso.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Seguro no estoy. Es una corazonada, una suposición basada en una serie de datos. Volver a la Cabaña Azul desde la Roja después de un acto así requeriría un verdadero esfuerzo.

—Señal de que podía estar consciente al cometerlo.

—O de que la trasladaron otras personas.

Justo entonces nos sorprende KitKat. Es su nuevo truco favorito. Le gusta acercarse con sigilo y aparecer cuando menos lo esperamos.

—¿Trasladar a quién, papá?

Veo que Clara hace una mueca de desaprobación. Hemos estado hablando demasiado abiertamente.

—A nadie, cariño.

—¿Estáis hablando de la señora dormida?

Miro a Clara. Habíamos acordado no contarle nada.

—¿La señora dormida?

KitKat mira los columpios con cara de preocupación.

—La señora dormida es mala.

—¿Ya está? ¿No dices nada más?

Se estira el jersey, como siempre que no le cuadra algo.

—Mamá dice que harás que la señora mala esté mejor.

Se va corriendo hacia el cajón de arena sin mostrar interés por los columpios. Trato de encontrarle algún sentido a lo que acabo de oír.

—¿Por qué habla de Anna Ogilvy?

Clara se me queda mirando como cuando está enfadada de verdad.

—Despierta, Ben —dice—. Hay una cosa que se llama internet. La gente ha visto el blog conspiranoico donde te nombraban y es de lo que habla todo el mundo, hasta los niños. Esto tiene su coste, para ti y para ella.

Miro a KitKat, que se ha puesto a jugar en el cajón de arena, y pienso en el funeral de Bloom y en mi obsesión por Anna. Me imagino que las amenazas de internet se hacen reales, horriblemente reales. Aún no se me ha ido el olor de la Granja. Las consecuencias están siendo lo contrario de lo que esperaba. Clara está más distante que nunca.

Me pregunto qué me estoy haciendo y qué estoy haciendo a mi familia.

Y por qué me resulta imposible parar.

Cuaderno de Anna

2019

3 de junio

Piso de Camden. Los mensajes de @PacienteX se alargan toda una semana más. Las horas de envío parecen indicar que estamos en el mismo huso horario. El estilo apunta a alguien instruido, rehabilitado y dejado en libertad para empezar desde cero. Son crípticos.

Releo nuestra última conversación:

> @PacienteX: Un consejo entre amigos: en el dominio público no vas a encontrar nada. No sigas perdiendo el tiempo acogiéndote a la ley de libertad de información.
> @RevistaElementary: ¿Cómo sabes que lo hago? ¿Trabajas en el Gobierno?
> @PacienteX: Ya te dije dónde tenías que concentrarte: en el ala Cranfield. Busca en la lista de visitas aprobadas.
> @RevistaElementary: ¿Y de dónde la saco?
> @PacienteX: Esfuérzate más, Anna. Busca la manera.
> @RevistaElementary: ¿En qué ayudaría al artículo? ¿Yo qué gano?

Ya tengo la introducción y algunos párrafos de la conclusión. Ahora necesito el relleno del bocadillo, la chicha.

Analizo mis opciones. Sigo necesitando un encuentro en persona con @PacienteX. No me gusta su tono de condescendencia y prepotencia machista, ni la idea de que mis solicitudes de información de libre acceso estén siendo espiadas, pero de momento lo necesito. Pienso en Broadmoor, en mamá, en Sally Turner y en la doctora Bloom. También pienso en papá y la Otra, esa mujer misteriosa.

Esfuérzate más. Piensa.

Leo otra vez el último mensaje de @PacienteX.

@PacienteX: Detrás de todo esto hay alguien, Anna. Despierta. Sally Turner tiene un hijo. Si encuentras al sospechoso habrás encontrado la historia. Ha llegado la hora de salir de caza.

10 de junio

Hospital Broadmoor, Berkshire.

A sesenta kilómetros de Londres. Ya he leído su historia, trata sobre unas gárgolas que salen de la oscuridad: fundado en 1863 como manicomio para delincuentes con trastornos mentales; gestionado por el Ministerio del Interior hasta el año 1949; rebautizado como Broadmoor Institution; asignado en 1960 al Ministerio de Sanidad con el nuevo nombre de Broadmoor Hospital; y, por último, gestionado actualmente por un consorcio que responde al anodino nombre de West London NHS Trust. Del terror más espeluznante a la burocracia más soporífera en ciento cincuenta y seis años.

El hospital es un gran recinto victoriano de ladrillo rojo que al natural resulta aún más grande y repulsivo que en las fotos, lo que ya es decir. Llego hasta los indicadores de colores del NHS y veo muros altísimos y medidas de seguridad por todas partes. He oído hablar tanto de este sitio... El manicomio para criminales con peor fama del mundo, que ha albergado a los peores asesinos en serie de los que se tiene constancia y que ha quedado inmortalizado en la crónica negra por sus trabajos pioneros sobre la psicología de las mentes más pervertidas de la sociedad.

El sospechoso. En líneas generales soy alérgica a las teorías de la conspiración. Pocas veces es posible meter todas las investigaciones criminales dentro de un solo y pulcro paquetito. Aun así, no he podido dejar de pensar en la última frase de @PacienteX.

Sally Turner tiene un hijo, la pieza que completa el puzle de su muerte. ¿Significa eso, por lógica, que a Sally Turner la mató su propio hijo? ¿O que la ayudó introduciendo el cuchillo de plástico con el que ella puso fin a su vida?

Encontrar al sospechoso será encontrar la noticia.

Podría ser importante...

He estado buscando entre todos los nombres vinculados a esta historia y tengo un sospechoso al que no puedo ignorar, un candidato a ser el hijo biológico de Sally Turner. Como no podía ser de otra manera, le cambiaron las fechas de nacimiento y borraron cualquier relación con Sally (pasaporte, permiso de conducir, número de la

seguridad social), pero puedo imaginarme lo que debía de significar para ese adolescente visitar a Sally Turner allí dentro. Me pregunto si el sospechoso —llamémoslo «mi sospechoso»— aún tiene pesadillas sobre Broadmoor y sus demonios, y cómo lleva tener una madre de tan triste fama como el Monstruo de Stockwell.

He hecho los deberes y sé que Broadmoor, como la mayoría de los puestos de avanzada del Departamento de Salud, fue uno de los últimos en adoptar el registro digital. Los voluminosos expedientes de pacientes de finales del siglo XIX se guardan en un centro de archivos gestionado por el Berkshire Record Office. Para consultarlos, los historiadores, especialistas en criminología, psicólogos y otros deben registrarse en la entrada principal. Otro requisito previo a la visita es estar acreditado por alguna institución de enseñanza superior, o autorizado por un ex trabajador del centro directamente relacionado en el archivo.

Durante la espera leo la hoja plastificada donde se especifican las condiciones de acceso:

> En cumplimiento de la Ley de Documentos Públicos de 1958, los archivos clínicos y de cualquier otra índole del hospital Broadmoor (antiguamente Manicomio Clínico de Broadmoor) deberán ser conservados con finalidades de investigación por el British Record Office. Su consulta se regirá por la Ley de Libertad de Información de 2000 (FOIA) y la *Guía de acceso a las solicitudes de consulta de los archivos sanitarios* del Departamento de Salud (2010).

Soy la última de la fila. El funcionario, un hombre con cara de aburrido, me pregunta mi nombre y la institución a la que estoy vinculada.

—Vengo de parte de la baronesa Ogilvy —digo entregándole una carta de autorización.

Está escrita a máquina en una hoja con membrete de la Cámara de los Lores que he cogido del despacho de mamá. He falsificado su firma al final. Pone que fue secretaria de Estado del Departamento de Salud entre 1997 y 2005 y que entre sus atribuciones se contaban los servicios de salud mental y la supervisión de los hospitales de alta seguridad de Broadmoor, Rampton y Ashworth. La firmante desea consultar el archivo oficial para unas memorias que está redactando, y como yo estoy investigando para ella solicita que se me permita el acceso al archivo en su nombre. Una mentira más, aunque de las

mejores, eso sí.

El funcionario lee despacio y, tras varios minutos, se baja las gafas, hace un mohín con fingida gravedad y mueve la mano para que pase. Me uno a otros cuatro investigadores. Nos llevan por un patio grande hasta el lado oeste del recinto. Hasta entonces se me olvida respirar.

El archivo del British Record Office es un espacio enorme y con exceso de calefacción que me recuerda una majestuosa biblioteca del siglo XIX llena de hombres que exhiben llamativos mostachos y miden los cráneos de los pacientes. Se respira un aire espeluznante y fétido. Nos ponemos a trabajar en presencia de uno de los vigilantes. A la derecha hay un pequeño plano de la sala, que consulto. Primero acoto mi investigación por épocas y luego por ubicaciones. Busco información sobre el ala Cranfield a finales de los años noventa.

Consulto una infinidad de carpetas de cartón, buscando en vano referencias a MEDEA. Al probar con BLOOM encuentro un batiburrillo de material documental y correspondencia sobre el trabajo de la doctora V. Bloom como asesora en psicología clínica en Broadmoor, con referencias a cientos de pacientes. Mi último criterio de búsqueda, TURNER, me remite a la caja veintisiete. Encuentro los datos que buscaba en una sola hoja de papel perdida en un rincón mohoso de la caja. Es una nota mecanografiada de la doctora V. Bloom, asesora en psicología clínica, al director de los Servicios Especializados y Forenses, y reza así:

DE: BLOOM, DRA. V.
PARA: DSEF (SHU)
ASUNTO: PACIENTE 8637892CRAN
FECHA: 02/06/99

En relación con la propuesta de reforzar las medidas de seguridad que se expuso durante la última reunión del consejo del Departamento de Salud, solicito por la presente un incremento del cinco por ciento para el proyecto especial del que se debatió. Dado el excepcional interés que suscita el paciente en la opinión pública y la prensa, sería aconsejable que el proyecto especial se efectuase de manera discreta, y que (si el caso sigue adelante) la lista de difusión se redujera al mínimo, con carácter estrictamente interno. Solicito únicamente un pequeño equipo de dos auxiliares de enfermería. Solicito también que se informe tan sólo del proyecto al DSEF y el DC. Haré un seguimiento personal de esta

nota. VB

El 2 de junio de 1999, cuando se envió esta nota, aún estaban juzgando a Sally Turner. Las siglas DSEF corresponden a Director de Servicios Especializados y Forenses, y DC a Director Clínico. El «proyecto especial» debe de ser MEDEA, aunque aún no lo llamen así. Busco el nombre del director clínico en otros documentos, pero sólo encuentro el del director de Servicios Forenses al final de otra aburrida carta sobre presupuestos. Está firmada por un tal Stephen Donnelly.

De la sala de consulta no se puede sacar nada. Memorizo el documento y consulto más informes. Todos tienen dentro un papelito donde pone «exención de la Sección 41».

Al acabarse el tiempo estipulado nos hacen salir del edificio y nos acompañan otra vez al mostrador de entrada. Recojo mi móvil y me apresuro a escribir todo lo que recuerdo en la aplicación de notas de mi iPhone. Busco en Google «exenciones Sección 41 Ley de Libertad de Información 2000» y leo.

> Exención de la Sección 41: respuesta negativa a una petición amparada en la Ley de Libertad de Información en caso de que la información solicitada se hubiere facilitado de manera confidencial (como la de tipo médico o clínico) y el acceso a ella supusiere una infracción punible de la confidencialidad.

Cierro la pestaña. Tengo un nuevo mensaje. Otro de @PacienteX —mi fuente privilegiada, mi Garganta Profunda— en respuesta a una de mis propuestas.

Es todavía más corto que de costumbre. Solamente pone «Día 17 - 10.00 h».

Mi petición se ha hecho realidad.

Vamos a vernos las caras.

53

Ben

The Abbey, Harley Street.

Después del funeral la vida sigue su curso. El miedo y la paranoia continúan acechándome, aunque atenuados por las exigencias de la vida cotidiana.

Hacen falta varias sesiones para que se produzca un gran avance. Independientemente de que se deba a una APT o a un breve proceso de adaptación después de un sueño tan prolongado, la pérdida de memoria de Anna comporta que los recuerdos más antiguos tarden un tiempo en salir a la superficie. Su mundo onírico, en cambio, será mucho más accesible y nítido. Es el mundo en el que ha vivido los últimos cuatro años. Desde la noche en la Granja su existencia ha estado limitada a un paisaje mental hecho de sueños, y los sueños pueden ser una puerta de acceso a la memoria.

Por ahí empezaré.

La recuperación de Anna es paulatina. Tiene las cuerdas vocales oxidadas y los niveles de energía bajo mínimos. Cada día se le aumenta y modifica la dieta. De estar minutos despierta pasa a estarlo toda una hora. Consigue articular sintagmas, y a partir de cierto momento oraciones más complejas. Su vocabulario se enriquece lentamente.

Asisto a su recuperación sin haber resuelto mi conflicto interno. Profesionalmente, mi deber es ponerla en condiciones para ir a juicio, pero por otro lado siento la obligación moral de prolongar al máximo su estancia en la clínica. Donnelly intentó asustarme hablándome de las amenazas que pendían sobre mí y sobre mi familia, pero según cómo se mire es todo lo contrario: mientras Anna esté aquí seguiremos contando con la promesa de la protección policial. El Ministerio de Justicia no dejaría que le pasara nada a su sospechoso de asesinato número uno. Sin embargo, en el momento en que Anna entre en la cárcel mientras espera que se celebre el juicio, las autoridades se desentenderán de The Abbey y de mí.

Donnelly siempre podría pedir otro diagnóstico, pero la realidad es que sé demasiado. El diagnóstico de APT no permitirá que Anna siga siempre aquí. Tan ingenuo no soy. Ahora bien, valen más unas semanas de gracia que nada. Eso me dará tiempo para intentar unir

los puntos de la trama y averiguar qué descubrió Bloom antes de morir.

Unas semanas más me dan esperanza. Y, como sabemos, la esperanza mueve montañas.

Pasan varias semanas antes de que entre en la sala de tratamiento para nuestra primera sesión de análisis propiamente dicha. Harriet deja a Anna apoyada en los cojines y sale. Aún parece un fantasma. Necesita urgentemente que le dé el sol. Nos miramos y trato de interpretar su expresión, pero tiene algo raro, misterioso. La inmovilidad de su cara resulta casi alarmante. Parece un actor dando muestras de un grado heroico de autocontrol, o una modelo en el estudio de un pintor. La única excepción son los ojos, que parecen demasiado conscientes de sí mismos, como si su inmovilidad estuviera calculada, por no decir ensayada.

Espero a que se oiga el clic de la puerta al cerrarse. Desde el funeral de Bloom ha cambiado algo. Ahora mando yo. Puedo dar rienda suelta a mi obsesión por Anna, en su doble condición de asesina y enigma médico. Por eso me dedico a este trabajo, por anomalías de ese tipo.

Empiezo con las presentaciones de rigor: mi nombre, dónde se encuentra y el chequeo médico diario. Nunca me había preparado para una sesión tan peliaguda. Si le digo toda la verdad, su mente volverá a hibernar. Emily, y todas las otras visitas, tienen órdenes estrictas de referirse sólo a un accidente del pasado sin especificar.

Yo sigo la misma pauta. Le digo: soy miembro del equipo de la clínica del sueño The Abbey, en Harley Street. Llevas mucho tiempo aquí como paciente, Anna, a consecuencia de un incidente en Oxfordshire. Desde entonces has estado profundamente dormida, y estamos ayudándote a que te recuperes. Esta sesión forma parte de ello. Seguro que tienes muchas preguntas, pero será mejor que vayamos poco a poco.

En mi despacho tengo un póster con la lista de los sueños más habituales del mundo: perder los dientes, ser perseguido por alguien, no encontrar un baño, aparecer desnudo en público, ir a un examen sin estar preparado, volar, caerse sin red de seguridad, viajar en un coche descontrolado, tropezar por una habitación vacía y en desuso y llegar tarde a una cita.

Los sueños son una autopista a nuestros secretos más oscuros, y es posible que también a nuestros más oscuros recuerdos. Los de Anna podrían desbloquearlo todo.

Hasta ahora he sido paciente. Después de cuatro años de sueño es lo mínimo que se puede pedir, pero hoy le noto la voz más fuerte, así que decido arriesgarme.

—Háblame de tus sueños, Anna —digo—. ¿Qué ocurre en ellos?

La voz aún le sale ronca, torpe, como un bebé aprendiendo a

articular las sílabas.

—Empiezan en un bosque.

—¿Cómo sabes que es un bosque?

—Porque está oscuro y hay árboles por todas partes.

—¿En el sueño siempre es el mismo bosque?

—Sí.

El bosque del sueño. El Bosque de la Granja la noche del doble asesinato. Vuelvo a mirarla atentamente.

—¿Qué ropa llevas?

—De montaña, creo que roja. Y azul.

—¿Cómo te encuentras?

—Siento el aliento del diablo dentro de mí.

—¿Qué pasa en el bosque?

Anna cierra los ojos.

—Tengo algo en las manos.

Hago una pausa, respiro profundamente, espero.

—Un cuchillo.

Me esfuerzo por seguir hablando con normalidad, sin delatar ningún temblor de impaciencia en la voz.

—Y entonces, ¿qué pasa?

Anna sigue explicándolo.

—Veo que tengo las manos manchadas de sangre, pero no veo ninguna herida. Corro hasta los límites del bosque.

—¿Sabes qué hay detrás?

—Sí, una ciudad que se llama Maratón.

—¿Y después de eso qué pasa?

—Veo luz al final del bosque, y se acaba el sueño.

Hago otra anotación y no digo nada durante un rato para que Anna pueda volver a la superficie. Abre los ojos. La luz de la habitación la hace parpadear.

—¿El sueño siempre sigue la misma secuencia? —pregunto.

—Sí.

El Bosque. El cuchillo. La sangre. Correr hacia la libertad.

—Ahora quiero que probemos con la asociación libre —digo—. Yo te digo una palabra y tú me contestas lo primero que se te ocurra.

Asiente, cansada.

Miro mis apuntes. Los símbolos están dispuestos en forma de lista, con un punto antes de cada uno.

—Bosque. ¿Qué te viene automáticamente a la cabeza cuando digo la palabra?

Anna suspira.

—Peligro.

—¿Cuchillo?

—Sangre.

—¿Maratón?

—Verdad.

Me imagino a otras personas leyendo una transcripción de esta sesión y preguntándose qué relevancia pueden tener los sueños en un caso de doble asesinato, pero tengo que trabajar con el interior de la mente de Anna. La verdad simbólica custodia el acceso a la verdad literal.

Anna bosteza y tiene los ojos soñolientos.

—Me suenas de algo —dice en voz baja.

Sonrío.

—La mayoría de los pacientes de EMC experimentan amnesia postraumática y paranoias agudas. Es muy habitual. Llevo meses tratándote, pero nunca nos hemos visto fuera de esta clínica. Soy socio fundador de The Abbey.

Por hoy ya está bien. Hago señas hacia el otro lado del cristal y al cabo de unos segundos llega Harriet, que ha estado siguiendo la sesión por una pantalla. Me pregunto cuánto ha oído, y hasta qué punto puede llegar a ser un peligro todo esto.

Harriet tranquiliza a Anna con un sedante. Espero a que los monitores indiquen que se ha estabilizado para salir y volver a mi despacho.

Sigo dándole vueltas al sueño de Anna.

54

Clara

Clara no se esperaba este correo electrónico, o al menos no así. Stephen Donnelly es subdirector jurídico del Ministerio de Justicia; tiene la agenda planeada con meses o incluso años de antelación, y no se dedica a escribir a subcomisarios, y menos a inspectores. La dirección, no obstante, es claramente la suya. El mensaje especifica una ubicación, junto con el requisito de no informar a nadie del encuentro hasta después de que se haya producido.

Una vez hechas las comprobaciones de rigor, Clara llega a la conclusión de que el correo electrónico es auténtico.

Llega al acceso este del Ministerio de Justicia, en el 102 de Petty France, donde la recibe un funcionario. Le piden el móvil, le dan una identificación de visitante y la acompañan a una de las salas de alta seguridad de la cuarta planta.

Cuando entra, Donnelly ya está sentado. No hay apretones de mano, ni se ve café por ningún sitio. En Whitehall el caso de Anna O aún recibe el nombre de «Proyecto Downton», en alusión a The Abbey. Clara se pregunta cuál será el motivo de la reunión. ¿Habrán intentado atacar a Anna saltándose las medidas de seguridad de la clínica? ¿Le habrá llegado a un periodista la noticia de que está despierta? O algo mucho peor: le ha pasado algo a Kitty, el colegio, un accidente.

—Perdón por el subterfugio —dice Donnelly en primer lugar—, pero es que hay novedades, y muy serias. Siéntese, por favor.

Saca varias hojas de una carpeta que tenía encima de la mesa y le da una a Clara.

—¿Cuánto sabe del trabajo de su ex marido sobre el análisis de sueños? —pregunta.

Al principio Clara no está segura de haber oído bien, pero luego ve que Donnelly está muy serio.

—Creo que una vez escribió un libro sobre el tema —dice—. También es una de las materias que enseña en Birkbeck.

—Ya.

—¿Por qué?

—Hemos hecho un seguimiento de sus sesiones de análisis con Anna, y la prisionera habla de un sueño recurrente donde siente «el

aliento del diablo dentro de mí». Normalmente no le daríamos mayor importancia, claro. —Donnelly saca otro papel de una carpeta—. Pero por desgracia este caso no tiene nada de normal.

Al mirar la nueva hoja, Clara ve el membrete oficial con el blasón del Ministerio de Justicia, y debajo el logo del Laboratorio de Ciencia y Tecnología de Defensa de Porton Down.

—Desde los envenenamientos de Salisbury —explica Donnelly—, Porton Down tiene muy vigilada una droga callejera que se llama escopolamina.

—¿La droga de la violación?

—Es uno de sus usos. La escopolamina desactiva la memoria a corto plazo de la víctima bloqueando las células nerviosas del cerebro. Lo peor es que desaparece del flujo sanguíneo en cuestión de horas, cosa que dificulta mucho su detección.

—¿Qué otros usos tiene?

—Es un alcaloide psicoactivo que se obtiene de las semillas de la trompeta de ángel. Tiene el aspecto de polvo blanco parecido a la cocaína, totalmente inodoro e insípido. Sus efectos se agravan mucho al combinarlo con el alcohol. Se usa en cantidades muy pequeñas para enfermedades comunes como el Parkinson, el Alzheimer, la cinetosis y las náuseas postoperatorias, pero con un gramo se podría matar a varias personas. Las víctimas entran en estado de hipnosis, se comportan como zombis, sin voluntad propia y se vuelven muy sugestionables. En muchos casos sufren parálisis, alucinaciones y ataques al corazón. Se usa como droga de control mental en robos y secuestros. A las víctimas no les queda ningún recuerdo de los hechos.

—¿Cree que a Anna Ogilvy pudieron darle escopolamina sin que lo notara?

—El detector de palabras clave se activó cuando dijo «diablo» y «aliento». No sé si sabe que la escopolamina tiene otro nombre más común.

Clara lo entiende de golpe.

—Aliento del diablo.

—Exacto. —Donnelly saca otra hoja de su carpeta y se la da—. Éste es el último informe forense sobre la casa de Virginia Bloom. En la caja fuerte de su estudio se encontraron algunos restos de escopolamina. Al lado también había un pelo que la Policía Científica ha identificado como del doctor Prince.

Clara no entiende adónde quiere llegar Donnelly.

—Teniendo en cuenta que el cadáver lo encontró Ben, no es muy sorprendente.

Donnelly vuelve a consultar su informe.

—Durante su declaración al doctor Prince se le preguntó varias veces si había ido a algún otro sitio de la casa aparte del pasillo y la

sala de estar, y lo negó en tres ocasiones. Por otro lado, reconoció haber cogido el cuchillo.

—¡No irá a pensar que Ben tuvo algo que ver con el asesinato de Bloom!

—Mi cometido, el único que tengo, es velar por la integridad del futuro juicio. Cualquier señal de que a Anna la drogaron, o de que su ex marido mintió a la policía, lo pondría todo en peligro.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

—Porque ahora mismo —responde Donnelly— creo que es la única persona relacionada con este asunto en quien puedo confiar. Nuestros expertos en ciberseguridad también han encontrado indicios que vinculan el blog que reveló la participación de su marido en el caso con otra persona que trabaja en la clínica. El usuario usa el apodo @Sospechoso8.

—¿Y quién es?

—Hemos encontrado un rastro criptográfico relacionado con el servidor donde tiene alojado su blog @Sospechoso8. Lleva a la fraudulenta asesoría de salud y seguridad que Melanie Fox había contratado para la Granja la noche de los crímenes, y creemos que la persona que se hace llamar Lola Ridgeway es la misma que la que usa el apodo @Sospechoso8. Para haber subido la información al blog también tiene que ser una de las cinco personas al corriente de que trasladarían a la presa a The Abbey.

Clara escucha, pero sin entenderlo del todo.

—¿Quién lo sabía?

Donnelly las enumera con los dedos de la mano derecha.

—Nosotros dos, Emily Ogilvy, ahora Emily Sheperd, como pariente más cercana. —Hace una pausa—. Su ex marido. Y la única persona que ha estado con Anna desde el principio.

Clara siente brotar el nombre entre sus labios.

Esa ayudante angelical que siempre pasa desapercibida.

Harriet.

Cuaderno de Anna

2019

17 de junio

Fuente en recuerdo de la princesa Diana, Hyde Park.

Llego temprano. Es un día laborable. El cielo anuncia lluvia. Hyde Park está concurrido, pero no a reventar. He dedicado toda la semana a leer sobre periodistas de investigación que se pasan a la clandestinidad y sobre operaciones tras las líneas enemigas. Me pregunto si @PacienteX habrá elegido un punto de encuentro cerca del agua para que no lo graben, como los espías de las películas antiguas, que abren los grifos para que nadie oiga lo que dicen.

El contacto está sentado en un banco, cerca de la fuente, con el *The Times* de hoy. Es la señal que hemos pactado. No me lo esperaba tan joven. Todas las investigaciones siguen las mismas reglas básicas: no usar nunca tu nombre real, introducir cambios sutiles en tu imagen (oscurecer el pelo rubio con un gorro de lana, ponerse unas gafas de montura gruesa, aumentar la estatura con tacones), sacar la batería del móvil y usar sólo teléfonos de prepago. Es lo que te enseñan en cualquier máster en Periodismo de Londres, pero bueno...

Me siento en el banco y el contacto me pregunta si voy a grabar el encuentro. Es un momento decisivo. Opto por mentir en bien del artículo, de la revista, de las expectativas de absorción y de mis perspectivas económicas y laborales. Entonces pasa la primera cosa rara: el contacto saca otro móvil de prepago y me lo da. Me explica que no es el contacto de verdad, sino el enlace. Yo tengo que quedarme donde estoy, esperando instrucciones. Luego se levanta y se va.

Me quedo un momento descolocada. Parece raro. Justo cuando voy a irme suena el móvil. En la aplicación de mensajería segura hay un nuevo mensaje. Lo leo:

PACIENTEX: Has sido descuidada, Anna.

Otra vez el tono de condescendencia masculina. Una parte de mí se plantea que pueda ser una encerrona. Noto el cuello pringoso de miedo, y me sudan las palmas de las manos al contestar:

> **YO:** Creía que íbamos a vernos en persona.
> **PACIENTEX:** Aún no sé si puedo fiarme de ti.
> **YO:** ¿Por qué?
> **PACIENTEX:** Porque te vigila alguien, un hombre de un metro ochenta y cinco, sobre los noventa kilos, con un cochecito de bebé. Muy bonito, por cierto, el abrigo azul.

Me vuelvo bruscamente y me quedo mirando a los turistas que tengo más cerca. He seguido todos los consejos de internet: fijarse en el reflejo de los escaparates, pararse y atarse los cordones, dar rodeos y volver sobre mis pasos, pero esto no es lo mío, y no puedo descartar que alguien me haya pasado desapercibido. En efecto, detrás de mí hay un hombre de metro ochenta y cinco y unos noventa kilos. Empuja un cochecito con un bebé dentro y se toma un café mientras consulta el móvil. No hay pareja o mujer a la vista.

«Muy bonito el abrigo azul...»

Conque el paciente X me ve, señal de que está cerca; a menos que sólo me haya visto cuando salía del piso, pero bueno, da igual: el caso es que podría ser una broma de mal gusto de alguien que está mal de la cabeza, y yo he sido tan tonta como para dejarme engañar. De todas formas, ya estoy metida hasta el cuello. Mis planes de derrotar a Doug e Indy y frenar la absorción de la revista —mi revista— por GVM dependen de publicar este artículo y hacer valer mi papel de directora.

Decido mantenerme firme e ir a por todas.

> **YO:** Vas de farol. He comprobado que no me sigue nadie. Me prometiste un encuentro en persona y más información, y no has cumplido. O me das algo en los próximos diez segundos o la cosa se acaba aquí.

Espero. Como se vaya la fuente me quedaré sin nada más que peticiones amparadas por la ley de libertad de información, pero sin la menor utilidad, y una vieja nota de un informe medio podrido. Cuento hasta cinco mentalmente y veo que en la aplicación pone «escribiendo».

PACIENTEX: ¿Has encontrado en el archivo lo que comentamos?
YO: El registro de visitantes no, pero encontré una nota de Bloom al director de Servicios Especializados y Forenses, y la fecha encaja. Habla de un proyecto especial que estaban haciendo en Broadmoor. ¿Era MEDEA?
PACIENTEX: Sí.
YO: ¿Para qué pidió Bloom que aumentaran un cinco por ciento el presupuesto?
PACIENTEX: El experimento MEDEA era caro, y Bloom necesitaba un presupuesto propio, separado de la financiación normal del Gobierno. Algo que pudiera desmentirse.
YO: ¿Por qué?
PACIENTEX: ¿Tú por qué crees?
YO: ¿En qué consistía el experimento MEDEA?
PACIENTEX: ¿Has leído los estudios de Bloom?
YO: Algunos, dentro de lo que puedo entender yo.
PACIENTEX: Pues busca un artículo titulado «El método Medea: personalidad y parasomnia». Es de los primeros que escribió, y no se ha digitalizado nunca.
YO: ¿Y tú cómo sabes tanto sobre el tema? ¿Quién eres?
PACIENTEX: De camino a casa saca la SIM y tira el móvil. Si no, me enteraré. Y la próxima vez no vengas con nadie. Adiós, Anna.

El chat se interrumpe. Tengo la sensación visceral de que me observan. En medio del bullicio hay unos ojos que no me quitan la vista de encima. Me planteo ir a por todas y hacer público todo lo que he descubierto, pero al final no me decido. Vuelvo a sentir el hormigueo del miedo en la piel.

Pido un café, me lo bebo de un trago y meto el móvil en el vaso vacío. De camino a casa lo tiro a una papelera, sin bajar la guardia ni un instante. Pienso en Broadmoor, con sus malévolos edificios victorianos, en el árido texto mecanografiado de la nota y en que mi fuente esté al corriente de mis solicitudes de información.

Por primera vez estoy cerca de algo que no comprendo del todo, excediendo con mucho mis límites habituales. Me estoy adentrando en un mundo en el que reinan la locura y la maldad, y la sombra del peligro se cierne sobre cada encuentro inesperado.

En vez de ir al piso cojo el metro hasta Hampstead. Esta noche necesito seguridad, la comodidad de casa. Veo a mamá en la mesa de la cocina y tengo ganas de abrazarla con fuerza, como una niña que

corre para ponerse a salvo. Me da pena. Se merece algo más que papá y esa humillante pantomima de la Otra.

Me sonríe.

—¡Anda, qué sorpresa tan agradable!

Me quedo en la cocina sólo para estar cerca de ella, deseando que no se acabe el día.

Esta noche no puedo estar sola.

Oigo cómo me llaman los demonios.

55

Ben

Cuando vienen a buscarme estoy con Anna.

Cuadra, supongo. Mi fin es mi principio.

Estoy solo en la sala de tratamiento. Ella no está despierta, hace rato que duerme. Ya no hablo, me quedo sentado y la miro. Es mi vigilancia silenciosa.

Siempre me he imaginado como uno de los protagonistas más cuerdos de Hitchcock, si es que eso existe. Soy el Cary Grant de *Encadenados*, o el de *Con la muerte en los talones*, o el que seduce a Grace Kelly en *Atrapa a un ladrón*. Ahora, en mi noche oscura del alma, me pregunto si lo habré entendido todo mal.

No soy uno de los Rat-Pack, vestido de esmoquin, impecable, que siempre se lleva a la chica, sino el James Stewart de *Vértigo*. Soy Scottie, el ex detective traumatizado y lleno de cicatrices que se automedica con planes de lo más retorcidos para que Kim Novak se convierta en una fantasía. Al ver a Anna ahí tumbada, siento que mi yo se está cayendo a pedazos en la moqueta.

Estoy desquiciado. No tengo una explicación racional que justifique mi obsesión por este caso; ni mi falta de ética a la hora de saltarme los límites. Pero estar aquí con Anna impide que piense sólo en el cadáver de Bloom, en el cuchillo en mis manos, en la sangre y el trauma de esas pocas horas. En lo que hice de verdad esa noche, los pasos que tuve que dar. Haciéndome el inocente.

Esta mañana, cosa rara, no está Harriet de guardia. Me siento con una taza de té con leche para desayunar, oyendo cómo retumba vagamente el tráfico de Harley Street. Me imagino a KitKat en el cole y me extraña que Clara no haya respondido a mis últimos mensajes de WhatsApp sobre el fin de semana que viene.

Justo entonces lo oigo.

Al principio es un estruendo de chirridos y frenazos delante mismo del edificio. Parece más de un coche; quizá sea un taxi. O el séquito de algún famoso que ha hecho caso omiso de las instrucciones de llegar por el acceso trasero y reducir al mínimo el número de acompañantes. Oigo varios portazos y una sucesión de pasos, como si se acercara un ejército. Pum, pum, pum.

Me aproximo a la ventana y miro entre las cortinas procurando no

despertar a Anna con la luz. En la entrada de la clínica hay dos coches patrulla aparcados y justo detrás otro sin identificar: los de uniforme y los de investigación, o la caballería y los francotiradores.

Me invade el pánico. Es instintivo, animal.

Vienen a por mí. Nunca había tenido nada tan claro.

Soy una rata que roe y roe cuerda para que no la cojan.

No me ha visto nadie. Al haber dormido aquí no consta que haya fichado, ni para entrar ni para salir. Me conozco la distribución de todas las plantas, y tengo localizadas las salidas de incendios, pero claro, seguro que la policía también.... Tengo la certeza de que habrá más polis de uniforme esperando fuera por si me escapo.

El pánico provoca pensamientos inútiles. Podría esconderme en algún rincón de la clínica, huir de noche y moverme por Londres en la clandestinidad. Como psicólogo forense, puedo usar mis conocimientos para engañar a la policía y aprovechar los defectos y debilidades de la mente humana. Me imagino escabulléndome por los conductos de ventilación, colgándome en los huecos de los ascensores, y haciendo todo eso tan absurdo que he visto mil veces desde niño en las pantallas.

Pero el caso de Anna O es demasiado famoso. De nada me serviría huir. Sólo perjudicaría a Clara y KitKat, y estaría reconociendo mi culpabilidad.

Más pasos y voces.

El destino me acorrala lentamente.

Nada de golpes corteses en la puerta. Sólo la espera. Me da tiempo a echar un último vistazo a Anna y al escenario de mi caída en desgracia antes de que se abra la puerta y salte por los aires todo el protocolo de la sala de tratamiento. Veo trajes arrugados, corbatas con manchas de huevo y placas de plástico sucio. Luego el aburrido aliento a café de un inspector de paisano que recita las archiconocidas frases de mi detención por el asesinato de Virginia Bloom y dos delitos de obstrucción a la justicia e infracción de la Ley de Secretos Oficiales.

Bajamos. El personal se aparta y nos deja pasar como si se abriera el mar. Hay caras de sorpresa y miradas de vergüenza. Me he convertido en alguien de quien compadecerse o a quien ignorar. Mi estatus ha cambiado. He sido temporalmente expulsado de la tribu y entregado por los míos.

Llegamos a la planta baja y a la recepción. Detrás del mostrador, algunos empleados nos miran con los ojos húmedos de incredulidad. Pienso en Clara, que no ha contestado a mis mensajes de WhatsApp, y en KitKat, que imagino que se enterará en el cole.

Hasta ahora yo sólo era papá. Un tipo divertido, cariñoso, que siempre llega tarde a recogerla y especialista en hacer huevos revueltos y judías con pan tostado. A partir de ahora seré diferente

para ella. Me convertiré en un hombre adulto, plagado de lagunas y flaquezas, en el que ya no podrá confiar ciegamente. He perdido la infalibilidad paterna.

Me gustaría despertarme y olvidar esta pesadilla, empujarla a los rincones más oscuros de mi cerebro.

Salgo y de camino al coche patrulla veo el primer flash de un móvil con cámara. Alrededor se agolpan los periodistas que ya han recibido el soplo de la detención. También turistas curiosos que se paran a mirar este circo conmigo de número estrella.

Mi vida tal como la conocía ha terminado.

56

Ben

Es la foto que ilustra todas las portadas. La única de la que no puedo huir. La del brutal desenlace.

Mi cara tarda segundos en dar la vuelta al planeta, aerotransportada por la magia de las redes sociales. También arrestan a Harriet en su casa como sospechosa del asesinato de Virginia Bloom y de obstrucción a la justicia. A mí me detienen con los mismos cargos, a los que se añade la sospecha de haber infringido la Ley de Secretos Oficiales. Nos capturan a los dos en una operación conjunta y sufrimos un destino similar. Los titulares se viralizan en las redes sociales: prensa seria y sensacionalista, youtubers, estrellas de las redes sociales… Nos persigue el rugido de las hordas.

Más adelante, al repasar la febril cobertura de esos días iniciales, veo la línea cronológica de nuestra destrucción: en menos de media hora ya han aparecido nuestros perfiles en la versión online del *Daily Mail*; las noticias de las diez incluyen el arresto en su resumen de los titulares del día, y en los periódicos de la mañana siguiente salen nuestras fotos. Internet se llena de criminólogos de salón.

Somos los nuevos Bonnie y Clyde. Amantes, cómplices, una pareja diabólica bajo la sombra de la sospecha.

Anna Ogilvy.

Benedict Prince.

Harriet Roberts.

Tres nombres grabados a fuego en la historia de internet.

La sala de interrogatorios de la comisaría de Putney es un cuchitril gris que huele a café instantáneo y duchas intermitentes. Las últimas horas aún no parecen reales. Es la época de la sospecha, la cancelación y el borrado. Las acusaciones nunca mueren; internet las fosiliza y seguirán vivas para siempre, a la espera de que las descubra cada nueva generación. Mis pecados tal vez no puedan probarse, pero hoy en día uno es culpable por defecto. La inocencia es más propia del siglo XX.

El interrogatorio corre a cargo de dos inspectores. El que más habla es el primero, un *showman* de sonrisa rancia. Cada revelación aterriza entre nosotros entre ráfagas de fuego retórico. El otro se queda callado, tomando notas y mirando su reloj como un verdugo

silencioso. Me acompaña un abogado de oficio con traje de colegial y manchas de nicotina en los puños.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja con Harriet Roberts? —pregunta el primer inspector.

A estas alturas no me queda alternativa. Doy la respuesta que he visto repetida tantas veces desde el otro lado del espejo bidireccional.

—Sin comentarios.

—¿Ha ayudado a Harriet Roberts con el contenido del blog de @Sospechoso8?

—Sin comentarios.

—¿La ha ayudado a filtrar su participación en el caso para conseguir publicidad?

—Sin comentarios.

—¿Ayudó a Harriet Roberts para que Melanie Fox la contratase como asesora de salud y seguridad el 29 de agosto de 2019 con el nombre de «Lola Ridgeway»?

—Sin comentarios.

—¿Ayudó a Harriet Roberts para que entrara a trabajar en el hospital de alta seguridad Rampton cuando ingresó Anna Ogilvy en 2019?

—Sin comentarios.

—A principios de su carrera, usted trabajó de camillero en varios hospitales de alta seguridad; ¿fue entonces cuando conoció a Harriet Roberts? ¿Fue en 1999, cuando ella hacía prácticas de enfermería en Broadmoor?

Harriet en Broadmoor. 1999. Sally Turner. Asimilo la noticia.

—Sin comentarios.

—¿Por qué Anna Ogilvy afirmó que usted y ella ya se conocían?

Me quedo callado. Es grave. No, es peor que grave. Han troceado las transcripciones, y tienen bastante información para hacer que parezca culpable. Pienso en las instrucciones de Bloom y en mis mentiras acerca del informe, del estudio y de mis movimientos.

—¿Doctor Prince?

Me gustaría decir muchas cosas. El hecho de que Anna Ogilvy asegure conocerme de antes se debe al fenómeno llamado transferencia, durante el cual el paciente transfiere sus emociones al psicólogo: la rabia que siente hacia su familia, sus amigos, su pareja la vuelca temporalmente contra el analista. Anna confunde su sueño con mi presencia en la sala de tratamiento. En lugar de dar esas explicaciones, me limito a contestar:

—Sin comentarios.

El inspector sonríe satisfecho. Miro las paredes gris azulado de la sala de interrogatorios.

—En su trabajo como asesor en investigación conductual, ¿ha

tenido algún contacto con la escopolamina?

Ya sé adónde quieren llegar: hay un momento en que Anna me dice que ha notado el aliento del diablo en su interior.

La escopolamina se conoce vulgarmente como aliento del diablo. Seguro que tenían pinchada la sesión. He caído en una trampa.

—Sin comentarios.

—¿Usó escopolamina para drogar a Virginia Bloom antes de matarla?

—Sin comentarios.

—¿Por eso se encontraron restos de esa sustancia cerca de la caja fuerte de su estudio, además de una fibra con su ADN?

Me veo en cuclillas para abrir la caja fuerte y sacar el informe siguiendo las instrucciones de Bloom. Fui con mucho cuidado.

—Sin comentarios.

Me han tendido una trampa. Es la única conclusión posible. Ya tengo la soga al cuello. Estoy encerrado en mi propia pesadilla. Alguien ha ordenado los fragmentos de los últimos meses para condenarme eternamente.

—¿Usó escopolamina para persuadir a Anna Ogilvy de llevar a cabo las agresiones del 30 de agosto en la Granja de Burford, Oxfordshire?

—Sin comentarios.

—¿Se confabularon usted y Harriet Roberts para entorpecer la acción de la justicia asumiendo papeles protagonistas en el tratamiento de Anna Ogilvy?

—Sin comentarios.

—¿Mandó usted correos electrónicos en los que recomendaba a Harriet Roberts para el puesto de trabajo en el hospital de alta seguridad Rampton y para su traslado a The Abbey?

Correos electrónicos. Me imagino a alguien metiéndolos en mi ordenador. Seguro que existen. Está todo aún más calculado de lo que me imaginaba.

—Sin comentarios.

Es el momento de la filigrana final, el clímax de la pesadilla, la mayor amenaza de todas.

—¿Por qué se han encontrado indicios en su piso que lo vinculan a una cuenta anónima de una red social que usa el *nick* @PacienteX?

Broadmoor. Medea. El paciente X. Todo lo he leído en el informe de Bloom.

Sí, está todo ahí.

—Sin comentarios.

Estoy en el centro de una telaraña. Soy Teseo buscando a ciegas la salida del laberinto.

—¿Por qué mandó mensajes a Anna Ogilvy con el apodo @PacienteX aceptando encontrarse con ella en la Granja la noche de

los asesinatos?

Me acuerdo de cuando estaba en la puerta de la Cabaña Roja imaginándome los cadáveres en el suelo. Qué débiles suenan las palabras. Pero son lo único que tengo. Las oigo sin ser consciente de que hablo.

—Sin comentarios.

Cuaderno de Anna

2019

21 de junio

Ogilvy Towers, segunda parte. Ha vuelto mamá. Papá está fuera. Yo sigo atrincherada en mi dormitorio de la infancia. Las enrevesadas medidas de seguridad siguen activadas. Cuando duermo no se puede entrar ni salir. Lo impiden dos sillas con una extraordinaria capacidad de dejarte hechos polvo los dedos de los pies. También pongo otros objetos entre la cama y la puerta: libros, zapatos... Todo lo que se me ocurre. De este cuarto no se podrá salir sin dolor. Mejor así.

El dolor me despertará. El dolor será catártico, me salvará del pecado. Todo muy católico: el Opus Dei de los sonámbulos. Mamá está preocupada. Por fin se ha dado cuenta de que pasa algo. Theo viene a verme y se ríe de mi pinta de ermitaña. Espío a distancia los mensajes de correo electrónico y los SMS de Indira y Doug, aunque estén siempre encriptados, y veo que ya falta menos para el acuerdo con GVM. Mi ausencia les favorece. Siento crecer mi rabia y mi odio hacia los dos.

Me quedo sentada en mi cuarto con las cortinas cerradas. Aún no he escrito ni una sola palabra del artículo. Tengo demasiado miedo de lo que soy capaz de hacer. Pienso en lady Macbeth, lavándose las manos de sangre mientras camina sonámbula.

> MÉDICO: Ya veis: sus ojos están abiertos.
> DAMA: Sí, pero están cerrados a la sensación. [...]
> MÉDICO: ¡Gran perturbación en la naturaleza, recibir a un tiempo el beneficio del sueño y efectuar los actos de la vigilias! [...]
> LADY MACBETH: ¡A la cama, a la cama! Se oyen golpes en el portón. Ven, ven, ven; ven, dame tu mano. Lo que está hecho no puede deshacerse.

Más solicitudes de información: al Ministerio del Interior, al Ministerio de Justicia, al Ministerio de Salud, a la secretaría del

Servicio Penitenciario... La búsqueda de la palabra clave «MEDEA» no arroja ningún resultado, o sea que o bien no hay documentos oficiales o bien es una palabra demasiado confidencial para ajustarse a las cláusulas de la Ley de Libertad de Información.

Sopeso la opción de recurrir a las estrategias periodísticas de la vieja escuela y apostarme otra vez enfrente de la clínica. Debería interceptar a Bloom en la puerta y preguntárselo directamente. Basta de ser cobarde. He intentado averiguar más cosas sobre las otras personas que trabajaron en el ala Cranfield de Broadmoor a finales de los noventa, pero pocas admiten públicamente haberlo hecho. La mala fama del lugar pesa demasiado.

Al final me pongo a leer los antiguos trabajos de Bloom, intentando meterme en su cabeza. Debo averiguar qué tipo de experimentos psicológicos —o «intervenciones», por usar el tecnicismo— podrían habérsele practicado a una paciente de tan triste fama como Sally Turner, alias el Monstruo de Stockwell, y a qué debe de referirse @PacienteX con lo de «proyecto especial».

Tampoco paro de pensar en el hijo biológico de Sally Turner. El hijo que sabemos que tuvo pero cuyo nombre no aparece en ningún sitio, la persona que según @PacienteX está detrás de todo. A fin de cuentas es el quid de la cuestión. Intuyo que todo gira en torno a la identidad de esa persona. Si la averiguo, lo demás caerá por su propio peso.

El nombre es demasiado delicado o difamatorio para ser pronunciado en voz alta. Mis métodos para ir acotando la lista de sospechosos no son del todo legales, pero hace poco vi un anuario que me dio que pensar y he seguido insistiendo en esa línea. Puede que me equivoque por completo, o no. Es una corazonada en busca de pruebas.

De momento, a falta de más pruebas, me limitaré a referirme a él con un nombre en clave de mi propia cosecha, un guiño clásico que es a la vez literal y velado: MARATÓN.

Sigo leyendo dos horas y luego, cuando ya está todo en su sitio —sillas, zapatos y demás—, me tiendo en la cama y dejo que se me cierren los ojos. Procuro invocar pensamientos felices, sin sangre, ni cadáveres, ni cuchillos. Ni Medea ni lady Macbeth. Vuelvo a ser una niña, a medio camino entre la ignorancia y el conocimiento. Estoy viendo un partido del Manchester United con papá. O escuchando cómo toca mamá el piano. Estoy contenta; no pienso en nada y soy libre.

Voy a hacer que retroceda el tiempo y a curarme.

«Lo que está hecho no puede deshacerse.»

24 de junio

Piso de Camden. Me encuentro mejor. Enfrentarme a los demonios de este sitio también me ayuda. Veo el cuchillo de cocina en su lugar. Han limpiado el piso. Indira y Doug están sentados a la mesa de la cocina con sus portátiles, procesando datos sobre el número de verano de *Elementary*. La campaña de suscripción que pusimos en marcha hace poco ha dado resultados, y los ingresos por publicidad han ido a más. También han aumentado las ventas en quioscos, aunque no mucho. Las cancelaciones han bajado a menos del cuatro por ciento, y la satisfacción de los lectores está por las nubes, a pesar de que la directora creativa y responsable de contenidos —una servidora— manifieste indicios de ansiedad y agorafobia.

Me preguntan cómo estoy de la gripe y miento bien. Me recuerdo a mí misma que ni Doug ni Indy saben nada del Incidente. Soy la única consciente de lo poco que me faltó para clavarle un cuchillo de veinte centímetros a alguien. Mi venganza tardía a su conspiración secreta. Un detalle sangriento en un caso de asesinato.

Deshago mi equipaje y hago como si volviéramos a ser los compañeros de piso perfectos. Indira se muestra espléndida y serena. Doug está ocupado con sus llamadas a clientes y distribuidores. Me planteo si es un buen momento para pedirles cuentas por lo de la absorción, pero al final no lo hago. Como, me río y bebo. Tengo curiosidad por saber si están juntos; si Indira, la diosa griega con talento para los números, se ha enamorado de Doug, el comerciante mono.

En parte albergo la esperanza de que todo pueda volver a la normalidad. Mis amigos siguen siendo mis amigos. El Incidente es sólo un toque de atención. Aún estoy a tiempo de que dormir vuelva a ser algo aburrido y reconfortante, no peligroso.

Sin embargo, siento que se fragua la locura. Oigo el grito de las brujas:

Hermoso es lo feo y es feo lo hermoso:
Volar por la niebla y el aire apestoso.

27 de junio

Biblioteca de Londres. He empezado a escribir. El calendario de impresión del número de verano se ha retrasado. Como era de esperar, Indira y Douglas están furiosos. Él se desahoga hablando cuando está borracho y drogado. Indy es mucho más sibilina: irradia sus reproches con miradas y gestos, pero nunca dice nada. Percibo su rabia en mil

microagresiones, y la verdad es que escuece.

Tienen miedo de que se cancelen suscripciones. Pero lo que les preocupa, en realidad, es que GV Media se asuste y desista de comprar Elementary Media Ltd. Bua, bua... El contenido manda. La marca *Elementary* soy yo. Sin mí no tienen nada. Ése ha sido su error. Son cortesanos, no el rey. Están planeando un golpe de Estado, pero el trono aún está en mis manos.

Abro el documento de Word, selecciono todo, cambio la fuente —de Times New Roman a Garamond— y vuelvo a leer mi introducción:

> Los casos de *true crime* que llenan los titulares suelen tener dos ingredientes: una chica angelical y un hombre monstruoso. Sólo hay que pensar en Soham, Milly Dowler o Madeleine McCann, como ejemplos de una larga lista, pero este número de *Elementary* indaga en un crimen anterior a todos ellos: el origen del *true crime* sensacionalista, a medio camino entre la conmoción del caso Bulger y la insondable maldad del veredicto Shipman. No se le han dedicado documentales en Netflix, ni en BBC Storyville, pero es posible que no tarden en aparecer. Fue un caso que marcó el final del siglo XX, el siglo más sangriento de la historia de la humanidad, y que condensa muchos de los ingredientes de ese momento de transición, con el adiós definitivo de la prensa impresa, los cinco canales y los móviles con tapa: un mundo analógico donde una historia podía captar la atención de todo un país. Este artículo versa sobre el juicio de Sally Turner, conocida en la crónica negra como el Monstruo de Stockwell, cuyo arresto, condena, reclusión y muerte ocurrieron en 1999.
>
> Sin embargo, este artículo de fondo para el número de verano va más allá de la sangre y las vísceras, profundiza en la larga estela que dejan tras de sí los crímenes violentos. A fin de cuentas, los hechos que condujeron al asesinato de los hermanos Turner son de sobra conocidos: la nueva pareja de Sally Turner utilizaba la casa de ella para vender droga; sus hijos, criados en un ambiente de violencia, maltrataban a Sally, como figura materna sustituta, mientras que ella ansiaba tener una «familia perfecta». Tras el cruento desenlace, en el juicio la defensa alegó sonambulismo y el veredicto del Tribunal Central de Inglaterra fue «automatismo con enajenación».
>
> Menos conocidos son los meses posteriores a dicho veredicto, cuando Sally permaneció recluida indefinidamente

en el hospital Broadmoor, concretamente en su ala más complicada, Cranfield. Recluida en régimen de aislamiento, fue sometida a una intervención psicológica que, con el nombre en clave de MEDEA, tuvo como supervisora a la doctora Virginia Bloom, una psicóloga clínica especializada en parasomnia que había declarado en el juicio. Meses después de la puesta en marcha del experimento, Sally Turner fue hallada muerta en su habitación.

¿Fue realmente un suicidio, o hay una explicación más siniestra? En la página 5 de este número podrás leer el artículo completo y descubrir la respuesta a esa fascinante pregunta, entre otras muchas cosas…

Leo el texto en voz baja y repaso la penúltima frase preguntándome si ése habrá sido siempre el origen de mi interés por el tema y si utilizo a Sally Turner de avatar. Si logro entender los actos de Sally Turner, por monstruosos que sean, quizá pueda entender los míos.

Pienso en MARATÓN, mi sospechoso, el hijo biológico de Sally Turner, y quizá también su asesino. Pienso en la vida que tuvieron. La publicación de un nombre así sin pruebas suficientes podría suponer la ruina de la revista, y la consiguiente denuncia por difamación, la mía. De momento MARATÓN es mi secreto. No quiero que Doug o Indy lean estos diarios a escondidas y me roben la exclusiva. El nombre real sólo está en mi cabeza, que es donde se quedará hasta que tenga bastantes pruebas. No puedo perderlo todo por una corazonada.

Guardo el documento de Word y veo que entra otro mensaje seguro. Mi contacto ha reaparecido después de una semana de silencio.

Poco a poco me acerco a la verdad.

Abro el mensaje más reciente de @PacienteX.

57

Ben

Los policías cesan el interrogatorio.

Paran la cinta y me trasladan otra vez a la sala de detenidos.

Se cierra la puerta de la celda. Aún me tiemblan las manos.

Vuelvo a ver el cadáver de Bloom en el suelo y de pronto me encaja su aspecto tan extraño. No había señales de lucha. Todo parecía inmaculado, prístino, con la serenidad de un embalsamamiento.

Vuelvo al presente y hago una lista de las pruebas que ha desgranado la policía: los restos de escopolamina encontrados junto a la caja fuerte de Bloom, los mensajes de correo electrónico que recomendaban a Harriet Roberts para un puesto en el hospital de alta seguridad Rampton y, por último, el rastro digital que me vincula a una cuenta de una red social con el apodo @PacienteX.

Con eso a la policía le basta, y a la fiscalía también. No hará falta más para que un jurado me declare culpable de tres cargos: el asesinato de Virginia Bloom, obstrucción a la justicia y quebrantamiento de la Ley de Secretos Oficiales. El primero equivale a cadena perpetua, y el primero unido al segundo y al tercero es cadena perpetua sin opción a la libertad condicional.

Pienso en muchas cosas. En Harriet, por ejemplo, que lo ha vivido todo desde dentro: ha sido la única constante en todo el tratamiento de Anna, su ángel de la guarda, presente a todas horas junto a su cabecera. Si la han detenido es que la policía tiene pruebas sólidas. Es como si le hubieran dado la vuelta al caso como a un calcetín, hasta el punto de que ya no entiendo nada.

¿Qué has hecho, Harriet?

También pienso en el aliento del diablo. A menudo las revistas de criminología publican noticias sobre la escopolamina, una droga de control mental especialmente agresiva. Las historias más truculentas son también, a menudo, las más horripilantes: madres que bajo los efectos de la droga entregan sus bebés a desconocidos, gente a la que extraen órganos, cientos de turistas estadounidenses a las que drogaron en México para violarlas y robarles... El final de Bloom se parece quizá más a los antiguos rituales de algunas tribus sudamericanas, que usaban la escopolamina para controlar la mente de las viudas y convencerlas de que se dejaran enterrar vivas junto a

sus difuntos esposos a fin de que emprendieran con ellos la peregrinación al más allá.

La escopolamina es capaz de casi todo.

Ya me imagino la información que correrá por las redes sociales, que irá desde lo más serio hasta lo más sensacionalista. Beberán de todas las fuentes posibles, incluidas mis clases en Birkbeck colgadas en YouTube y mis publicaciones. Detalles morbosos de la escena, con la ayuda de fuentes policiales no identificadas. Mis huellas dactilares en el arma del crimen. Cómo logré inmiscuirme en la investigación engañando al Ministerio de Justicia para que trasladase a Anna a nuestra clínica. Un mirón y un asesino.

Y no quedará ahí la cosa. Habrá una investigación a fondo sobre el Ministerio de Justicia y el traslado de Anna, y una orden del Ministerio del Interior para que la Policía Metropolitana revise todos los casos en los que he participado como asesor conductual. Se publicarán las afirmaciones de ex alumnos, de gente a la que apenas conozco o no conozco de nada, mientras la prensa, desde la más seria hasta la más amarillista, no vacilará en exponerme al mayor de los oprobios con tal de conseguir más lectores.

No puedo estar sentado. Me paseo por la celda como por un circuito de carreras. Al estirarme el cuello de la camisa noto que tengo la piel grasienta y sudada. Tengo sed y hambre. Las tripas me rugen y me duele la barriga. Quiero salir de aquí. El día se me hace interminable.

Mis peores temores se están haciendo realidad. Mi matrimonio, la relación con mi hija, mis sueños de futuro y la esperanza de la custodia compartida, todo se ha ido al traste por una sola foto en la puerta de The Abbey.

Ocurra lo que ocurra, ahora soy uno de los acusados.

Después de lo que me parece una eternidad, me dejan hacer la única llamada a la que tengo derecho. Uno de los vigilantes me acompaña hasta el teléfono fijo del pasillo. Sólo quiero hablar con una persona, la que sigue a mi lado a pesar de los pesares, como lo estaría yo.

—¿Ben?

Sólo con oír su voz noto que las lágrimas asoman a mis ojos. Las emociones de los últimos días han sido abrumadoras. Me pondría a llorar como un niño expulsado del calor familiar y sometido a la infernal brutalidad de un internado.

—Sí —contesto—. Sí, soy yo. Gracias por ponerte.

—¿Cómo lo llevas?

Estoy seguro de que Clara fue informada antes del arresto y de que por eso no ha contestado a mis mensajes de WhatsApp. Me pregunto si habrá visto las pruebas contra mí y si cree de verdad que puedo haber matado a Bloom, un crimen aparentemente perfecto excepto por los restos de escopolamina que dejó tras de sí el asesino, su único error.

—Bien, bien —miento—. La sala de detención no está tan mal. Lo que más me preocupa es la prisión preventiva. Espero que recapaciten y cambien de opinión.

—Seguro que sí.

Analizo su respuesta. Clara intenta tranquilizarme. No me ha sonado como si quisiera sólo consolarme.

—Son tonterías, ya lo sabes —digo—. Han sumado dos y dos y les ha dado cinco.

—Pues claro que lo sé, Ben.

Otra vez las lágrimas. Ojalá tuviera a Clara junto a mí, ojalá no hubiéramos roto. Sueño con una realidad alternativa en la que Clara no acudió esa noche a la Granja, y Anna Ogilvy y su infausta familia nunca han entrado en nuestras vidas.

—¿Está KitKat contigo?

Una pausa.

—Sí, está aquí. Ben...

No espero a oír las objeciones.

—¿Se puede poner? Sólo un ratito. Te lo prometo. Quiero oír su voz.

—No estoy segura de que...

Se oye un correteo y luego una voz lejana al otro lado de la línea.

—¡Papá!

Ya no tiene remedio. Se me saltan las lágrimas. Dejo que corran por mis labios, calientes y saladas. Es como si se me escapara la vida. Me estoy desmoronando; soy un pobre hombre de mediana edad lloroso y confuso. Antes entendía el mundo, pero ahora ya no le veo sentido. Estoy hecho pedazos.

Cierro los ojos y respiro hondo.

—Hola, cariño.

Es evidente que Clara ha cedido y le ha pasado el teléfono a KitKat, porque le oigo la voz más fuerte y nítida.

—¿Cuándo vuelves, papá?

Trato de imaginarme lo que se habrá inventado Clara para justificar mi ausencia.

—Pronto, cariño, muy pronto. Papá te echa muchísimo de menos.

—Yo a ti también, papá.

—¿Qué tal el cole, cielo?

—¡Yo he...! —empieza a decir con su voz aguda y llena de alegría, pero la llamada se interrumpe.

El vigilante da unos golpecitos en la cabina para indicar que se ha acabado el tiempo. Es un gesto tan insensible y de una violencia tan gratuita que casi pierdo los estribos. Me gustaría molerlo a golpes. Nunca había estado tan furioso y desesperanzado.

Me doy cuenta de que así serán las cosas a partir de ahora. Estoy detenido y mi dignidad se ha quedado en The Abbey. Me han quitado

mis derechos humanos temporalmente.

A ojos del mundo, ya soy culpable.

58

Lola

Así que ya está.

El dolor cada vez es más sordo. Ha pasado lo peor. Pronto no sentirá nada. Deja caer la mano derecha y oye el ruido del cortaúñas al chocar con el suelo.

Llegó a pensar que no se acabaría nunca. Era emocionante interpretar tantos papeles.

De día Harriet, la enfermera angelical.

De noche Lola, la detective de salón.

Para el mundo online, @Sospechoso8.

Daba sentido a su vida, y mucha chispa a las semanas. A fin de cuentas, ¿por qué Anna Ogilvy tenía que llevarse toda la fama del caso?

Era injusto, pero es que la vida lo es. Aún oye a los profesores del colegio, o a sus padres, o a sus burlones y maliciosos compañeros de clase.

Hay gente que nace con un aura de belleza y encanto. Anna Ogilvy daba la impresión de haber vivido siempre sin tropiezos ni preocupaciones. La niña de papá con su elegante madre política y su padre financiero y sin corbata. Con su internado liberal y artístico, estilo Bedales, y sus estudios en la sacrosanta Universidad de Oxford. Y luego una buena inyección de capital de inicio para poner en marcha una pequeña revista y hacerse pasar por empresaria de la comunicación.

Lola —o Harriet, el nombre con el que de vez en cuando aún piensa en sí misma— no se arrepiente de nada. Lo volvería a hacer sin pensárselo dos veces.

Se sienta en la cama, dura como una piedra. Conocía las salas de detención por los documentales de la tele y por la prensa, pero la realidad es aún más cutre. Todo está lleno de mugre y lamparones: las paredes, el suelo, hasta el aire. Es como volver a la naturaleza, una naturaleza de hormigón, una selva de piedra. Allí no rigen las normas de la civilización. No hay ley.

Se imagina por unos instantes toda la cobertura de su arresto y reproduce mentalmente su interrogatorio. Aunque no porque tenga alguna importancia, nada la tiene ya.

Todo el resto estaba preparado desde el primer momento.

Podría recitar palabra por palabra su mensaje final. Precargado y listo para ser lanzado en unos instantes. Esa primera frase pronto quedará inmortalizada en la crónica del *true crime*:

«Me llamo Harriet Lola Roberts. Ésta es mi confesión completa…»

Su nombre nunca se olvidará. Eso no podrá quitárselo nadie. Era la enfermera en Broadmoor, hace todos esos años, y la asesora de salud y seguridad esa noche en la Granja. La abnegada sanitaria que cuidaba a la paciente a quien nadie más quería atender y que incluso siguió a la infame Anna O desde el hospital de alta seguridad Rampton hasta The Abbey.

El mundo la ha subestimado.

Como la han subestimado siempre todos.

Con una única excepción: la persona para la que en el fondo se ha hecho todo.

Lola echa un último vistazo a la celda. Ya se siente más débil. Se echa hacia atrás y, tras hacer el esfuerzo de poner los pies sobre la cama, se queda mirando el techo. Sobre el colchón caen gotas de sangre que se juntan a las otras manchas.

Se imagina a Sally Turner en su habitación de Broadmoor.

Y a Indira y Douglas muertos de sueño en la Cabaña Roja.

Se le cierran los ojos. La nota aparecerá en cuestión de segundos en internet. Lo ha hecho, tal como habían acordado. El dolor casi ha desaparecido. El sufrimiento de vivir.

El sueño la está llamando.

Cuaderno de Anna

2019

24 de agosto

Brasserie Zédel, Piccadilly. Hace semanas que no escribo nada en este diario.

Hoy hemos vuelto al ambiente bélico y jazzístico, con su glamour de sótano y esa sensación de bombardeo aéreo inminente. Esta vez no somos dos sino tres. Lo ha propuesto Doug, e Indy ha apoyado la moción. Sé que ha llegado el momento, el gran anuncio.

Aún les espío el correo electrónico. Sé que GVM ha hecho una oferta formal por Elementary Media Ltd. y que han contratado a abogados expertos en propiedad intelectual, de esos que llevan vaqueros y tienen despacho en Greek Street. Ya están trabajando en el tema varios surferos de WeWork que se hacen pasar por contables. Por lo tanto sólo quedo yo, la fundadora, la directora creativa, la curranta de los contenidos, la persona que arrastra su triste trasero todos los días hasta el portátil mientras Indy y Dougie deambulan por Shoreditch haciéndoles la pelota a los anunciantes.

Pedimos champán. Doug e Indira se sientan juntos en el lado del sofá, mientras yo ocupo la silla de enfrente. El grupo empieza a tocar. Tengo la sensación de que estoy a punto de recibir una propuesta sobre la que en principio no sé nada. Necesito una cara de falsa sorpresa.

Empieza Indira, la diplomática del grupo, con su tono santurrón. Hemos recibido una oferta por la marca *Elementary*, dice. La revista, la marca registrada y todos nuestros datos exclusivos de suscriptores. GVM es una nueva empresa del ámbito mediático con sede en Seattle. Ya han triunfado en las redes sociales, el marketing digital y los pódcast, pero quieren añadir algo distinto a su cartera. La oferta no está mal; así podríamos pasar de la fase de *start-up* y unirnos a ellos en unas oficinas de verdad, en el Soho. Sería la manera de salir del piso y dejaríamos de estar siempre con el agua al cuello. Tendríamos una empresa periodística de verdad, no una revistilla de estilo.

Toma el relevo Douglas en el papel de poli malo. Si Indira es la embajadora que nunca levanta la voz, Doug es el comercial, el relaciones públicas, el borracho y pendenciero, el rey sudado de la

venta agresiva. No hemos querido molestarte, con lo ocupada que estás… Los primeros sorprendidos somos nosotros. Una oferta en firme. Pago en efectivo. La marca mantendrá su independencia, pero todo lo administrativo se hará en común. Ellos dos ingresarán en GVM como «directores». Yo puedo conservar el título de directora creativa y dedicarme en exclusiva a los contenidos. Ganamos todos. Hurra.

Me quedo esperando. Nos traen el champán. Doug e Indira levantan sus copas. Empezamos la revista como compañeros de piso. Cuando alcanzamos el umbral del IVA Indira y Doug constituyeron la sociedad limitada en el registro mercantil, y a partir de entonces se ocuparon de las aburridas finanzas. Yo estaba demasiado agobiada con los contenidos como para molestarme en convertirme en directora o rellenar montañas de papeles.

Espero un poco más. Pasan los minutos y sigo esperando.

Entonces cobro conciencia de la tremenda magnitud de mi error, que me haría gracia si no fuera verdad. El desliz de la adolescencia tardía que te crucifica al volverte adulto. He dado más importancia a la amistad que a los formalismos. He dado cosas por supuestas. He tenido esperanzas. He creído. Me creí las conversaciones entre entregas de Deliveroo sobre que todo era a partes iguales, y que los detalles de la «siguiente etapa» ya los resolveríamos si conseguíamos mantenerlo todo a flote.

Me doy cuenta de que no me lo están planteando, sino que son hechos consumados.

Legalmente no tengo derecho a una tercera parte del precio de venta. Se han quedado con mi idea, han robado mi negocio y, después de venderlo y arramblar con los beneficios, me han dejado fuera, con las manos vacías.

He sido tonta, joven, ingenua y distraída.

Temía una traición.

Pero esto es peor, mucho peor.

59

Ben

Me pongo a contar ovejas, pero sigo despierto.

Como no puedo leer ni mirar nada evoco otro recuerdo, ese del que siempre se burla Clara. Es como si lo viera: la dirección de correo electrónico en mi bandeja de entrada, el asunto y las palabras que prometían otra vida, atisbos de un camino que en su día no se tomó.

Apreciado doctor Prince:

Hace poco leí su libro sobre el síndrome de resignación y su artículo sobre el análisis de sueños. Soy el vicerrector de Asuntos Académicos de la facultad de Ciencias Sociales del Colegio universitario de las Islas Caimán. Estoy organizando un seminario sobre psicología del sueño, y me ha parecido oportuno ponerme en contacto con usted para hablarle de nuestro programa para profesores visitantes, que hace las veces de año sabático pagado para proyectos de libros o de investigación en general. Estaríamos encantados de compartir con usted esta magnífica oportunidad. Si estuviera usted interesado en hablar con más detalle sobre una posible estancia como profesor visitante en Gran Caimán no deje de hacérmelo saber.

Atentamente,

Emmanuel

Profesor Emmanuel Ferguson
Vicerrector de Asuntos Académicos (Ciencias Sociales)
Colegio universitario de las Islas Caimán

Aspiro el hedor a baños químicos y muros húmedos y me hago una promesa: si salgo de esta celda alguna vez aceptaré la oferta. Me escaparé a las Islas Caimán y recobraré poco a poco la cordura. Tomaré el sol y nadaré en el mar hasta haber recuperado la razón y la

lógica. Hasta entender el mundo y su funcionamiento. Hasta que haya pasado esta locura.

Necesito empezar de cero.

Trato de centrarme en algo externo, algún rompecabezas que me ordene la mente. La profundización emocional es demasiado dolorosa. No sobreviviré mucho más tiempo.

Opto por hacerme preguntas sobre el caso, esforzándome por ser metódico y ordenarlas por puntos. Es como sobreviviré a todo esto. Maldigo a Harriet por todo lo que ha hecho.

Es @Sospechoso8.

Es Lola Ridgeway.

Estaba en la Granja la noche de los asesinatos.

¿Es también el paciente X? El último apodo.

¿Mató a Douglas e Indira para incriminar a Anna? ¿Para qué se infiltró en Rampton y The Abbey, para controlarla a ella y la investigación?

¿O convenció a Anna de alguna manera para que los matara?

En ese caso, ¿cómo exactamente?

Me reprocho haberme dejado convencer por su sonrisa y su cara pecosa y sin malicia. Estoy aquí por su culpa. La veo caminando conmigo por la Granja, alrededor de las cabañas y a través del Bosque. Me engañó desde el principio, convencida de que yo nunca desconfiaría de una enfermera. Se dio cuenta de que con ella bajaba la guardia. La veía tan buena con Anna, tan compasiva. Era la viva imagen de la santidad encubriendo el pecado.

Harriet Roberts nos ha tomado el pelo a todos.

Me detengo y vuelvo al principio. La respuesta al misterio está en el caso de Sally Turner, de eso estoy seguro. La simetría de las fechas es irrefutable. Siempre lo ha sido. A Sally Turner la encontraron muerta en su habitación de Broadmoor el 30 de agosto de 1999. A Anna Ogilvy la encontraron en la Cabaña Azul de la Granja el 30 de agosto de 2019.

Veinte años exactos.

Harriet trabajó de enfermera en Broadmoor en 1999, y allí nunca habrían aceptado a la hija de una paciente. En el informe, Bloom también deja muy claro que el paciente X era menor de edad. En 1999 Harriet tenía más de dieciocho años, o sea, que es muy poco probable que el paciente X sea ella.

¿Y si Harriet trabajó con el paciente X, primero en Broadmoor y luego en otros sitios? ¿Y si es así como hay que enfocarlo?

Se me ocurren mil y una preguntas.

¿Qué motivos podía tener Harriet para elegir a Anna Ogilvy como víctima? Si estaba ayudando al paciente X, la respuesta parece clara: Anna estaba investigando el caso de Sally Turner para la revista

Elementary y existía el riesgo de que desvelase la verdadera identidad del hijo biológico de Sally Turner, así como la connivencia entre Harriet y el paciente X, por razones aún desconocidas. Pero ¿no era más fácil matar a la doctora Bloom? A menos que ésta aún le fuera útil para algo… Sí, por eso le perdonó la vida. La mención de Sally Turner y Medea desencadenó un momento de revelación en el despacho de Bloom. Es posible que esta última, pese a los años transcurridos, reconociese a Harriet y atara cabos sobre su relación con el paciente X. Entonces sí se hizo necesario eliminarla, pero no antes.

Y la razón para incriminarme a mí es que era amigo de Bloom y un sospechoso creíble. A Harriet le resultaba fácil acceder a mi despacho e introducir material sobre el hospital de alta seguridad Hampton, la cuenta de @PacienteX y el blog de @Sospechoso8.

¿Planearon Harriet y el paciente X el síndrome de resignación de Anna? No, imposible. En realidad el síndrome de resignación lo complicaba todo. Por eso Harriet se vio obligada a conseguir un empleo en el hospital de alta seguridad Rampton para vigilar a Anna. El plan original era que a Anna la cogieran con las manos en la masa y la condenaran. El resto fue improvisación.

Sólo queda una última pregunta: ¿qué sentido tenía matar a Douglas e Indira pero no a Anna? Esa respuesta aún no la tengo. Es un enigma que todavía me desconcierta.

Cuando se abre la puerta de la celda no sé cuántas horas llevo aquí. Ni si es de día o de noche, ni si estoy dormido o despierto, muerto o vivo. Lo único que existe es la pequeña celda, con sus paredes sucias, su suelo sin fregar y su colchón salpicado de sangre. He perdido la noción del tiempo.

El ruido de la puerta al abrirse es como el de un barco saliendo del puerto, una mezcla de crujidos y chirridos metálicos. Uno de los vigilantes me hace una señal con la cabeza para que lo siga. Han pasado las veinticuatro horas. Me espera el juicio final.

Ya lo veo todo: la solemne procesión hasta el mostrador de entrada, la lectura de los cargos oficiales y el momento en que un ciudadano libre se convierte en sospechoso y queda un paso más cerca de ser un preso, mediante el robo gradual de su libertad.

Espero ver en el pasillo a uno de los inspectores que me han interrogado, o a alguno de sus superiores. Me imagino que junto al mostrador habrá un grupo de gente. En el pasillo, sin embargo, no hay nadie. Cuando llego al mostrador, una vigilante me entrega una bolsa de plástico con mi ropa y mi móvil. Oigo las frases protocolarias sobre seguimientos, pasaportes y no salir del país, pero no se me acusa de nada ni se me vuelve a interrogar. Suena a error administrativo, a confusión burocrática.

No entiendo nada.

Con el enorme pijama gris de los detenidos parezco un payaso. Firmo conforme he recibido mi ropa, mi teléfono y mi portátil. La vigilante me acompaña a la puerta trasera de la comisaría. Salimos a la luz matinal y caminamos hasta el aparcamiento. Casi pido permiso para salir, pero luego lo entiendo.

Soy libre.

Me pregunto si habrá vuelto a filtrarse la noticia a la prensa. Me preparo para enfrentarme al previsible grupo de periodistas. Pero el aparcamiento está desierto. Hace un día feo, con aguanieve. El aire húmedo y gélido corta la piel. Tengo sed y estoy cansado.

Justo cuando me dispongo a pedir un taxi con el móvil veo una figura delante. Tiene las manos en los bolsillos y me mira como no puede mirarme nadie más.

Todos los demás han renegado de mí.

Pero, por alguna razón, a ella aún le importo.

Clara.

60

Ben

Sigo a Clara hasta su coche. Intercambiamos las típicas trivialidades, como si tengo hambre y esas cosas, mientras me abrocho el cinturón. Luego arranca y me veo devuelto a mi vida pseudonormal otra vez. En unos diez minutos llegamos a un restaurante Costa y sin bajarme del coche pido para los dos. Clara encuentra aparcamiento a un lado de la calle. Aquí pasamos desapercibidos. En el asiento de atrás veo mi reloj, mi cartera y mi móvil. Miro a Clara entre sorbos de café, masticando un bocadillo de beicon frío.

—¿Qué ha pasado?

Me tiembla un poco la voz. No es eso lo que quería decir. Sé muy bien qué ha pasado. Lo que quiero es entender cómo.

Se limita a mirarme sin contestar. Aunque estemos divorciados, la conozco mejor que nadie, y todo está cargado de sentido: sus ojos, su lenguaje corporal, su respiración.

—¿Harriet? —digo finalmente.

Saca su móvil del bolsillo de la chaqueta, desliza el dedo hacia arriba, espera al reconocimiento facial y busca entre sus fotos.

Miro la pantalla. Es una foto del blog de Lola Ridgeway/@Sospechoso8. Lo han borrado todo menos un mensaje. Parece una declaración, o algo más siniestro, como una nota de suicidio. Lo firma «Harriet Roberts» y tiene fecha del día anterior, a las 23.29h.

Respiro hondo y leo:

> Me llamo Harriet Lola Roberts y ésta es mi confesión completa. Soy la enfermera de Anna Ogilvy en el hospital de alta seguridad Rampton y la clínica del sueño The Abbey. También soy la usuaria conocida como @Sospechoso8. El 30 de agosto de 2019 estuve en la Granja con el nombre de Lola Ridgeway. Desde entonces no me he separado de Anna. En 1999, cuando trabajaba en el ala Cranfield del hospital Broadmoor, encontraron muerta en su habitación a Sally Turner, apodada el Monstruo de Stockwell, después de un experimento psicológico dirigido por la doctora Virginia Bloom con el nombre en clave de MEDEA. No pido perdón por

mis actos. Sólo he querido hacer justicia. La doctora Bloom se merecía pagar por sus actos. Si estáis leyendo esto significa que se han cumplido todos mis objetivos o me ha silenciado el sistema. Sea como fuere, ha llegado el momento de que tomen otros la antorcha de la justicia.

—¿Se ha suicidado? —pregunto cuando acabo de leer.

Clara asiente.

—Creen que Harriet se escondió un cortaúñas y se cortó las muñecas con la parte dentada. Se desangró en el suelo de la celda. Se la llevaron enseguida al hospital Chelsea y Westminster, pero no pudieron salvarla. El acta de defunción es de hace pocas horas.

Harriet está muerta. Con ella se han ido muchas respuestas y quedan muchas preguntas por contestar. Su nota, misteriosa y críptica, queda muy lejos de la confesión completa prometida. Insinúa cosas, provoca incluso, como si la verdad en toda su extensión siguiera siendo demasiado secreta para darse a conocer del todo. Más que aclarar, enturbia.

¿A quién pretendía vengar Harriet? ¿A Sally Turner? ¿Al paciente X?

¿Reconoce haber asesinado a la doctora Bloom?

¿Qué relación existe entre la muerte de Sally Turner en Broadmoor y el doble crimen de Anna O? ¿Y qué sentido tenía conmemorar así el aniversario de la muerte de Sally?

Otra pregunta, tal vez más importante aún: ¿quién es el paciente X? ¿Sigue siendo la clave para desentrañar todo el misterio? ¿Era Harriet el paciente X, o tan sólo su cómplice?

Pienso en Harriet y Bloom con una sensación de náusea, pero sobre todo de perplejidad. Justo cuando parece que tengo la verdad a mi alcance los misterios se multiplican como haría un organismo pluricelular. No puedo dejar de barajar hipótesis, ni de plantear infinidad de posibles desenlaces.

Al rato Clara dice:

—Suponen que cuando la detuvieron ya había dejado preparado el mensaje para su envío automático. Los de ciberseguridad no lo han detectado hasta hace pocas horas. Lo tenía planeado desde hace mucho tiempo: serían las últimas palabras de @Sospechoso8 al mundo.

Pienso en Anna Ogilvy en nuestra clínica, en las prácticas de Harriet en Broadmoor en 1999 y en Bloom en su sala de estar. En lo retorcida que llega a ser la mente humana.

Clara sigue hablando.

—Al registrar su piso, la policía ha encontrado un montón de cosas

que usó para su blog sobre el caso de Anna O. Estaba totalmente obsesionada. Esquemas en la pared, pizarras con los sospechosos... Parecía que el caso lo llevara ella. Lo estuvo liando todo desde el primer momento.

—¿Te ha interrogado la policía?

—Me ha informado Donnelly.

—Y lo del juicio de Anna, ¿cómo queda?

—Ésa es la pregunta del millón. Parece que Harriet ha contaminado toda la cadena de pruebas sobre el caso. Estaba en la Granja cuando se cometieron los asesinatos y no se ha apartado de Anna durante toda su estancia en Rampton y The Abbey. La defensa de Anna podría alegar que Harriet manipuló las pruebas, o incluso que las puso ella, y la acusación no podría demostrar lo contrario. Así es casi imposible que Anna reciba un juicio justo, por no hablar de los prejuicios en la cobertura mediática del caso. La fiscalía se costea con dinero público y sólo decidirá presentar cargos si hay alguna posibilidad real de condena, cosa que ya es una quimera. El suicidio de Harriet lo cambia todo.

—¿Y yo?

—En su mensaje, Harriet prácticamente confiesa haber matado a Bloom. Además, aquí también se aplica lo de la contaminación: todas las pruebas que podrían usarse contra ti también las ha tergiversado Harriet. Ha pasado más tiempo con Anna en la clínica que tú. Y contigo también ha pasado mucho. Tus abogados podrán alegar que lo orquestó todo ella, o que intentó que cargaras tú con la culpa. La justicia no dirime si eres inocente o culpable, sino si hay alguna duda razonable acerca de tu culpabilidad. La presencia de Harriet desde el principio hasta el final de tu trato con Anna, y en la Granja la noche de los asesinatos, hace que no sea realista pretender cruzar ese umbral. Se han sembrado demasiadas dudas. En resumidas cuentas, contigo se aplica la misma lógica.

—Ya.

Sigo tremendamente impresionado por el increíble plan que orquestó Harriet. Siempre daba la sensación de estar al margen de todo. Sin duda ha sido el mejor de sus trucos. La he tenido siempre delante, desde el primer momento, escondida a la vista de todos. Quizá el juicio justo sea imposible, pero nada volverá a ser como antes. Por otra parte, seguimos tan lejos como siempre de encontrar la joya de la corona, que es la identidad del paciente X. Harriet se ha asegurado de que el final de la historia siempre quede abierto. Harriet Roberts, o Lola Ridgeway, nos sigue manipulando.

—La fiscalía —dice Clara— tendrá que resolver si es de interés público enzarzarse durante años y años en disputas jurídicas sin unas perspectivas reales de juicio justo para ti ni para Anna. Ya empieza a

haber presiones desde Downing Street. Es mucho más fácil endosárselo todo a Harriet, sobre todo ahora que está muerta y no se puede defender. Así no hay que gastarse millones en una causa perdida. Lo cual implica dejaros en libertad a ti y a Anna.

Me viene a la cabeza el sueño de Anna. Me pregunto hasta qué punto era real: el bosque, el cuchillo, la sangre. ¿Y si se burlaba de mí, consciente de que nos estaban escuchando? Ése es el problema, con eso y con todo: que siempre estaba Harriet. No ha quedado intacto ni un solo hecho.

Sally Turner, el Monstruo de Stockwell, Anna Ogilvy, Indira Sharma, Douglas Bute, la doctora Bloom y Broadmoor.

1999 y 2019.

Dos hechos clave a veinte años de distancia.

Todo encaja, estoy seguro, pero ¿cómo?

¿Por qué ayudó Harriet Roberts al paciente X?

¿Por qué se ensañó con Anna Ogilvy?

¿Cuál era el objetivo final de su plan?

¿Obligó Harriet a Anna a cometer esa noche los dos asesinatos? ¿O le endosó los crímenes después de matarlos ella? A menos que sea al revés: ¿utilizó Anna a Harriet para salir impune de dos asesinatos?

Hay demasiadas preguntas y demasiadas posibles respuestas.

Releo el último post de @Sospechoso8. Es increíble el tiempo invertido y la cantidad de gente engañada en esta estrategia a tan largo plazo. Rara vez me había encontrado con un criminal dotado de semejante habilidad y un poder de persuasión digno de un actor.

Se me repiten los hechos en la cabeza, como a golpe de tambor.

Harriet Roberts está muerta.

Confesó haber matado a la doctora Bloom.

Me han dejado en libertad.

Es muy posible que la fiscalía decida que no es de interés público encausarme. Eso significa que soy, ahora y siempre, libre.

Anna Ogilvy también.

Es Harriet quien ha cargado con todo, como una esponja empapada de todos los pecados imaginables. Gana Anna, pierde Harriet y yo me encuentro en medio.

Pienso en Anna. Me la imagino saliendo de la clínica para continuar con su vida. Yo aquí soy una simple anécdota. La protagonista es ella.

Como siempre.

Me he dejado seducir por su inteligencia, belleza y elegancia, como tantos otros. La sociedad se niega a creer que la belleza pueda ser malvada y la sofisticación salvaje. Por eso nos engañamos cayendo en la mentira del sonambulismo o el síndrome de resignación. Es como procesamos los hechos incómodos, en vez de poner en tela de juicio nuestros errores.

El Club de Amigos de Anna me ha contado siempre entre sus socios numerarios, pero he cambiado de opinión. Ahora me la imagino detrás de la mampara de cristal y sólo veo a una asesina en la habitación de al lado. Repaso todos los hitos del caso y recuerdo la advertencia de Emily Ogilvy sobre el empecinamiento de Anna en tener sus quince minutos de fama. Me pregunto si no habré estado engañado desde el principio.

Cometí el error de creerla. Me puse a la cola de una larga hilera de tontos. Confundí belleza con moralidad, juventud con inocencia, inteligencia con sabiduría.

—O sea, que Harriet Roberts carga con todas las culpas —digo—. Y muerta Harriet, Anna queda en libertad.

—Sí —contesta Clara, que se acaba el café y pone el coche en marcha—. Así termina el cuento de hadas: la Bella Durmiente despierta y vive feliz por siempre jamás.

Cuaderno de Anna

2019

25 de agosto

Piso de Camden. Me meto en mi cuarto y sólo cierro con llave. No recurro a otras medidas. Entre estas paredes siento que me ahogo como en una cárcel. Ellos no son mis amigos ni lo han sido nunca. Lo que más me duele es la traición de Indy. Es ella la Judas. Tanta charla nocturna, tanto paseo a medianoche, tanto sofá compartido. Todo era falso, juegos de manos mientras ellos firmaban el papeleo.

La oferta de GVM no da para jubilarse, ni mucho menos, pero sí para saldar deudas estudiantiles, pagar la entrada de un piso y hacer planes de futuro. Un dinero que compensaría estos años de estrecheces. He cometido el error de todos los fundadores: he dejado el dinero a cargo de otros y ellos me han engañado.

Pienso en lo humillante que será contárselo a mis padres, en las bromas que hará Theo a mi costa: Anna, la artista, la creativa, con su gran fe en los demás. Papá dirá que así se aprende. Mamá apenas se dará por enterada: ¿no fui yo quien los invitó a unirse al proyecto? Quería darle sentido comercial a mi idea estudiantil de publicar una revista dirigida a los milenials más jóvenes y a los miembros de la generación Z atraídos por la moda *vintage* de las cosas impresas y retro. Era una revistita que podía triunfar. Una nueva manera de conectar con ese segmento de edad tan inaccesible para las marcas.

Los traidores tienen otra cosa que pedirme: que termine mi reportaje para el número de verano. Sin eso corremos el riesgo de que el acuerdo quede en agua de borrajas. Yo sonrío y, haciendo gala de mi arte para mentir, me disculpo por el retraso. Ya no me engañan sus sonrisas de cocodrilo.

Pero eso no es lo peor.

He seguido espiando los móviles de Indy y Doug y he encontrado algo más. Recuerdo el primer mensaje, leído por casualidad: «Mejor por correo electrónico privado. He creado una cuenta conjunta para hablar de RO, etc.» Siempre ha sido el gran misterio: ¿cómo despertó Indy el interés de GVM? ¿De dónde sacó los contactos? ¿Cómo le hizo caso una empresa tan grande y con tanto presupuesto si sólo somos

una pequeña revista impresa independiente, editada en un piso cutre de alquiler?

La verdad es que siempre ha habido alguien más desde el principio. Ahora por fin sé quién es. Todo ha adquirido otro sentido, incluso el incidente más pequeño. Acaban de encajar todas las piezas de mi vida. A la luz del último mensaje, el que vi hace poco en el teléfono de Indy, todo se ve de otra manera.

No es la primera traición, sino la última de muchas. Qué tonta he sido.

«He creado una cuenta conjunta para hablar de RO, etc.»

«RO» no es ningún acrónimo del mundo financiero, sino las siglas de un nombre y un apellido.

Quiero hacerles daño, darles un buen susto, devolvérsela.

Quiero vengarme.

Ya sé quién ayudó a Indy a traicionarme, el que sucumbió a sus encantos. El hombre misterioso que está con la Otra.

RO.

Richard Ogilvy.

CUARTA PARTE

61

Ben

Gran Caimán

—El ser humano duerme una media de treinta y tres años de su vida.

Se inclina un poco, lo suficiente para envolverme en una nube de perfume caro. Llega el momento de la verdad.

—¿Y te dedicas a eso?

—Sí.

—¿Eres médico del sueño?

—Estudio a gente que ha cometido crímenes dormida.

En mi tarjeta de visita, un «Dr.» precede al nombre: Dr. Benedict Prince, The Abbey, Harley Street. Soy psicólogo especializado en trastornos del sueño. No me presento como médico.

Ella se da cuenta de que hablo en serio.

—¿Y eso es posible?

—¿Nunca te has preguntado qué has hecho mientras dormías?

Aquí la gente empieza a ponerse nerviosa. Solemos adoptar una actitud de distanciamiento frente a la mayoría de los delitos. Nos encanta escuchar historias sobre personas como nosotros; siempre que podamos considerarlas diferentes. Pero durmiendo todos somos iguales.

El sueño es universal, y la noche, tan constante como el día.

—¿Qué clase de crímenes?

No ha cambiado de tema. Aún presta atención.

—Los peores.

—Y en esos casos, ¿no se despiertan?

—Si son sonámbulos, no. He tenido pacientes que cierran con llave la puerta de casa y conducen su coche sin haberse despertado. Algunos incluso son capaces de matar.

—Pero ésos luego seguro que se acuerdan, ¿no?

—Viendo tus ojeras diría que esta noche has dormido unas cinco horas y media.

Frunce el ceño.

—¿Tanto se me nota?

—¿Recuerdas algo de lo que ha pasado durante esas cinco horas y media?

Se queda callada, apoyando la barbilla en la mano.

—He soñado algo.

—¿Qué?

—No me acuerdo.

—Pues ya tienes la respuesta.

La expresión de sus ojos cambia repentinamente. Me mira diferente. Habla más alto y gesticula con todo el cuerpo.

—Espera, es verdad, hubo un caso... ¿Cómo se llamaba?

Se acerca el final. Pocas citas llegan tan lejos. Todas se aburren cuando empiezo a hablarles de mi trabajo. Las asusto con mis historias de crímenes de sonámbulos. Si eso no ha sido suficiente, éste es el golpe de gracia.

Ninguna se queda cuando se da cuenta.

Ninguna.

—Anna O —digo.

Doy un último sorbo de mi vino —un merlot caro, lástima— y luego cojo la chaqueta.

—Eres el tipo de la foto. El psicólogo.

Sonrío un poco. Miro el reloj.

—Sí, era yo —contesto.

Se refiere a la fotografía que salió en la portada de todos los periódicos después de que pasara todo, mi arresto y caída en desgracia. La tragedia me ha perseguido desde ese día.

Soy otra persona. Soy la misma persona.

Espero a que me haga la pregunta que me hacen siempre. Es el único misterio que persiste, a pesar de todo —la muerte de Harriet, el despertar y las pruebas del piso—, enfrentando a familias, parejas, incluso amigos. Es la única pregunta de la que no quiere desprenderse nadie. Todos anhelan la llegada de un demiurgo, una deidad que tire en silencio de los hilos.

Paciente X. Anna Ogilvy.

—¿Era culpable? —pregunta mi cita, o, mejor dicho, la mujer con la que había quedado—. A ver, apuñaló a dos personas; ¿cómo pudo salir impune de un asesinato?

62

Ben

He vuelto de mi cita. Con gesto mecánico, cojo el móvil y toco el icono de marcado rápido.

Cada mañana llamo al mismo número, calculando la diferencia horaria. Ya es oficial, pero también necesario. Sigo siendo el padre que hace guardia en la puerta del cuarto de su hija. Hay quien considera mi exilio como una cobardía, que he dejado a mi familia en la estacada. Pero es todo lo contrario. Mientras estaba ahí, ellas formaban parte de la historia de Anna O.

Ellas son lo primero. Mi exilio les da libertad. El precio ha valido la pena.

O eso me digo.

Tras las consabidas fórmulas de cortesía, los «hola» y los «cómo estáis», formulo la temida pregunta.

—¿Ha habido algún otro incidente?

El tono de Clara es resuelto y competente.

—Sólo uno, la semana pasada. Un reportero de una revista europea estuvo rondando durante varios días por el colegio de Kitty. Tuvo que venir la policía a hablar con él.

—¿Y los otros niños del colegio?

—Ya sabes cómo son los niños.

Sí, lo sé.

—¿Cómo lo lleva ella?

—Va tirando. Ojalá nos dejaran en paz los paparazzi de las narices.

—Ya, ya.

—¿Y el piso?

Suspira.

—Aún hay vecinos que se quejan de los turistas que quieren visitarlo. Por lo visto el mes pasado volvió a filtrarse la dirección en otra de esas webs conspiranoicas.

—¿La habéis cancelado?

—Estamos en ello.

—Si puedo ayudar en...

—Oye, Ben, que me está llamando Kitty. Tengo que colgar.

Dicho y hecho.

Me siento culpable, como es lógico. Ellas esquivan a los medios de

comunicación mientras yo estoy la mar de tranquilo en mi refugio. Pero los dos estamos de acuerdo en que es lo mejor para todos. La prensa sólo me busca a mí en realidad, y mi presencia sólo agravaría las cosas. Si me hubiera quedado en el Reino Unido, no sólo tendrían que lidiar con estas escaramuzas esporádicas, vivirían inmersas en la guerra total.

Pienso en KitKat saliendo del colegio con su bolsa de gimnasia y su funda de violín y en ese desconocido esperando en la calle para fotografiarla. Me consume la rabia. También la tristeza y el dolor más profundo y desgarrador que he sentido en mi vida. Quiero dar puñetazos a las paredes, gritar con todas mis fuerzas y llorar hasta quedarme sin lágrimas. No puedo proteger a mi hija. Soy impotente, inútil, un fracaso como padre. Me paso el día preocupado por ella, imaginándome los peores escenarios. Ahora la prensa envía reporteras, que se hacen pasar por madres, a la salida del colegio. Sólo para conseguir alguna noticia, aunque sea irrelevante, sobre la familia del «desacreditado psicólogo forense Benedict Prince».

Cabrones. Malditos bastardos, panda de desalmados.

Abro WhatsApp y escribo un mensaje, otra parte de mi rutina diaria:

> Hola, cariño, soy papá. Espero que lo hayas pasado muy bien en el colegio. Te envío muchos abrazos. Te quiero un montón, papá.

Veo que le llega el mensaje. Las dos rayas se vuelven azules.

No hay respuesta. Últimamente nunca la hay.

Es día de cole, a fin de cuentas, y KitKat obedece a Clara.

Pero siempre me deja hecho polvo.

63

Ben

El último acto del caso de Anna O ocupó los titulares durante meses.

Inevitablemente, las noticias se centraban en los detalles más sórdidos: el suicidio de Harriet, su pasado como Lola, su acceso al hospital Rampton y The Abbey, la forma en que engañó a todo el mundo y el blog de @Sospechoso8.

Durante esos pocos meses se desata un auténtico revuelo mediático en Londres. La clínica no sobrevive al escándalo. El *hashtag* #AnnaO es *trending topic* cinco meses seguidos. La opinión pública no da muestras de saciarse de muertes, sangre, tragedia y traumas.

Se rumorea que se está filmando la película y que Anna ha recibido sumas astronómicas en concepto de adelanto por sus memorias.

El piso de Harriet resulta ser una mina de pruebas. Hay una copia del artículo de la doctora Bloom, «El método Medea: personalidad y parasomnia», publicado en la revista *Psychiatry Today* en 1991, con abundantes subrayados. También se descubre un alijo de escopolamina, la droga vulgarmente conocida como aliento del diablo, usada para violar o controlar la voluntad de las personas. Si se mezcla con alcohol sin que la víctima lo note, le desactivará la memoria a corto plazo bloqueando las células nerviosas del cerebro.

La espiral de teorías no cesa. La policía sospecha que Harriet usó escopolamina para que Anna ejecutara los ataques de la Granja y también para reducir a Bloom antes de apuñalarla. Hay quien sostiene que los asesinatos de la Granja los cometió la propia Harriet y que ésta se limitó a incriminar a Anna. Otros defienden que el auténtico cerebro de todo es Anna y que gracias a la ayuda de Harriet ha simulado dormir profundamente para no ser condenada por las muertes de Indira y Douglas. El enfrentamiento entre Anna O y la Bella Durmiente continúa.

La identidad del auténtico paciente X sigue sin conocerse.

Tal como predijo Clara, la fiscalía retiró oficialmente las acusaciones contra Anna y decidió no encausarme al hacerse pública la proximidad entre Harriet y Anna esos últimos años y su presencia en la Granja la noche de los crímenes. El Ministerio de Justicia accedió a dejar en libertad a Anna. Ella sigue asegurando que sufre de amnesia postraumática desde que se despertó y que no recuerda nada

de la Granja ni de sus crímenes. Algunos la creen, otros no.

Yo antes creía en ella. Pero he cambiado el Club de Amigos de Anna por el de la Bella Durmiente. El suicidio de Harriet ha dejado demasiadas preguntas en el aire. Antes me preocupaba estar del lado equivocado y que despertarla sólo sirviera para condenarla. Ahora me pregunto si Stephen Donnelly no tenía razón después de todo.

Anna sigue recuperándose fuera del Reino Unido, aunque yo ya no intervengo en la terapia. También he dejado las clases en Birkbeck. Aún hay fotógrafos montando guardia frente a mi casa. KitKat sufre acoso escolar. No hay una sola clínica o universidad dispuesta a contratarme en todo el Reino Unido. Estoy contaminado por asociación.

El punto crítico llegó dos meses después de los hechos. Un reportero coló una nota en la mochila de KitKat para intentar conseguir una entrevista. En ese momento Clara me pidió que me fuera. Esa misma noche acepté la oferta del Colegio universitario de las Islas Caimán para ser profesor visitante en su programa de estudios de posgrado. Pocos días después me fui en avión.

Luego, como siempre, la vida siguió su curso. Según los rumores de la prensa, Anna cambió de aspecto y se exilió *motu proprio*. Clara dejó su puesto en la Policía Metropolitana para reingresar en la del Valle del Támesis. La casa de Bloom en Islington se vendió. Yo contraté los servicios de abogados carísimos y expertos en redes sociales para borrar mi presencia en internet.

Sin embargo, hay algo que todavía me corroe.

Todas las preguntas que han quedado en el aire.

Estoy elaborando un archivo sobre el caso, con periódicos de la época, artículos de revistas y notas manuscritas. Forma parte de mi terapia personal. Es mi intento de racionalizar lo que pasó.

Anna Ogilvy está en libertad. Yo estoy condenado al exilio. Mi familia ha quedado destrozada para siempre. Harriet es un chivo expiatorio, y los principales enigmas siguen sin resolverse.

No basta con pasar página. En absoluto.

Tengo que encontrar la respuesta.

O morir en el intento.

64

Ben

Teorías, teorías.

He vuelto a mis antiguas teorías. Es mi nuevo ritual.

También tengo mis pizarras en la pared.

El primero empieza con Harriet Roberts. No hay pruebas que confirmen que era la hija de Sally Turner. Tampoco han aparecido nuevos indicios que sugieran lo contrario. El paciente X sigue siendo un fantasma, una figura ausente. El pasado, en definitiva, incognoscible.

Yo sigo pensando que no lo era. Ni cuadran las fechas, ni tiene lógica. Broadmoor no habría contratado como enfermera a la hija de un paciente.

Harriet no era el cerebro, sino la adlátere. Repaso mentalmente lo que se insinuaba en esas anotaciones clínicas de Bloom, el acertijo del mítico amigo del paciente X:

VB: ¿Has visto a tu amigo últimamente?
PX: Sí.
VB: ¿Tiene nombre?
PX: Sí.

Y luego las observaciones de Bloom, donde niega la existencia del «amigo» y lo atribuye a una ilusión psíquica:

> Sigo pensando que lo más probable es que el amigo sea una invención, un demonio en el hombro de X. Se trata de un cojín psicológico, un síntoma habitual entre los niños con lesiones psicológicas.

¿Y si Bloom se equivocaba y el amigo era real? ¿Y si Harriet Roberts

no era X sino la amiga de X, el confidente al que se hace referencia en las anotaciones clínicas? Me imagino las visitas, la amistad creciendo entre los dos. Un varón joven (el paciente X) que seduce a una mujer joven (Harriet). ¿Y si el control que ejercía el paciente X sobre Harriet se debía al hecho de haber cruzado la frontera que separa a enfermeros y pacientes? ¿Y cómo encaja el papel de Anna en esa teoría? ¿Hay alguna teoría capaz de abarcar todas las piezas y a todos los protagonistas?

Miro las otras pizarras. Las notas halladas en el piso de Harriet han arrojado nueva luz sobre todo, incluida la existencia del «experimento Medea» en Broadmoor a finales de los años noventa, bajo la dirección de la doctora V. Bloom.

Según las anotaciones de Harriet, a Sally Turner (como a todos los pacientes del ala Cranfield) la tenían aislada, pero su habitación era distinta. Dada la excepcionalidad del caso —su notoriedad, el elevado riesgo de suicidio, la amenaza que Sally suponía para otros pacientes y la que suponían éstos para ella, y las necesidades del experimento Medea—, Sally Turner fue alojada en una celda de cristal particular bautizada por el personal como la jaula. Así podían tenerla vigilada a todas horas. Le daban de comer por una ranura. Abrir la celda para la hora diaria de ejercicio de la paciente requería la intervención de seis personas. La celda en cuestión se había basado en un precedente: el espacio acondicionado en la cárcel de Wakefield, en Yorkshire, para el asesino en serie —y ex interno de Broadmoor— Robert Maudsley. Su celda acristalada, conocida también como «la jaula», se parecía mucho a la de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*.

Los detalles exactos del experimento Medea siguen siendo pura especulación, aunque la prensa se ha encargado de propagar el antiguo artículo de Bloom. Los métodos citados por la doctora en el número de noviembre de 1991 de la revista *Psychiatry Today* fueron publicados al pie de la letra: privación de sueño, métodos drásticos de inmovilización y sobrecarga sensorial. Desintegración psíquica, en resumidas cuentas.

Me aparto de las pizarras para volver a abrir mi portátil y leer el correo electrónico que me llegó ayer por la noche:

PARA: benedictprince9@outlook.com
DE: socialservices@lambeth.gov.uk
ASUNTO: Solicitud #7HYU8902

Sentimos comunicarle que el consejo del distrito de Lambeth

no puede facilitar ninguna documentación de archivo referente a la labor de nuestro equipo de servicios sociales durante el período de enero a diciembre de 1999, ni a las palabras clave «Sally Turner». Si desea presentar una queja sobre esta decisión, le rogamos se ponga en contacto con el defensor del usuario.
Atentamente,
Equipo de Administración de Servicios Sociales
Consejo del distrito de Lambeth

Otro callejón sin salida.

Lo arrastro a la carpeta «Paciente X», donde ya hay otras diplomáticas negativas del Ministerio del Interior, el Departamento de Salud, el Ministerio de Justicia y el Consejo de Ministros. Varios informes de la época en que fue arrestada Sally Turner confirman que tenía un hijo adolescente, está claro que menor de dieciocho años, cuyo nombre no se divulgó en ningún momento. Era antes de que se generalizase el uso de Facebook e Instagram y no se contaba con fotos del grupo familiar, y aunque las hubiera habido el adolescente en cuestión habría sido puesto bajo el auxilio de los servicios sociales —según se deduce del informe de Bloom— y entrado en el programa de protección de testigos, del que actualmente se encarga el Servicio de Personas Protegidas de la Agencia Nacional contra el Crimen.

La identidad real del paciente X siempre acaba escurriéndose. Debería borrar mis archivos, quemar los cuadernos y olvidarme de Bloom, Harriet, Broadmoor, el ala Cranfield y Medea, pero es un impulso irrefrenable, una necesidad de la que aún no puedo sustraerme y que me permite afrontar las otras facetas de mi vida.

Doy clase dos días por semana en el campus de Olympic Way, de la universidad de las Islas Caimán, donde además imparto una asignatura especializada en psicología del sueño. El resto de la semana lo dedico a los pacientes de mi consulta privada. Tengo una lista corta pero estable de clientes que necesitan terapia cognitivo conductual o ayuda para sus trastornos de ansiedad. Hasta hay algunos con problemas de sueño. Ya no me dedico al asesoramiento policial.

Llevo una vida tranquila, medio invisible, pero sé que no durará siempre. Tarde o temprano me darán alcance mis pecados. Tengo preparada una bolsa en mi apartamento para huir a toda prisa. Alguna de las mujeres con las que salgo hará saltar la alarma. Se correrá la voz, me jaquearán el correo electrónico y el teléfono y la prensa se me echará encima. Vivo con el temor de que llamen a mi puerta o de oír el frenazo de un coche delante de mi consulta en cualquier momento.

Paso los días leyendo prensa británica y dando vueltas a cómo

incide el caso de Anna en el síndrome de resignación y mi teoría de los estímulos, o pasando de una pizarra a otra y sopesando teorías. La mayoría de mis encuentros con mujeres termina cuando menciono a Anna o hablo sobre la familia que he dejado atrás.

Tengo tiempo para perderme en los misterios, enigmas y contradicciones del caso. Puedo analizar los múltiples engaños y traiciones que he sufrido, y persisto en mi búsqueda sin dejar que la releguen a un segundo plano los cotilleos o las anécdotas. Sigo luchando y esperando.

Tengo que descubrir la respuesta. Tengo que resolver el misterio.

La alternativa es demasiado dolorosa.

Encontrar al paciente X es lo único que me queda.

Cuaderno de Anna

2019

26 de agosto

Estoy en el piso. Hoy estoy de buen humor. Me levanto temprano, salgo a correr y vuelvo justo cuando Indira y Doug empiezan a dar señales de vida. Nos sentamos alrededor de la mesa redonda de cristal. Indira desayuna muesli, Doug un bol de Coco Pops. Yo me como un plátano, despacio, mientras me acabo un batido. Veo cómo se miran, como si estuvieran calibrando mi reacción de anoche, y me siento aún más decidida.

Dejo el folleto encima de la mesa y les suelto la propuesta. Mamá ha ganado una invitación para pasar un fin de semana fuera. Le ha llegado por correo; es una de esas estrategias de marketing. Exacto, sin teléfonos, sin distracciones. El sitio se llama la Granja. Sí, esa misma. ¡Éste es mi regalo para celebrar el principio de nuestra nueva aventura!

Aceptan con sonrisas forzadas. Me voy a Saint James's Square, a la Biblioteca de Londres. La mentira es un músculo que hay que ejercitar con regularidad.

Miro el móvil. Tengo otro mensaje de @PacienteX. Contesto dándole detalles sobre la Granja, nuestra hora de llegada y los momentos que tendré libres. Es el sitio perfecto para nuestro primer encuentro de verdad. Así podré ponerle cara al nombre y publicar por fin mi artículo.

Vuelvo a tener esperanza.

27 de agosto

Ogilvy Towers, Hampstead. Encuentro familiar para planear el fin de semana.

Mamá es la directora general, papá el director financiero, yo la directora de operaciones y Theo el jefe de salud y bienestar.

He aquí el itinerario: llegaremos a la Granja el 29. El «pack familiar» es para seis personas, con todo el equipo, el alojamiento y las

comidas incluidas. Se aceptan invitados. Ahí entran Indira y Doug.

De cuatro de la tarde a doce del mediodía tendrá lugar el plato fuerte de la visita, sucintamente llamado el Bosque. Hay dos equipos, los Cazadores y los Supervivientes. Me imagino uno de esos concursos de supervivencia de Channel 4 y Channel 5.

Hoy hago buena cara a mamá. A papá ni lo miro. Les miento a todos y me apunto al numerito de la familia feliz. No contemplo destruir a mi padre por su traición ahora. Eso vendrá luego.

Tampoco digo nada de la absorción de GVM. Me pregunto cuánto sabe papá y hasta qué punto se ha dejado desplumar por Indy. Pero estoy preparada: si no puedo participar de la compra, al menos me aseguraré de que no se produzca. Miro el folleto de la Granja y pienso en que por fin conoceré a @PacienteX.

El Bosque. Un escándalo mediático. Adiós, GVM.

Gano yo. Siempre gano yo.

Es una de las reglas de la familia Ogilvy.

65

Ben

El final llega de manera brusca. Mi exilio en Gran Caimán se ve interrumpido sin previo aviso. De la noche a la mañana paso de estar medio escondido a que me encuentren, justo como me temía. Llegado este momento de dar cuentas de mis actos, me percato de algo aún más profundo: el exilio implica la promesa de volver, pero el destierro no. ¿Y si he confundido los dos conceptos? ¿Y si no me iré nunca de esta isla?

El día empieza como de costumbre. Llego a mi despacho a las diez y media pasadas. Según la predicción meteorológica esta semana habrá tormentas. Sofia, mi secretaria a media jornada, está hablando por teléfono. Me preparo una taza de té pensando en otra frase para mi artículo de la revista, y abro el calendario de citas para familiarizarme con los nombres de los pacientes.

Sofia cuelga y se acerca a mi despacho con una bandeja de galletas. Coge una y deja el resto.

—No parece un día muy emocionante, lo siento. —Es extranjera, como yo. Está casada con un diplomático que trabaja para el gobernador y tiene un hijo pequeño que a veces usa mi despacho como circuito de carreras—. Una mezcla de pacientes habituales y nuevos.

—¿Le ha gustado a Angus mi regalo de cumpleaños?

Sonríe.

—Una introducción a la psicología no parece una lectura muy adecuada para un niño de seis años.

—Estás muy equivocada. Cuando empecé con Freud no era mucho mayor.

—La próxima vez mejor me lo preguntas.

Sigo consultando los datos de mi primera paciente.

—Elizabeth Cartwright. No me suena de nada.

Sofia se pone a ordenar el despacho. Su velocidad apilando libros en la estantería es digna de competición.

—Llamó ayer pidiendo la primera hora disponible. No había llamado nunca.

—¿Dijo para qué era?

—Colgó sin darme tiempo a preguntárselo. Además, tampoco es que podamos permitirnos rechazar a un cliente de pago.

—Es verdad. —Leo los pocos datos sobre E. Cartwright y me apoyo

en el respaldo—. Aunque creo que prefieren que los llamen pacientes. ¿Ha pagado por adelantado o tendremos que cerrar la puerta con llave?

A veces aún sueño con Harley Street y The Abbey: su clientela refinada, la atmósfera lujosa. Uno de los peligros de las consultas pequeñas son los pacientes que prometen pagar más tarde y, misteriosamente, nunca pagan. Desde hace un tiempo insisto en que lo hagan antes de irse, aunque en algunas ocasiones Sofia se vea obligada a cerrar la puerta con llave hasta que el dinero haya cambiado de manos.

—Todo por adelantado —dice Sofia.

—¿No ha aportado ningún historial médico?

—No.

—¿Ni ha explicado por qué viene?

—Tampoco.

—Entonces, ¿la tal señora Cartwright no ha dado ninguna información?

Sofía acaba de ordenar los libros y pasa el índice por la superficie de la estantería.

—Sólo puedo decirte que insistió mucho en que la atendieras tú. No quería a ningún otro profesional de la consulta.

—Pero ¿cuánta gente se cree que hay aquí?

—Si estás demasiado ocupado yo podría hacerle el test del principio.

Sonrío, cosa que últimamente hago poco. Sofia tiene una de esas voces sensatas y con un deje de colegiala estudiosa que en Inglaterra ya están al borde de la extinción. Me la imagino repasando los apuntes de latín justo antes de los exámenes de acceso a la universidad. Parece que los expatriados tienden a exagerarse a sí mismos, convirtiéndose en parodias de lo que serían en la madre patria. Tengo la horrible corazonada de que hoy va a ser un mal día.

Miro la hora. Me quedan quince minutos de margen.

—Cuando llegue me avisas. Intentaré averiguar si tiene alguna relación con periódicos o páginas de cotilleos.

Sigo el rastro de «Elizabeth Cartwright» en internet. Hay centenares de personas que se llaman así. Uso varios filtros para restringir la búsqueda, empezando por la cuenta bancaria de la transferencia, pero no encuentro nada. Me esfuerzo por disipar la inquietud que se ha adueñado de mí.

A las once suena el interfono. Pocos segundos después Sofia saluda a la recién llegada. Le pregunta a toda velocidad si quiere té o café, le pasa un formulario para rellenar, le dice que espere allí hasta que la llame, y busca disimuladamente alguna señal de alarma o de objetos escondidos en mochila y bolsillos.

Acordándome de Harriet, me pregunto si la nueva paciente podría ser una de las seguidoras de @Sospechoso8, una fanática convencida de que soy la encarnación del demonio y de que quien merecía morir era yo. O peor: una defensora de Anna que está segura de que fui yo quien recluyó a su ídolo en la clínica para someterla a un lavado de cerebro y que ha venido a vengarse.

Tras la característica llamada a la puerta de Sofia (una especie de redoble de nudillos), ésta se entreabre chirriando y asoma la cabeza.

—Está aquí la señora Cartwright.

—Gracias —contesto con mi voz más grave y rotunda, la que reservo para los clientes—. Dile que pase, por favor.

Sigo siendo un profesional. Es la única parte de mi antigua identidad que permanece intacta. Me enorgullezco de ofrecer un buen servicio al paciente y un buen trato.

—Ya puede pasar —oigo que dice Sofia.

Me he puesto de pie. Sofia se aparta. No levanto la vista hasta haber cubierto la mitad de la distancia que me separa de mi nueva paciente. Es una mujer ni alta ni baja, con los hombros estrechos y el pelo más bien oscuro, que le llega a la altura de la barbilla. Se protege del calor con un sombrero de ala ancha que le tapa la mitad de la cara. Se quita las gafas de sol y me sonríe.

Reconozco esa sonrisa, aunque debe de haber cambiado. Siento como si me atravesara, como si llegara al fondo de mi alma.

Una tormenta me ha encontrado en el paraíso y ha tapado el sol.

Sólo entonces lo comprendo.

De pronto, de forma dolorosa, lo veo claro como el agua.

Nunca me escaparé. No importa lo lejos que vaya.

Anna.

Cuaderno de Anna

2019

28 de agosto

Biblioteca de Londres, Saint James's Square. Me enfrasco en el trabajo. Sólo me queda la venganza. Me vengaré de Indira, Douglas y papá. Mal rayo los parta. Ojalá estuvieran muertos.

Mi salvación es el trabajo. Esta investigación sobre el pasado (Bloom, Medea, Sally Turner y el Monstruo de Stockwell) es lo único que me mantiene cuerda. Llevaba semanas buscándolo, desde que @PacienteX mencionó el título, y al final un empleado ha descubierto un ejemplar medio perdido en las profundidades del almacén. Se conserva un ejemplar físico del número de noviembre de 1991 de *Psychiatry Today*. Miro el índice y me emociono al ver el artículo de la página 22: «El método Medea: personalidad y parasomnia», por la doctora Virginia Bloom.

Lo encabeza una biografía donde se lee: «La doctora Bloom ejerce de psicóloga clínica en el hospital Broadmoor. Es especialista en trastornos del sueño y delitos vinculados al sueño y está investigando para su primer libro.» El artículo ocupa cinco densas páginas. Me siento y me dispongo a leer.

Está escrito para especialistas, por lo que al ser profana en la materia gran parte del texto se me escapa, aunque entiendo algunos párrafos. Ha llegado el momento. La clave del misterio podría estar en las páginas amarillentas de un artículo olvidado de principios de los años noventa publicado en una revista de psicología que pasó a mejor vida.

Leo por segunda vez el final:

> Conclusión: Formulando el método Medea
>
> El método Medea propone una nueva modalidad de intervención psicológica para los casos más extremos, y por tanto también para los delitos más extremos, que nos brinda el entorno de un hospital de alta seguridad. Un adulto que mata a un niño. Un padre que mata a su hijo o hija. Un adulto que mata a sus padres o abuelos. Como la Medea de la tragedia de Eurípides, estos crímenes violan los mayores

tabúes de la sociedad occidental, traspasando los límites morales habituales o la ética convencional. Pertenecen al tipo de pensamientos aberrantes o no socializados que dio a conocer Freud con su teoría del «ello». El propio Eurípides, de hecho, resume la reacción general del público ante estos crímenes en las palabras que pronuncia Jasón al descubrir lo que ha hecho Medea: «¡Y, a pesar de haberlo hecho, puedes mirar el sol y la tierra, cuando te has atrevido a una acción tan impía! ¡Deseo que mueras!»

En este artículo se argumenta que dichos crímenes extremos sólo pueden ser tratados con remedios igualmente extremos. Cuando a todas luces flaquea la mente del paciente, es imposible repararla sólo con retoques, correcciones o soluciones farmacológicas. Es necesario desmontarla de raíz y reformarla. El método Medea, que se encuentra aún en una fase abstracta, propone varias maneras de hacerlo dentro de un entorno especializado y forense: aislamiento a largo plazo, vigilancia a todas horas, privación del sueño, métodos drásticos de inmovilización y sobrecarga sensorial. Sólo así podrán eliminarse los procesos de pensamiento dañados y reconstruirse en su lugar una psique más sana. Ningún cirujano trata un tumor manteniéndolo dentro del cuerpo. El primer paso hacia la curación es extirparlo. La psicología moderna ha salido finalmente de la sombra del psicoanálisis y ya no creemos que los tratamientos sean indefinidos, como una terapia oral en la que nunca se deja de hablar. Necesitamos resultados, mediciones, y una manera de lograrlo es ésta.

Las objeciones más previsibles contra el método Medea son las que adoptan una perspectiva ética. ¿Se ajustan estas propuestas a la definición de tortura como «castigos crueles e inhabituales» de la Convención de Ginebra? ¿Son un acto punible por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos?

Mi respuesta es clara: no. A largo plazo, de hecho, es mucho más cruel condenar a estos pacientes a un arresto indefinido mientras se transige con su locura que tratar de curarla. No podemos seguir recluyendo de por vida a los pacientes en el manicomio. El coste anual de tener internado a uno solo en un centro médico supera el millón de libras. Es necesario reducir la estancia media en centros como Broadmoor, y para ello no basta con la contención sino que se precisan medidas curativas severas.

Esta hipótesis no podrá ser demostrada sin datos, que deberán proceder del trabajo de campo. La naturaleza

intrínseca del tema hace que en términos logísticos sea difícil llevar a cabo una prueba experimental completa, pero a mi juicio debería ponerse en marcha una intervención de estas características en un entorno controlado, enfocada en la rehabilitación de los pacientes. Dice un viejo refrán que «Quien bien te quiere te hará llorar» y yo tengo la firme convicción de que cualquier crueldad que pueda comportar el método Medea se verá eclipsada a largo plazo cuando los pacientes más extremos tengan la oportunidad de recuperarse.

Espero que a su debido tiempo pueda valorarse esta propuesta abstracta de un nuevo tipo de intervención psicológica, y que en un futuro próximo se ponga en práctica un experimento controlado.

Busco «método Medea» en Google, pero no encuentro nada. Pruebo con otros experimentos psicológicos famosos y me sale de todo, desde los más siniestros (como el de la cárcel de Stanford) hasta los cómicos (el experimento Philip sobre parapsicología), pasando por algunos de una seriedad absoluta (la prueba MIDAS sobre la esquizofrenia).

Me quedo leyendo hasta la madrugada. Stanford, Philip, MIDAS, Rosenhan, Diógenes, Milgram, Good Friday… Pero nada sobre MEDEA.

Vuelvo a pensar en MARATÓN, mi sospechoso. Este caso está repleto de emes. Me pregunto si ando desencaminada en mis sospechas, si mi sospechoso es realmente el hijo de Sally Turner. Quizá no haya nunca manera de saberlo del todo. La foto, el anuario, la chispa reveladora, todo se ha perdido en la confusión del pasado.

Pasadas las dos tengo una idea. La tenía larvada en mi cabeza, trasluciéndose en todo. El miedo tácito.

Vuelvo otra vez a la Wikipedia, escribo «Ministerio de Sanidad del Reino Unido», voy a la sección «Competencias» y retrocedo por las décadas hasta llegar a finales de los años noventa.

Leo la frase una vez, dos veces. Por un momento me arrepiento de mi sagacidad. Demasiado tarde. Ya lo sé. La certeza me duele en el cuerpo.

Mis sospechas —mis temores— se han confirmado.

Siento que me aplasta todo el peso del pasado. Se acerca el momento de la justicia.

Pienso en mamá y en papá, en el desastre de familia que tengo y en todo lo que ha ocurrido hasta ahora.

Y me doy cuenta de algo.

Hemos estado condenados desde el principio.

66

Ben

He temido este momento desde hace mucho tiempo. Me lo había imaginado, pero nunca así. Mi exilio parece muy distinto a mi vida anterior.

A pesar de mi búsqueda del paciente X, deseaba dar carpetazo al pasado y relegarlo a la historia. He intentado determinar la culpabilidad de otros y pasar por alto la mía. Sin embargo, ahora esa vida anterior ha vuelto de pronto: secretos que se niegan a morir, viejos pecados por los que hay que pagar.

El silencio persiste. Ninguno de los dos tiene la valentía de romperlo, al menos no inmediatamente. Nos conformamos con retarnos con la mirada. Pienso en los mitos griegos en los que las furias persiguen a sus presas y se vengan de ellas. La llegada de Anna es una señal. Puedo resistirme y plantarle cara, pero todo esto me supera. Los héroes trágicos no pueden escapar de su destino. Siento con gélida certeza mi propia mortalidad.

Anna ha cambiado de imagen. Ya no queda ninguno de los tópicos que se asociaban a Anna O: su legendario pelo rubio, sus gafas de estudiante de posgrado y ese estilo desgarbado con el que desfilaba lascivamente por un sinfín de banners, pantallas de televisión y suplementos de periódico. Se ha convertido en otra persona, una reinvención con escasas referencias al original. Ni melena, ni pelo corto, corte simétrico de peluquería. Es la primera vez que veo ecos de Richard en su cara y en la forma en que este peinado serio le enmarca los pómulos y la mandíbula, donde no quedan rastros de juventud. El tiempo ha ganado, y las máscaras han caído.

Ya no la acompaña un aura de cándida adolescencia. Su cuerpo es el definitivo y su cara documenta el paso de los años. De todos modos, aunque le han salido arrugas y ya no luce un peinado juvenil, lo demás se mantiene intacto. Lleva ropa más definida y elegante, y lentes de contacto en vez de gafas de farmacia. La piel en la que persistían las marcas de la adolescencia ha adquirido la suavidad de un bebé, con sutiles toques de color. Da la sensación de que las otras versiones eran un prototipo y que ésta, por fin, es la verdadera.

Hago una pausa para serenarme. También yo debo de estar irreconocible. El sol de Gran Caimán me ha quemado la cara, que

parece de cuero. Mis brazos parecen salidos de una curtiduría y el pelo rubio con las puntas ligeramente oxigenadas me da un aire nórdico. El Benedict Prince que contestó a la fatídica llamada telefónica y acudió a toda prisa a Harley Street era el típico inglés de su generación, pálido, fofo y con tantas comidas de microondas a su espalda que se quedaba sin aliento a la primera. Éste no.

He adelgazado y la piel se me ha pegado a los músculos conforme la balanza descendía por debajo de los noventa kilos. Llevo el pelo bien afeitado a los lados y vaciado en la coronilla para armonizar con la barba. Es la primera vez que doy la impresión de cuidarme. En mi destartalado cuarto de baño, armado con una maquinilla de afeitar, destruyo con ganas los restos de mi antiguo yo. También hago ejercicio. Pese a la injusticia de envejecer, estoy en mejor forma que nunca.

Ya no me da miedo la muerte.

Mejor, porque tengo delante a una asesina.

—Siéntate, por favor —digo.

Tengo el cerebro en piloto automático y no se me ocurre nada más. Quiero saber qué sabe Anna, qué hace aquí y si corro peligro.

Quiero averiguar si aún estoy a tiempo de ir a buscar la bolsa de mi apartamento, donde hay víveres para uno o dos meses, y huir a un nuevo exilio.

Pero sé que es tarde para eso. De algún modo, siempre lo he sabido.

Anna asiente con la cabeza y se sienta. Yo permanezco callado e inmóvil. Del exterior llega un barullo de voces.

Vuelvo a notar el mismo dolor sordo en las rodillas. El calor de la sala, denso como una sopa, tiene un regusto agrio. Me planteo pedir agua por el interfono. Mi intuición ha desaparecido. Su llegada me ha anulado.

Hay un silencio sepulcral. Finalmente Anna reacciona y sonríe. Había oído su voz durante nuestras sesiones, pero su nueva gravedad sigue sorprendiéndome hoy en día. La leyenda de Anna O siempre se basó en la imagen, no en el sonido. Todo el mundo proyectaba su propia realidad en la eterna juventud de la Bella Durmiente. Era mítica y monstruosa, una mezcla de depredadora y víctima inmovilizada en fotos y capturas de pantalla. Cosificada de mil y una maneras. Ahora ha recuperado su tridimensionalidad.

Echa un vistazo a mi despacho.

—Dime, ¿esto es un sueño de juventud o una crisis de madurez?

Lo ha dicho con un punto de mofa que no acabo de pillar. Ya no es mi paciente. Flirtea y hiere, como un esgrimista. No creo que yo tuviera el aplomo para mantener la compostura en una situación así. Ya me lleva ventaja. Mi torturadora, mi perseguidora.

—Un poco de cada —contesto, sabiendo que suena forzado—.

Puede que sea un sueño cumplido.

—Ya. Pues no hace falta que te diga que los sueños pueden ser muy peligrosos.

67

Ben

Nunca habíamos estado frente a frente en igualdad de condiciones. Es la primera paradoja. Yo fui arrestado poco después de que Anna despertara. Ella desapareció tras el suicidio de Harriet y mi puesta en libertad, y desde entonces me ha estado persiguiendo como un fantasma. Somos simples nombres el uno para el otro. Me imagino al duque de Wellington paseándose por Apsley House con un retrato de Napoleón en la pared, o a Churchill viendo vídeos de Hitler en Chartwell.

Desconocidos e íntimos, enemigos y amigos. Héroe y Némesis.

Vuelvo a mirar el cuestionario.

—¿Se trata de una visita de trabajo o de placer?

Anna se queda pensando, o finge hacerlo. Sus respuestas son provocaciones; se nota que disfruta incomodándome.

—¿Tú qué crees? —pregunta finalmente.

Otra vez el mismo tono. Presiento que no parará hasta haber ganado, y que ésta es la primera descarga de muchas. Es una certeza que no sabría describir. Su llegada anuncia algo. La muerte se cierne sobre mí. Lo único seguro de la vida es que se acaba.

—No lo tengo claro —digo—. Por eso te lo pregunto.

—Ya sabías que acabaría por localizarte. Más que desaparecer, te escondiste. ¿Fue intencionado?

—Pues es curioso —digo—, porque hasta ahora no lo había conseguido ningún otro periodista. Algo habré hecho bien.

—Te he ofendido. Se nota.

—Yo diría que ha sido queriendo.

—Lo que me intriga es que aún me veas como una periodista.

Me está llevando a su terreno, a su ritmo. Me atrapará así, metiéndose en mi cabeza y usando mi propio cerebro contra mí. Tengo que replegarme y mantener la concentración.

—Te he llamado periodista por educación. Siempre hay otras opciones: víctima de la fama, fenómeno mediático mundial, icono del *true crime*... O si lo prefieres, una de toda la vida, la Bella Durmiente.

—Lo dices con amargura.

Hago una pausa para tragar saliva y respirar.

—Bueno, me he quedado sin mujer, sin hija y sin carrera por haber aceptado tu caso. Te ayudé a despertarte y se me echó toda la prensa

encima. Me puse de tu lado pensando que eras una mujer inocente a quien le habían hecho mucho daño, pero ya no estoy seguro de nada. Si has venido a disculparte es un poco tarde.

Con lo último he dado en el clavo.

—El doctor Prince en el papel de víctima —dice ella—. La perspectiva no deja de ser original, aunque no sea tu mejor aportación.

—¿No?

Mira las estanterías. El despacho está en las antípodas del lujo de The Abbey, con su olor a pipa y esos interiores uterinos. A veces me siento aquí y me río al recordar que incluso tenía ascensor. Todo esto parece tan indignante e innecesario.

Hasta Harley Street podría estar sacada de uno de mis sueños. A menudo me imagino viajando en el tiempo y me quedo mirando las calesas de las que se apean curiosos personajes con levita, bastón y caja de rapé. Los veo subir a toda prisa por las escaleras de los mismos edificios donde entraba yo, como peregrinos en busca de una cura.

Lo echo de menos y a veces incluso me carcome la nostalgia, pero no volvería.

—¿Para qué has venido? ¿Por qué has viajado hasta el Caribe? —pregunto.

Me mira como si pudiera leerme el pensamiento, con una firmeza que me incomoda.

—El presente sólo se puede curar con el pasado.

—Una de las mejores citas de mis libros.

—En efecto, pero ¿y si tenías razón?

68

Ben

El calor es sofocante. Este cielo más plomizo alberga la promesa de violencia en el horizonte. Pienso en el pronóstico meteorológico y en la tormenta que se avecina. Todo parece diferente hoy. La sospecha se huele en el aire.

Propongo que salgamos a dar un paseo. A cinco minutos de la consulta hay un pequeño bar. Pido un agua con gas para Anna, y para mí una Coca-Cola Light. Luego nos descalzamos y caminamos por una parte no muy concurrida de la playa Seven Mile. Miro el mar. Las olas de bigotes blancos rompen en la orilla con un estruendo de platillos. Se respira paz. La superficie dorada oculta una realidad corrupta y a su vez es metáfora de muchas cosas.

A menudo me imagino trayendo aquí a KitKat y sintiendo su mano pegajosa entre mis dedos. Me imagino bañándome en el mar con ella. Ella practica su natación y ensaya el cuento del mítico paraíso tropical para cuando regrese a la lluviosa Oxford. Pero es soñar despierto, desde mi llegada la única visita que he recibido de Inglaterra es Anna.

Llegamos a la orilla y nos mojamos los pies en el agua fría del mar. Luego encontramos un sitio donde sentarnos y amontonamos la arena con los pies. Me acuerdo de cuando KitKat tenía dos años y hacíamos castillos. Temo que la felicidad sea como la juventud: los que la tienen la dilapidan, los que no la tienen sufren por ello.

Vuelvo a tener la misma premonición, pero de momento tengo que seguir disimulando y seguir la corriente con educación.

—¿Dónde te alojas? —pregunto.

Anna respira la brisa, cautivada por las vistas. Aquí fuera parece más pequeña, más humana. El aire le revuelve el pelo y le salpica la cara de agua y sal.

—En el Ritz-Carlton —dice—. Me quedaba dinero de la indemnización del Gobierno al retirar los cargos. Lo que más me gusta del mundo es observar a la gente.

—La víctima se convierte en mirón.

—Algo así.

Me pregunto por un instante qué habría sido de su vida sin el caso. Me la imagino relanzando su carrera después de *Elementary*: la Cámara de los Comunes, quizá, debates de política en la tele e intervenciones

pagadas en las redes sociales. Como su madre: de tal palo tal astilla.

Contemplo el paisaje mientras me bebo el refresco. En efecto, ha cambiado el tiempo. Este calor es el preludio de la tormenta. Se han acabado los días soleados. La llegada de Anna lo ha cambiado todo.

Ya sé en qué me he equivocado: no he comprobado si hay micros escondidos, o una cámara en su bolso, o policías o seguridad privada en las inmediaciones.

Pero es que estoy cansado de correr. Me quedan muchas preguntas que hacerle: sobre Harriet, sobre el aliento del diablo, sobre la Granja, sobre el Bosque, sobre el paciente X y, por encima de todo, una pregunta muy sencilla: ¿esa noche tenía la intención de matar a Indira y Douglas? ¿Era consciente? ¿Simuló el síndrome de resignación y aprovechó sus antecedentes de sonambulismo para salir impune de dos asesinatos? ¿Me engañó para que participara en sus planes?

—Si la única manera de curar el presente es el pasado —digo—, ¿qué planes tienes?

Se recoge las rodillas con los brazos, como un pálido eco de su infancia. Luego echa una última mirada a las vistas —el sol, el mar y la arena fundiéndose en un derroche de azules dorados y blancos crema—, se vuelve hacia mí y sonríe con tristeza.

—Hoy a las ocho en el Ritz-Carlton —dice mientras se levanta, rozándome el hueso del hombro con la mano—. No llegues tarde, doctor. Y procura tener un aspecto vagamente respetable.

69

Ben

Esta última instrucción se repite una y otra vez. Es el tipo de frase que habría asociado con Clara en la época en que el divorcio parecía tan imposible como la muerte o la vejez. Aunque físicamente esté mejor que nunca, me he abandonado en todo lo demás. Es la melancolía de la que escribieron nuestros antepasados.

El calor va en aumento. La tormenta hace señas a lo lejos. Todas las nubes se burlan de mí, amenazando con descargar. Lo peor es el suspense. Sé que pasará sin avisar. Será un aguacero que arrasará con todo, como una limpieza bíblica.

Vuelvo a mi piso y lo veo cambiado. Botellas vacías junto al cubo de basura, platos sucios, olor a descuido. Me pregunto si la mayoría de las versiones del infierno no se harán pasar por versiones del paraíso. Me miro de pie en el pequeño espejo del pasillo, pero aparto enseguida la vista.

Me ducho y me pongo mi único conjunto bueno de camisa y pantalones. Acto seguido me recorto la barba y me peino, un esfuerzo que llevaba meses sin hacer. Casi tengo la sensación de estar arreglándome para una cita. Veo la sonrisa de Anna en la consulta y a Harriet y ese atisbo de atracción mutua.

Recorro el paseo marítimo hasta llegar a las luces del Ritz-Carlton, uno de los mayores hoteles de la isla. Me imagino que algunos comensales del hotel irrumpen en la calle con cámaras y micros para pergeñar algún documental de impacto, o que al entrar en el vestíbulo me veo acorralado por la Interpol y la Policía Metropolitana. Aunque haya pasado tanto tiempo, aún veo ojos en todas partes.

Al llegar a la entrada del hotel intento mantener la calma. Voy al baño y me mojo la cara con agua fría. Me he hecho una promesa.

No volver a correr nunca más.

Al mirar hacia el fondo veo que Anna ya está sentada. Siento ese pellizco de miedo otra vez. Quiero pensar que es inocente, pero en el fondo sé que no. Es alguien capaz de quitarle la vida a otra persona. Puede estar aquí sentada, con toda la formalidad del mundo, pero sabe que tiene las manos manchadas de sangre, literal y metafóricamente. Si Harriet era el chivo expiatorio significa que Anna no estaba drogada al cometer los crímenes y atacó a sus amigos

voluntariamente. El sonambulismo y el síndrome de resignación eran simples tapaderas. Harriet la ayudó a fingir el síndrome con los sorbitos de petaca disfrazados de Jack Daniel's. Anna Ogilvy salió impune de matar a sangre fría a dos personas, y empujó a Harriet al suicidio.

Tres muertes. Tres cadáveres.

Estoy a punto de compartir mesa con una asesina.

Cuaderno de Anna

2019

29 de agosto por la mañana

La autopista pasa a toda velocidad. El motor va como la seda. El Clio de alquiler ha sido un impulso de última hora. Conduzco yo. Doug va detrás, e Indira de copiloto. El GPS falla bastante. Indy intenta encontrar la ubicación en su móvil. Mamá, papá y Theo van en otro coche y llegarán antes que nosotros.

Me doy cuenta de que Doug está muy callado. Es Indira quien se esfuerza por aparentar normalidad. El número de verano aún no está listo. Tampoco se ha firmado todavía el acuerdo con GVM. Ellos dos no tienen el dinero. Después de este fin de semana nunca no lo tendrán.

Suena el claxon de un coche. Intento mantener la vista en la carretera. Todo depende de mi encuentro de esta noche con la persona que se hace llamar @PacienteX. Sin verificar su buena fe no podré confirmar que MARATÓN, mi sospechoso, es realmente el hijo biológico de Sally Turner. A partir de ahí podré dar de verdad la campanada, mucho más allá del alcance de la propia revista. Distribución nacional. Prensa seria y sensacionalista. Telenoticias. Documentales y series. Me buscaré un buen abogado para ponerles una demanda a Doug e Indy, y humillaré públicamente al donjuán de mi padre. Usaré mi talento para fundar mi propia compañía, y esta vez me ocuparé yo del papeleo.

Pienso en la justificación de Bloom en su artículo: «Quien bien te quiere te hará llorar.» Pienso también en los otros «métodos» e «hipótesis» aplicados a enfermos mentales. He leído sobre psiquiatras que escenificaron ataques epilépticos, practicaron extracciones dentales, extirparon bazos, cérvix y cólones, infectaron deliberadamente a pacientes con malaria, indujeron comas artificiales con insulina e inyectaron suero de caballo para provocar meningitis y, lo peor de todo, extrajeron tejido cerebral con una intervención en los lóbulos frontales, lo que también se conoce como lobotomía transorbital.

Todos estos experimentos corrieron a cargo de profesionales de prestigio cuya intención era encontrar una cura para enfermedades

que no entendían del todo. Casi todos los peores tratamientos psiquiátricos se probaron con mujeres. Me acuerdo de la frase que leí ayer por la noche en Wikipedia, tan corta y tan inocua en apariencia. Me imagino a Sally Turner en el ala Cranfield de Broadmoor, en el verano de 1999, y pienso en los horrores del experimento Medea hasta sentirme invadida por las náuseas.

La Granja, como sugiere su nombre, está en los Cotswolds. Circulamos por sinuosas carreteras secundarias llenas de baches hasta adentrarnos en una pista de tierra donde el coche de alquiler avanza esquivando charcos y cuestas de barro.

Finalmente llegamos a nuestro destino. Veo un letrero y la parte trasera del coche familiar llena de polvo mientras papá y Theo están descargando cosas del maletero. El cielo parece amoratado, gris ciruela. Justo cuando aparcamos se pone a llover.

El barro nos llega a los tobillos. Las zapatillas de Doug desaparecen en una pasta amarronada. A nuestro alrededor todo es inmenso: a la derecha un bosque en el que ruge el viento; a la izquierda, árboles que silban. El encargado, Owen Lane, que es quien nos lleva a las cabañas, es un machote con barba, torso de barril y acento montañés. A Indy y Doug les ha tocado la Cabaña Roja y a mí una más pequeña e individual, la Azul. En la pared hay un mapa de la zona. Me familiarizo con su geografía: el Bosque, las Cabañas y las Ruinas. Me alegro de estar lejos de Londres. Es la primera vez en meses que me siento libre. Saco mi móvil y le envío otra vez mi ubicación a @PacienteX.

Después del Bosque, pasada la medianoche. Entonces podremos vernos.

Antes no.

La lluvia silba en las ventanas. La Cabaña Azul se sacude con el agua. Se oye una campana y salimos todos a por la comida prometida. Las Ruinas son un espectáculo. Parecen los restos de un majestuoso castillo del que no se ha ocupado nadie en siglos y sobre el que sigue flotando una bruma de secretos y oro. Hay un refugio improvisado. Nos sentamos en dos bancos largos de madera. Bebemos en jarras de madera. Doug pone cara de aburrimiento. Indira odia la falta de confort. Veo a papá más patético que nunca, hecho un manojo de flaquezas. Me regodeo en su incomodidad.

Nos sirven comida de pub elegante, en bandejas y tablas de esas que intentan parecer rústicas. Mamá ya no interpreta su papel de política estresada. Vuelve a ser la de antes, la que conocía yo. Sin su móvil, papá también retrocede en el tiempo y adquiere cierta majestad, como Gandalf sin barba ni gafas. Doug come a dos carrillos. Indira pica sin ganas de una fuente de jabalí. Theo le da a la jarra de cerveza. Lo imito pero me mareo.

La lluvia amaina un poco. En ese momento aparece la directora de la Granja, Melanie Fox. Llega acompañada por Owen, el encargado, un chico en prácticas, y por una mujer con cintura de avispa de poco menos de cuarenta años que nos presentan como Lola, la asesora de salud y seguridad. Lola recita algunas normas básicas. Luego nos reparten las pulseras. El negro identifica a los Cazadores, el blanco a los Supervivientes. Nos dividen a los seis en dos grupos: por un lado papá, mamá y Theo, y por el otro Indira, Douglas y yo. Nosotros somos los Cazadores, y el resto los Supervivientes. Nos piden que nos encontremos todos a las cuatro en la entrada del Bosque. Volvemos a nuestras cabañas para prepararnos.

Veo que Indy y Doug se meten en la Cabaña Roja. Papá y mamá se separan, como dos islas. Vuelvo empapada a la Cabaña Azul. Me siento y miro mi reloj: faltan veintitrés minutos para que empiece la ordalía del Bosque. Pienso en todo lo demás: la absorción, el piso, la revista, las miradas entre Indira y Douglas, la traición y la infidelidad de papá. Suena mezquino, y seguramente lo sea, pero se han disputado reinos enteros por mucho menos.

Pienso en cómo lo haré. Me imagino a Douglas e Indira ahogados por las facturas cuando la revista deje de imprimirse y la empresa se liquide. Esas sonrisas de satisfacción desaparecerán de sus caras cuando lo entiendan todo. La humillación de papá al quedar revelada su auténtica personalidad: un padre que ha sucumbido a los encantos de una mujer más joven hasta el punto de estafar a su propia hija. Ninguno de ellos se lo espera.

De ésta no se salvan. Voy a vengarme de todos.

Anna, la despistada, la fantasiosa. La mujer lobo. La sonámbula. *Fräulein* Anna O. Se acabaron los ataques y las puertas atrancadas con sillas.

Tengo la curiosa sensación de que el año que empieza se parecerá muy poco al anterior.

Dormir no tiene por qué ser una debilidad. Es un superpoder.

Carpe diem.

70

Ben

Anna se ha cambiado. Lleva un vestido más elegante, pero deliberadamente recatado, en las antípodas de la provocación. He acertado al juzgar su estado de ánimo. Estoy listo para presentar batalla.

Se pide una copa de tinto de la casa. Yo sigo fiel al agua. De nuevo me sorprendo de que esté tan tranquila. Hay algo casi patológico en su fortaleza.

Pedimos la comida. Me pregunta por la isla y yo le cuento mis momentos estelares en Gran Caimán. Le hablo de algunas mujeres con las que he salido, siempre sin éxito. No comento que está empeorando el tiempo, ni que está a punto de estallar una tormenta, cargada de promesas y amenazas. La despreocupación de las últimas semanas se ha esfumado. Los comensales empiezan a ponerse nerviosos con los truenos. Algo malo se avecina.

Mientras nos sirven los segundos, Anna me pregunta por la consulta, por mi promedio de curaciones. Quiere saber si curar a mis pacientes acaba perjudicándome económicamente.

Le digo que no.

—Para mí no hay ex pacientes. Lo que hay son pacientes que vuelven a estar bien, y que por tanto dejan de ser pacientes míos para convertirse en personas sanas.

Observo atentamente su reacción.

Toma un poco de vino.

—¿Has mantenido alguna relación con una antigua paciente?

—Depende de lo que se entienda exactamente por relación.

—Seguro que todos los psicólogos han tenido la tentación de hacerlo. Lo que sabéis de vuestros pacientes no lo saben ni sus cónyuges ni sus familias.

Me está provocando. La visita, la invitación. Seguro que pretende distraerme. Me pregunto si es así como ablanda a todas sus víctimas, jugando con ellas.

—Las relaciones sentimentales están rigurosamente prohibidas en todos los campos de la profesión —contesto.

—Bueno, pero acabas de decir que los antiguos pacientes, esos que tú, siendo tan bueno en lo tuyo, has sabido curar, no son pacientes de

verdad, sino personas como cualquier otra. Y me imagino que estará permitido que un psicólogo ligue con una persona cualquiera.

—Puede, pero a condición de que haya pasado bastante tiempo y ya no exista ninguna relación clínica.

—¿Cuánto tiempo consideras que es bastante? Hablando en teoría, se entiende.

—Claro, claro. —Estamos jugando, bailando uno alrededor del otro. Anna me mira a los ojos sin romper la magia—. La definición más habitual sería un año. Lo dices como si te lo hubieras planteado.

No hace ninguna objeción y termina el plato. Luego se apoya en el respaldo pasándose la servilleta por los labios.

—Está relacionado con mi nuevo proyecto. Se trata de volver a analizar el caso. Al principio lo único que quería era escaparme, pero era una ingenuidad. La amnesia postraumática no se me ha pasado del todo. No recuerdo prácticamente nada de lo que ocurrió en los meses y semanas previos a los ataques. No tengo ningún recuerdo de cómo llegué a esa situación. De lo único que me acuerdo es de la primera vez que me lo explicaron.

Sí, es buena actriz. Irreprochable, en realidad.

—¿Quién te lo contó?

Anna se detiene, rememorando el recuerdo doloroso.

—Mi madre —dice.

—¿En serio que no te acordabas de nada?

—De fragmentos, pero sin sentido. Mamá lo intentó muchas veces, pero no le acababa de salir. Era consciente de que cuando recuperara un poco la movilidad lo leería yo misma, así que una noche me lo explicó todo: el caso, la amnesia postraumática…

—¿Y tú la creíste?

Me mira fugazmente.

—Al principio no. Parecía imposible, demasiado espantoso para siquiera contemplarlo. Luego empecé a asimilarlo poco a poco. Aunque mamá intentó impedírmelo, en cuanto conseguí un dispositivo con conexión a internet me puse a buscar mi nombre. Me esforcé en asimilar que hubiera alguna relación entre lo que encontraba y yo, que me habían convertido en propiedad pública sin mi consentimiento.

En estos momentos soy la viva imagen de la compasión. Consigo tragarme el escepticismo y la rabia. Si Anna puede hacerse la inocente, yo también.

—Debiste de vivirlo como una violación, ¿no?

—En cierto modo sí. Sabía que no podría volver nunca a la normalidad. Era un bicho raro, una marginada, una de esas personas marcadas por la vergüenza. Tuvo que pasar un tiempo para que me diera cuenta de que la única manera de seguir viviendo era

recuperando mi propia historia, fuera la que fuese, y vivir mi propia verdad. Si voy a ser siempre «Anna O», tendré que entender cómo y por qué nació ese nombre. Entenderlo a fondo y de verdad. Tengo que recuperar los recuerdos que borró la amnesia postraumática, más como periodista que como paciente.

—La verdad te hará libre.

—Exacto.

Es una versión embellecida y que pide a gritos un editor. Estoy al tanto de los rumores, por supuesto. El *Daily Mail* habla constantemente de las muchas editoriales interesadas en contratar las memorias de la Bella Durmiente. Anna habla con precisión, como si lo tuviera todo ensayado y lo estuviera interpretando para mí. Es una mujer peligrosa y me está tendiendo una trampa.

Miro las nubes, hinchadas y grises, preñadas de lluvia. La tormenta está a punto de caer. Sobre la isla, sobre mí, sobre todos.

Ahora estoy seguro. Es la misma sensación que tuve en casa de Bloom. Voy a morir, lo sé. Anna no quiere que la ayude a recuperar su historia. Lo que quiere es escribir un desenlace más bonito, y para que ella tenga un final feliz yo debo ser el malo. Ella o yo. Un juego de suma cero. Siempre lo ha sido.

—Vas a volver a escribir. La prensa ha insinuado que podrías jubilarte sólo con retomar la pluma.

Se limpia los labios y deja la servilleta pulcramente doblada junto al plato.

—Es el problema de haber estado cuatro años dormida, que el mundo continúa sin ti. Yo ya no soy noticia.

—Por lo que he leído no es verdad.

—Bueno, tampoco hay que creerse todo lo que sale en la prensa.

—Tus artículos traslucían un gran talento literario. Creía que el mundo editorial esperaba con ansia la autobiografía del siglo.

—Pues ahí te equivocas.

—¿Y las adaptaciones cinematográficas?

—Lo que quieren no es mi autobiografía sino la de ella.

La miro mientras lo dice. La persona que tengo delante no se parece a mi antigua paciente: la voz, la mirada, la personalidad. Incluso su alma ha cambiado. Una es de verdad, de carne y hueso, mientras que la otra es fruto del imaginario colectivo, un arquetipo reciclado a lo largo de los siglos, el eterno femenino y la mujer caída reimaginados por cada cultura. Eva antes y después de la manzana. Me pregunto hasta qué punto mi sentimiento de traición se debe a haber creído más en una que en otra. Y si estoy tan atrapado por ese arquetipo como ella.

—Entendiendo por «ella» a...

Casi parece transgresor pronunciar el nombre en voz alta. Es como

Macbeth, hechizante y maldito.

Anna me sigue la mirada.

—Sí, a la otra persona, al mito que no existe. —El agotamiento invade sus facciones. Creo que por una vez estoy viendo que se le cae la máscara—. A mí no me quieren, ni me han querido nunca —dice—. A quien quiere el mundo es a Anna O.

71

Ben

Anna está cansada por el largo viaje. Pagamos la cuenta y antes de que seamos consciente de ello estamos despidiéndonos en la recepción del hotel. Espero algún tipo de invitación de última hora, a café, coñac o puro.

Pero no llega.

Estoy a salvo, al menos hasta que amanezca.

Me adentro en la oscuridad con paso cansino hasta llegar a la playa. El frío del agua del mar se me mete dentro. Miro el paisaje que tengo enfrente. Vuelvo a sentir ese escalofrío de inquietud. Repaso todos los momentos de la cena. Estoy seguro de que esa historia de las memorias es una tapadera. Soy el último cabo suelto que queda por atar.

Llevo unos diez minutos caminando cuando miro atrás rápidamente. Entonces veo la silueta de alguien bajo el tenue resplandor de la luna. Es una figura esbelta, de mujer. También coincide la estatura. Intento calmarme. La cena me ha puesto nervioso, y este calor tampoco ayuda. Estoy viendo visiones.

Pero vuelvo a mirar y la sombra sigue ahí.

Sigo caminando, ahora más deprisa.

Cada vez que me vuelvo la veo detrás. Avivo el paso, hasta que casi me pongo a correr. El calor, las nubes, las previsiones de tormenta. Ha sido una tontería esconderme en un lugar tan remoto. Necesito multitudes, distracciones, el ruido y el caos de una ciudad.

Corro y corro. Sigo corriendo hasta que la arena me desgarra la piel. Finalmente llego a otra zona de luz artificial. Veo a más gente y la entrada de mi casa.

Me paro jadeando y recobro el aliento. Miro a mi alrededor. A mi izquierda hay un grupo de adolescentes rodeando una fogata; suena música a todo volumen de uno de sus móviles. Sus risas hacen vibrar el aire. Se oye ruido de botellas y circula un porro. Intento acordarme de cuando me divertía tanto como ellos. Parece que ha transcurrido una eternidad.

Llego a la puerta de mi casa. Entro y giro dos veces la llave. Apoyo la espalda en la puerta y me dejo caer hasta sentarme en el suelo. El corazón me late desbocado. Se me llenan los ojos de lágrimas. Pienso

en Clara, KitKat y en todo lo que dejaré.

¿Era ella? ¿O me lo he imaginado?

¿Es eso lo que sintió Bloom en sus últimos momentos?

Es imposible dormir. Me cambio de camisa y bebo un poco de agua. En el silencio estéril de la cabaña me pregunto si estoy paranoico.

Ya no soy capaz de distinguir con claridad lo que es real de lo que no. Anna estaba dormida cuando mataron a Bloom. Al menos eso creíamos todos. Anna, el paciente X, Harriet. ¿Cómo puede encajar todo? El confeti de datos se une en una única respuesta.

Dentro del piso vuelvo a la pared de las pizarras. Había dado por perdido el caso, pero la llegada de Anna lo ha revivido todo. Ha venido a buscarme por alguna razón. Estas pizarras contienen las respuestas que se me siguen escapando, los eslabones perdidos y los datos cruciales que resuelven el misterio. Es la única manera de encontrarle algún sentido y de poner en orden las cosas. Tiene que haber una respuesta. Siempre la hay.

Me quedo contemplando las pizarras, buscando a tientas en la oscuridad. Persigo sombras, busco fantasmas. Pero sé una cosa.

Que Anna Ogilvy no ha venido a ayudarme.

Ha venido a enterrarme.

72

Ben

En mi escritorio aún tengo un posavasos con el logo de la Casa Museo Freud de Hampstead. Recuerdo que su estudio se conservaba intacto. Freud creía que la psicología era una labor detectivesca, como escarbar a través de múltiples capas de historia. Ahora siento un extraña similitud.

Pienso en la figura borrosa que me siguió en la playa, en el rumor de las olas y el miedo de perderme entre ellas. Mi única manera de pasar página es la verdad. Tengo que destapar el alias, descubrir la relación que advirtió Bloom la noche de su muerte y desenmascarar a la persona de carne y hueso que se oculta tras una sola letra.

X.

Si no era Harriet, ¿quién es el paciente X?

Como siempre, vuelvo a los otros sospechosos. Los rezagados, los que se quedaron atrás, el grueso del equipo. Cada uno tiene su propia pizarra. Vuelvo a echarles un vistazo.

Melanie Fox. La dueña de la Granja, la empresaria que estaba detrás de todo.

Owen Lane. El encargado, responsable del mantenimiento del circuito y de responder a cualquier emergencia.

Danny Hudson. El trabajador que estaba esa noche en la Granja, un chico de la zona que cobraba en negro y recibía alguna que otra propina por hacerles de recadero a Lane y Fox.

Los resultados están pegados en las paredes de la sala.

En la primera pizarra hay un breve artículo publicado en *The Times* sobre un tal Daniel Gordon Hudson, soldado de primera clase, al que encontraron muerto en los Brecon Beacons, donde realizaba unas pruebas de selección para las Fuerzas Especiales en 2022. Su muerte se atribuye a una hipertermia sufrida durante una marcha cronometrada en plena ola de calor.

Sospechoso 1: muerto.

La protagonista de la segunda pizarra es Melanie Fox. Hay muchos artículos sensacionalistas en la prensa amarilla que hacen referencia a su lucha contra el alcohol y la adicción a otras sustancias tras el incidente de Anna O. La Granja dejó de ser un negocio viable y Fox perdió todo su dinero.

Uniendo una serie de fragmentos de las redes sociales y toneladas de material de la blogosfera —tanto público como desencriptado capa a capa—, finalmente descubro la necrológica en un periódico australiano: «FOX, MELANIE. K. Se quitó la vida. Sin familiares.»

Sospechosa 2: muerta por suicidio.

Pasemos a la tercera pizarra. Owen Lane es más fácil de encontrar. En la época del incidente de Anna O ya se acercaba a los setenta y era el veterano del grupo. A él tampoco lo han tratado bien estos años. En una página de Facebook sale una foto de cumpleaños de Lane con sus dos hijas y un letrero de una residencia para la tercera edad en las afueras de Burford, en Oxfordshire. En otra página sale un enlace a una asociación de afectados por los accidentes cerebrovasculares y la dirección de internet para los donativos.

Sospechoso 3: incapacitado.

Los sospechosos canónicos se acaban aquí (sin contar a los miembros de la familia Ogilvy). Paso a los no canónicos. En la última pizarra sale todo el material extracanónico, los evangelios apócrifos del caso de Anna O: las teorías más desaforadas, los sospechosos heréticos y las conspiraciones demenciales.

Empieza con algunas referencias a la inspectora Fennel. Arriba del todo he enganchado una selección de los mejores titulares de la prensa sensacionalista:

LA POLI ESTRELLA Y LA BELLA DURMIENTE:
EL SECRETO QUE AVERGÜENZA A OXFORD
(*Daily Mail*)

LA INSPECTORA Y LA ESCRITORA:
¿UN VÍNCULO SECRETO?
(*The Sun*)

Hoy en día el sitio web de la Universidad de Oxford sigue incluyendo una sección de «Antiguos alumnos». Entre los eruditos, diplomáticos, filósofos y miembros secundarios de la realeza aparecen los nombres de Anna Ogilvy (licenciada en Literatura Inglesa) y Clara Fennel (máster en Criminología Aplicada) y un enlace a la prensa sensacionalista como fuente autorizada en ambos casos. El hecho de que se matricularan en cursos diferentes y nunca llegaran a conocerse no parece importarles. Una verdad crea cien mentiras. Y las mentiras son más pegajosas que los hechos.

Paso al siguiente sospechoso no canónico, el doctor Benedict Prince.

Desde el suicidio de Harriet me han acusado de todo: de ser un sociópata, un psicópata, un psicólogo depredador, de haber falsificado mis credenciales académicas, de no saber diferenciar entre realidad y ficción, de tener una segunda familia, de plagiar obras ajenas en mis libros y hasta de cometer los crímenes relacionados con el sueño que más tarde ayudé a resolver a la policía. Desde que me detuvieron, la bibliografía secundaria ha seguido creciendo. Gran parte de los incondicionales de Anna O sigue pensando que no hay humo sin fuego y que, inevitablemente, de algo debo de ser culpable.

La última parte está dedicada a la misma Anna. Aquí se da un paso más: Anna es la Bella Durmiente y el Anticristo a la vez. Pierde su condición de ser humano para convertirse en una simple diana, una percha para los prejuicios ajenos. No hay una sola teoría posible que no haya sugerido alguien: es el cerebro de todo, es el paciente X, ha fingido de principio a fin. En todos los continentes y husos horarios se encuentran artículos, tuits, post, mensajes y blogs. Miembro de los Illuminati. Miembro de una hermandad masónica secreta. Líder de una secta oculta. Y por último, y ésta es la teoría que más me gusta, producto de la imaginación de los medios de comunicación. El quid de la cuestión se pierde entre las conspiraciones.

Me duermo en el salón cuando ya ha amanecido. Al despertar me topo de cara con las pizarras, que se ciernen sobre mí. Tengo el pelo grasiento, los ojos legañosos, la boca reseca y los huesos doloridos y rígidos. Hago café, miro la prensa en mi iPad y, al echar un vistazo a mis correos de trabajo, veo un nuevo mensaje de una dirección de Gmail, de una tal «Elizabeth Cartwright». Ha llegado durante la noche y sólo tiene texto en el asunto:

¿Hollow Creek 15.00h?

Hollow Creek es un antiguo camino de contrabandistas que queda a unos diez minutos de mi piso, en Seven Mile Beach, como una curiosidad del pasado. Los isleños y los turistas más avezados lo usan como punto de encuentro.

No contesto enseguida. Me ducho y desayuno un bol de cereales revenidos mientras acabo de leer la edición digital de *The Times*.

Abro otra vez el mensaje de Anna y acepto la cita en Hollow Creek. Luego me pongo en contacto con Sofia y le pido que cancele todas mis citas de la tarde. Al mirar el contestador veo que KitKat sigue sin haber respondido ninguno de mis mensajes de voz o de texto.

Fuera se acumulan las nubes. Tenemos casi encima la tormenta.

Cuántas víctimas, directas o colaterales, se ha cobrado la historia de Anna O. ¿Seré yo la última?

Cuaderno de Anna

2019

29 de agosto por la noche

No lo veo hasta casi el final.

Lo único que no puedo dejar de ver. El espectro que me persigue en sueños. Freud lo llamó condensación, el proceso en el que varios elementos oníricos se funden en una sola historia coherente.

Tengo que asimilarlo. Hasta este momento me lo creía de manera teórica, pero acabo de verlo de verdad.

Estamos en el Bosque. Apenas veo retazos de cielo azul negruzco. Nos azotan rachas de llovizna. La naturaleza nos rodea y lo engulle todo. La luz natural brilla por su ausencia. Hay una oscuridad medieval. Pienso en todas esas generaciones sin luz eléctrica. Me imagino a la gente con velas y moviéndose a tientas, envuelta en una nocturnidad demoníaca. Porque es lo que se siente aquí: que hay demonios en el Bosque. Ya no es un simple juego. Se ha convertido en algo más: un purgatorio, un espacio intermedio y ajeno a las reglas de la vida cotidiana.

Cazadores contra Supervivientes.

Lucha a muerte.

Bueno, no es del todo así. Linternas sí tenemos. Es nuestra única concesión a la época de las pilas y la electricidad. También llevamos armas, cargadas con pintura, no con balas, pero incluso la pintura puede ser mortal a bocajarro.

Hay cierta justicia poética en la composición de los equipos. Uno lo formamos Indira, Doug y yo, los tres caballeros, los tres mosqueteros, la santa trinidad. Somos los Cazadores. En el otro equipo están mamá, papá y mi hermano, los Supervivientes. Nuestras órdenes son deliciosamente claras: los Supervivientes tienen que esconderse en el Bosque y sobrevivir durante las siguientes ocho horas, mientras que los Cazadores, como su nombre indica, van a por su presa. Cada tirador tiene las balas de un color distinto. Si todos los Supervivientes quedan marcados con todos los colores, ganamos. O aniquilación total o derrota total.

En la oscuridad me siento suspendida entre la vigilia y el sueño. Ha

empezado uno de mis episodios. Los terrores de la noche estrechan su cerco. Sólo sé que aún estoy despierta por el peso del arma en la mano y el hombro. Doug e Indy están cerca. Al iluminarlos con la linterna veo que están susurrando. Tengo una sensación de calor en el pecho.

Soplan ráfagas de viento frío. Los Supervivientes disponen de media hora para esconderse por todo el Bosque. Parece ser que está basado en un juego que usan para seleccionar a los soldados del Servicio Aéreo Especial. Los candidatos a reclutas se dispersan por las montañas de los Brecon Beacons y deben correr más que los vigilantes armados y que sus perros, y sobrevivir toda una noche sin que los detecten. Al que pillan, no lo seleccionan y vuelve a su unidad.

Es un juego tonto. Parece una chiquillada, poco digna de nuestra categoría, una regresión al veo-veo, el escondite y otras diversiones de la infancia. Aun así quiero ganar. Tengo que demostrar que no me han doblegado. No pienso quedarme rezagada mientras Indy y Doug se ponen en plan Rambo y salpican de pintura al resto de mi familia. Tampoco pienso darme por vencida ante mi padre. Hay que marcarlo. Y debo hacerlo yo.

Doug está convencido de que debemos permanecer juntos. Indy insiste sensatamente en lo contrario, y en que aprovechemos el elemento sorpresa. Si nos acercamos los tres a la vez a cada presa nos será imposible no ser vistos. Insiste en que cada cual se responsabilice de sus víctimas, y tiene la desfachatez de apelar a la confianza que reina entre nosotros. Si cada uno hace bien su trabajo, será el equipo el que salga ganando. Egoísmo colectivo. Me dan ganas de matarla. Papá es tonto y Doug también, pero la peor de lejos es Indira, que ha destruido a conciencia todos los pilares de mi vida. La invité a mi nido, le conté mis secretos y ella me ha robado la vida profesional y me ha destrozado la personal. Es la traidora que merece el peor de los castigos.

Doug rezonga que no está de acuerdo. Mi voto es el de desempate. Uno de los tres sale hacia la izquierda y otro hacia la derecha. Yo me interno por el centro del Bosque. Tres blancos, tres dianas y toda una noche de tinieblas estigias por delante. Nadie te menciona las largas esperas que comportan las operaciones de este tipo. Me imagino películas de acción fieles a la realidad. Veo a Arnie, The Rock y Stallone matando el rato durante dos horas hasta que en los últimos treinta segundos de película se desencadena un tibio tiroteo arruinado por la luz declinante del ocaso.

El Bosque es lo bastante pequeño como para dar alguna oportunidad a los Cazadores, pero lo bastante grande para poder sobrevivir. Ésa es la genialidad de este espacio. Pierdo la noción del tiempo. No tengo reloj. Me siento como un insomne que se ilusiona pensando que han transcurrido varias horas hasta que descubre que sólo han pasado

minutos. Me asedia la desesperación. Deambulo medio dormida por este sitio dejado de la mano de Dios y no encuentro señales de vida. Sólo hay oscuridad, el susurro del bosque y ningún ser humano a la vista. He estado caminando sin rumbo varias horas, pero no he cazado ni una sola presa. Saldré del Bosque derrotada. Volveré a la casilla de partida.

Ganarán los traidores. Indy me machacará.

Por fin oigo el ruido de una rama rota y me pregunto si sería capaz de reconocer a mi presa sólo por sus pasos. Es como volver a ser una niña que pese a la hora tardía aún no ha apagado la luz y se pregunta si es mamá o papá quien sube por la escalera. Se oye el crujido de una hoja, luego el de una ramita. Oigo un suspiro, una respiración pesada. Son ruidos que conozco.

Procuro pasar desapercibida escondiéndome detrás de un árbol. Me asomo y veo a papá delante. Está medio en cuclillas, como a punto de saltar. Levanto el arma como me han explicado y la preparo sin hacer ruido. Un disparo de pintura roja en la espalda y tendré mi primera presa. El Gran Mentiroso. Sólo me quedarán dos. Todos llevamos chalecos antibalas para reducir el impacto. Será peor la humillación que cualquier lesión en la columna vertebral.

Mi dedo roza el gatillo. Papá, que no me ve, no se ha movido. Cuento mentalmente hasta cinco, dándome cuenta de lo adictivo que debe de ser este juego. La primera muerte trae consigo más muertes. Es un acto con tanto poder, con tanta autoridad... El Traidor Jefe. Aún me queda tiempo para encontrar a los otros dos y corregir mi mala puntuación.

Tres, dos, uno...

De repente lo veo. Al principio sólo son sombras y reflejos. Veo que se acercan a papá. Seguro que son los Supervivientes que se reagrupan, los muy incautos. No tienen nada que hacer. Qué mala estrategia. La mano derecha de la segunda figura roza el pecho de papá. Hay algo que impide ver la izquierda. Veo la silueta de otra arma de pintura. Están hablando en voz baja. Papá se acerca. Sus labios se tocan. Sonríen. No tienen miedo de nada. Los esconde el Bosque, los envuelven los árboles y los ruidos de la noche disimulan su presencia. Es el momento que temía y esperaba al mismo tiempo.

Hay intimidad entre los dos, fruto de años, no de horas. Están sincronizados. Vuelven a besarse. La otra figura apunta. Papá dice algo en broma y le da una palmada en el trasero. La otra figura se vuelve, y por primera vez dejo de verla de espaldas.

Conozco el pelo y la expresión de santurrona.

Me acuerdo del primer mensaje que descubrí sobre la cuenta segura de correo electrónico, y de cuando papá tuvo que expiar otra aventura extraconyugal de la que habían aparecido pruebas. La otra mujer y el

numerito de familia feliz en el comedor de los parlamentarios.

En ese instante me doy cuenta de que he vuelto a equivocarme. Son traidores indiscriminados. Indira no ha utilizado a papá: ambos son culpables. Papá podía elegir, y no me escogió a mí, sino a Indira. Y no una vez, sino varias. Pesó más la lujuria que el amor.

Veo que la otra figura se aleja con sigilo, no sin un último beso de despedida. Miro mi móvil, escondido en el único sitio donde no se atrevería a buscar ningún encargado de sexo masculino. Compruebo el encuadre de la foto: es perfecto. Ya tengo todas las pruebas que necesito, la evidencia visual que los condenará a los dos.

Mi padre. Mi amiga.

Richard y la Otra.

Ya no levantarán cabeza.

Esta noche lo cambiará todo.

73

Ben

Hollow Creek todavía parece un refugio de piratas, con esas cuevas gárgola y las olas chocando contra las rocas. El romántico que hay en mí se imagina a rufianes de pelo apelmazado escondiendo toneles de aguardiente en su interior. La realidad seguramente era menos atractiva, pero las leyendas se han elaborado con esmero. Corren rumores de que Hollow Creek se sigue usando para importar cocaína destinada a los visitantes más acaudalados de la isla. El mundo no ha cambiado tanto.

Anna ya está aquí. Se ha sentado en un saliente, cerca de una de las entradas de la cueva, y mira el mar. No presta atención a mi llegada. El aura del hotel ha desaparecido. Lleva un vestido sencillo de topos, con un sombrero color paja y unas sandalias abiertas, ahora llenas de arena. Bebe sorbos de agua de una botellita. Del hombro derecho le cuelga un bolso sin adornos parecido al que Clara llevaba cuando estaba de vacaciones. Se la ve tan normal.

Pero ahí radica el peligro: su capacidad de cautivar te pilla por sorpresa. Me acuerdo de KitKat, de los paparazzi, de todas las humillaciones que ha tenido que aguantar mi familia, y me queman por dentro la rabia y la tristeza. No tengo que olvidar quién es realmente: una asesina que aún no ha rendido cuentas ante la justicia. El monstruo dormido al otro lado del cristal.

Tomo asiento en el saliente, sin que Anna aparte la vista del mar. Me pregunto si habrá dormido algo y por qué habrá elegido este sitio para nuestro encuentro. Tiene restos de protector solar en la espalda. Nos envuelven ráfagas de irrespirable aire caliente.

Al final tomo la palabra.

—Soy buen psicólogo, pero no tanto como para que alguien cruce el océano sólo para verme. Por favor, dime que has venido aquí por el paisaje.

Al fin aparta la vista del paisaje y me mira. Hoy no se ha maquillado; veo su rostro desnudo.

—Considéralo un viaje de investigación para mi nuevo proyecto. Parece que desgrava. Ventajas de la vida de escritor. O una cura para la amnesia postraumática. Está claro que el paisaje ayuda.

—¿No habías dicho que el mundo sólo quiere a Anna O?

—Sí.

Se queda callada y respira hondo.

En la playa rompe una ola más. Casi noto el sabor del salitre en el aire. Vuelvo a tener la misma sensación de aislamiento infantil de la otra vez. Su presencia es seductora. Su mano encima de la roca, a escasos centímetros de la mía, es toda una tentación. Hacía mucho que no estaba tan cerca de otro ser humano. Me siento infectado, contagioso, como si tuviera la lepra. Uno de los condenados.

—Por eso les doy lo que quieren —dice ella—: una historia real de Anna O. Mi primer libro. No unas memorias que lo cuenten todo: algo aún mejor.

Un recuerdo lejano acude a mi mente, el de las entrevistas de hace un año: las ambiciones literarias de Anna, su gran obra, su legado literario.

—Tu *A sangre fría*.

—La obra más emblemática del *true crime* —dice—. Se lee como una novela, pero todo lo que cuenta es verídico. Es lo mismo que hizo Shakespeare en sus obras históricas y los evangelistas en la Biblia. Los mejores dramas siempre han presentado hechos reales con técnicas de ficción. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo?

—¿Escribir como terapia personal?

—Es una manera de decirlo.

—Te reconcilias con los que te han hecho daño metiéndote en su cabeza y entendiendo las cosas desde su punto de vista.

En un manual de estilo que consulté para mi libro de divulgación psicológica, ese al que se refirió el Ministerio de Justicia en aquella primera reunión, hay una frase: «Todos los malos se ven como los héroes de su propia historia.» Me pregunto si será verdad.

Anna toquetea su botella de agua antes de apoyar la barbilla en una mano.

—Va siendo hora de que recupere el relato. Es mío, después de todo. La historia me tratará bien, porque pienso ser yo quien la escriba.

—Winston Churchill.

—Exacto.

De pronto la atmósfera cambia y noto un calor incómodo. Miro el cielo y vuelvo a ver las nubes grises. La tormenta aún no ha llegado. Persiste, amenazándonos a todos como un mal presagio. Pienso en las pizarras de mi piso. Anna ha dado con la solución, pero me hace esperar, como buena escritora.

¿Cómo puedo demostrar su culpabilidad? ¿Cómo podría demostrar que mató o no mató a sus dos mejores amigos? ¿Dónde está la frontera entre los deseos inconscientes y la intención consciente y culpable?

El sueño, las respuestas, ahora esto.

Anna Ogilvy sigue jugando conmigo.

Recuerdo ese día con Clara dentro del coche, hace meses, después de salir de la celda de detención. Recuerdo el juramento que me hice y que pienso cumplir.

Anna me engañó una vez.

Pero no volverá a hacerlo.

74

Ben

—A ver si lo adivino: soy el primero en tu lista de entrevistas, el testigo número uno en tu esfuerzo por colmar tus lagunas de memoria.

—Te sobreestimas.

—Hay muchas maneras de contar la historia. Supongo que todo depende del punto de vista.

—¿Tú crees?

—Ocurre con todas las historias.

Pienso en mi obsesión por Hitchcock y los peligros que acechan tras la domesticidad, los terrores de lo cotidiano. De noche aún me pongo mis películas favoritas: *Encadenados*, *Extraños en un tren*, *El hombre que sabía demasiado* (la versión original en blanco y negro, no el *remake* en color), *Con la muerte en los talones*, *Yo confieso*, *El enemigo de las rubias*...

—¿A qué puntos de vista te refieres? —dice Anna.

—Uno podría ser el del psicólogo corriente que se ve arrastrado a una situación fuera de lo normal. Me convierto en tu protagonista y abordas el caso a través de mis ojos. Aumentas el misterio de la historia, retienes información de cara al lector, al que torturas como un dios esparciendo pistas como si fueran migas de pan.

—Supongo que tiene cierta elegancia clásica. ¿Qué más?

—Otra opción es apostar a tope por el efectismo y recurrir a la ironía dramática. El secreto se revela al principio, convirtiendo en cómplice al lector. El asesino confiesa en las primeras páginas. Presentas a Harriet como la antiheroína y esperas a ver si sale impune. Es una novela de misterio abierta. El narrador no es Dios, sino el demonio, que corrompe al lector hasta el punto de que éste espera que el asesino se salve.

—¿No hay más?

—También podrías combinar las dos cosas, claro.

—Claro.

Hay un momento de hostilidad. Luego Anna vuelve a sonreír. De observarme con un distanciamiento receloso pasa a considerarme de nuevo uno de los suyos. Me niego a ser vencido. Estoy acorralado, pero no eliminado.

—¿Ya tienes editorial? —pregunto.

—Aún no. Quiero empezar por los hechos y presentarle el caso al lector de manera que entienda el aspecto psicológico, no sólo la cronología.

—Dicho así parece casi fácil.

—La psicología es lo que casi nunca aborda bien el *true crime*. Todos se centran en el quién y el qué, no en el porqué. En una crónica fría del caso se pierde la esencia. Su verdad emocional sólo se alcanza a través del drama, del arte, de la ficción, si quieres.

—Igual me iría bien probarlo con algún paciente. Le diría: olvídese del sofá freudiano, de los antidepresivos y de la terapia cognitivo conductual. Y le daría una libreta A4 y un boli para que escribiera la gran novela inglesa.

—Te estás burlando de mí.

—No, qué va.

Ahora hay otros paseantes en la playa. Ya no estamos del todo solos. Me hace ruido la barriga. Al mirar mi reloj descubro que ya es media tarde. Anna ya lleva bastante tiempo aquí. No ha venido a Gran Caimán para charlar conmigo en la playa. Tampoco está esperando la tormenta y la lluvia, como los isleños. Es cazadora, y yo soy la presa.

—A quien se le pasó desapercibida Harriet fue a mí. Soy yo de quien habría que burlarse, en todo caso —digo—. Estaba tan absorto en mis teorías que no la vi, y eso que la tenía delante de las narices.

Anna no me lleva la contraria.

—Era convincente y vulnerable, dos rasgos que no suelen ir juntos. No la vio venir nadie.

—Con una excepción —digo pensando en la fatídica conversación acerca de Sally Turner y Medea—. Bloom sí que lo sabía. Por eso hizo Harriet lo que hizo. Bloom se dio cuenta de que pasaba algo raro. Ella estuvo a punto de levantar la liebre. Al final veía mejor que nadie. Puede que hasta viera que Harriet no actuaba sola y sólo era una parte de un misterio más amplio, un eslabón en la cadena que llevaba al niño al que Bloom había tratado en otros tiempos, el paciente X.

Anna se queda un segundo callada, como si la asaltase un pensamiento. No cuestiona mi teoría.

—Quizá haya una manera de honrar la memoria de la doctora Bloom, de desagraviarla.

Por fin. Después de tantos preliminares estamos llegando a la meta, lenta y peligrosamente.

Miro la playa. Alrededor todo es silencio. Las furias llamando a la puerta. Los dementores a punto. Los pecados no pueden escaparse siempre.

Echo un vistazo al cielo ansiando que llegue la tormenta, sacie mi sed y me lave.

Respiro profundamente.


—¿Cómo?

75

Ben

Las Sesiones de Anna, como las he acabado bautizando, son una experiencia nueva para mí. Normalmente soy yo quien hace las preguntas, mientras que ahora represento el papel de testigo. Anna dice que su propuesta de investigación para el libro es sencilla: una historia verdadera del caso contada por los implicados. Dice que será la manera de recuperar lo que se llevó la amnesia postraumática.

Pienso en lo que ha propuesto mientras me tomo una cerveza en casa. Me siento más seguro pudiendo observarla cara a cara que volviéndome y mirando por encima del hombro, como aquella noche de la playa. Estos momentos son los más peligrosos. En este juego del gato y el ratón el único error fatal es dar la espalda al adversario.

Trato de distraerme con otras cosas. Voy a la pequeña librería que hay cerca del centro de George Town y la dependienta me encuentra una edición bastante maltrecha de *A sangre fría*, de Truman Capote. Miro el lomo plateado y abro la página del título. Leo el subtítulo: *Relato fidedigno de un asesinato múltiple y sus consecuencias*. Echo un vistazo a la contraportada y leo la cita destacada:

> Dick llegó al convencimiento de que Perry era ese ejemplar único, el «asesino nato», absolutamente cuerdo pero sin conciencia y capaz de llevar a cabo, con o sin motivo, los mayores crímenes con la máxima sangre fría.

No puede ser más exacto. El paralelismo es inquietante: cuerdo pero sin conciencia. Anna Ogilvy no como doncella en apuros, ni como princesa dormida a quien hay que salvar, sino como una asesina nata. Todo asesino tiene su propio sello y Anna es proclive a los grandes gestos: cuchillos, sangre, espectáculo, inducir a Harriet al suicidio… Esto último no puedo probarlo, y quizá nunca pueda, pero estoy seguro de que fue así. En las artes del asesinato, Anna es una efectista. Lo siento en el alma.

Al hacer una búsqueda en Google sobre el libro, leo que *A sangre*

fría «es el segundo libro de *true crime* más vendido de la historia». Clico en el enlace del principio de la página y sigo leyendo:

> La novela de no ficción es un género literario en el que se entrelazan personajes históricos reales y hechos verídicos con conversaciones ficticias, usando las técnicas narrativas de la ficción. En inglés también puede recibir coloquialmente el nombre de *faction*, mezcla de las palabras *fact*, «hecho», y *fiction*, «ficción».

Acude a mi memoria la conversación que mantuve con Emily Ogilvy mientras caminábamos por Victoria Street. Lo preocupada que estaba por la obsesión de Anna con el *true crime*. Vuelvo a oír su advertencia desde el otro lado del Atlántico: «Anna sería capaz de matar por sus quince minutos de gloria. Quería ver su nombre en letras luminosas. Cuando empezó a escribir, mi hija no quería ser una buena autora, sino una gran autora.»

Veo a Harriet, o Lola, cuidando a la mujer de la cama. Pienso en todo lo ocurrido y sé que las Sesiones de Anna son la coda, el último capítulo.

Acordamos grabar las sesiones en el cobertizo que hay delante de mi cabaña en la playa, con sus extensiones de arena dorada frente al mar. Está destartalado, pero también a salvo de oídos indiscretos.

Las normas de las Sesiones de Anna son claras. Yo soy uno de muchos. Finjo creérmelo. Es el mismo trato que ya han recibido Clara, Emily, Richard y el resto de los implicados en el caso. Mis respuestas se usarán para elaborar una reconstrucción dramática. Una vez pasados por el filtro de la narración, los datos objetivos se convertirán en prosa.

Es la historia de Anna O.

O, por decirlo de otro modo, el relato fidedigno de un asesinato múltiple y de sus consecuencias.

Con la diferencia de que esta vez lo escribe la propia asesina.

Las sesiones en sí son de una falta de tecnología refrescante. De las bebidas y el café se encarga Anna, que conoce una cura milagrosa para la resaca: café expreso, nata y algunos ingredientes mágicos. No hay cámaras, sólo una grabadora de voz mp3 Sony algo maltrecha. Anna deja la grabadora encendida mientras toma notas en una libreta grande de papel pautado amarillo.

Sigo percibiendo la oscuridad de todo este asunto. Mi cabeza me pide que me levante y me vaya, que me suba al primer avión y busque

otro escondite. Mi corazón, en cambio, me advierte que sería inútil, que estamos atrapados en un bucle del que no podemos salir ninguno de los dos. El misterio del otro nos atrae a los dos por igual. Ya me he decidido. Esto sólo terminará con uno de los dos de pie.

Dedicamos todo el primer día a los compases iniciales del caso. Yo bebo, pero me olvido de comer. Observo las reacciones de Anna al oírme hablar de Bloom, la llamada telefónica, Stephen Donnelly, Harriet y la teoría de los estímulos. Somos como los supervivientes de una guerra, testigos de hechos que casi nadie puede comprender. Anna reacciona como si oyera los detalles por primera vez. Yo estoy atento a algún desliz, algún error, pero no hay ninguno. Es otro espectáculo impecable.

De noche, después de la sesión, damos otro paseo por la playa. La arena está más blanda que de costumbre. Aunque el sol haya perdido fuerza, hace demasiado calor para dormir. Tengo la garganta reseca. Sacio mis entrañas con cerveza y después con whisky. Me siento como un granjero suplicando de rodillas al dios de la lluvia que se compadezca de mí y bendiga la tierra.

Nos sentamos en la playa. Al fin anochece. No me aterroriza el día sino la noche. Estoy cansado y tengo mucho sueño, justo lo que quiere ella. Anna se acerca, incluso apoya su cabeza en mi hombro. Todo esto forma parte del juego. Llevo tanto tiempo sin compañía... La suavidad de la piel de otra persona es irresistible.

Me cuesta mantener los ojos abiertos. El sueño me empuja. Estoy pendiente de oír algún movimiento, la presencia repentina de Anna cogiendo algo, y la escena llenándose de sangre, como vino derramado.

De momento, sin embargo, no ha pasado nada. Sigo vivo.

Ojalá pudiera quedarme despierto.

Dormir es peligroso.

El sueño es la muerte.

Pase lo que pase, no debo cerrar los ojos.

Cuaderno de Anna

2019

30 de agosto

Se ha acabado la cena de medianoche.

Empieza un nuevo día, pero el mundo ha cambiado para siempre.

No paro de pensar en lo que pasó con los Cazadores y los Supervivientes. Veo la cara de traidora de Indira y el beso empalagoso de mi padre. Oigo convertirse en cenizas mis últimos vestigios de fe en la humanidad.

No como, sólo bebo. Me van rellenando la copa y sigo bebiendo hasta que mi hígado protesta. Me noto diferente.

Estoy a la espera, pendiente del encuentro. Me siento como esas mujeres de la Dirección de Operaciones Especiales que cruzaban las líneas enemigas. Espero a mi informador secreto, a la persona que puede salvarme.

Sólo por eso he aceptado venir a este lugar dejado de la mano de Dios.

Se abre la puerta de la cabaña. Han llamado y entra alguien. Veo su silueta. Es la misma persona que no se ha apartado de mi copa a lo largo de la cena. La reconozco de la sesión informativa: es la responsable de salud y seguridad, la de la cintura de avispa. Me pregunto si estoy teniendo alucinaciones.

No cierra la puerta. Lleva guantes, está diciendo algo. Son mis instrucciones. Me pregunto si es @PacienteX.

Detrás de ella hay alguien más. Reconozco la cara: es la misma de las fotos que guardé en mi portátil.

La de MARATÓN, mi sospechoso.

De repente me doy cuenta de lo equivocada que estoy. Ha sido un grave error de cálculo.

Venir a la Granja ha sido una equivocación terrible, catastrófica.

Corre, Anna, corre, corre. Todo lo deprisa que te permitan las piernas.

Demasiado tarde. Tengo la vista un poco borrosa. El mundo parece curvarse.

Pienso en lo que hemos estado bebiendo en las Ruinas después de

acabar el juego del Bosque. Quizá han echado algo en la jarra. El encuentro con @PacienteX era la excusa perfecta.

Estúpida, estúpida, estúpida.

Cada vez me noto más rara. Parece un virus que me estuviera infectando capa tras capa. El cambio es confuso, pero concreto. Me está pasando algo muy grave. Un golpe, una caída, un batacazo. No me había sentido nunca así. Es como si hubiera perdido el control de mi cuerpo y mi cerebro a manos de otra persona. Tengo pensamientos que no son míos. Pensamientos de otros.

Pensamientos salidos del inconsciente, sin inhibiciones. A mi lado hay un cuchillo. Es como un símbolo de mis sueños, que me ruega que lo use. Soy lady Macbeth, la mujer diabólica.

¡Ah, débil en intento!
Dame las dagas. Los durmientes y los muertos
no son sino pinturas: sólo ojo de niño
teme a un diablo pintado.

Ahora los pensamientos son irrefrenables.

Están los dos a mi lado. Me lo han hecho ellos. Me he bebido mi propia desaparición. Ya no tengo control sobre mi mente. Soy su marioneta; tiran de mis hilos, torturándome.

Los pillaré. Denunciaré a los traidores. Las voces me hablan por encima de mi hombro, dentro de mi cabeza. Estos dos intrusos me están incitando a actuar.

«Los durmientes y los muertos.»

No puedo tolerar lo que pasó en el Bosque.

Indira me ha robado mi empresa, mi familia y mi vida.

Está clarísimo. Siempre lo ha estado.

La puta tiene que morir.

76

Ben

Me despierto de golpe.

Mis sueños están llenos de sangre y de monstruos.

Abro los ojos y noto el sabor de la primera gota de lluvia. Tardo unos segundos en ser consciente.

Miro el cielo y las nubes de tormenta. Sé que hoy lloverá. He pasado por algún ritual de iniciación y he aplacado al dios de la lluvia. El sueño se apoderó de mí, pero aún estoy aquí. Me toco todo el cuerpo, respiro profundamente varias veces.

Aún estoy aquí.

El corazón me late. Los pulmones se me llenan de aire. No sé cómo, pero he sobrevivido a la noche. No hay heridas de arma blanca ni sangre. Tampoco espectáculo, ni sirenas.

Miro a mi alrededor, pero no veo a Anna. Casi doy gracias por el paréntesis de calma. Vuelvo a preguntarme si son la paranoia y el aislamiento los que provocan estos inquietantes pensamientos, y si serán los primeros síntomas de la locura. Quizá es que necesito ayuda, descanso y dejar de sondear los abismos de la mente criminal. Volver poco a poco a la normalidad y la cordura.

Me duele la cabeza. Esta noche he bebido demasiado. Es como si retumbara un campanario en mis oídos. El alivio deja paso al desconcierto. Miro el cielo, con sus nubes de un gris cenagoso. Debo de haberme imaginado la gota, como último eco de un sueño.

Me levanto y voy a buscar agua y a Anna. Al llegar a la cabaña oigo el agua de la ducha. Al rato sale Anna empapada, con una toalla alrededor del cuerpo. Prepara otra tanda de su remedio milagroso contra la resaca, lava su taza a mano y la vuelve a guardar en el armario. El remedio hace milagros, tal como me había prometido. Se me despeja la cabeza, y por unos momentos vuelve a reinar el orden. Me ducho y me preparo. Luego empezamos otra vez: más grabaciones, más entrevistas. Las Sesiones de Anna, día 2.

No nos apartamos de la estricta cronología del caso hasta después de varias horas. Como a los buenos interrogadores, a Anna le interesan unas partes más que otras. Yo sigo prestándome a su interrogatorio, al tiempo que una vez más me digo si he interpretado mal la situación y que quizá sobreviva a esto. En ese caso, me iré de la isla y recuperaré

la cordura.

—Pero ¿por qué tú? —pregunta.

Se ha vuelto más directa. Le doy un sorbo al whisky. La pregunta me intriga.

—¿Cómo?

—¿Por qué eras el único que aplicaba este tipo de tratamiento? —dice Anna—. ¿Había algo de tu pasado que influyera en la teoría de la estimulación? ¿Por qué creías que la esperanza podía ser tan decisiva para un trastorno mental como el síndrome de resignación?

Carraspeo. En la bibliografía especializada aún se debate si Anna se despertó gracias a mis métodos, o si fue Harriet quien le indujo el sueño profundo, usando su pequeño vial para introducir escopolamina en su organismo a sabiendas de que no quedaría reflejada en los análisis. También se discute si Harriet era el cerebro de todo o se limitó a acatar las instrucciones originales de Anna, como manera de simular un sueño profundo y evitar una condena por doble asesinato.

De momento no puedo apartarme de mis antiguas convicciones. La cura Prince. Hay que seguir fingiendo.

—El mundo moderno contrapone la ciencia al arte, la mente al cuerpo y lo espiritual a lo material —digo—, pero los científicos de la Royal Society también eran teólogos y alquimistas. Isaac Newton se dedicaba tanto a los estudios bíblicos como a la física. Aristóteles no escribió sólo de biología y política, sino también de teatro y poesía. Por eso me interesaba tanto la cuestión de los trastornos neurológicos funcionales.

—No suena mucho a respuesta médica.

—Porque no lo es, o no exclusivamente. Los TNF cambian de raíz la concepción médica tradicional. ¿Es posible que en el cerebro no se detecte ningún trastorno orgánico y que sin embargo la enfermedad sea tan real como devastadora? ¿Puede convertirse lo mítico en algo del todo material? Responder a estas preguntas es empezar a dar respuesta a los misterios de la vida misma.

En el pasado, éste era el momento en que Clara huía a la cocina, KitKat bostezaba y se ponía a jugar con su juguete, o el personal de The Abbey, sobre todo los de la última planta, hacía bromas sarcásticas. Me sorprendo echando de menos sus burlas. Las vueltas que da la vida.

—Bueno, pero ¿por qué?

Su insistencia vuelve a sorprenderme. La Anna escritora en contraposición a la Anna paciente.

—A saber —contesto finalmente—. Es una pregunta imposible de responder.

—Salvo que seas psicólogo y te dediques a estudiar la mente.

—Ahora eres tú la que me sobreestimas.

—Sigo queriendo saber. ¿Qué te hizo caer en la cuenta de que la esperanza podía ser tan poderosa como la heroína? ¿Qué te hizo ver la felicidad como un estimulante, a la altura de cualquier otra droga?

Respiro profundamente.

—Los hechos históricos.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—La mente es sólo humana, una facultad que no se encuentra en ningún otro cerebro del mundo animal, pero es tanto un don como una maldición. Fue lo que quiso decir Milton en sus famosos versos, que me recitó tu madre cuando nos encontramos por primera vez en la iglesia de Saint Margaret: «El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno o un infierno del cielo.» Los poetas lo han sabido mucho antes que los psicólogos o los psiquiatras.

—¿Y no fue nada más personal? —dice ella—. ¿Nada de tu pasado? ¿Un arco de redención que hubieras vivido en tu propia carne?

Por fin. Ya hemos llegado. Las preguntas se han vuelto más personales e incisivas. La dinámica entre los dos cambia de golpe. Anna se da cuenta de mi cara de incomodidad. Oigo que ha empezado a tronar. El aire está más fresco y expectante.

Ya vienen las furias a por mí, igual que la otra vez.

—¿De qué me estás hablando?

—Este libro va de la verdad, Ben —dice Anna con una tranquilidad escalofriante—. Habíamos quedado en esto: la verdad y nada más que la verdad.

Espero.

—¿No crees que ya va siendo hora de que cumplas tu parte del trato?

77

Ben

Basta de juegos. Por fin nos estamos sincerando. Nos quitamos las caretas.

Anna está tan inmóvil que parece imposible. Eso es lo primero que noto. Habla con una voz fuerte, extraña. La grabadora está en marcha, con su ojo rojo que me acusa. El peligro me hace sudar y noto la piel pegajosa.

Estoy sentado enfrente de una asesina. Nunca quise dedicarme a la terapia cognitivo conductual, ni sentarme en una consulta a hablar con gente rica y triste. Me muevo en el peligro como pez en el agua. Mis pacientes son criminales. Y Anna es el paciente y el criminal más interesante de todos.

—¿Por qué no quieres decirme la verdad, Ben? —pregunta con tono de experta.

Tiene ganas de pelea. Las escaramuzas previas acaban de dar paso a la guerra de trincheras, entre el fango, a bayoneta limpia.

La luz del aparato de grabación parpadea. Se oyen las olas rompiendo en la playa, gritos en el agua. Cerca de nosotros, unos altavoces portátiles compiten a todo volumen con los sonidos de la naturaleza, hasta que se confunde todo —el mar, los gritos, los altavoces, los truenos— en un batiburrillo sonoro impenetrable.

Estoy sudando más de lo normal. Me he mareado, incluso tiemblo.

La tormenta. La lluvia. Ojalá caiga de una vez.

—Yo nunca he mentido —digo—. En The Abbey mi trabajo era encontrar la verdad: eso es lo único que me ha importado siempre, como a ti.

Anna apenas suda.

—Sigues mintiendo —dice—. Todo lo que has hecho y escrito han sido mentiras. Puede que a veces hasta te hayas convencido a ti mismo. ¿Cómo lo llamáis los psicólogos? Síndrome de la memoria falsa. Trastorno de identidad disociativo. Amnesia psicogénica. Recuerdos reprimidos. Elige lo que más te guste. La capacidad de separar en compartimentos la mente, hasta tal punto que una parte no reconoce la otra. Así es posible vivir dos vidas. No es que el pasado sea otro país, es que es otra galaxia. Lo único que existe es la reinvención de ti mismo.

Síndrome de la memoria falsa. Trastorno de identidad disociativo. Amnesia psicogénica. Recuerdos reprimidos.

Sí, ahora lo veo, lo veo todo. Es el enfoque que ha elegido. Debería habérmelo imaginado. Debería haber predicho su conducta. Es como me cazará, condenándome con mis propias teorías.

Noto en la frente una enorme gota de sudor que acaba cayendo en mis pantalones. Toso con fuerza y cojo el vaso de whisky. Tengo la sensación de no ver bien. Hago el esfuerzo de mantener el tipo y no reconocer mi debilidad.

—Esto se parece cada vez menos a una entrevista y más a un interrogatorio.

—Sólo se interroga a los culpables. ¿Tú eres culpable, Ben?

Vuelvo a mirar la grabadora y me veo en la playa, tumbado junto a Anna, con esa sensación atávica de cercanía. Estaba todo ensayado, planeado: el coqueteo, la cena y la intimidad deliberada de estos días a solas en la cabaña. Me siento solo, vulnerable, anhelando todo lo perdido. Todos los asesinos con talento saben jugar con sus víctimas y encontrar sus puntos débiles.

Anna se da cuenta de que en mi vaso ya no queda whisky. Me ve sudar, me oye toser, pero no se inmuta.

—¿La doctora Bloom sabía que eras culpable? —se limita a preguntar.

Vuelvo a oír mi última conversación con Bloom la noche de su muerte. Las instrucciones que me dio para sacar el informe de la caja fuerte. Nadie oyó la llamada salvo yo, que escondí bien el informe. Sigue siendo un secreto entre Bloom y yo.

Puntos ciegos en la memoria. Acciones olvidadas. Por supuesto. Quiere que lo admita. Por eso aún estoy aquí. Anna quiere que su diagnóstico sea correcto.

—Para tener amnesia postraumática, haces gala de muy buena memoria —digo.

—Al final el caso se reduce todo a eso, ¿no? Ha sido como un número de magia, como distraer al público para que no se fije en el juego de manos. Es la conclusión a la que me han llevado todas mis entrevistas. Tú eres el último testigo, no el primero. He trabajado como los periodistas y he examinado con el máximo detenimiento todos los hechos de mi propia perdición.

—Una periodista resolviendo un crimen cometido por ella misma.

—Exacto. En el fondo nunca se ha tratado de Bloom, de Harriet, ni de mí, sino de alguien más, la persona a la que la doctora Bloom se refirió en cierta ocasión como el paciente X.

Cuánto tiempo he pasado buscándolo, a la vez que trataba de olvidarlo. Mi obsesión, mi ruina. Mi otra mitad.

Todavía no hay cuchillo. No le doy la espalda. Aún no ha

anochecido. Sin embargo, en lo más hondo de mi ser sé que es el fin. Ya no puede haber ningún otro desenlace.

Me está observando. Necesito beber agua.

—Yo no sé quién era el hijo —digo—. O en todo caso no puedo demostrarlo. Ni yo ni nadie.

—Todo el mundo está convencido de que era Harriet.

—Ya.

—¿Y tú no estás de acuerdo?

—No, a menos que los datos que aparecen en el informe de Bloom estén equivocados. Las anotaciones clínicas de Bloom indican claramente que en 1999 el paciente X tenía menos de dieciocho años y recibía tratamiento en Broadmoor. El hospital no habría dado trabajo de enfermero a un paciente, ni tampoco a un menor. Claro que si alguno de estos dos datos es erróneo, o si el informe de Bloom sufrió alguna modificación, podría ser Harriet.

—Estoy de acuerdo, no era Harriet. —Anna hace otra pausa—. Encontrar al paciente X significa encontrar la verdad de lo que pasó en la Granja. El porqué, pero no el cómo. Todo el mundo ha pensado siempre que lo esencial de los asesinatos de esa noche eran las víctimas, pero ¿y si éstas eran sólo daños colaterales? ¿Y si los asesinatos nunca tuvieron que ver con Douglas o Indira, sino con el acto mismo del asesinato? ¿Y si en todo este tiempo nadie ha mirado hacia donde había que mirar?

—No sé si te sigo.

—¿Y si fue un acto cuidadosamente orquestado? La cantidad de heridas de arma blanca, la sangre en la Cabaña Roja, la disposición de los cadáveres... Todo estaba concebido para provocar el máximo horror, para ser un acontecimiento mediático y desencadenar lo que se llama ahora síndrome de resignación.

Ya lo he entendido. Al menos eso creo.

—Harriet era enfermera de formación y tenía nociones de medicina. Quien trabajó con ella lo sabía, y es posible que lo utilizara.

Anna sonríe.

—Sí, pero para un plan así no hacen falta nociones de medicina, sino estar a la última en el campo de la psicología del sueño y tener un conocimiento exacto de los desencadenantes. Se necesita a alguien que se pase el día tratando a pacientes y entienda el sistema de justicia penal y la psicología forense.

Ordeno mis ideas. Puedo ver la trampa tendida ante mí, y estoy discurriendo una manera de no caer en ella.

—Eso querría decir que Lola Ridgeway, o Lola, siempre fue un chivo expiatorio; que el auténtico culpable la usó para sus propios fines, y que ella sólo era un señuelo.

—Sí, es verdad —dice Anna.

—Lo cual, a su vez, haría necesario a otro sospechoso, ¿no? Alguien que se ajustase al perfil del paciente X.

—Sabemos que el niño conocido como X era inteligente, muy manipulador y un actor consumado. Es muy probable que fuera una persona capaz de tirar de todos los hilos, manipular a Harriet y planearlo todo.

Espero a oírlo. Me lo veo venir. En cierto modo siempre lo he sabido. Lo sé desde que apareció Anna en la clínica, dando conmigo en mi exilio. O ella o yo. Siempre ha sido así. He sido un muerto en vida desde que llegó.

—¿Tienes a algún candidato en mente?

—Sí. Lo tengo —contesta mirándome a los ojos.

Cuaderno de Anna

2019

30 de agosto

Así que lo he hecho. Aunque siga sin saber exactamente el qué.

Sólo veo la sangre.

La tengo pegada a la ropa y la piel.

En el cuello y en la barbilla.

Incluso ahora, mientras escribo esto, la página se empapa de sangre.

Estoy soñando, pero me parece un sueño demasiado real. Claro que todos lo parecen, ¿no? De eso se trata.

Los sueños de ansiedad en los que huyes. Los sueños de venganza criminal, rojos de rabia. Los sueños sobre exámenes, con la textura del papel, el ruido del bolígrafo y la tersura del cuello del uniforme, tan reales que se pueden tocar, incluso saborear.

En este caso tiene que ser lo mismo.

Todo lo que veo son ellos dos aquí tirados, Indira y Douglas, mis compañeros de piso, mis mejores amigos, los que me han traicionado. Las dos personas que han compartido mis primeros años de vida adulta, ese viaje por el purgatorio hacia la vida real.

Sólo que esta vez tengo la sensación de que todo ha acabado. He perdido la cabeza. Alguien me ha hecho esto, creo que antes, después de lo ocurrido en el Bosque. Desde entonces nada ha sido igual.

Cazadores contra Supervivientes.

Tengo que huir de aquí, pero si algo tengo es sueño. El sueño parece haberse apoderado de mí. Nunca he estado tan cansada.

Me veo de pie en la entrada de la Cabaña Roja. Tanto Indira como Douglas están colocados y duermen como troncos en sus camas.

El suelo amortigua mis pasos. Mis movimientos son confusos, a la vez conscientes e imbuidos de una cauta ebriedad.

Hay una voz a mi lado, resonando en mi cabeza. Una voz de mujer, pero no es la mía. La voz repite el mantra como si cantase. Las palabras tienen resonancias musicales. Es un sonido que está dentro y fuera de mi cuerpo, pero que me empuja hacia delante.

Llego a la entrada, veo los dos cuerpos y aprieto fríamente el mango del cuchillo contra la palma de mi mano, y oigo repetirse las palabras

con una entonación de plegaria hasta que los tengo a los dos delante, en la cama, y debo tomar la decisión fatal. Como Eva, como Medea, como todas las demás.

Entonces sucede. Una, dos, otra vez, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, como un frenesí. Douglas se mueve, embotado, con sangre en la nariz y los labios, pero no le doy tiempo a reaccionar. La voz es clara: deben morir los dos, así que doy media vuelta y empiezo otra vez. Una, dos, tres, cuatro, otra vez, seis...

Ahora tengo mucho sueño. Pronto vendrán a buscarme. Las palabras, a pesar de todo, insisten. Son mis instrucciones. Así es como lo haré. Las palabras se forman mientras tecleo obedientemente: «Lo siento. Me parece que los he matado.»

De niña nunca cerraba los ojos. A partir de ahora nunca se abrirán.

Así termina la pesadilla y empieza el sueño.

Me aparto de la cama.

Es como me salgo con la mía.

78

Ben

El paciente X.

Hace demasiado calor. El mar hace demasiado ruido. Me pica la piel. Necesito aire, pero no hay. Miro la grabadora y su molesto ojo rojo sangre, siempre parpadeando. Mis sospechas eran acertadas, pero no he sabido gestionar los tiempos.

—¿Por qué querría matar a dos veinteañeros y endosarte los crímenes?

Anna sigue impertérrita. Habla con el mismo tono de autoridad serena que antes.

—Porque es para lo que ha servido todo, Ben: convertirte en psicólogo forense, trabajar en la clínica con Bloom de directora. Por eso te han fascinado toda la vida los trastornos del sueño. Te has pasado más de veinte años planeándolo. Dos décadas desde que eras ese niño al que pusieron el nombre de X. Esto nunca ha ido de silenciar a nadie, aunque lo pareciera. Era lo que querías que creyéramos todos. Esto siempre ha sido una venganza.

Noto un dolor sordo en la nuca. Algo se ha soltado y me estoy consumiendo. Lagunas en el tiempo que no puedo llenar. Pesadillas que dejan de ser pesadillas para convertirse en hechos reales reprimidos en la memoria. Sombras que me persiguen en sueños.

—¿Venganza contra quién?

—Contra los que llevaron a cabo el experimento Medea. La elección más obvia era Bloom. Eso fue lo que me impidió verlo durante tanto tiempo. ¿Por qué no fue la primera en morir, si el experimento Medea lo había dirigido ella, y había sido la responsable del proyecto en Broadmoor? La cronología me cegó, pero ahora ya no.

Espero. No contesto, sólo observo.

—El plan era atacar cuando se cumplieran veinte años de la muerte de Sally Turner, en 2019, pero mi investigación para la revista modificó por completo los cálculos. Si seguía indagando cabía la posibilidad de que descubriese la verdadera identidad del hijo biológico de Sally Turner, el paciente X. Eso cambió tus planes de raíz, porque significaba que yo tenía que desaparecer primero —dice Anna.

—¿Y por qué no lo hice? Si soy el paciente X, ¿qué sentido tenía complicarlo todo tanto?

—Ya te lo he explicado: la esencia de tu plan no era silenciar a nadie, sino vengarte por el experimento Medea, y habría sido demasiado fácil matarme sólo a mí, demasiado indoloro.

—Qué tontería.

—Sally Turner, el Monstruo de Stockwell. A finales del milenio pasado hubo una breve etapa en la que fue la persona más vilipendiada del mundo. Había matado a sangre fría a dos niños, por lo que se convirtió en pábulo de la prensa sensacionalista, la personificación del mal. Incluso el nombre de Sally cayó en desuso por ella. Era una paria entre los asesinos. Por eso permitieron a Bloom emplear los métodos expuestos en el artículo de investigación sobre Medea. En cierto modo, los actos de Sally Turner la habían despojado de su humanidad. Para la opinión pública se merecía todo lo que le hicieron.

—¿Y qué relación hay con tu caso?

Anna abre su bolso, saca un libro y lo enseña: la edición de la *Medea* de Eurípides de Penguin Classics.

—Es una historia tan vieja como el mundo. El gran objetivo no era silenciarme, sino avergonzarme. Desde el primer momento fue una tragedia de venganza.

Me quedo callado.

—Querías convertirme en la mala de la prensa amarillista, que mi nombre fuera sinónimo de criminal, un mito, un arquetipo. Como Sally Turner era la madrastra malvada, yo me convertí en la princesa malcriada. Tenía que sufrir tanto como ella. El asesinato sólo era un medio para conseguirlo.

De nuevo me vienen los otros pensamientos, los innombrables.

—Pero ¿por qué? —digo esforzándome al máximo para que mi tono sea convincente—. ¿Por qué iba a hacer yo eso?

—La verdad es que no me lo explicaba, al menos al principio, pero es que se me pasó por alto una relación, un hecho que era obvio desde el primer momento. De quien querías vengarte no era de mí, sino de otro miembro de mi familia —dice Anna—. A partir de ahí empezó a cuadrarme todo. Es de lo que se ha tratado siempre, desde el minuto uno.

79

Ben

Miro el vaso que tengo en la mano.

Pienso en Anna lavando el suyo a mano esta mañana. No dejará ninguna huella. Parecerá natural.

No necesita cuchillo. Esta vez no. Del resto se encargará mi cuerpo en lugar de ella. Mi muerte no requiere espectáculo. Soy un mero peón al que hay que eliminar, la última pieza del puzle.

Nos miramos a los ojos. Anna me observa a mí, yo la observo a ella. Ambos somos prisioneros de este instante singular, mortal.

En su expresión lo veo todo: la reivindicación, el cálculo y la frialdad depredadora de alguien que ya ha hecho esto antes y quedó impune.

Ha imaginado este momento en toda su gloria triunfal.

Así es como elimina su último obstáculo, mediante una bebida.

Después de todo así es como termina.

Muero en esta isla como el malo, y ella se va como la heroína.

Feliz para siempre.

Anna sigue hablando.

—En 1999 yo sólo tenía cinco años. Ni siquiera me acordaba del caso de Sally Turner. No tenía sentido que fuera yo el blanco, a menos, claro está, que no lo fuera, sino que sólo lo pareciese.

Me estoy quedando sin fuerzas. Se me traba la lengua. No me noto ninguna parte del cuerpo.

—Ya no te sigo.

—No lo creo.

—Pues entonces, ¿quién? ¿Quién era el verdadero blanco?

—Hay un tipo de dolor que es aún peor que la muerte. Sólo uno. Una muerte en vida: cuando un familiar ve que le pasa algo a un ser querido sin poder hacer nada para remediarlo. Es una agonía insoportable, que impide cualquier posibilidad de satisfacción o de pasar página. Es el peor dolor que puede sufrir un ser humano.

Me cuesta horrores hablar. No sin gran esfuerzo consigo preguntar:

—¿Me estás hablando de tu familia?

—En 1999 mi madre era la secretaria de Estado del Departamento de Salud y entre sus atribuciones tenía la dirección de los tres centros psiquiátricos de alta seguridad del Reino Unido: el hospital Ashworth,

cerca de Liverpool, el Rampton, en Nottinghamshire, y el Broadmoor, en Berkshire. El blanco de tu venganza no fui nunca yo sino ella.

Me está costando mantenerme sereno. Las palabras se forman lentamente, inconexas. Escupo cada sílaba. Todo parece imposible y eterno.

—Sigue sin tener sentido lo que dices.

—Hace veinticinco años la doctora Bloom era una simple psicóloga clínica. Estaba muy lejos del nivel necesario para autorizar intervenciones piloto en Broadmoor. Vaya, que su rango salarial quedaba muy por debajo de algo como el experimento Medea, capaz de protagonizar los titulares sensacionalistas si salía a la luz. Para eso hacía falta una aprobación directa, no sólo médica. Tenía que llegar a las más altas esferas.

—¿Ministeriales?

—Concretamente a la Secretaría de Estado de Salud Mental, ocupada por la baronesa Emily Ogilvy de Kensington. Ella fue la ministra que le dio a Bloom el respaldo legal para poner a prueba los métodos de tratamiento expuestos en su artículo de Medea. Sin mi madre nunca se habría hecho y Sally Turner aún estaría viva, pero lo más importante es que tú, como su hijo, no te habrías visto obligado a ver sufrir así a tu madre y quedarte de brazos cruzados.

Tiene una elegancia muy pulcra, casi matemática.

—No habría bastado con elegir como blanco a Emily —digo siguiendo una lógica que para mi desesperación me lleva a lugares a los que no quiero ir—. Lo único que a la baronesa podía dolerle aún más que su propio sufrimiento era asistir con impotencia al de un miembro de su familia, como le pasó a X.

—Exacto, como te pasó a ti. Reconócelo, Ben. Di las palabras. Ojo por ojo, diente por diente. La venganza máxima, con dos décadas de preparación.

—¿Tienes pruebas?

—Para Bloom eras como el hijo que no tuvo. Te conoció en 1999, y creo que te rehabilitó; creo que, viendo tu interés por la mente, quiso encauzarlo en la dirección correcta. Ella creía en la redención. Estaba convencida de que era posible salvar cualquier alma. X podía tener una vida plena y gratificante, no como hijo de Sally Turner, sino con el nuevo nombre de Benedict Prince.

Niego con la cabeza, pero los pensamientos no me abandonan. Lagunas, elisiones, sombras en mi cabeza.

—Es absurdo.

—No, Ben. La mejor manera de eludir las sospechas es atrayéndolas. Por eso fuiste tan poco cuidadoso en el lugar del crimen. Una vez descartada tu posible culpabilidad, quedaste en libertad y se le pudo endilgar todo a Harriet, a quien empujaste a una muerte prematura.

Era ella la amiga especial a la que mencionaste en tus sesiones con Bloom. Cuando la conociste era enfermera en prácticas del ala Cranfield, y siguió a tu lado hasta que dejó de ser útil. Ni siquiera trataste de esconderlo. En la solapa de tu primer libro reconocías haber sido auxiliar en un hospital psiquiátrico de alta seguridad. Era un mundo que conocías mejor que nadie.

Estoy librando una lucha interior, tanto en un plano físico como mental. No me responden los pulmones. Se me hace difícil algo tan sencillo como respirar. En mi cabeza se atascan y se deshacen los pensamientos. Siento golpes y codazos en mi pecho. Síndrome de la memoria falsa. Trastorno de identidad disociativo. Amnesia psicogénica. Recuerdos reprimidos. ¿Puede ser verdad? ¿En serio?

Pero sí, sé que puede ser verdad. Un paciente que ni siquiera tiene conciencia de la distancia entre ficción y realidad, convencido de que los falsos recuerdos son reales. La mente dividida en dos, protegiendo sus secretos más íntimos y oscuros. Recuerdos y actos que no coinciden. Lagunas, ausencias.

Justo cuando me dispongo a contestar oigo algo fuera, un fragor elemental, por fin. Sucede tan rápido que a duras penas puedo imaginarme cómo era antes. Agua en un desierto. Las nubes de tormenta abriéndose. Una lluvia torrencial. Cortinas de lluvia cayendo en el suelo. La estampida golpeando las paredes del cobertizo. La garganta, los labios, el cuello, el pecho, la barriga, los intestinos. Me está fallando todo. Las gotas de lluvia imitan aplausos, como si estuviera saliendo a saludar por última vez antes de ser expulsado del mundo. Mi último bis.

Quiero agua desesperadamente. Me muero por poner fin a mi sed con la lluvia.

—No —balbuceo. Es lo único que puedo decir. Cada pequeño error, cada paso en falso pasa ante mí: toda mi vida, empezando por el final. Creí que Anna me atacaría la noche pasada. Mis conocimientos de la psicología humana predijeron un espectáculo, el sello de Anna, pero ella, previéndolo, ha hecho lo contrario. Es más lista que yo. Siempre un paso por delante. Me he perdido por los límites de mi propia mente —. No, has sumado dos y dos y te ha dado cinco.

—Esta vez no.

Me da un vuelco el corazón.

—Es una idea de locos —digo mirando el vaso de whisky—. No tienes pruebas. No puedes demostrarlo.

—Sabemos que Sally Turner tuvo un hijo, y que Bloom lo evaluó en las mismas fechas en las que llevaba a cabo su experimento Medea. Lo más probable es que tras la muerte de Sally Turner el hijo en cuestión recibiera tratamiento y un nuevo nombre. Se eliminó de los archivos cualquier referencia a su vínculo con Sally Turner. Después de las

filtraciones del caso Bulger, se aprobaron medidas legislativas para que ningún menor volviera a sufrir un frenesí mediático como ése, y el antiguo nombre se borró del todo. Sólo quedaba el nuevo. La única que podía saber que se trataba de la misma persona era Bloom.

—Sigues sin poder demostrar que yo fuera esa persona.

El paciente X.

Anna detiene la grabadora. El ojo rojo se apaga y, por algún motivo, la habitación se vuelve aún más peligrosa. Me tiemblan las manos. Noto una contracción en la boca del estómago, y una sensación punzante en mi caja torácica. Se me está desintegrando todo el cuerpo. Se están borrando mis sentidos.

La tormenta sigue atronando. Me veo obligado a gritar para hacerme oír.

—No lo entiendes.

Anna permanece tan callada e inmóvil como antes.

—Ayúdame, Ben. Ayúdame a entenderlo.

Ya veo el resto. Dentro de unos días, o semanas, me encontrarán, pero sin vaso de whisky ni botellas. Soy un hombre de mediana edad que bebe demasiado. El mundo está lleno de estadísticas sobre gente como yo. Ahora me estoy cayendo. Un ruido sordo al impactar mi cuerpo con el suelo. Rodillas, espalda y cabeza.

—Te equivocas —consigo decir—. Tienes que creerme, por favor. Te equivocas del todo. Sólo hay una persona que podría haber llegado hasta Harriet en su celda. Sólo hay una persona capaz de haber hecho todo esto…

Levanto la vista y me encuentro vacío el cobertizo. Seguiré vociferando en medio de la nada. Sólo estaremos yo, las paredes y el suelo lleno de polvo. Los sonidos chocan a modo de ruidosa sinfonía. Esperar a que pase la tormenta como un invasor que ha saqueado la ciudad dejando una estela de destrucción.

Cuando vuelva la normalidad, Anna se habrá marchado. No quedará ningún rastro de ella, sólo el chapoteo de las olas en la playa, retazos de voces recordadas a medias, el sol quemándome los ojos como fuego líquido y los fantasmas de nuestra antigua casa de Oxford, de la vida como debería ser, de la verdad que no osa pronunciar su nombre.

Vuelvo a recordar el sueño de Anna, en el que corría por un bosque oscuro y encontraba la respuesta en una ciudad cuyo nombre era Maratón.

Me arrastro como puedo hacia la puerta. El agua se filtra por las endebles paredes del cobertizo. Los truenos sacuden el aire. Mis uñas buscan alguna abertura, la última oportunidad de respirar, de alcanzar la libertad. Me tumbaré boca arriba, mirando fijamente el techo de madera del cobertizo mientras me imagino a KitKat en la cama, preguntándome si la próxima vez podrá hacerse ella la muerta.

Es la última cara que recuerdo. Los años que no llegaré a ver. Los triunfos y desastres, los novios y parejas, sus propios hijos, todas las etapas de una vida humana. El resto no significa nada. Lo único que nos sobrevive es un amor así.

Ojalá pudiera darle un último abrazo a KitKat y decirle que el amor que siento por ella es más ancho que el cielo y más hondo que los mares. Más de lo que pueda comprender ella jamás.

—¿Cómo se supone que termina una historia así? —pregunto.

—Como se acaban todas las historias —dice Anna—: los justos sobreviven, los injustos mueren. El mal es derrotado y se restablece el orden. Adiós, doctor.

Y en ese momento la Bella Durmiente se separa de su príncipe para viajar a un reino lejano.

Nunca más vuelven a verla.

AO

Londres, Nueva York, Port Maria

QUINTA PARTE

Un año después

80

Clara

El libro la espera en el aeropuerto.

Recoge el equipaje y atraviesa el *duty-free*. La llamativa cubierta inunda el escaparate de WHSmith y los ejemplares de tapa dura se amontonan en las mesas de exposición. Es imposible que no lo vean los viajeros que regresan. Hace semanas que el libro circula por las redes sociales. Hay anuncios en la prensa, recomendaciones de famosos. Las memorias del *true crime* del siglo.

Una cosa son el príncipe Harry y Michelle Obama.

Y otra Anna Ogilvy, la mismísima Bella Durmiente.

Clara se compra un ejemplar de *Anna O: una historia verdadera* y se lo guarda en el bolso para más tarde.

Busca en el aparcamiento hasta encontrar su pequeño Citroën. El cielo parece que va a despejarse a última hora de la tarde, se percibe una nueva ligereza, esponjosidad, como si el lado mundano de la vida pudiera volver. Se abrocha el cinturón mientras repasa mentalmente una lista de tareas: recoger a Kitty de la casa de la amiga donde se ha quedado a dormir, reponer la nevera, lavar el uniforme del colegio, firmar la autorización de una excursión y volver al estrés del trabajo.

Sale del aparcamiento y sintoniza Radio 4. Mira bien por los retrovisores antes de incorporarse a la carretera, pero apenas se ven coches.

En Radio 4 hay un programa de debate. Escucha el serio intercambio de opiniones sobre la autobiografía de Anna Ogilvy: las reacciones, la polémica, el atractivo del asesinato y del misterio, Edipo Rey, Caín y Abel, Hamlet, Agatha Christie. Le hace gracia que todos esos sesudos podcasters, blogueros y tuiteros coincidan en señalar la publicación del libro como un momento de inflexión. No falta ninguna de las expresiones de moda: experiencia vivida, recuperación del relato, objetualización de la mirada masculina, liberación respecto a los grandes medios de comunicación, «su» verdad.

Pero todo es mucho más antiguo. El asesinato es una historia tan antigua como el tiempo.

A los seres humanos nos gusta escuchar historias. Si la presentas correctamente, la gente se creerá cualquier cosa. La historia de Anna O y la caída de Benedict Prince es un buen ejemplo. Todavía hay

quien jura y perjura que Anna Ogilvy mató a sus mejores amigos por venganza y luego, con la ayuda de su problemático cómplice, simuló un síndrome de resignación. Desde la publicación del libro, otros han ensalzado el valor con que Anna dio caza a su perseguidor y le sonsacó la verdad. Anna o Ben. Ella o él.

Dos finales perfectos para dos historias perfectas.

A veces se pregunta cuánto tiempo podrá sobrevivir la verdad como entidad singular. Antes había una frontera clara e inmutable entre hechos y ficción, pero desde hace un tiempo sólo existen verdades, en plural, y todas exhiben una justa indignación.

Se acuerda de estar esa noche en la Cabaña Azul y ver emerger la bruma azulada de los refuerzos difuminada en el cielo negrísimo, y tener la certeza de que, a partir de ese momento, ya nada sería igual. La inspectora se sumió en su primer caso, milagrosamente a mano. Su vida entera estaba a punto de cambiar.

Llega a recoger a su hija antes de lo que habría querido.

Saliendo de su ensoñación, apaga la radio y se permite un segundo de respiro.

Finalmente Kitty sale de la casa. Clara baja del coche e interpreta su papel ritual de mamá besucona. El noventa por ciento de la vida consiste en que te vean entusiasmada. No hay madre que domine más que ella los abrazos, besos y caricias. Vuelven al coche y Kitty relata atropelladamente su versión de esa noche fuera de casa.

Cuando ya se ha calmado y ha acabado de reírse al contar la primera anécdota, mira a Clara y, como si acabara de acordarse, le pregunta:

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien —contesta Clara—. ¿Y sabes qué es lo mejor?

—¿Qué?

Sonríe y se acerca a su hija para darle un beso en la frente.

—Lo tengo aquí delante.

81

Clara

Ahora ir al parque se ha convertido en su peregrinación particular. Es raro lo de tener un banco. Clara siempre ha asociado los bancos y los árboles a gente mayor. Están destinados a almas sensatas que presidieron el consejo parroquial o dirigieron el coro del barrio, no a ex maridos con décadas de vida por delante. A veces se arrepiente de haberlo encargado, pero hay que seguir con el papel de fiel ex esposa que cree a pies juntillas en la inocencia de su marido.

Al principio también era para Kitty, como una manera de recordar a su padre. A Ben no lo enterraron, sino que lo incineraron. El banco proporciona una presencia física duradera sin necesidad de una lápida. Llegan al sitio de siempre ahora y Clara casi da gracias por no encontrárselo ocupado, lo cual no significa que esté intacto. El vandalismo empezó cuando se supo la noticia, y más al salir en la prensa fragmentos de *Anna O: la verdadera historia*. Estas visitas esporádicas se han convertido en actos de limpieza más que de conmemoración.

Se queda mirando una vez más el texto, tan familiar y a la vez tan extraño.

DOCTOR BENEDICT PRINCE. PSICÓLOGO Y PADRE.
EL ESPÍRITU LLEVA EN SÍ MISMO SU PROPIA MORADA

Nota la presión de la mano húmeda de Kitty en la suya. Cada vez aprieta con más fuerza y más ferocidad. Clara intuye que por debajo del abrigo y de las múltiples capas de ropa, el corazón de su hija hace temblar todo su cuerpo.

Kitty se suelta para correr hasta el banco y dejarse caer en él con todo su peso. Primero, como siempre, acaricia la placa de plata. Luego deja colgando las piernas por un lado. Le han crecido tanto que casi tocan el suelo. Se ha vuelto más segura y más revoltosa. Otra cosa que nunca verá Ben. Pronto este banco será viejo, nudoso, y la hijita de Clara y Ben se habrá hecho mayor.

Clara se sienta al lado de Kitty, abre la cremallera y saca de la bolsa el pícnic que siempre llevan. Están las dos calladas. Kitty ha agotado

su arsenal de preguntas, y Clara el de respuestas. Ya no queda nada que decir sobre esos días en los que su mundo dio un vuelco.

El cadáver de Ben fue descubierto en el cobertizo de su casa de alquiler en Gran Caimán. En la autopsia se encontraron cantidades ingentes de alcohol. No había ninguna nota o confesión; tampoco ningún rastro de que hubiera intervenido alguien más, pese a la posterior revelación de la visita de Anna a la isla.

La conclusión inicial fue muy clara: el doctor Benedict Prince había bebido hasta matarse. Un exiliado solitario y divorciado. Así de simple. Luego la policía registró su piso y encontró material más inquietante, objetos de interés que lo relacionaban con Sally Turner, Medea y el pasado.

Nada más saberse la noticia, Clara se encontró en las mismas salas de interrogatorio donde había estado Ben, oyendo las preguntas que le arrojaban como armas sus colegas. ¿Ben hablaba alguna vez de su historia personal? ¿Hacía alguna referencia a su niñez y a cómo había conocido a la doctora Virginia Bloom? ¿Era violento con Clara? ¿Y ella, había obstaculizado alguna investigación policial en marcha? ¿Había mencionado Ben alguna vez a Sally Turner o su época en Broadmoor?

Clara había permanecido callada la mayor parte del tiempo. Sólo se vino abajo alguna vez, obligada a enfrentarse a la verdad y a analizar al hombre de quien había estado enamorada. Dijo que era un hombre inteligente, y que mirado en retrospectiva era cierto que tenía sus cosas, pero que las personalidades sociopáticas son así: no se presentan como tales. El control y la manipulación se disimulan cuidadosamente bajo imitaciones vívidas de la conducta cotidiana y normal. No, de su niñez nunca había hablado. Daba la impresión de haber tenido una vida familiar perfecta, aunque sus padres habían muerto cuando Clara lo conoció. Al menos fue lo que le dijo, y lo que siempre había creído ella.

Al final la dejaron marchar. No hay pruebas concluyentes de que Ben fuera el paciente X, ni de que sufriera el síndrome de la memoria falsa. Ni las hay ni las habrá, al igual que en el caso de Harriet. Ambos han muerto, y los archivos del caso están cerrados. Sólo quedan rumores, teorías, insinuaciones y cotilleos. Al cabo de otros seis meses en la policía, Clara dimitió y encontró trabajo en el sector privado con su apellido de soltera. El de Kitty también lo cambió. Ya no quedan Prince.

Se acaban el pícnic en silencio y vuelven caminando despacio. Esa noche, después de cenar y acostar a Kitty, Clara se acomoda en el sofá con una segunda copa de vino y apaga el móvil. En la mesa está el ejemplar de *Anna O*, todavía boca abajo. Lo acaricia palpando la textura cara de la sobrecubierta.

Abre suavemente la gruesa portada e inhala el inigualable olor de libro nuevo. Luego echa un vistazo a la solapa delantera y lee la exagerada publicidad de la editorial sobre el «mejor libro de no ficción de los últimos años» y «el *A sangre fría* de la década de 2020». Hay un resumen del caso. Clara piensa que probablemente sea la primera vez que se formula en pasado, no en presente.

Lee la biografía de la autora en la contraportada:

> ANNA OGILVY cursó estudios de Lengua y Literatura en la Universidad de Oxford. Más adelante fundó la innovadora revista cultural *Elementary*, que ha sido definida como «la auténtica voz de una generación». Como directora creativa impulsó el renacimiento de la letra impresa y publicó una serie de artículos innovadores sobre los problemas sociales a los que se enfrentan actualmente los veinteañeros. En 2019 sufrió un trastorno neurológico funcional que recibe el nombre de síndrome de resignación. Su caso, conocido en todo el mundo como «Anna O», ha sido tratado en libros, películas, documentales y una infinidad de artículos de opinión. Desde que quedó en libertad ha vuelto a su primer amor, el periodismo y la escritura. Éste es su primer libro.

Cuando ya no puede resistirse más, pasa la página. Más que nada, siente un profundo alivio.

Ya se han atado los cabos. Ya está resuelto el misterio.

Ya no hay peligro

Clara empieza a leer.

82

Clara

Cuando llega a la última página ya está amaneciendo. Al mundo real se le ha superpuesto otro, con la diferencia de que esta novela es la verdad. Anna ha usado todo el material de las entrevistas y ha descrito los pensamientos de Clara exactamente como ésta se los describió.

Aún están abiertas las cortinas. Dentro de pocas horas habrá que despertar a Kitty. A pesar de todo, parece un nuevo capítulo, el principio de algo.

Al encender el móvil ve los mensajes de correo electrónico que han entrado a lo largo de la noche. La publicación del libro en Estados Unidos ha despertado otra oleada de interés por la historia. El equipo de comunicación de su nueva empresa le ha hecho un resumen: el *New York Post* quiere un artículo para el día siguiente, las grandes cadenas buscan entrevistas, y todos los tabloides, periódicos de gran tirada y revistas ilustradas compiten por una exclusiva.

La Bella Durmiente y su príncipe han vuelto a los titulares tras un breve paréntesis.

Clara ordena al equipo de comunicación que rechace todas las ofertas. Luego va a la cocina, prepara el desayuno y despierta a Kitty. Más tarde caminan de la mano hasta el colegio bajo el sol. El mundo ha adquirido una belleza singular. A pesar del libro, del caso, todo ha quedado atrás.

Por fin pueden seguir viviendo.

Se despide de Kitty en la puerta del colegio. De camino a casa se para en el quiosco y compra todos los periódicos y las revistas internacionales. Es una sensación incomparable. La victoria total y absoluta nunca palidece. Los ve a todos: Douglas Bute, Indira Sharma, Anna Ogilvy, Virginia Bloom y Ben. Todas sus teorías, todos sus egos.

Vuelve a casa, cierra la puerta y, tras prepararse otra bebida caliente, va al piso de arriba. Saca la escalera y enciende la luz del desván. La caja está metida muy al fondo, en un rincón. La desliza hacia ella, abre la cerradura de seguridad y ve el diario y el documento escondidos al fondo.

Lo más fácil fue el diario. Después de los hechos se quedó a la vista de todos en la Cabaña Azul. Cuatro años después, al despertarse, Anna tampoco recordaba haber llevado un diario. Aún menos debía de

recordar la cara medio borrosa de Harriet en la Granja la noche de los crímenes. De eso se encargó la amnesia postraumática. Harriet tuvo el diario primero, por supuesto. Clara se lo llevó del piso de Harriet justo antes de que la policía lo registrase. En estos momentos sólo ella conoce el secreto que contiene el diario.

Al hojearlo ve la última entrada, fechada el 30 de agosto. La tinta es parecida, y Harriet se esforzó muchísimo en imitar el estilo, pero es la única entrada falsa, añadida más tarde. En sus últimos tiempos la pobre ya no distinguía entre realidad y ficción. La última entrada sólo la escribió para completar el relato y, a juzgar por varios indicios en la hoja, incluso probó más de una versión. Por una vez quería llevar la voz cantante en lugar de ser la sustituta, y estar en el centro de todo, aunque fuera por delegación.

El documento que ahora tiene en las manos se obtuvo en el transcurso de la investigación inicial a través de una orden policial. Eran sus vertiginosos y adrenalínicos tiempos de inspectora. Hacer un seguimiento de las pruebas, estar presente en el registro del piso de Anna en Camden, asegurarse de que nunca se encontraran partes del historial digital de Anna. Echa de menos esos días. Ser inspectora tenía sus ventajas.

Limpia de polvo el documento, lo alisa y lee de nuevo las palabras, con la típica fuente de finales de los años noventa:

OFICIAL: SECRETO / ACCESO RESTRINGIDO

Departamento de Salud / 2 de abril de 1999

Autorización de la Secretaría de Estado #A7890WE

Por la presente, y en virtud de los poderes que otorga a esta secretaría la Ley de Salud Mental de 1983, autorizo directa y explícitamente el uso de medidas de tratamiento especiales en el caso de Sally Turner (paciente BSH28904) dentro del marco de la intervención piloto MEDEA que se está llevando a cabo en el hospital Broadmoor bajo la dirección de la Dra. V. Bloom. Esta autorización directa se extiende a varios elementos de la lista restringida de la Sección 37, como son: privación del sueño, aislamiento, supervisión a todas horas, medicación antipsicótica de clase A y procedimientos de inmovilización de fuerza mayor. Conforme a la sección 41 de la Ley de Salud Mental de 1983, esta autorización tendrá precedencia en los tribunales de Inglaterra y Gales sobre los artículos 3 y 15(2) del Convenio Europeo de Derechos Humanos (CEDH).

Firmado,

Emily Ogilvy

Muy Honorable Sra. Emily Ogilvy
(secretaria de Estado de Salud Mental)
Departamento de Salud
Richmond House, Whitehall 79, SW1

Ahí está, negro sobre blanco.

El artículo 3 del Convenio Europeo de Derechos Humanos, el texto jurídico que prohíbe la «tortura» y las «penas o tratos inhumanos o degradantes». La prohibición de la tortura, por decirlo más sencillamente.

Fue la confirmación final.

Vuelve a pensar en las frases de Ben que grabó Anna y que se usaron para la reconstrucción dramática del libro.

«Te equivocas del todo. Sólo hay una persona que podría haber llegado hasta Harriet en su celda. Sólo hay una persona capaz de haber hecho todo esto.»

Se acuerda de ese momento horrible de hace unos años en el que Kitty encontró en su bolso unas fotos de cadáveres, los pequeños recordatorios que lleva siempre encima. O de cuando Ben vio los mensajes entre ella y Harriet, con el número que Clara había tenido la imprudencia de guardar como HOSPITAL, y pensó que le era infiel con algún médico o asesor.

Ésos fueron los momentos más peligrosos. Kitty aún era pequeña e incontrolable, y existía el riesgo de que hablara a destiempo, suscitando dudas. Ben lo veía todo desde su propia perspectiva, la de un bocazas que nunca dejaba ninguna pregunta sin respuesta.

Clara acabó arreglándolo, pero fueron situaciones peligrosas.

A partir de entonces fue mucho más cuidadosa.

Tenía que serlo.

A veces aún tiene pesadillas sobre el diario de Anna y el nombre en clave MARATÓN. Un nombre ingenioso. Demasiado, por suerte. El típico engrandecimiento al que recurriría una periodista de unos veinticinco años que ha estudiado en Oxford: un pavo real exhibiendo su plumaje.

Desde entonces se ha preguntado muchas veces si Anna habló con alguien más del nombre en clave, pero ya ha pasado bastante tiempo.

Luego, gracias a la amnesia postraumática, Anna no se acordaba de nada, aunque lo tenía en el subconsciente y se le escapó durante el análisis de sueños, convertido en el nombre de la ciudad que prometía respuestas y la verdad.

Con una simple consulta de Wikipedia se habría destapado el pastel. Clara aún puede recitar el texto de memoria, con la emoción ilícita de haber evitado un desastre:

> El nombre griego para hinojo es *marathon* (μάραθον) o *marathos* (μάραθος), y el del escenario de la famosa batalla de Maratón significa literalmente «llanura con hinojos».

Clara Fennel, «hinojo». Maratón.

Una periodista protegiendo su exclusiva. Una mujer de veinticinco años embriagada por su propio talento. El anuario al que hace referencia Anna en sus diarios era una foto de la matrícula de Clara en Oxford para el máster de Criminología Aplicada, un retrato que mostraba un parecido con Sally. La intuición en busca de pruebas tangibles que dio origen a toda la teoría.

Clara casi siente pena por Ben. Ella siempre había planeado conmemorar el vigésimo aniversario de la muerte de Sally con un gran golpe, y enterarse de la investigación de *Elementary* no hizo más que añadir leña al fuego. Indira y Douglas fueron víctimas colaterales. El blanco no fue nunca Anna, al menos exclusivamente. Había que hacer sufrir a toda la familia Ogilvy.

Anna, con todo, acertó en algunas cosas. El asunto de la escopolamina, por ejemplo. Clara oyó hablar por primera vez de la milagrosa droga de control mental conocida como «aliento del diablo» como un rumor de la brigada de estupefacientes de la Policía Metropolitana. Había empezado a llegar a Londres, promocionada como la nueva cocaína, pero cien veces más mortal, perfecta para secuestradores y ladrones, y también para los designios de Clara. La compró en la web oscura e hizo que Harriet introdujera una dosis en la bebida de Anna en la Granja y otras más pequeñas en las de Indira y Douglas. Insípido, inodoro e indetectable.

Aún recuerda observar el efecto hipnótico, el bloqueo de la memoria a corto plazo y una versión extrema de la parasomnia no REM. Esa noche Clara habría podido conseguir que Anna hiciera cualquier cosa. Siempre fue más eficiente hacer que Anna cometiera los crímenes. Así se conseguía un mayor aislamiento. Tras recibir la confesión por Whatsapp, Emily y Richard sucumbieron al pánico, tal

como esperaba Clara, y la trasladaron otra vez a la Cabaña Azul desde la Roja, con el riesgo personal que suponía para ellos alterar la escena de un crimen y mentir a la policía.

Ningún crimen, sin embargo, sale totalmente según lo planeado. Anna se equivocó en algunas cosas. La única pega, por ejemplo, fue el síndrome de resignación. A partir de ese momento Clara tuvo que improvisar y colocar a Harriet en Rampton.

En lo que acertó Anna fue en el móvil de los asesinatos: no se trataba de silenciar a nadie, sino de vergüenza. Nunca fue la historia de una novela policíaca, al menos en sentido estricto, sino una tragedia de venganza. Clara necesitaba que Emily Ogilvy sufriera tanto como había sufrido ella. Era Emily quien había firmado la orden de torturar a Sally, y la única responsable de su muerte. Clara quería que Emily supiera lo que se sentía viendo que el mundo hacía pedazos a alguien que era sangre de su sangre. Necesitaba que Emily experimentase la rabia sin límites de ser señalada por los miembros de su propia tribu, de convertirse en una exiliada en su propio país. Emily tenía que perderlo todo y convertirse en una paria.

A fin de cuentas, el público quiere un relato que supere los límites de la verdad. Nadie se paró nunca a pensar que Indira Sharma y Douglas Bute pudieran haber sido sacrificados por una causa mayor, de la misma manera que nadie, años atrás, se había fijado en la adolescente impotente que vivía con un padrastro camello y dos hermanastros odiosos. Se moría de ganas de fugarse, abrir las alas y alejarse de Stockwell, de ese piso cutre de protección oficial que apestaba a fracaso y delincuentes de poca monta. Ella valía demasiado para la familia Cornwell, para su madre alcohólica y para los usos ilícitos del piso. Era la única decisión lógica, su apuesta por la libertad.

Preparó el plan con mucho esmero: cogería un cuchillo de la cocina y procedería al ataque. Era mayor que sus hermanastros y también más fuerte. Llamaría por teléfono a Tom Cornwell para decirle que había pasado algo horroroso y fingiría que Sally había tratado de agredirla. A continuación levantaría a Sally, la acompañaría hasta el dormitorio y le pondría el cuchillo en las manos. Cuando estuviera todo en su sitio, y faltase muy poco para que llegara Tom a casa, despertaría a Sally y vería cómo su plan se hacía realidad.

Lo tenía todo previsto. A Sally la meterían en la cárcel. Tom huiría y Clara disfrutaría de un futuro mejor y más brillante en un hogar digno de ese nombre. Salió casi todo perfecto, hasta que se torció. Llevaron a Clara a los servicios sociales y la sometieron a sesiones de evaluación con Virginia Bloom, donde recibió el nombre provisional de «X». Poco después tenía un nuevo nombre, un nuevo documento de identidad y nuevos padres de acogida, y su antigua vida como hija de Sally Turner

quedaba borrada por completo de la historia.

Se convirtió en Clara Fennel.

Pero no antes de que las cosas se torcieran por completo. En principio Sally debería haber estado a salvo en el hospital, ese sitio donde había asesinos cultivando un huerto y escuchando música en sus habitaciones, y sobre el que Clara había leído en los libros. Pero no, Sally no cayó en el olvido una vez recluida. El plan no contemplaba la posibilidad de experimentos. La jaula de cristal, la tormenta mediática, las acusaciones contra Sally de ser la Mujer más Malvada de Gran Bretaña. Nada de eso debería haber ocurrido. Lo estropearon todo la doctora Bloom y sus cómplices. En consecuencia, también tendrían que pagar. Tal vez no el mismo día, pero sí en el futuro.

Lo único bueno que salió de Broadmoor fue Harriet, y la inesperada amistad que se forjó entre la enfermera de dieciocho años y la paciente de dieciséis. Con Harriet, Clara podía ser distinta. Era la única que aún conocía su identidad anterior. Para Ben, Kitty y el resto del mundo, ella era una persona nueva, que interpretaba el papel de Clara y compartimentaba su antiguo yo. Harriet era una droga que Clara no podía dejar. Además, el amor —el estúpido y lujurioso primer amor— lleva a cometer auténticas locuras. Harriet tenía a Clara en un altar y se prestó sin rechistar a sus designios. Les convenía a las dos, en la medida en que Harriet quería amor y Clara necesitaba un cómplice. Clara le dio a conocer una vida al margen de las normas. Harriet nunca lo superó, ni siquiera cuando Clara se casó con Ben. Ese amor temprano se volvió eterno. Seguirían haciendo lo que fuera la una por la otra.

En última instancia, sin embargo, Bloom era útil viva, y por eso sobrevivió tanto tiempo. Se convirtió en una figura tutelar, con una compasión nacida del sentimiento de culpa. Le había costado muy poco convencerse de que Clara era una niña inocente, y de que, pese a haberse criado en un entorno de violencia, con la terapia y la cura adecuadas elegiría la senda de la virtud. Si Sally fue el mayor de sus fracasos, Clara era su mayor éxito.

No, hacía falta otro blanco: la persona que estaba por encima de Bloom, la que había autorizado el experimento Medea desde un buen principio; la auténtica culpable de todo, la figura que les había permitido construir la jaula de cristal, o poner a prueba esos métodos, y que no había sabido proteger a Sally de los médicos ni de la multitud que se apiñaba en la entrada del hospital.

A partir de ahí todo fue como una seda. La preparación requirió varios años de cuidadosa planificación: identificar a Emily Ogilvy como la ministra que había firmado la autorización, hacerse pasar por la informante de @PacienteX e infiltrarse en la vida de Anna,

conseguir que Harriet interpretara el papel de asesora de salud y seguridad a precio de saldo durante la visita de los Ogilvy a la Granja, ayudar a manipular los informes policiales para librar de toda sospecha a Harriet y, por último, aprovechar sus contactos en las fuerzas del orden para conseguirle el puesto en Rampton. Cuando se enteró de que el Ministerio de Justicia pensaba trasladar a Anna a The Abbey, la oportunidad de controlar el caso desde aún más cerca fue irresistible.

Había que reconocer que la muerte de Bloom no llegó en un momento demasiado oportuno, pero Clara siempre se había jurado esperar a que la doctora se convirtiese en un lastre. Había pinchado el móvil de Ben, de modo que cuando oyó su conversación con Bloom supo que tenía que actuar. Las similitudes con el otro crimen fueron voluntarias. Era un riesgo, claro, pero artísticamente necesario. La simetría era deliciosa. Además, los riesgos hicieron aún más dulce la recompensa final.

Contra Ben no quería actuar, al menos de manera específica, pero él seguía insistiendo en que les dieran la custodia compartida, y Clara, a quien le habían arrebatado a su madre, no estaba dispuesta por nada del mundo a que le pasara lo mismo a Kitty. Ben se cavó su propia tumba. Además, Clara conocía muy bien los mecanismos mentales de su marido. Al invitarla a acudir al lugar de los hechos tras haber encontrado el cadáver de Bloom, quedaba descartado cualquier indicio atribuible a Clara, que de ese modo tenía campo libre para introducir otras pistas digitales en el portátil de Ben y asegurarse de que lo detuvieran a la vez que a Harriet, dejándolo fuera de juego.

En retrospectiva, ahora piensa que quizá hubiera sido mejor llevarse su expediente de la caja fuerte de Bloom, pero formaba parte del juego, igual que el cuento chino del atajo que tomó para ir a la Granja esa noche, que le dio una excusa para llegar antes que nadie al lugar de los hechos. Era un riesgo, pero necesario: tenía que adueñarse enseguida de la escena, postulándose de buenas a primeras como inspectora responsable. De lo contrario otro policía le habría arrebatado el caso, con el riesgo consiguiente para todo el plan.

También fue útil que Anna persiguiera a Ben, aunque igualmente en ese caso había que atribuir parte del mérito a la propia Clara, que fue quien orientó a la periodista hacia esa idea durante sus entrevistas para el libro, dejando caer el asunto de la escopolamina, la droga perfecta para un remedio mágico contra la resaca. Y el resto también: el síndrome de la memoria falsa, el trastorno de identidad disociativo, la amnesia psicogénica, los recuerdos reprimidos… Otra genialidad ha sido el método de la revelación. El libro es una mezcla de novela y autobiografía. Ningún fiscal obtendrá un veredicto de culpabilidad citando una novela de no ficción. Anna ha confesado sin confesar. Ha

recuperado su relato, y a la vez se ha puesto fuera del alcance de la justicia. Siempre un paso por delante, hasta el final.

En cuanto a la confesión de @Sospechoso8 y la introducción del cortaúñas... sí, la verdad es que es lo único que aún le duele: el sacrificio final de una amante, pero bueno, a eso se habían comprometido desde el principio, a no dejar que encarcelasen a ninguna de las dos. Se brindarían mutuamente una manera humana de evitarlo. El destino tiene estos caprichos.

¿Y por qué esperar veinte años? Para empezar, porque antes no habrían salido impunes. Matar a Emily Ogilvy habría sido una venganza, pero también una temeridad. Clara y Harriet habrían sido detenidas y condenadas. Emily, además, no era la persona adecuada para convertirse en una figura mítica y monstruosa. Sólo Anna podía serlo. En segundo lugar, antes Clara aún no era madre. Ben siempre dijo que el nacimiento de Kitty la había cambiado. No se trató de ninguna depresión posparto, sino de algo aún más elemental: un regreso a su antiguo yo, o mejor dicho a su yo real. Los ataques de ira, la introversión, las ideas aterradoras de hacerle daño a Kitty... todo ello formaba parte de su personalidad antigua, la de antes de Clara, el yo que había reprimido durante tanto tiempo.

Tener una hija propia revivió toda su rabia, el furor de ver que los medios se ensañaban con Sally y que los que tenían que ayudarla la torturaban. Convertirse en madre de una hija lo cambió todo. Ya no podía esconderse del pasado. Lo que podía, por el bien de Kitty y por el suyo propio, era vengarse. Era la única manera de poder seguir viviendo, respirando, y fue como siguió poniendo un pie delante del otro.

Pero en fin, ya basta. Todo es agua pasada. El presente es lo único que importa. Tiene el día libre. Dedica casi toda la tarde a ordenar el cuarto de Kitty y poner lavadoras sin parar. Al ser viernes cumplen con su sacrosanta tradición de después del colegio, el único compromiso que no se puede romper: Clara lleva a Kitty en coche al café preferido de las dos, en el centro de Oxford, y piden un batido de plátano para compartir.

Cuando ya están en los taburetes, frente a frente, con sendas pajitas, vuelve a tener la misma sensación de alivio. Ahora sabe que todo ha valido la pena.

—Mamá...

—Dime, cariño.

Kitty se limpia el bigote de leche con la mano.

—¿Por qué sonríes?

—Porque estoy contigo —dice Clara—. Nunca he querido nada más.

—Te quiero, mamá.

—Yo a ti también, cariño.

Cuántas mentiras ha habido por el camino.
Pero esto, finalmente, es verdad.

Agradecimientos

Este libro no existiría si no hubiera contado con la ayuda de muchas personas. Me gustaría dar las gracias en particular a las siguientes:

A Maddy. Gracias por ser la mejor agente del mundo, la más dinámica y emprendedora. Me cambiaste la vida con dos llamadas que jamás olvidaré, ambas en viernes. Nunca habrá dos semanas más mágicas y surrealistas que las de la fiebre de publicación mundial que estalló en junio de 2022. Ningún escritor podría desear a nadie mejor que lo defienda. Cuenta con mi gratitud eterna. Estoy deseando trabajar contigo durante muchos años.

A todo el personal, pasado y presente, de la agencia literaria MM: Giles, Liane, Rachel, Valentina, Hannah, Georgina, Emma, Amanda, Georgia, Saskia y Esme. ¡Gracias por vender *Anna O* por todo el mundo con tanta pasión, entusiasmo y éxito!

A Josie, de CAA, por alegrarme el año siendo la primera que invocó la comparación con Thomas Harris, y por ayudarme a moverme por Hollywood.

A Conrad y Blake Friedmann por haberme apoyado siempre en lo tocante a los guiones, por haberme aconsejado cuando más falta me hacía y por haberme prestado siempre oídos con sabiduría y amistad.

A Rhian por sus inmaculadas correcciones y la finura extrema de su criterio.

A Charlie, Kim, Charlotte y todo el personal de HarperCollins UK por respaldar el libro, vender la idea y entregar las pruebas más bonitas en la historia de la edición.

A Sara e Iris, de Harper US y Harper Canadá, por creer en el relato y llevar el libro a los lectores de toda Norteamérica.

A todas mis editoriales en el mundo entero por el entusiasmo y la pasión con que han llevado *Anna O* hasta el último rincón del planeta, convirtiéndolo en un acontecimiento editorial realmente global.

A Suzanne O’Sullivan, Guy Leschziner, Andrew Scull, Jonathan Levi, Emma French y muchos, muchos más. Vuestra labor me ha dado a conocer el mundo de los crímenes cometidos en sueños, el síndrome de resignación y la historia de la psiquiatría y la psicología.

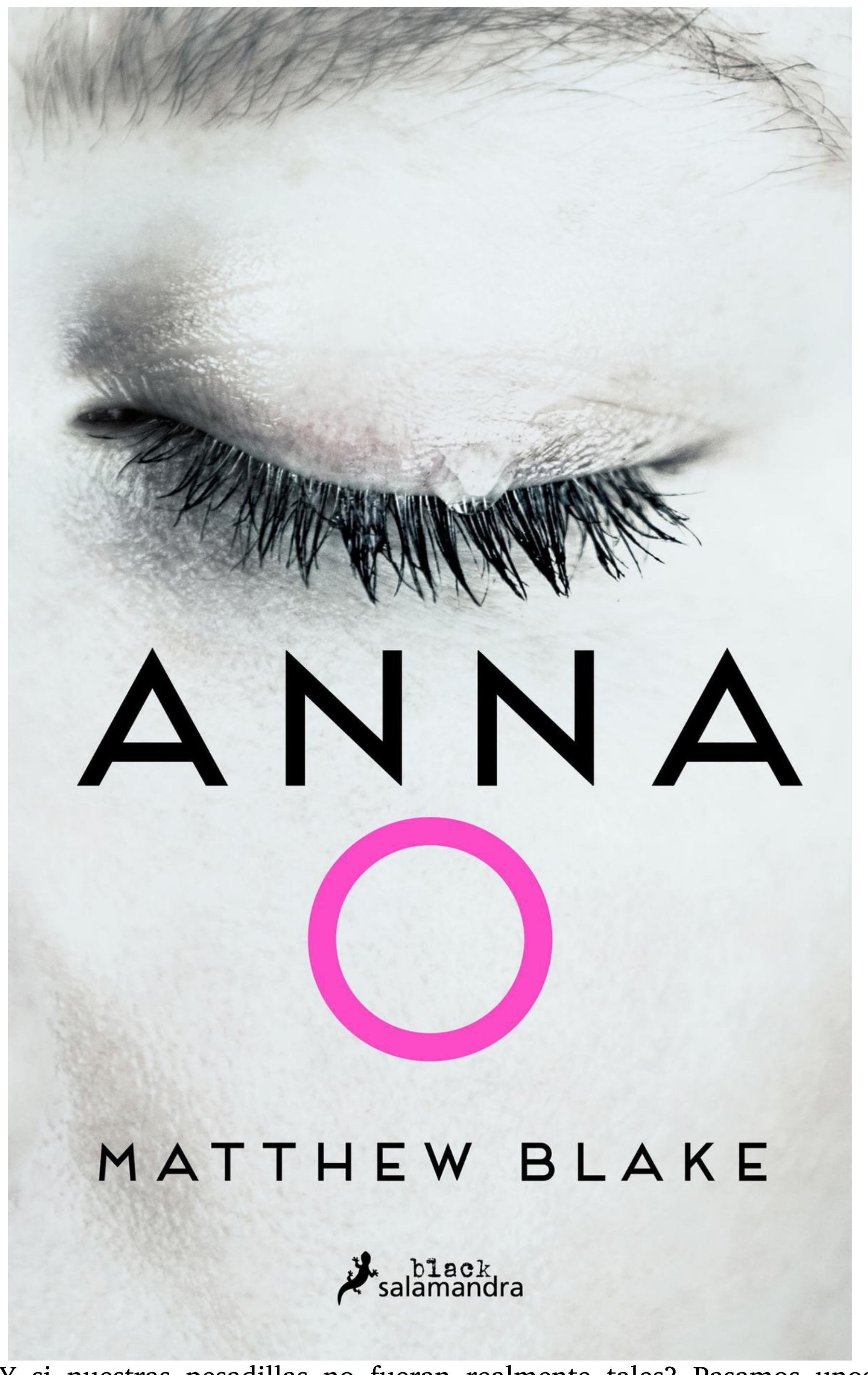
A Ilaria. Ya estabas antes de que pasara todo esto. Te tenía a mi

lado al recibir la noticia, y has seguido estándolo en todas las etapas del viaje. Gracias por haberme hecho comprender que hay algo mucho más importante que cumplir los sueños profesionales de toda una vida.

A John, Peter, Sarah y Mary. Gracias por vuestro apoyo y las innumerables cosas que hacéis cada día.

Y, por último, a Ruth. Eres la única persona viva que ha leído todo lo que he escrito. Has asistido a los momentos más bajos y azarosos, y también a los más altos y triunfales. Fuiste a quien acudí cuando escribía las primeras páginas de *Anna O*. Si existe todo esto es por tu amor, tus consejos, tu bondad, tus conocimientos y tu atención. Es muy poco una palabra para toda una vida de entrega, amor y cuidados, pero es la única que tengo: ¡gracias!

«*Anna O* se lee como un sueño, pero inquieta como una pesadilla». A. J. Finn
Un fenómeno internacional publicado en más de 30 países.
Un libro que te mantendrá con los ojos abiertos hasta el amanecer



¿Y si nuestras pesadillas no fueran realmente tales? Pasamos unos treinta y tres años durmiendo, pero ¿qué ocurre realmente cuando dormimos y de qué somos capaces?

Anna Ogilvy lleva cuatro años sin abrir los ojos. No lo ha hecho

desde aquella noche en La Granja en la que la encontraron dormida con un cuchillo de cocina en la mano, la ropa manchada de sangre y los cadáveres de sus dos mejores amigos tendidos cerca. Ha cometido el crimen del siglo y nada ni nadie puede despertarla de la pesadilla.

Quienes creen en su inocencia la llaman Anna O. Quienes creen en su culpa, la Bella Durmiente. Pero nadie puede apartar los ojos de la historia...

La crítica ha dicho:

«Un thriller fascinante e inquietante. [...] ¿Es Anna O una bella durmiente o una asesina durmiente? Lleno de tensión, el thriller de Matthew Blake es tan escurridizo y misterioso como el sueño mismo».
Nita Prose, autora de *La doncella*

«Un concepto irresistible maravillosamente ejecutado: sin duda, uno de los mejores thrillers del año».
Lee Child

«Un suspense audaz e inventivo, un thriller de ideas y una novela sobre el sueño que (¡curiosamente!) te mantendrá despierto hasta tarde. *Anna O* se lee como un sueño, pero inquieta como una pesadilla; la premisa es original, la escritura elegante y el desenlace inolvidable. No olvidarás su nombre».
A. J. Finn, autor de *La mujer en la ventana*

«Una obra perversamente asombrosa. Blake esculpe un elenco de maravillosos personajes con suma habilidad. El giro es uno de los mejores que he leído y está a la altura de *El paciente silencioso*. Seguro que será muy popular y que los seguidores clamarán por la próxima obra de Blake».
David Baldacci

«*Anna O* está en la cima del suspense psicológico. Es un viaje trepidante por los lados más oscuros de la mente humana, lleno de giros argumentales y poblado de personajes totalmente reales e

innegablemente atractivos. Una novela escrita con la voz de un narrador nato».
Jeffery Deaver

Matthew Blake estudió inglés en la Universidad de Durham y en el Merton College de Oxford, antes de trabajar como redactor de discursos en el Parlamento británico. Inspirado en su pasión de toda la vida por Agatha Christie y la ficción de misterio, *Anna O* es su primer thriller policíaco.



Título original: *Anna O*
Primera edición: mayo de 2024

Epígrafe, Sylvia Plath, «Olmo», en *Ariel*, Nórdica, Madrid, 2020, trad. de Jordi Doce; Capítulo 19, 26, Cuaderno de Anna, y Capítulo 58: William Shakespeare, *Romances (Obra completa Shakespeare 4)*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2016, trad. de Marcelo Cohen y Graciela Speranza; Capítulo 21, Notas clínicas 1, Capítulo 76 y Capítulo 81: John Milton, *Paraíso perdido*, Cátedra, Madrid, 2006, trad. De Esteban Pujals; Cuaderno de Anna 2019: Sigmund Freud. *Obras completas (vol. II): Estudios sobre la histeria* (J. Breuer y S. Freud, Amorrortu, Buenos Aires, 1999, trad. José Luis Etcheverry; Capítulo 39: Arthur Conan Doyle, «La aventura de la diadema de berilos», en *Sherlock Holmes. Relatos 1*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2015, trad. de Esther Tusquets; Capítulo 38 y 40: Eurípides, *Medea, en Tragedias I*, Gredos, Madrid, 1977, trad. de Alberto Medina González; Cuaderno de Anna 2019: Aristóteles, *Ética a Nicómaco. Ética a Eudemo*, Gredos, Madrid, 2019, trad. Julio Pallí Bonet; Cuaderno de Anna 2019: William Shakespeare, Macbeth *(edición bilingüe)*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2017; trad. de Agustín García Calvo; Capítulo 75: Truman Capote, *A sangre fría*, Anagrama, Barcelona, 1991, trad. Jesús Zulaika

Adaptación de la cubierta de Penguin Random House Grupo Editorial, basada en el diseño de HarperCollins Publishers Ltd
Imagen de la cubierta: © Magdalena Russocka/Trevillion

ISBN: 978-84-19456-61-8

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice

Anna O
1. Ben
Primera parte. Un año antes
2. Ben
3. Ben
4. Ben
5. Ben
6. Ben
7. Ben
8. Ben
9. Ben
10. Emily
11. Ben
12. Ben
13. Ben
14. Lola
Cuaderno de Anna. 2019
Segunda parte
15. Ben
16. Ben
17. Ben
18. Ben
19. Lola
20. Ben
21. Ben
22. Ben
23. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
24. Ben
25. Bloom
Cuaderno de Anna. 2019
26. Ben
27. X
28. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
Tercera parte
29. Ben
30. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
31. Ben
32. Ben

Notas clínicas 1. Paciente X, Ref. X389042BMH, DRA. V. Bloom
Notas clínicas 2. Paciente X, Ref. X389043BMH, DRA. V. Bloom
Notas clínicas 3. Paciente X, Ref. X389043BMH, DRA. V. Bloom
33. Ben
34. Lola
Cuaderno de Anna. 2019
35. Ben
36. Clara
37. Ben
38. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
39. Ben
40. Ben
41. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
42. Lola
43. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
44. Emily
45. Emily
46. Emily
47. Ben
48. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
49. Ben
50. Ben
51. Ben
52. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
53. Ben
54. Clara
Cuaderno de Anna. 2019
55. Ben
56. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
57. Ben
58. Lola
Cuaderno de Anna. 2019
59. Ben
60. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
Cuarta parte
61. Ben
62. Ben

63. Ben
64. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
65. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
66. Ben
67. Ben
68. Ben
69. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
70. Ben
71. Ben
72. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
73. Ben
74. Ben
75. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
76. Ben
77. Ben
Cuaderno de Anna. 2019
78. Ben
79. Ben
Quina parte. Un año después
80. Clara
81. Clara
82. Clara
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Matthew Blake
Créditos

Table of Contents

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- Cuaderno de Anna
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- Cuaderno de Anna
- 24
- 25
- Cuaderno de Anna
- 26
- 27
- 28
- Cuaderno de Anna
- 29
- 30
- Cuaderno de Anna
- 31
- 32
  - NOTAS CLÍNICAS 1
  - NOTAS CLÍNICAS 2
  - NOTAS CLÍNICAS 3

- 33
- 34
- Cuaderno de Anna
- 35
- 36
- 37
- 38
- Cuaderno de Anna
- 39
- 40
- 41
- Cuaderno de Anna
- 42
- 43
- Cuaderno de Anna
- 44
- 45
- 46
- 47
- 48
- Cuaderno de Anna
- 49
- 50
- 51
- 52
- Cuaderno de Anna
- 53
- 54
- Cuaderno de Anna
- 55
- 56
- Cuaderno de Anna
- 57
- 58
- Cuaderno de Anna
- 59
- 60
- Cuaderno de Anna
- 61
- 62
- 63
- 64
- Cuaderno de Anna
- 65

- Cuaderno de Anna
- 66
- 67
- 68
- 69
- Cuaderno de Anna
- 70
- 71
- 72
- Cuaderno de Anna
- 73
- 74
- 75
- Cuaderno de Anna
- 76
- 77
- Cuaderno de Anna
- 78
- 79
- 80
- 81
- 82

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Cuaderno de Anna
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Cuaderno de Anna
24
25
Cuaderno de Anna
26
27
28
Cuaderno de Anna
29
30
Cuaderno de Anna
31
32
- NOTAS CLÍNICAS 1
- NOTAS CLÍNICAS 2
- NOTAS CLÍNICAS 3

33

34
Cuaderno de Anna
35
36
37
38
Cuaderno de Anna
39
40
41
Cuaderno de Anna
42
43
Cuaderno de Anna
44
45
46
47
48
Cuaderno de Anna
49
50
51
52
Cuaderno de Anna
53
54
Cuaderno de Anna
55
56
Cuaderno de Anna
57
58
Cuaderno de Anna
59
60
Cuaderno de Anna
61
62
63
64
Cuaderno de Anna
65
Cuaderno de Anna

66
67
68
69
Cuaderno de Anna
70
71
72
Cuaderno de Anna
73
74
75
Cuaderno de Anna
76
77
Cuaderno de Anna
78
79
80
81
82